

THE Heartbreakers

PERFECTO ERROR

Ali Novak



un fenómeno

wattpad

ALI NOVAK

PERFECTO ERROR

TRADUCCIÓN DE SARA CANO


ALFAGUARA

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Wattpad, tanto a mis lectores como a toda
la gente entre bastidores que, con su
amor y apoyo incondicional, ha conseguido
que mis sueños se cumplieran.*

CAPÍTULO 1

Cara aferraba en sus manos la última edición de *People* con la misma devoción que si fuera la Biblia.

—Si no te tuviera a ti para que me trajeras revistas —me dijo—, perdería completamente la cabeza encerrada en este sitio.

—He tenido que pelearme con una madre por ella —respondí yo.

Y lo decía en serio: las revistas nuevas eran un lujo muy codiciado entre los enfermos ingresados en el hospital y sus familiares.

Sin embargo, Cara ya no me escuchaba. Estaba pasando las páginas de la revista, ansiosa por consumir su dosis diaria de cotilleos de famosos. Atrincherado a su lado en el único sofá de la habitación, Drew miraba su móvil. Por su ceño fruncido deduje que o bien estaba leyendo sobre el partido de béisbol de la noche anterior, o bien acababa de descubrir que el wifi del hospital no funcionaba demasiado bien.

A diferencia de lo que solía ser habitual en los días de hospital, aquel tenía algo con lo que mantenerme ocupada durante las horas de visita. Acerqué una silla a la cama de Cara y empecé a revisar las fotos que había sacado con mi nueva Canon. Me la habían comprado mis padres como regalo de cumpleaños por adelantado, y había estado probándola aquella misma mañana en el Jardín de las Esculturas de Minneapolis.

—Dios, ¿podría ser más perfecto?

Alcé la vista y vi que Cara había abierto el número de *People* por una entrevista con uno de los chicos de The Heartbreakers, su grupo favorito. El titular decía: «Un chico malo que sigue rompiendo corazones». Y, debajo, un pequeño epígrafe con una cita: «No busco novia. La soltería es demasiado divertida». Cuando volví a levantar los ojos y percibí la expresión en el rostro de Cara —los ojos ávidos, la boca entreabierta— me entró la duda de si no

estaría a punto de lamer la página. Esperé un momento para ver si de verdad lo hacía, pero ella se limitó a dejar escapar uno de esos suspiros con los que me pedía que le diera pie para hablar sobre su ídolo.

—¿Owen quién? —pregunté, más por educación que por otra cosa, mientras centraba toda mi atención en la cámara nueva.

—Oliver Perry —me dijo, sacándome de mi error.

No me hizo falta mirar a Cara para saber que había puesto los ojos en blanco. Y eso que yo ya había dejado claro muchas veces lo poco que me gustaba ese grupo (cada vez que ponía su música a todo volumen y las paredes de la casa retumbaban, por ejemplo). The Heartbreakers ni siquiera me interesaban lo suficiente como para aprenderme sus nombres: no eran más que otro de esos grupos de chicos cuya fama se extinguiría tan rápido como había surgido.

—En serio, pareces una cuarentona encerrada en el cuerpo de una adolescente; si no, no me lo explico.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Porque no me sé el nombre de un miembro de un grupo de música pop?

Ella se cruzó de brazos y me fulminó con la mirada. Aparentemente, me había pasado de la raya.

—No son un grupo de música pop, sino de música punk.

Había dos motivos por los que The Heartbreakers no me gustaban. El primero y principal era que su música me parecía una mierda (eso debería ser motivo suficiente para que un grupo no te guste), pero además había otro motivo: intentaban con todas sus fuerzas ser algo que no eran, y se hacían pasar por rockeros cuando, en realidad, no eran más que otra boyband al uso. Vale, sí, tocaban los instrumentos, pero por muchas camisetas de grupos antiguos y vaqueros rotos que se pusieran, no conseguían enmascarar las letras insulsas y los estribillos pegadizos de unas canciones que eran, indiscutiblemente, poperas. Por si fuera poco, el hecho de que sus fans tuvieran que recordarle insistentemente a todo el mundo que The Heartbreakers eran un grupo «de verdad» no hacía más que demostrar constantemente lo contrario.

Apreté los labios para evitar reírme.

—Creo que decir que The Misfits y los Ramones son tu inspiración no te convierte en punk.

Cara ladeó la cabeza y enarcó tanto las cejas que las dos se le juntaron en

una sola.

—Entonces ¿a quién hay que citar?

—¿Te das cuenta? —Estiré el brazo para cogerle la revista—. Ni siquiera sabes qué es el punk de verdad. Pero esto —dije, señalando la página— ya te digo yo que no lo es.

—Que yo no escuche las mismas cosas raras y alternativas que tú no quiere decir que tú tengas más cultura musical que yo —me respondió.

—Cara —dije, pellizcándome el puente de la nariz—, no era eso a lo que me refería.

—Lo que tú digas, Stella. —Cara volvió a atraer la revista hacia su regazo, apartó la mirada de mí y hundió los hombros—. La verdad es que me da igual que no te gusten. Lo único que me pasa es que estoy de mal humor porque quería ir al concierto.

The Heartbreakers tocaron en Minneapolis el mes pasado y, aunque Cara se moría de ganas por ir, decidió no comprar entradas. Le costó mucho, sobre todo porque llevaba meses ahorrando para ello, pero yo creo que hizo bien. Porque, en el fondo, lo que realmente importaba no era lo mucho que le apeteciera ir: su cuerpo le estaba mandando señales inequívocas de que no podía hacerlo —náuseas, vómitos y cansancio, por nombrar algunos— y ella era consciente de ello. Algo muy importante que el cáncer de Cara nos había enseñado a todos es que había momentos en los que había que tener esperanza y otros en los que había que ser realista.

Cara había empezado con el segundo ciclo de quimioterapia hacía dos semanas. El tratamiento estaba compuesto por varios ciclos: durante tres semanas le metían en vena quién sabe cuántos medicamentos y luego había un periodo de descanso antes de que el proceso volviera a empezar. Más tarde, en cuanto la quimioterapia normal hubiera matado al bicho que había en su cuerpo, Cara tendría que recibir un último ciclo con altas dosis de quimio para asegurarse de que seguiría muerto para siempre.

Nunca se me han dado demasiado bien las ciencias, pero durante los ingresos de Cara en el hospital aprendí muchas cosas. Por ejemplo, que las dosis de quimio normal se aplican solo en pequeñas cantidades por la agresividad de los efectos secundarios. En dosis más altas podrían matar el cáncer, pero también destruir la médula ósea, que ahora sé que es algo esencial para mantenerse con vida.

Sin embargo, a veces la quimio normal no basta.

Eso fue lo que le pasó a Cara. Después de dos recaídas, sus médicos llegaron a la conclusión de que había llegado el momento de probar con un tratamiento más agresivo. Cuando ya hubiera recibido la dosis de quimio más alta, Cara necesitaría un trasplante autólogo de células madre. El trasplante autólogo consistía en extraer células madre de la propia médula ósea de Cara antes del tratamiento. Las células se congelarían y se conservarían durante la quimioterapia, y luego se las trasplantaría de nuevo mediante una infusión de sangre. Sin ellas, no podría recuperarse.

Dejé escapar un leve suspiro y elegí con mucho cuidado mis palabras.

—Estoy segura de que darán más conciertos —dije, dedicándole una leve sonrisa—. Incluso te acompañaré a uno, si quieres.

Al oír aquello, Cara rio divertida.

—Así hay más probabilidades de que Drew se una al equipo de animadoras.

Cuando escuchó su nombre, nuestro hermano alzó la vista y enarcó una ceja para mirar a Cara antes de volver a centrar su atención en el móvil.

—Era una sugerencia —añadí, alegre al ver que le había parecido divertido.

—¿Tú, en un concierto de los Heartbreakers? —preguntó, más para sí misma que para mí—. Sí, claro.

Las dos nos quedamos calladas. Un grueso manto de silencio cayó sobre nosotras y su peso me oprimió el pecho, porque al instante supe que las dos estábamos pensando en cosas no demasiado felices. Los largos días de hospital incitaban a que, después de un tiempo, los pensamientos negativos afloraran con mayor facilidad que los positivos.

Un golpe en la puerta hizo que volviera a la Tierra al tiempo que Jillian, la enfermera favorita de Cara, entraba en la habitación. Al verla aparecer, alcé la vista hacia el reloj y me sorprendí al comprobar lo poco que había tardado el día en esfumarse.

—Stella, Drew —nos dijo Jillian, saludándonos a ambos—, ¿cómo estáis?

—Como siempre —respondió Drew, levantándose y estirando los músculos—. ¿Y tú?

—Yo estoy bien, gracias. Solo he venido a ver cómo se encontraba Cara —y, dirigiéndose a ella, añadió—: ¿Necesitas algo, cielo?

Cara negó con una sacudida de cabeza.

—¿Nos estás echando? —pregunté.

Las horas de visita terminarían pronto. Eso significaba que se acercaba el momento en el que a Cara le tocaba tomar su dosis nocturna de medicinas, una dosis que incluía penicilina y una larga lista de medicamentos cuyo nombre ni siquiera era capaz de pronunciar.

—No —respondió Jillian—. Aún tenéis tiempo, pero he pensado que os apetecería bajar a la cafetería antes de que cerrara.

Pensar en comida hizo que me sonaran las tripas. Había ido derecha del Jardín de las Esculturas al hospital, así que llevaba desde el desayuno sin comer nada.

—Seguramente es buena idea. —Me colgué la cinta de la cámara del cuello y me levanté—. Te veo mañana, punky.

Me hubiera gustado darle un beso a mi hermana, pero no podía.

Cara tenía linfoma no hodgkiniano. Es un tipo de cáncer que se origina en los linfocitos —los glóbulos blancos— que forman parte del sistema inmune del cuerpo humano. Normalmente, las personas que tienen linfoma no hodgkiniano no tienen que permanecer ingresadas en el hospital, lo más común es que tengan que ir a diario para recibir tratamiento antes de irse a casa. Durante sus dos primeros brotes de cáncer, Cara no estuvo ingresada. Mi madre la llevaba al hospital todos los días para que le pusieran la medicación por vía intravenosa. Por lo general el tratamiento duraba una hora, y a veces Drew y yo la acompañábamos y aprovechábamos para hacer los deberes en la sala de espera.

Hace poco, sin embargo, Cara tuvo una complicación en el apéndice y tuvieron que quitárselo. Como tenía tan pocos glóbulos blancos, los médicos tenían miedo de que cogiera algún tipo de infección y tuvo que quedarse en el hospital durante varias semanas. Cuando íbamos a verla teníamos que cubrirnos la boca con una mascarilla y no podíamos tocarla para no contagiarle nada.

Yo sabía lo difícil que le resultaba estar lejos de casa, y para mí era realmente frustrante no poder darle ni siquiera un abrazo para consolarla.

—Ya sabes dónde encontrarme —me dijo, poniendo los ojos en blanco.

—Descansa un poco. Hazlo por mí, ¿vale? —dijo Drew al salir. Y luego, volviéndose hacia mí—: ¿Estás lista? Tengo hambre.

—Sí —respondí—. Yo también.

Le dijimos un último y apresurado adiós a nuestra hermana y salimos por la puerta en dirección a la cafetería.

—¿Crees que hoy tendrán copas de flan de caramelo? —me preguntó Drew mientras recorríamos aquellos pasillos de hospital que tan bien conocíamos.

—Tío, me encantan esas cosas —contesté yo—. Pero lo dudo, hace mucho que no las veo.

—Qué mierda.

—Sí —respondí, pensando en nuestro día—. La verdad es que es una mierda bastante grande.



Drew y yo nos esforzábamos todos los días por mencionar una cosa positiva que hubiera pasado durante el rato que hubiéramos estado con Cara. Lo malo de los hospitales es que son un caldo de cultivo para el miedo. Si no te recuerdas constantemente las cosas buenas, las malas van calando poco a poco y acaban por inundarlo todo. Porque, cuando un miembro de tu familia tiene cáncer, todos los demás también enferman con él. Puede que no sea el mismo tipo de cáncer, pero aun así te irá devorando hasta que no te quede nada por dentro.

La tradición comenzó la primera vez que diagnosticaron a Cara, nada más empezar el instituto. No me di cuenta de que mi hermana estaba enferma, de que realmente podía perderla, hasta que comenzaron a hacerle pruebas y tuvo que quedarse ingresada en el hospital mientras los médicos identificaban la localización, el alcance y el estadio de su cáncer. Cada vez que mi madre nos llevaba a Drew y a mí a verla, nos veíamos rodeados de niños en varias fases de declive, algunas mucho más avanzadas que otras.

Aquella fue la primera vez que sentí miedo. El miedo me clavó las garras en el pecho, me levantó del suelo y me dijo:

«¿Ves a esos niños? Esos niños se están muriendo».

Aquello me hizo pensar que, si mi hermana también estaba allí, eso la convertía en uno de esos niños.

—¿Cuál es tu cosa positiva de hoy? —le pregunté a Drew mientras nos dirigíamos al viejo Honda Civic de mi hermano, que estaba en la otra punta del aparcamiento.

Aunque él todavía estaba buscando la llave y yo sabía que mi puerta seguía

cerrada, le di un tirón al manillar.

—La copa de flan de caramelo —respondió. Los cerrojos saltaron con un clic en cuanto él encontró la llave adecuada—. Esa mierda está buenísima.

—¿La copa de flan? —repetí yo mientras los dos entrábamos en el coche—. ¿Esa es tu cosa positiva?

—Pues es o eso o que el wifi hoy estaba de buen humor.

Yo estaba entretenida peleando con el cinturón de seguridad, intentando desenredarlo y tirar de él hacia delante, pero la respuesta de Drew me estaba resultando tan rara que al final decidí soltarlo y dejar que volviera a su sitio.

—¿Lo dices en serio? —le pregunté, mirándole a los ojos—. Porque de verdad que ahora mismo no soy capaz de distinguir si es broma o no.

—¿A qué viene eso? —respondió él—. Las copas de flan son una cosa muy seria.

Yo parpadeé lenta y deliberadamente. Hasta aquel día, nuestra lista de cosas positivas siempre había consistido en aspectos significativos que nos ayudaban a seguir adelante. Si el flan se convertía en el único alivio del día, entonces teníamos un problema.

Drew empezó a reírse y yo le di un golpe en el hombro.

—No tiene gracia —gruñí.

—Solo era una broma, Stella. Anímate.

—Lo siento —dije, volviendo a tirar otra vez del dichoso cinturón de seguridad—. Es que hoy por poco hago llorar a Cara.

—Sabes por qué está triste, ¿verdad? —me preguntó Drew—. Es porque cree que nunca va a poder ir a uno de sus conciertos.

—¿Por qué tiene que ser tan negativa?

No esperaba que Cara estuviera siempre más contenta que unas Pascuas. De hecho, tenía todo el derecho del mundo a estar enfadada con Dios, o con el universo, o con quien fuera que le hubiera repartido aquellas cartas de mierda. Pero no soportaba que hiciera aquellas afirmaciones tan categóricas: «Nunca podré salir de aquí»; «Nunca podré ir a la universidad»; «Nunca podré ver a The Heartbreakers en concierto», como si tuviera clarísimo que se fuera a morir. Me hacía sentir impotente sobre mi propia vida, es como si todo estuviera en manos del destino.

—No, no es por eso —dijo Drew—. Por lo visto, corre el rumor de que van a separarse. Los miembros del grupo se han peleado, o algo así.

—¡Ah! Bueno, no me sorprende —dije.

Sin embargo, por dentro deseé que los rumores no fueran ciertos. Algo bastante sorprendente, sobre todo teniendo en cuenta que no era muy fan del grupo, pero quería demostrarle a Cara que sus tajantes afirmaciones no eran ciertas. Vería a The Heartbreakers en concierto algún día porque iba a ponerse bien.

Apoyando la mano en mi reposacabezas, Drew giró el cuello para comprobar si había algún coche detrás de nosotros y luego salió de la plaza de aparcamiento a toda velocidad. Las horas de visita habían acabado oficialmente y gran parte del personal sanitario del turno de tarde ya se había marchado, así que el aparcamiento estaba relativamente vacío. Cuando llegamos a la salida, Drew dirigió el coche hacia el carril izquierdo y puso el intermitente. Nos quedamos allí un segundo, sentados y callados, sin decir nada, mientras esperábamos a que se abriera un hueco en el tráfico para poder incorporarnos a la carretera.

Recordé que Drew todavía no había respondido a mi pregunta, así que decidí ser yo quien rompiera el silencio.

—Entonces ¿cuál ha sido?

—¿Cuál ha sido qué?

—Tu cosa positiva.

—Ah, es verdad —respondió, girando la cabeza de un lado a otro para cerciorarse de que no venía ningún coche. Como no venía nadie, pisó el pedal del acelerador y enfilamos la carretera—. Se me ha ocurrido una idea para el cumpleaños de Cara.

—¿En serio? —le pregunté, y centré toda mi atención en él—. ¿El qué? Cuéntamelo.

El viernes siguiente no solo era 4 de julio, sino también el día en que Cara cumplía dieciocho años. Pero también era mi cumpleaños, y el de Drew: éramos trillizos. Todos los años teníamos una especie de concurso interno para ver quién le hacía a los demás los mejores regalos. Y, por lo general, Cara siempre nos superaba con creces. Aquel año, Drew y yo habíamos decidido unir nuestras fuerzas para derrotarla, pero de momento no se nos había ocurrido ningún regalo ganador.

—Vale, ¿te acuerdas de la plasta que me has estado dando con la galería de arte de esa fotógrafa? —me preguntó Drew, mirándome—. ¿La que va a abrir en Chicago?

—¿Te refieres a Bianca Bridge?

Me eché hacia delante en el asiento. No tenía la más mínima idea de qué relación podía tener el regalo de Cara con mi fotografía favorita de todos los tiempos, pero fuera lo que fuera que Drew tuviera en mente, parecía que tenía buena pinta.

Bianca era mi inspiración, todo lo que yo aspiraba a ser en la vida. Era una de las fotorreporteras más famosas del momento, y era particularmente conocida por su fotografía urbana y reveladora, que representaba a todo tipo de gente. Yo tenía una cita suya pintada en la pared de mi cuarto, rodeada por sus mejores instantáneas: «El mundo se mueve a toda velocidad. A nuestro alrededor, cada día, todo cambia. La fotografía es un regalo que puede conservarnos para siempre en un segundo, felizmente eternos».

Cuando alguien me preguntaba por qué me gustaba tanto la fotografía, recitaba la frase de Bianca como si fuera una especie de mantra personal. Me fascinaba la idea de que de alguna manera, tan solo con apretar un botón, uno fuera capaz de detener el tiempo.

—Sí, esa —me dijo Drew, acelerando para pasar un semáforo en ámbar—. Pues resulta que su galería está a un par de manzanas.

—¿A un par de manzanas de qué? —Drew alargaba la explicación a propósito para darle suspense a la situación, cosa que me resultaba un poco molesta—. ¡Vamos! —Yo estaba dando botes en el asiento—. ¡Cuéntamelo!

—No tienes ni pizca de paciencia. —Sacudió la cabeza, pero en su rostro vi la sombra de una sonrisa—. Está a un par de manzanas de la emisora de radio donde los Heartbreakers firmarán discos este fin de semana.

—¿Lo dices en serio?

Drew alzó la barbilla y una sonrisa de satisfacción le cruzó el rostro.

—Bueno, como Cara estaba tan triste por no haber podido ir al concierto, empecé a pensar en qué otras cosas relacionadas con The Heartbreakers podrían alegrarla. Así que busqué en Google un listado de eventos públicos. Podríamos ir en coche y conseguir que le firmaran uno de sus discos, o algo así.

—¿Y qué más?

—Y ver tu cosa esa de arte.

—¡Sí! —exclamé, levantando un puño en el aire—. Este año, Cara no tiene ninguna oportunidad de ganar.

—Lo sé —respondió él, sacudiéndose el hombro—. No hace falta que me des las gracias.

Yo puse los ojos en blanco, pero empecé a reír para mis adentros. Algo se revolvía en mi pecho.

Cuando el cáncer de Cara regresó, supe que esta vez era distinta de las dos anteriores. El nudo que tenía en el estómago me decía que si el tratamiento no funcionaba esta vez, Cara nunca mejoraría. Era una sensación muy difícil de sobrellevar, como si alguien me hubiera atado cien pesas al corazón.

Incluso en aquel momento era consciente de que no había nada que estuviera en mi mano que pudiera conseguir que el cáncer de Cara desapareciera. Sin embargo, por primera vez desde la recaída, sentí que las pesas se aligeraban un poco. Era una tontería porque ¿qué bien podía hacer un disco firmado? Pero si aquello era capaz de subirle el ánimo a Cara, tal vez tuviera una oportunidad.

—¿Crees que mamá y papá nos dejarán ir? —pregunté, mordiéndome el interior del carrillo. Si se negaban, aquella oleada de esperanza se disolvería, dejándome aún más hundida que antes.

Drew se encogió de hombros.

—Iremos juntos —alegó—, así que no veo por qué no deberían.

—Vale, bien —dije, asintiendo al oír su respuesta—. ¿De verdad lo vamos a hacer? ¿Aventura en coche a Chicago?

—Sí —respondió Drew—. Aventura en coche a Chicago.

CAPÍTULO 2

Apoyé la frente contra la ventanilla del acompañante y dejé que mis ojos se posaran sobre los edificios que iban desfilando frente a mí. Drew y yo llevábamos conduciendo toda la noche y, afortunadamente, habíamos llegado a Chicago bastante antes de la hora punta de la mañana. Aún era de noche, pero la leve luz morada en el horizonte ya anunciaba la salida del sol. Aunque fuera demasiado pronto para registrarnos en recepción, íbamos de camino al centro para buscar el hotel. Drew quería encontrar cuanto antes un sitio para aparcar el coche y dejar las maletas.

Yo me había mantenido despierta durante todo el viaje para hacerle compañía a mi hermano, y en aquel momento estaba demasiado cansada para concentrarme en nada. Si no tomaba cafeína pronto, no sería capaz de aguantar el resto del día. Justo cuando mis párpados empezaban a aletear, a punto de cerrarse, un cartel verde captó mi atención. Me enderecé inmediatamente en el asiento.

—¡Drew, para! ¡Es un Starbucks!

Mi hermano dio un respingo y giró sin querer el volante a la izquierda. El coche se metió casi veinte centímetros en el carril contrario. Aunque a las cinco de la mañana no había demasiado tráfico en la calle, vi cómo una expresión de preocupación aparecía en su cara.

—Dios, Stella, podías habernos matado —dijo, dejando escapar un tembloroso suspiro cuando consiguió devolver el coche al carril correcto—. Me he cagado encima.

—Lo siento —le dije cuando encontró un aparcamiento libre a un lado de la calle—. Al café invito yo. ¿Qué quieres?

—Un café normal. Sin nata ni mierdas de esas.

Yo arrugué la nariz.

—Eso está asqueroso —respondí, desabrochándome el cinturón.

—Se supone que así es como se debería beber —me dijo mientras se acomodaba en el asiento para esperar.

Salí del coche, sonriendo para mis adentros, y me dirigí a la cafetería. Cuando entré, una campana tintineó sobre mi cabeza y el olor a café recién hecho vino a recibirme. Tras el mostrador había una camarera, una mujer de mediana edad con el pelo rizado que estaba atendiendo al único otro cliente del establecimiento.

Mientras esperaba mi turno, me quedé mirando al chico que tenía delante. Era alto y delgado. Debía de tener más o menos mi edad, aunque no podía verle bien la cara. El pelo, castaño y ondulado, le asomaba bajo un gorrito de lana. Llevaba puesta una camiseta blanca ajustada, vaqueros de marca y unas Vans grises: un atuendo sencillo, pero con estilo. No pude evitar mirarle de arriba abajo por segunda vez. Por lo general los chicos que solían gustarme eran musculosos y con barba, pero aquel tenía algo que lo hacía interesante. Es como si aquel modelito dijera a gritos que aquel chico tenía una vena artística, y eso me gustaba.

—Son dos con noventa y cinco.

Vi cómo el chico buscaba la cartera en el bolsillo, sacaba un billete de cinco y se lo tendía a la mujer. Después de devolverle el cambio, la camarera respondió:

—Ahora mismo vuelvo. Tengo que coger la leche de soja del otro frigorífico.

—No te preocupes —respondió él, guardándose las vueltas.

La camarera desapareció por la puerta de uso exclusivo para el personal y me dejó a solas con él. Mientras esperaba, el chico empezó a hacer tamborilear las manos sobre el mostrador, siguiendo el ritmo de alguna canción. Yo me aclaré la garganta para hacerle saber que no estaba solo, y eso hizo que se volviera y por fin se diera cuenta de que me tenía a sus espaldas.

Me dedicó una sonrisa, una de esas sonrisas de oreja a oreja rematadas por un encantador par de hoyuelos, así que lo único que pude hacer fue quedarme mirándolo como una idiota. Había algo en su aspecto que me chocaba: era como si lo conociera de algo, lo cual, en realidad, era ridículo, porque no nos habíamos visto nunca. Toqué la cámara por costumbre y su sonrisa se desvaneció inmediatamente. Los dos nos quedamos inmóviles durante un

segundo, y entonces el chico forzó otra sonrisa y aguardó, como si esperara que yo rompiera el silencio.

Incapaz de sostenerle la mirada durante un segundo más, alcé la vista hacia la enorme pizarra del menú suspendida sobre nosotros. Aunque ya sabía lo que iba a pedir, estudié deliberadamente todas y cada una de las opciones. Pensé que debería haber habido otro camarero de turno. El chico siguió mirándome mientras yo hacía todo lo posible por ignorarle.

—Bueno —dijo al final, rompiendo el hielo—. Bonita cámara. Supongo que te gusta la fotografía.

Yo di un respingo al escuchar su voz. El chico estaba recostado sobre el mostrador, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Esto... Gracias —respondí—. Es un regalo de cumpleaños anticipado. Y sí, me gusta la fotografía.

—¿Qué tipo de fotografía?

—Lo que más me gusta son los retratos —le dije mientras jugaba con la tapa de la lente, poniéndosela y quitándosela al objetivo—. Pero saco fotos casi de cualquier cosa.

—¿Y por qué los retratos?

—¿Te suena Bianca Bridge? —Noté que en mi cara empezaba a crecer una sonrisa, y no esperé a que él me respondiera—. Pues es..., esto..., la mejor fotógrafa del planeta, y saca fotos increíbles de gente de todo el mundo. En realidad he venido a Chicago para ver su galería.

—Mmm —murmuró, ladeando la cabeza—. No había oído hablar de ella. —Se apartó del mostrador y dio un paso hacia mí. La chapita que llevaba al cuello reflejó un rayo de la luz procedente del techo, y emitió un destello mientras se balanceaba de atrás adelante—. ¿Te molesta si echo un vistazo? —me preguntó, señalando mi cámara.

Mis dedos se tensaron para aferrarla con más fuerza, y yo dudé:

—Mmm —respondí, sin saber bien qué otra cosa decir.

La camarera de Starbucks volvió trotando a la sala con un cartón de leche de soja en la mano. Cuando volví a mirar al chico, él enarcó una ceja como para decirme: «¿Y bien?». Yo asentí, moviendo la cabeza muy lentamente. En cualquier otra circunstancia me habría negado, pero aquel chico rebosaba carisma y confianza en sí mismo. Además, quería volver a ver su sonrisa. Levanté la correa que me rodeaba el cuello y él se acercó para coger la cámara. Al hacerlo, su brazo rozó el mío y su contacto me erizó la piel.

—¿Así? —me preguntó, enfocándose en un primer plano.

A mí me costó no sonreír. Estaba sujetando la cámara mal y, claramente, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—No —le dije, estirándome para ayudarlo—. Probablemente tengas que ajustar el enfoque. Mira, te enseñaré cómo se hace.

Apoyé mi mano sobre la suya para mostrarle qué era lo que tenía que hacer para mover la lente. El chico alzó la vista durante un segundo para mirarme mientras mi mano aún seguía sobre la suya. A tan poca distancia lo que más me llamó la atención fueron las espesas pestañas que enmarcaban sus ojos azul oscuro, y el estómago me empezó a dar vueltas.

Se acercó la cámara a la cara.

—Sonríe —me pidió, pero yo aparté la vista y dejé que el pelo me ocultara la cara—. ¿Cómo? ¿A la fotógrafa no le gusta que le saquen fotos? —me preguntó, sacando otra más.

—La verdad es que no —contesté, quitándole la cámara de las manos. Volví a colocarme la correa alrededor del cuello, la sostuve entre mis manos y dejé escapar un gran suspiro—. Me gusta mucho más mirar por la lente —le dije.

Enfoqué su cara durante un segundo, y luego me di media vuelta bruscamente y tomé una imagen de la camarera trabajando. Sostuve la cámara para que pudiera verla en la pantalla.

—Las fotos son mucho mejores cuando los retratados no saben que los estás mirando, y así es como se obtiene material real. Las fotos más bonitas son las que resultan reales.

—¿Y si saben que les estás mirando?

Él se acercó a mí y, aunque lo había preguntado en voz muy baja, yo escuché perfectamente todas y cada una de las palabras que pronunció.

Inspiré hondo y conté mentalmente hasta tres para hacer acopio de valor. Retrocedí un paso y volví a enfocar la lente en su rostro. Él se inclinó hacia mí con actitud resuelta, pero que la cámara se interpusiera entre nosotros hacía que yo me sintiera menos intimidada. Delante de mí solo tenía un sujeto que fotografiar. Mi dedo pulsó el botón tres veces, me aparté del visor y revisé los retratos. Eran, con diferencia, las mejores fotos que había sacado en mucho tiempo.

Finalmente, contesté a su pregunta:

—Esas también pueden salir bonitas.

Sus labios se curvaron en una sonrisa, pero antes de él pudiera responder, la camarera terminó su pedido.

—De acuerdo, un café con leche de soja —dijo la mujer, tendiéndole su bebida—. El azúcar está en aquella estantería doblando la esquina, si lo necesitas.

—Gracias —le dijo a la mujer, sin mirarla en ningún momento.

Sus ojos se mantuvieron fijos en mí mientras estiraba el brazo y cogía la bebida. Al final, tras tres largos segundos, el chico se giró y se dirigió hacia donde estaban los endulzantes y los palitos de madera con los que remover la bebida.

—Disculpa la espera —prosiguió la mujer—, ¿qué puedo ofrecerte? —Yo me la quedé mirando con los labios entreabiertos. Se me había olvidado por completo qué demonios estaba haciendo en un Starbucks—. ¿Cielo? —insistió.

—Claro —dije, colocándome un mechón de pelo suelto detrás de la oreja—. Mmm, quería un café solo grande y un *macchiato* de avellana alto.

—¿Deseas algo más?

—No, gracias.

La mujer pulsó unas cuantas teclas en la caja registradora.

—De acuerdo, son ocho con noventa y ocho.

Saqué la cartera del bolso y busqué un billete de diez.

—Sé que tengo algo suelto por aquí... —murmuré para mí.

No quería tener que volver corriendo al coche (eso habría sido absolutamente vergonzoso), pero solo tenía la tarjeta, que se me permitía utilizar únicamente en caso de emergencia.

—Yo invito.

El chico plantó un billete de veinte sobre el mostrador y me guiñó un ojo. Mientras le miraba primero a él y luego al billete, mis dedos continuaron rebuscando en la cartera y la tarjeta de crédito se me resbaló de la mano.

—Mierda.

Yo me apresuré a recogerla, pero él se me adelantó y se inclinó para levantarla del suelo. La hizo girar en su mano mientras se incorporaba y bajó la vista para leer mi nombre.

—Aquí tienes —me dijo, tendiéndomela para que la guardara.

—Esto..., gracias.

—Ha sido un placer conocerte, Stella Samuel. —Una media sonrisa se

insinuó en las comisuras de su boca cuando dijo mi nombre—. Pásalo bien hoy en la galería.

Y, diciendo aquello, dio media vuelta y salió de la cafetería. Yo me quedé quieta en el sitio, observando cómo la puerta se cerraba tras él.

—Aquí tienes, cariño. Un café solo grande y un *macchiato* de avellana alto. —La camarera empujó las bebidas por el mostrador hacia mí—. Tu amigo se ha dejado el cambio, ¿lo quieres?

—Quédesele —le dije, sin molestarme siquiera en mirarla.

Cogí los vasos y salí corriendo por la puerta para preguntarle al chico cómo se llamaba, pero para cuando llegué a la acera ya no había nadie a la vista.

—¿Por qué has tardado tanto? —se quejó Drew mientras yo me deslizaba de nuevo en mi asiento.

—Ah, bueno, ya sabes. La leche de soja, la cámara —murmuré.

Mi mente seguía puesta en aquel chico.

Drew casi se atragantó con un sorbo de café.

—¿Te has echado leche de soja en la cámara nueva?

—¿Eh? —Yo volví a centrar la atención en mi hermano y me di cuenta de lo que me estaba preguntando—. Ah, no. Da igual, no ha sido nada.

Él se me quedó mirando durante un momento y luego sacudió la cabeza.

—Bébetese esa cafeína. Creo que la necesitas.



—¡Ha sido genial! —exclamé mientras Drew y yo salíamos de la galería de Bianca.

A diferencia de lo que había ocurrido por la mañana, en aquel momento sentía que tenía en el cuerpo energía suficiente como para recorrer dando saltitos las cinco manzanas que separaban la galería de la emisora de radio donde sería la firma de discos.

—Creo que ese no es el término que usaría yo —respondió Drew.

—Ay, venga —le dije, haciendo chocar mi hombro contra el suyo—. ¿No te sientes inspirado?

—No mucho —replicó—. Nos hemos pasado toda la mañana mirando un montón de fotos colgadas de una pared.

La conversación era la misma de siempre. Había tenido experiencias parecidas con todos los miembros de mi familia antes, exactamente cada vez que les enseñaba las nuevas obras de Bianca que a mí tanto me obsesionaban. Nadie apreciaba aquellas fotos como yo, así que había aprendido a que su falta de interés me resultara indiferente. A mi madre le gustaba culpar a su hermana, mi tía Dawn, acusándola de lo que ella solía llamar «arrogancia artística», que era lo que pasaba cuando me ponía particularmente pesada con una foto en concreto e intentaba explicarles la visión de trasfondo.

Mi tía Dawn es una de esas mujeres pijas de la costa este que se beben los Martinis como si fueran agua y solo compra obras de arte si en la etiqueta aparecen suficientes ceros. Una vez, cuando tenía doce años, me llevó a una subasta en Nueva York. Nos pasamos tres horas deambulando por entre las hileras de obras de arte, y Dawn me enseñó a distinguir qué cuadros tenían verdadera calidad de los que no, una habilidad que no debería faltarle a ninguna niña de doce años. Por supuesto, su definición de calidad era muy diferente de la mía. Las preferencias de Dawn se basaban en quién era el artista y no en cómo era la obra, mientras que yo prefería las fotografías en blanco y negro escondidas al final de la galería. Cada imagen mostraba a una persona distinta, y me intrigaba saber quiénes serían y qué estarían pensando.

—Pero eran fotos que significaban algo —le dije, volviéndome hacia Drew.

Sabía que no lo entendía, pero eso no me frenaba a la hora de intentar que lo hiciera. Yo no tenía una actitud arrogante sobre el arte, como la tía Dawn o como mi madre pensaba: simplemente, me apasionaba la fotografía. Y mi madre solo podía echarle la culpa de eso a una cosa: mi inusual experiencia durante mis años de instituto.

Cuando Cara cayó enferma la primera vez, nuestra madre hizo todo lo que pudo para que mi vida y la de Drew siguieran siendo lo más normales posible. Pero el tratamiento de Cara era largo y pesado, así que decidió sacarla del instituto y darle clase en casa por comodidad. A ninguno de los tres nos gustaba estar separados, y mucho menos sabiendo que la cosa era tan seria, así que Drew y yo le suplicamos a nuestra madre que nos dejara estudiar en casa también. Así podríamos estar con Cara sin perder clase. Al final, mi madre aceptó y no volvimos a ir al instituto nunca más.

Hasta el primer año de instituto, me encantaba eso de ser trilliza. Era algo que nos distinguía, y el resto de gente de nuestra edad pensaba que éramos

muy guays. Éramos como esos animales exóticos del zoo a los que todo el mundo quiere ver y siempre nos preguntaban cosas, como si podíamos leernos la mente entre nosotros, o si sentíamos cuándo alguno de los otros dos se hacía daño. Siempre respondíamos con la misma escenita: Drew se pellizcaba y Cara y yo nos agarrábamos el costado y poníamos cara de dolor, como si también hubiéramos sentido el pellizco.

Hasta que no empezamos a ir al instituto no me di cuenta de que la gente solo me conocía por ser una de las trillizas Samuel. El primer día, en clase de Literatura, la chica que se sentaba delante me preguntó: «¿Tú eres Cara, o la otra chica?», como si lo único que nos definiera fuera formar parte de un trío. Fue en aquel momento cuando decidí que tenía que diferenciarme de mis hermanos, reafirmarme en quién era y todas esas cosas que se hacen cuando uno necesita sentirse independiente. El problema era que no sabía exactamente cómo hacerlo.

Pensé en la chica de mi clase de Literatura. Tenía uno de esos impresionantes piercings en el septum que te hacen parecer un toro, y la melena dividida en rastas teñidas de morado. Me hubiera apostado lo que fuera a que a nadie se le olvidaba nunca quién era, y, con esas pintas, mucho menos. Pero yo no era tan atrevida como ella.

Aunque tenía las orejas agujereadas, hacerme un piercing en la nariz me daba bastante miedo. Además, me preocupaba el mantenimiento necesario para conservar mi pelo castaño teñido de azul, mi color favorito. Al final, me conformé con teñirme un mechón turquesa en el flequillo y colocarme un brillantito en la narina izquierda para comenzar mi metamorfosis de «Stella, la Trilliza» a «Stella, la Independiente».

El instituto era mi oportunidad de distanciarme un poco y descubrir quién era. Y, durante los primeros meses del primer año, empecé a hacerlo. Drew, que tenía la misma constitución alta y robusta de nuestro padre, no tardó en entrar en el equipo de fútbol americano. Cara siempre había sido la más extrovertida de los tres, así que tenía sentido que se uniera al equipo de las animadoras y al comité del anuario. Y, aunque normalmente lo hacíamos todo juntas, yo decidí no hacer las pruebas para entrar en el equipo.

En cambio, me inscribí en todos los clubes a los que mi horario me permitía asistir, desde el consejo de estudiantes, que odiaba, al decatión académico, que también detestaba. El club de arte era mi favorito. No solo me encantaba el diverso grupo de alumnos que lo integraban, sino que había

algo en los conceptos de imaginar, crear y dar forma que me parecía de lo más intrigante.

Tenía un horario tan apretado que, durante esos dos meses, fue casi como si no tuviera hermanos, porque los veía poquísimo.

Sin embargo, cuando Cara enfermó, nuestros respectivos crecimientos individuales se detuvieron y los tres volvimos a ser trillizos. A veces consigo imaginarme qué tipo de personas habríamos llegado a ser por esos pequeños fragmentos de hábitos adquiridos en el instituto que integramos en nuestra personalidad: Cara nunca va a ningún sitio sin llevar encima, por lo menos, tres opciones distintas de brillo de labios, y Drew siempre intenta convertirlo todo en una competición, desde tratar de ganar una partida de Scrabble hasta ver quién saca mejor nota en un examen.

Por eso yo me aferré con tanta fuerza a la fotografía. Era lo único que conservaba de una época que se suponía que tenía que haber sido mía, pero que nunca llegó a serlo del todo. Uno de mis amigos del club de arte me introdujo en la materia y, aunque no tenía talento natural para ella, me apasionaba lo suficiente como para esforzarme por mejorar. Así que, mientras el resto de adolescentes se dedicaba a abrirse camino en el instituto a trompicones, experimentando y cometiendo errores, yo estaba en casa, siendo la misma de siempre, fuera quien fuera esa persona. Pero al menos tenía algo que podía considerar mío.

Antes de poder entrar en detalles de por qué la obra de Bianca era tan significativa, detecté una oportunidad magnífica en la acera, un poco más adelante.

—¡Oooh, mira! —dije, corriendo para sacar la foto.

—Stella —dijo Drew cuando llegó a mi altura—. Es una boca de incendios. En Minnesota también hay.

—¡Sí, pero mira cómo le está dando la luz! —dije yo, ajustando la lente.

Drew resopló.

—Por favor, no me digas que el contraste entre la luz y la sombra tiene alguna especie de simbolismo, o cualquiera de esas patrañas de artista.

—No —respondí yo, acuclillada para sacar un plano más cercano—. Es solo que me parece bonito.

—Pero es una boca de incendios —repitió Drew, y las arrugas de expresión (que, según mi madre, se volverían permanentes si fruncíamos demasiado el ceño) afloraron en su frente.

Consciente de que, aunque solo fuera por estadística, al menos una de las diez fotos que había sacado tenía que haber salido bien, me enderecé y le di un toquécito a Drew en un costado.

—Sí, pero esta boca de incendios es muy simbólica.

Cuando me escuchó decir aquello, Drew abrió la boca para discutir, pero luego se lo pensó mejor y sacudió la cabeza.

—Venga, experta fotógrafa —me dijo—, que vamos a llegar tarde a la firma.

Se dio media vuelta y siguió caminando por la acera, esperando que fuera detrás de él.

—Vale, vale —dije, riendo, antes de echar a correr para alcanzarle—. Ya voy.

Solo tardamos diez minutos en llegar caminando a la emisora de radio, pero Drew tenía razón. Llegábamos tarde.

—No lo entiendo —dije mientras los dos nos colocábamos al final de una cola larguísima—. Se supone que la firma no empieza hasta dentro de una hora.

Drew me dedicó una mirada fulminante y se cruzó de brazos.

—¿En serio, Stella? ¿De verdad te sorprende que haya tanta gente esperando para ver a un grupo de fama mundial?

—Vale, igual no me sorprende —admití—. Probablemente deberíamos haber venido antes, pero no quería irme de la galería.

—Ya lo sé —respondió Drew con un tono menos iracundo—. Con un poco de suerte, esto no nos llevará mucho.

—Con un poco de suerte —respondí yo.

Sin embargo, al ver la fila de gente que se extendía delante de nosotros, empecé a tener serias dudas.

El noventa y nueve por ciento de la cola estaba compuesto por público femenino: había unas cuantas madres con niñas pequeñas pero, por lo general, lo que más abundaba eran adolescentes ataviadas con vestiditos de flores y camisetas monas. Se hacían fotos con sus amigas mientras posaban con los labios fruncidos para después subirlas a Instagram o chillaban mientras admiraban sus respectivos artículos de merchandising de The Heartbreakers.

Al ver a las chicas a mi alrededor, me sentí como una impostora con mi camiseta lisa y mis Converse. Me pasé la mano por el pelo y me arrepentí al

instante de no habérmelo cepillado por la mañana. En vez de eso, me lo había recogido en una coleta tirante que dejaba a la vista el mechón turquesa. Unas cuantas chicas se quedaron mirándonos, y yo no supe si me observaban a mí porque no pegaba ni con cola en aquel ambiente o si se estaban fijando en Drew. Aunque sentirme distinta de mis hermanos fuera importante para mí, no me gustaba aquella sensación de estar fuera de lugar. Inspeccioné la multitud para asegurarme de que nadie me estaba mirando, y luego me solté la cinta del pelo y me peiné el flequillo con los dedos. Ninguna otra chica llevaba piercings en la nariz ni varios pendientes en las orejas, como yo, pero esos sí que no pensaba quitármelos.

Cuando por fin abrieron las puertas, aquella marabunta de estrógenos echó a correr en estampida hacia el interior de la emisora. Yo levanté levemente la cabeza hacia el cielo en un gesto de agradecimiento, pero mi alivio desapareció tan pronto como vi la larguísima y acordonada cola que serpenteaba por el vestíbulo. Estábamos al final del todo.

—¿Estás de coña? —exclamé.

Drew empezó a decir algo, pero el rugido que surgió de la multitud hizo que se callara inmediatamente. Protegiéndome los oídos con las manos, intenté silenciar los repentinos gritos de cientos de fans.

—¡Damas y caballeros —anunció un hombre con un megáfono—, por favor, un aplauso para The Heartbreakers!

Ni siquiera de puntillas alcanzaba a ver al grupo culpable de aquella conmoción. Había demasiadas chicas saltando como locas frente a mí como para poder distinguirlos bien.

Una segunda ronda de gritos hizo estremecer la sala entera cuando, a través del sistema de megafonía del edificio, una canción empezó a sonar a todo volumen. Drew se sacó el iPod del bolsillo de la mochila y se puso los auriculares. A mí se me escapó un gruñido porque sabía que mi reproductor no estaba en la mía: me había dejado el iPod en el coche. Drew se partió de risa cuando vio mi expresión de pánico.

—¿Nos lo jugamos a piedra, papel o tijera? —le pregunté con mi mejor cara de cachorro abandonado.

—No te oigo, Stella —dijo con una sonrisa—. Tengo la música muy alta.

Subió el volumen y empezó a menear la cabeza al ritmo de lo que fuera que estuviera escuchando. Yo cerré los ojos, frustrada. El resto del día iba a ser un auténtico asco.



Me latía la cabeza. Entre las dos horas de letras pastosas que habíamos tenido que tragarnos, los gritos y lo cargado que estaba el ambiente, notaba como si el cerebro estuviera a punto de explotarme dentro del cráneo.

Cara y yo éramos muy parecidas en muchas cosas. Las dos podíamos citar todos los diálogos de cada episodio de *Friends* como si fuéramos las mismísimas guionistas y productoras de la serie. Odiábamos la mantequilla de cacahuete porque hace que se te pegue la lengua al paladar y ninguna de las dos había tenido nunca novio.

Sin embargo, había entre nosotras una sorprendente diferencia en lo que a gustos musicales se refiere. Mientras Drew y yo hacíamos cola, esperando a que nos firmaran un autógrafo, yo era incapaz de comprender por qué a Cara le gustaban los Heartbreakers. Por la expresión que tenía Drew, supe que él tampoco lo entendía. Hacía una hora que la batería de su iPod se había muerto, así que ahora los dos sufríamos aquella tortura.

—Definitivamente, es adoptada —murmuré, y mi comentario le arrancó una risita a Drew.

—Sois idénticas.

—Eso es irrelevante —dije, sacudiendo la cabeza—. O sea, ¿en serio? ¿Dónde se ha echado tanto a perder?

—Creo que es culpa de esa chica del hospital de la que se ha hecho tan amiga.

—¿La que tiene leucemia?

—Sí, esa. Hizo un CD de canciones para todos los pacientes de pediatría.

—Deberíamos demandarla.

Drew rio y se frotó las sienes.

—Ahora en serio: creo que la exposición prolongada a esta basura musical está acabando conmigo. Pensaba que la cola iría un poquito más deprisa.

—Completamente de acuerdo —reconocí yo.

El nuevo disco de The Heartbreakers sonaba en bucle, pero cada vez que la canción cambiaba, se producía una nueva oleada de gritos. A aquellas alturas, habría sido capaz de corear cualquier canción al ritmo de la música si hubiera querido.

Una chica que había delante de mí se giró.

—¡Ay, Dios mío! ¡Esta es su mejor canción! —gritó como si no la hubiera escuchado ya un millón de veces aquel día—. ¡Me encantan los Heartbreakers!

Yo tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco. Aparentemente, todas las canciones eran su mejor canción. Cerré los ojos y respiré hondo.

—¿Cuánto nos falta? —le pregunté a Drew por décima vez.

Aún no conseguía ver el principio de la cola, pero ya debíamos de estar cerca. Si no lo estábamos... Bueno, no sabía cuánto tiempo más podría soportar aquella tortura. Drew, que era casi cuarenta y cinco centímetros más alto que Cara y que yo, estiró el cuello por encima de la multitud y miró en la dirección en la que yo supuse que debía de estar sentado el grupo. Bajó la vista para mirarme y me sonrió.

—Parece que solo nos quedan unos diez minutos.

—Ay, ¡gracias a Dios!

Rebusqué en mi mochila y saqué unas cuantas cosas de mi hermana: un CD de The Heartbreakers, un póster y una camiseta de la gira. Si no se volvía loca con aquel regalo...

Fuimos avanzando lentamente por la cola a medida que los minutos pasaban. Cuanto más nos acercábamos, más oportunidades tenía de atisbar levemente al grupo entre la multitud. Las cámaras destellaban cuando la gente sacaba fotos. Muy pronto solo quedaron unas cuantas personas delante de nosotros. Un grupo de chicas apiñadas alrededor de la mesa se apartó y...

Por fin pude ver a The Heartbreakers. Inspeccioné la mesa y se me paró el corazón.

Eran cuatro chicos. En el extremo de la derecha había uno de espaldas anchas que llevaba una camiseta ajustada y el pelo cortado a cepillo. En la parte superior del bíceps derecho exhibía un tatuaje de dos espirales negras que se enroscaban entre sí a modo de brazalete. A su lado había un chico alto y desgarbado con una alborotada mata de cabello rubio rojizo y unas gruesas gafas. El tercer chico también era rubio, pero tenía el pelo cortado en T y empapado de gomina para que ni un solo mechón se moviera de su sitio. Tenía un par de auriculares colgados del cuello y no dejaba de jugar con los cascos.

El culpable de que los ojos casi se me salieran de las órbitas fue el último de todos. Tenía una mata de pelo ondulado que me resultaba muy familiar y

aquella sonrisa asesina: era el chico del Starbucks. Mientras lo miraba, noté que la cara se me ponía roja de la vergüenza. Estaba hablando con una fan mientras le firmaba un póster; luego se inclinó sobre la mesa y la abrazó. Cuando la chica se apartó, vi que tenía la cara llena de lágrimas. La mente me iba a toda velocidad. ¿De verdad había estado tonteando con uno de los miembros del grupo favorito de mi hermana? ¿Con un famoso?

La fila avanzó, y entonces me di cuenta de que iba a tener que volver a hablar con él. ¿Qué haría cuando me viera? ¿Me recordaría? «¡Claro que sí!», me dije. Habíamos estado coqueteando durante casi cinco minutos y me había invitado al café. Aunque, en realidad, era bastante probable que hubiera tonteado con millones de chicas. Me sudaban las manos, así que me las sequé a toda prisa en el dorso de la camiseta.

Me di cuenta de que no quería que se acordara de mí. Le había dicho que estaba en Chicago para ver una galería de arte, no para ver a The Heartbreakers. Cuando me viera delante de él y le pidiera un autógrafo, probablemente se reiría de mí y pensaría que no era más que otra de sus fans locas.

—Parecen niños —comentó Drew, sacándome de mis pensamientos de golpe.

Yo aparté los ojos del chico.

—¿Qué? —respondí yo, con el corazón martilleándome en el pecho.

—El grupo. —Drew me miró con una cara rara—. ¿Estás bien, Stella? Estás un poco pálida.

—¿Qué? —volví a preguntar, forzando una sonrisa—. Estoy perfectamente. Y, sí, tienes razón. Parecen niños. —Mi hermano seguía mirándome como si supiera que algo no andaba bien, así que seguí con el chiste—. O sea, mira al flacucho de la izquierda. No puede tener más de doce años.

Drew miró al chico que había conocido por la mañana y esbozó una sonrisa.

—No sé, a mí me parece que ese tiene más bien trece.

La chica de delante se volvió otra vez hacia nosotros, esta vez con expresión furiosa.

—Oliver tiene dieciocho años. Dejad de meteros con él. No está bien.

«Oliver», pensé, dándole vueltas al nombre mentalmente. De repente me di cuenta de por qué me resultaba tan familiar. Era el chico del artículo que

había estado leyendo Cara, el rompecorazones.

—Estás de coña, ¿verdad? —respondió Drew, completamente boquiabierto.

Ella se llevó una mano a la cadera.

—¿Te parece que estoy de coña? —Al ver que mi hermano no contestaba, prosiguió—: The Heartbreakers es el mejor grupo del mundo, y Oliver es alucinante. Así que te puedes ahorrar tus estúpidas opiniones.

Tras unos segundos mirándola con la boca abierta, Drew se recompuso y me sorprendió disculpándose con la chica.

—Bueno, señora Perry —empezó a decir, mirándole la camiseta, en la que se leía: «Futura señora de Oliver Perry»—. Mis más sinceras disculpas por haberla insultado. No volverá a pasar.

—No te disculpes conmigo —espetó ella, señalando a Oliver—. Pídele perdón a él.

—¡Siguiente! —gritó uno de los guardaespaldas.

La chica giró sobre sus talones y su enfado se transformó en una sonrisa casi dolorosa. Yo parpadeé, sorprendida. Durante la discusión no me había dado cuenta de lo cerca que estábamos del principio de la cola. El estómago vacío se me encogió.

—Drew, creo que tienes razón —le dije, encasquetándole las cosas de mi hermana en los brazos—. Me encuentro mal. Necesito ir al baño.

—Ni de coña, Stella. —Mi hermano estiró un brazo y me agarró de la camiseta antes de que yo consiguiera huir—. No te vas a ir de rositas. Por mí, si quieres, puedes vomitarle encima a todo el grupo, pero me niego a ir ahí yo solo.

Noté que los brazos empezaban a temblarme a medida que el miedo se apoderaba de mí. Me sentía incapaz de enfrentarme a Oliver.

—Pero, Drew... —lloriqueé.

Me miró con ojos implacables.

—Estamos haciendo esto por Cara.

Yo me mordí el labio. Drew tenía razón. Mi hermana era mil millones de veces más importante que mi orgullo. Suspirando, hundí la cabeza. La chica maleducada y su grupito de amigas se apartaron de la mesa y yo contuve el aliento. Con un poco de suerte, la falta de oxígeno me calmaría los nervios.

De repente, el grupo se levantó y salió del estrado en el que estaban firmando.

—Espera, ¿adónde van? —preguntó Drew.

—Lo siento —respondió un corpulento guardia de seguridad—. Los chicos han terminado por hoy. Tienen que descansar para el concierto de mañana.

Olvidándome de la vergüenza, le dije al hombre:

—Llevamos horas haciendo cola.

—Sí, igual que todos los que están detrás de vosotros —señaló—. Los chicos no pueden atender a todo el mundo. Había demasiados fans. Espero que tengáis más suerte la próxima vez.

—Pero no he venido por mí. Es para el regalo de cumpleaños de mi hermana. Ella...

Sin embargo lo que yo tuviera que decir daba igual.

Los Heartbreakers ya se habían ido.

CAPÍTULO 3

Estaba tumbada sobre la cama del hotel mientras miraba al techo. El ambiente en nuestra habitación era sofocante y el calor agotador, ese tipo de calor que te impide hasta moverte. Cuando lo hacía, notaba perfectamente cómo las gotas de sudor me recorrían el cuello, y, cada vez que inspiraba, la piel se me quedaba pegada a la tela de la camiseta. Hice rodar la cabeza hacia un lado sobre la almohada y miré a mi hermano, que estaba en su propia cama.

—¿Podría hacer más calor? —le pregunté.

Después de ir dando un paseo en silencio hasta nuestro hotel, Drew y yo nos alegramos de poder registrarnos por fin para pasar la noche. Nuestra suerte, sin embargo, seguía cayendo en picado, porque nos había tocado una habitación con el aire acondicionado averiado. Mientras estábamos allí, tumbados cada uno en su cama, no podía evitar pensar que el viaje no había merecido la pena. Me había encantado visitar la galería de Bianca, pero en aquel momento solo era capaz de pensar en lo frustrante que había resultado el resto del día. Lo que más deseaba en el mundo era ver cómo se le iluminarían los ojos a Cara cuando nos presentáramos con un autógrafo de *The Heartbreakers*, pero eso era algo que ya no iba a pasar.

Mi hermano alzó la vista del libro que sostenía en las manos.

—Por favor, no lo gafes —dijo antes de retomar la lectura.

—Deberíamos buscar un sitio con aire acondicionado. ¿Te apetece salir a cenar?

Esa vez, Drew ni siquiera se molestó en levantar la vista de la página.

—Igual dentro de un rato —me dijo—. Antes quiero terminarme este capítulo.

Durante el mes anterior Drew había estado completamente inmerso en la

tarea de completar su lista de lecturas de verano. Cuando terminaran las vacaciones, se marcharía de casa para ir a la universidad en Minneapolis. Aún faltaban dos semanas para que pudiera matricularse en primero, pero Drew quería licenciarse en Literatura y ya había elegido una asignatura que esperaba poder cursar. Estaba tan emocionado con el comienzo de la universidad que había decidido empezar a leer los libros del curso antes incluso de que iniciara el semestre.

En cuanto noté que se me cerraba la garganta, me giré para no tener que ver a mi hermano. El primer año de instituto, antes de que diagnosticaran a Cara, yo tenía todas mis esperanzas puestas en ir a la Universidad de Nueva York. Había decidido que esa ciudad sería el lugar perfecto para descubrir quién era, para ser independiente de mis hermanos. Y cuando a principios del último curso, Cara entró en remisión y yo recibí la carta de admisión, las cosas por fin empezaron a parecer reales: iba a ir a la universidad.

Sin embargo, a medida que iba transcurriendo el verano, se me fue pasando la emoción. Nueva York me llamaba y yo quería responder con el mismo entusiasmo pero, al mismo tiempo, la idea de marcharme me aterrorizaba. Mi madre decía que los altibajos que sentía eran normales. Irse de casa por primera vez era un paso muy importante, y ponerme nerviosa era buena señal. Sin embargo, lo que yo notaba en el estómago no parecían mariposas, sino más bien abejas asesinas.

Antes de que todas aquellas cosas pudieran cobrar algún sentido, el cáncer regresó.

Y las abejas desaparecieron de un plumazo. Sabía que no sería capaz de marcharme mientras Cara estuviera aún en tratamiento, así que decidí postergar la entrada a la universidad un semestre. La situación de Drew era distinta. Minneapolis quedaba a apenas una hora y media en coche de Rochester, así que podría venir a casa todos los fines de semana que quisiera para visitar a Cara. Yo, en cambio, estaría a varios estados de distancia, completa y absolutamente sola. No me molestaba tener que posponer el comienzo de la universidad, pero una parte de mí hubiera querido seguir el ejemplo de Drew y solicitar plaza en una universidad más cerca de casa.

Una gota de sudor empezó a deslizarse frente abajo.

—No puedo más —dije, sentándome en la cama.

Necesitaba dejar de compadecerme de mí misma. Sí, no poder empezar la universidad, como estaba a punto de hacer mi hermano, era decepcionante; y,

sí, tampoco había podido conseguir el regalo de cumpleaños perfecto para mi hermana, pero no podía soportar durante más tiempo aquella sensación de malestar. Me recogí el pelo en un moño desordenado en lo alto de la cabeza, y decidí hacer algo con respecto a nuestra habitación.

—Voy a bajar a recepción a poner una reclamación. Procura no morirte de un golpe de calor mientras estoy fuera.

—¿Vas a bajar así? —me preguntó Drew.

Yo me miré en el espejo. Vale, con el flequillo sudado y pegado a un lado de la cara tenía unas pintas horribles, pero la verdad es que me daba absolutamente lo mismo.

—Sí, voy a bajar así, conque cállate la boca. De todas maneras, no es que vaya a encontrarme con nadie importante.

—Solo era un comentario —dijo Drew. Su mirada volvió a sumirse en el libro, y yo observé durante un momento cómo deslizaba los ojos por la página. De repente, leyó algo que le sorprendió, y reprimió un grito—. Ni de coña —susurró para sí.

Yo puse los ojos en blanco, dejé a mi hermano leyendo y salí de la habitación.



—¿Me está diciendo que no le quedan más habitaciones? —me quejé al recepcionista.

Acababa de informarme de que el empleado de mantenimiento del hotel no trabajaba de noche y ya se había marchado a casa, así que no había nadie que pudiera reparar el aire acondicionado.

—Lo siento, señorita, pero están todas reservadas.

Mientras contestaba a mi pregunta, el hombre paseó la vista por el vestíbulo, como si en cualquier momento fuera a pasar algo malo. Yo seguí el rastro de su mirada y me di cuenta de que había unas cuantas chicas esperando en el vestíbulo.

Yo apoyé ambas manos en el mostrador:

—¿Puedo hablar con el director? No he pagado por una habitación para morir derretida.

Sin embargo, el hombre no me estaba escuchando. De repente, su rostro

perdió el color y clavó la mirada en algún punto detrás de mí.

—Ay, mierda...

—¡Ay, dios mío! —chilló alguien—. ¡Es cierto que están aquí!

Se me tensaron los músculos de los hombros y me agarré al borde del mostrador con tanta fuerza que las yemas de los dedos se me quedaron blancas. Ya había tenido suficientes gritos histéricos por aquel día, así que inspiré hondo y me di media vuelta. Y justo cuando me disponía a echarle la bronca del siglo a la idiota que se hubiera puesto a gritar, las chicas que estaban merodeando por el vestíbulo corrieron en manada hacia las puertas del hotel.

—¡Son The Heartbreakers!

Cuatro chicos aparecieron en el recibidor, flanqueados por un enjambre de guardaespaldas. Afuera, la policía vigilaba las puertas para evitar que una estampida entrara en el hotel. Vislumbré una cabeza de pelo ondulado que ya me resultaba conocida y se me encogió el estómago.

—Tiene que ser de coña.

Aquello no podía estar pasando, ¿no? Es decir, ¿de verdad era posible cruzarse con el mismo famoso tantas veces en un mismo día? Ese era el tipo de cosas que solo pasaban en las películas, no en la vida real.

—Señoritas, señoritas —empezó a gritar el recepcionista, preocupado—. Por favor, dejen espacio para nuestros huéspedes.

Nadie le prestó la más mínima atención.

—¡Xander, te quiero!

—¡Alec, cástate conmigo!

—¡JJ, por aquí!

—¡Ay, Dios mío, Oliver!

El grupo se detuvo un momento para saludar a sus fans y, mientras los observaba, decidí que aquel pasaría a la historia como uno de los días más desquiciados de mi vida. Cara no iba a creerme cuando le contara aquello. Seguí mirando a los Heartbreakers hasta que Oliver desvió la vista hacia el mostrador junto al que yo estaba y tuve que darme media vuelta a toda prisa para que no me reconociera.

Sabía que era algo irracional, pero sentía que al no haberme contado quién era en realidad era casi como si me hubiera mentido. O quizá fuera sencillamente que yo me sentía idiota por no haberme dado cuenta. De cualquier manera, volver a hablar con él me iba a resultar tremendamente

incómodo.

Después de un minuto de negociaciones con el encargado de recepción, conseguí que accedieran a no cobrarnos la habitación, aunque tampoco es que eso solucionara demasiado. Solo de pensar que iba a tener que pasarme la noche sintiéndome tan acalorada y pegajosa me entraban ganas de arrancarme el pelo. Pero tampoco había mucho más que pudiera hacer, así que volví al ascensor.

—Boyband estúpida —gruñí mientras entraba y pulsaba con rabia el botón de la quinta planta. Era una niñería, pero me servía para canalizar el enfado con alguien.

—¡Sujeta la puerta!

Cuando alcé la cabeza, vi que uno de los guardaespaldas me estaba señalando. Venía guiando a The Heartbreakers por el vestíbulo mientras los guardias intentaban contener a un grupo de chicas cada vez más grande. Pulsé repetidamente el botón de «cerrado automático» con la esperanza de escapar, pero no iba a tener tanta suerte. La banda consiguió entrar en el ascensor y las puertas estuvieron a punto de pillar al último chico.

—Muchas gracias —me dijo el de las gafas—. Eso estaba empezando a convertirse en una pesadilla.

—No sabía que fuera tan horrible agradecerle su apoyo a las fans.

Las palabras salieron de mi boca antes de que mi mente pudiera procesar lo que había dicho.

La cabeza de Oliver se irguió cuando escuchó mi voz. Se me quedó mirando durante un segundo y luego me dedicó una gigantesca sonrisa.

—¡Stella!

«¡Se acuerda de mí!». El corazón me dio un vuelco, pero por algún motivo no fui capaz de contestarle, y me quedé ahí mirándole mientras la sonrisa se le borraba del rostro.

Nadie pareció escuchar el comentario de Oliver. El chico de las gafas se colocó la montura para verme mejor.

—¿Qué dices?

—¿Estás diciendo que no somos agradecidos con nuestras fans? —El muchacho musculoso se cruzó de brazos con gesto intimidante y el tatuaje que le cubría el bíceps creció más aún—. Esta mañana hemos tenido una firma de discos.

—Sí, lo sé —le espeté yo—. Me he pasado tres horas haciendo cola solo

para llegar al principio y ver cómo os largabais todos.

—Oh, ¿eres una fan enfadada? —me preguntó. Su expresión dio un giro de ciento ochenta grados cuando la sonrisa se extendió por su rostro.

—Eso podemos arreglarlo, desde luego —añadió Gafotas, sacando un rotulador del bolsillo—. ¿Tienes una cámara?

Yo dejé escapar un desagradable resoplido.

—¿Crees que soy fan vuestra? —Me callé un momento y le fulminé con la mirada—. Ni de coña.

Los chicos intercambiaron una mirada, sin saber qué contestar.

—Para mí que está loca —le susurró Musculitos al chico del pelo perfecto, que aún llevaba los auriculares colgados del cuello.

Este último aún no había dicho palabra. Se limitó a dedicarle a su amigo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Aquí la única locura es que la gente escuche vuestra música en serio. — Sentía que el pulso se me iba acelerando con cada palabra que pronunciaba —. Hoy he estado en la firma (y os aseguro que ha sido una auténtica tortura, sobre todo después de haber tenido que escuchar el mismo disco una y otra vez hasta que me han empezado a sangrar los oídos), por una única razón: para que le firmarais un autógrafo a mi hermana. Y, si no fuera mi hermana, probablemente la repudiaría por escuchar esa mierda.

El grupo al completo se quedó mirándome con la boca abierta.

—¿Algo más? —me preguntó Gafotas.

—Sí —añadí, con mi última oleada de enfado—. Dais asco.

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió.

—Creo que me gusta esta chica. Es descarada —dijo Musculitos con una sonrisa—. ¿Nos la podemos quedar?

—Que te jodan —le dije.

Y, sin mirar a Oliver, me abrí paso entre los Heartbreakers y me dirigí hacia la quinta planta.



—¿Por qué traes la misma cara que pondrías si acabaran de asesinar a nuestro perro? —me preguntó Drew cuando entré en la habitación hecha una furia.

—El hotel está completo —dije, cerrando la puerta a mis espaldas con un

portazo—. Lo único que he conseguido es que nos devuelvan el dinero.

—¡Oye! —me dijo Drew, extendiendo la palma de la mano para que le chocara los cinco—. ¡Eso es genial!

—Pero no cambia el hecho de que aquí no se pueda respirar —me quejé, ignorando su mano expectante. Saqué una muda de ropa limpia de la mochila y entré en el baño—. Voy a darme una ducha.

Eché el pestillo de la puerta y me quité la ropa sucia. Notaba que todo el cuerpo me ardía y que una desagradable sensación me oprimía el pecho. «No debería haberles gritado así», pensé mientras abría el grifo. Los Heartbreakers no tenían la culpa de que hubiera tenido un día de mierda. No esperé a que el agua se calentara: me metí bajo el chorro frío con los ojos cerrados. Me quedé allí de pie, apoyando la mano contra los azulejos, y contuve el aliento mientras esperaba a sentirme mejor. Sin embargo, lo único que consiguió el agua helada fue adormecerme el cuerpo, pero no alivió para nada mi sentimiento de culpabilidad.

«Probablemente ahora Oliver te odia». El incidente del ascensor no dejaba de centellear en mi cabeza mientras yo reproducía una y otra vez el momento en que su sonrisa se había desvanecido. Era una gilipollas y no querría volver a verme nunca más. Un sabor amargo me inundó la boca y, durante un breve instante, sentí náuseas.

«¿Qué leches te pasa, Stella?», me grité. «Cálmate». Cogí la pastilla de jabón y me froté con fuerza suficiente para arrancarme una capa de piel. No tenía motivos para enfadarme por no gustarle a Oliver Perry. Sí, era muy mono, pero no le conocía de nada. Y, por lo que había podido leer en el artículo de la revista de Cara, Oliver era una buena pieza, no alguien con quien me gustaría implicarme.

Drew llamó a la puerta, interrumpiendo mis pensamientos.

—Stella, he llamado al servicio de habitaciones —me gritó entre el ruido de la ducha—. ¿Te parece bien pizza?

—Claro —contesté, cerrando el grifo.

Seguía sin encontrarme bien del todo (aún me sentía avergonzada por haberle echado al grupo la culpa de mi mala suerte), pero me negaba a seguir enfadada por un chico que no volvería a ver nunca más.

Me sequé y me puse unos pantalones cortos y una blusa ancha antes de dirigirme a la estancia principal. Mientras esperábamos la comida, puse *CSI* y me hice una trenza. En medio de una escena particularmente sangrienta,

alguien llamó a la puerta y yo me levanté de un salto, contenta de que se me hubiera presentado una excusa para evitar presenciar el derramamiento de sangre.

—Muchas gracias —dije, abriendo la puerta de par en par—. Nos estábamos muriendo de hamb...

Perdí el hilo. Quien estaba en el pasillo era Oliver Perry.

—Stella —me dijo en tono amable.

Volví a quedarme mirándole como una idiota, pero no podía evitarlo. ¿Qué estaba haciendo allí?

Me fijé entonces en sus labios fruncidos. Parecía molesto, y me di cuenta de que probablemente esperaba que le pidiera perdón. La mera idea hizo que mis mejillas se colorearan de rosa, pero era consciente de que se merecía una disculpa. Había sido demasiado dura.

Abrí la boca para decirle que lo sentía, pero me ahogué con mis propias palabras. De mi boca surgió algo completamente distinto.

—¿Cómo has conseguido mi número de habitación?

—Esto... He dado tu nombre en recepción. —Era evidente que mi pregunta le había pillado desprevenido, pero Oliver no tardó en recuperarse. Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Eres bipolar, o algo así?

—Perdona, ¿qué?

—Bueno, es que esta mañana he conocido a una chica en Starbucks —me explicó—. Era dulce y encantadora, pero parece que ahora mismo está desaparecida en combate.

Ah, claro. Lo que quería era una explicación sobre mis cambios de humor.

—Deberías haberme dicho la verdad —respondí, a la defensiva.

—¿Sobre qué, exactamente? —me preguntó, alzando la barbilla al hablar.

Parecía molesto, pero algo en sus ojos me llevó a pensar que estaba más dolido que otra cosa. La garganta se me volvió a cerrar, y fui incapaz de disculparme. Eso habría sido demasiado humillante.

—Mmm, no sé —dije, apoyándome la mano extendida sobre el pecho en un intento por esconder mi sarcasmo y mi culpabilidad. No iba a servir para arreglar nada, pero las palabras volvían a volar de mi boca igual que lo habían hecho en el ascensor—. Podrías haber mencionado quién eras.

—¿De verdad me estás diciendo que no me reconociste? —me preguntó, cruzándose de brazos.

—Sí, te lo digo en serio —respondí. Oliver me dedicó una mirada

incrédula, así que añadí—: Mira, he oído a mi hermana hablar de Oliver Perry un millón de veces pero, cuando nos conocimos, no me di cuenta de que eras tú.

Se quedó mirándome con las cejas enarcadas, como si acabara de ofrecerle la respuesta a mi propia pregunta.

—Ese es precisamente el motivo por el que no te lo he dicho.

Su respuesta me obligó a parpadear.

—Vale, supongo que lo entiendo —repliqué, aunque no era verdad. ¿Por qué no querría que supiera quién era?—. Ahora sé quién eres. Gracias por pasarte a saludar.

Empecé a cerrar la puerta.

—¡Oye, espera! —Oliver metió el pie en el hueco para detener la hoja.

—¿Es la comida? —gritó Drew.

La cama chirrió cuando se levantó para ver qué pasaba.

—Hola —dijo Oliver, asomando la cabeza en la habitación para saludar a mi hermano.

—Ah, hola. —Drew se rascó la nuca—. ¿No te conozco? —Después de quedarse mirando a Oliver durante un segundo, vi cómo su expresión se iba transformando a medida que se iba dando cuenta de quién era—. Eres uno de los miembros del grupo. Stella, ¿qué haces? ¡Déjale entrar!

Cerré los ojos y de mi boca brotó un suspiro. Solté el pomo de la puerta y Oliver entró en la habitación detrás de mí. Su brazo rozó el mío igual que lo había hecho por la mañana, y el contacto con su piel me obligó a volver a tomar aire de repente. Se hizo un silencio incómodo durante unos segundos mientras todos nos mirábamos.

Al final, mi hermano rompió el hielo:

—Esto... No te lo tomes a mal, ni nada pero ¿qué estás haciendo aquí, exactamente? ¿Te has equivocado de habitación, o algo?

—No —dijo Oliver, y me miró antes de continuar—, he venido a hablar con tu... ¿novia?

—Hermana —le corrigió Drew, lanzándome una mirada inquisitiva.

Yo observé a Oliver, esperando su reacción, pero su cara no perdió la compostura.

—Claro, hermana. En fin, es que me ha comentado en el ascensor que queríais un autógrafo, así que he pensado...

Antes de que Oliver pudiera terminar la frase, Drew le interrumpió:

—Espera, ¿os habéis visto en el ascensor?

Mierda. Ahora tendría que explicárselo todo. Si Drew descubría que Oliver y yo nos habíamos conocido en realidad cuando salí a por los cafés, se iba a pillar un buen cabreo.

—En realidad —empecé a decir, arrepintiéndome inmediatamente de mis palabras— nos hemos conocido esta mañana.

Drew aún parecía perdido, así que Oliver se lo aclaró.

—En Starbucks.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que nos hemos pasado todo el día haciendo cola para que nos firmara un autógrafo pero que tú ya lo conocías? —preguntó Drew, mirándonos alternativamente como si estuviéramos locos.

Yo levanté las manos a la defensiva.

—Yo no soy Cara, Drew. No soy yo la que tiene la habitación empapelada con pósteres de The Heartbreakers. No me he dado cuenta de que era él. Si quiero escuchar algún grupo, escucho a gente buena, como Sensible Grenade o Bionic Bones.

Vale, Cara tenía razón con eso de que me gustaba la música alternativa —aunque, por supuesto, eso no la excusaba de ignorar quiénes eran las verdaderas leyendas del punk y el rock—, pero los grupos que yo escuchaba eran muchísimo mejores que The Heartbreakers.

Oliver se aclaró la garganta.

—Eh, vale. Golpe bajo.

Mi hermano parecía a punto de explotar, pero inspiró hondo, me apoyó una mano en el hombro y se volvió hacia Oliver.

—¿Nos disculpas un segundo? Tengo que hablar con mi hermana.

—Claro —dijo Oliver, encogiéndose de hombros—. Solo he venido a invitaros a nuestra habitación. —Me tendió una tarjeta de hotel—. Solo tenéis que darle esto al hombre del ascensor. Él te llevará.

Cuando la puerta se cerró y Oliver se hubo marchado, Drew se volvió para encararme.

—Pero ¿qué coño te pasa? —me preguntó—. ¿Por qué no dejabas de insultarle?

—Lo siento —dije, incapaz de mirarle a los ojos—. No quería, pero me estaba poniendo de los nervios.

Y, en parte, aquello era verdad. Oliver no había hecho nada para que yo

estuviera tan molesta con él, pero los súbitos sentimientos que me asaltaban cuando lo tenía delante sí lo eran. Me hacía sentir la misma sensación de vértigo que se experimenta cuando te pillas por alguien en el instituto, y eso era humillante.

La boca de Drew formó una fina y prieta línea.

—Hemos venido hasta aquí por Cara. No lo hemos hecho ni por ti ni por mí, sino por nuestra hermana. —Avergonzada, aparté la vista de su intensa y fulminante mirada—. Petardilla... —me dijo, levantándome la barbilla para hacer que le mirara.

Aquel era el apodo cariñoso que me había puesto Drew cuando éramos pequeños. Decía que me llamaba así porque, cuando me alteraba, mi genio salía disparado sin previo aviso, pero la explosión nunca era demasiado grande y la furia se esfumaba con un chisporroteo tan rápidamente como había empezado. Cada vez que me enfadaba, usaba el apodo para pedirme delicadamente que me tranquilizara.

—¡Vale, vale! —dije, retorciéndome para apartarme de él. Tenía razón. Me había disparado con Oliver como unos fuegos artificiales, y no estaba pensando con claridad—. ¿Qué quieres que haga?

—Disculparte —me dijo Drew, severo.

—Estoy superarrepentida.

—Buen intento, Stella. Vamos a subir a por un autógrafo y te vas a disculpar con Oliver.

Solo con escuchar su nombre, el estómago se me llenaba de mariposas. Iba a tener que hablar con Oliver Perry. Otra vez.

CAPÍTULO 4

Cuando entramos en el ático, tenía el estómago hecho un nudo. Mi hermano insistió en que esperáramos a que llegara la pizza antes de irnos. Confiaba en que aquel rato de espera me ayudaría a calmarme, pero para lo único que sirvió, en cambio, fue para que se me formara en el estómago una piedra del tamaño de una sandía que me impidió probar bocado.

—¿Hola? —gritó Drew al entrar.

La puerta se cerró sola a nuestras espaldas y el portazo hizo eco en la silenciosa suite y, junto con el saludo de Drew, anunció nuestra presencia.

Al ver que nadie respondía, dudé.

—¿Y ahora, qué?

—Igual están cenando.

—Bueno, pues si no hay nadie —dije, deseando irme de allí—, vámonos.

Cuanto más cerca veía el momento de volver a hablar con Oliver, peor me sentía. Una espesa sensación de miedo se deslizó por mis venas, como si alguien me hubiera inyectado cemento en ellas y todo mi cuerpo fuera extraordinariamente pesado. Era incapaz de dejar de menear los dedos, y tuve que clavármelos con fuerza en un costado para resistir el impulso de salir corriendo.

Drew me hundió ambas manos en los hombros.

—Pero aún no has podido disculparte —me dijo con una sonrisa maliciosa.

Me empujó levemente para guiarme por el pasillo hasta que llegamos a una sala de estar.

—Joder —susurré, olvidándome de los nervios.

Drew y yo cruzamos una mirada, impresionados.

El salón era gigante, y estaba decorado con muebles de diseño en elegantes tonos grises y azules. La pared del fondo era un ventanal que llegaba hasta el

techo y enmarcaba la ciudad resplandeciente a nuestros pies. A nuestra derecha quedaba la pantalla más grande que había visto en mi vida. La habían puesto en pausa en medio de un anuncio, como si alguien la hubiera estado viendo hacía un momento. Enfrente de la televisión había un sillón enorme con sofás a juego, una mesita con un montón de envoltorios de comida rápida abiertos y una mesa de billar.

—Aquí tampoco hay nadie —dije en voz baja—. ¿Podemos irnos ya?

Drew pasó de mí.

—¿Hola? —Volvió a gritar, dando otro paso sobre la alfombra.

El silencio duró un segundo más. Entonces, de la nada, la melodía de *Misión Imposible* empezó a sonar a todo volumen por el sistema de megafonía.

—¡Preparados: fuego! —Tres chicos salieron de un salto tras el sofá, con los brazos levantados, listos para disparar—. ¡Vas a caer, Oliver!

Una amplia variedad de objetos salió proyectada en dirección a nosotros y, cuando algo verde y viscoso me rozó el hombro, chillé. Bajé la vista hacia mi cámara con miedo de que aquel pringue misterioso hubiera aterrizado sobre ella, pero estaba libre de babas. Antes de que cualquier otra cosa pudiera alcanzarla, me la descolgué del cuello. Tenía la correa enganchada en el pelo, pero conseguí desenredarla justo antes de que un globo de agua se estrellara contra mi pecho y me empapara completamente la camiseta.

—Ay, mierda —gritó alguien—. ¡Abortar misión!

Cuando el ataque cesó, todos nos quedamos mirándonos entre nosotros: Drew y yo con los ojos como platos y las tres cuartas partes de *The Heartbreakers* con la boca abierta de par en par.

—¿Qué cojones...? —exclamó Musculitos.

Gafotas se rascó la cabeza.

—Bueno, esto no es raro.

—No, para nada —dijo Drew, sacudiéndose un par de calzoncillos del hombro.

Además de con ropa sucia y globos de agua, también habíamos sido bombardeados con espráis de serpentina y ganchitos. La baba verde de mi camiseta se parecía sospechosamente a gelatina.

Se produjo un incómodo segundo de silencio antes de que el chico de las gafas diera un salto adelante, casi como si acabara de darse cuenta de lo que acababa de pasar, y viniera corriendo hacia nosotros.

—¡Ay, Dios! —dijo, con la cara roja como un tomate, mientras le sacudía las serpentinas del hombro a Drew—. Lo siento muchísimo. Pensábamos que erais Oliver.

Drew se sacudió el pelo y un ganchito cayó al suelo.

—No te preocupes —le dijo, palmeándose el cuerpo de arriba abajo para asegurarse de que no se le había quedado nada más entre los pliegues de la ropa.

—¡Maldita sea! ¡Lo habíamos planeado a la perfección! —murmuró Musculitos, dejando caer al suelo un espray de serpentina. Se pasó los dedos por el pelo alborotado y sacudió la cabeza. Al final se volvió hacia nosotros y se aclaró la garganta—. Siento haberos asustado. —Se quedó mirando la mancha de gelatina que había en mi camiseta, dio un respingo y añadió—: Y haberos bombardeado con porquería.

Seguía sin ser capaz de encontrar las palabras adecuadas pero, de repente, Drew echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír.

—Lo siento —dijo, agarrándose la tripa mientras todo el mundo le miraba como si estuviera loco—. Probablemente esto es lo más genial que me ha pasado hoy, pero nadie me va a creer cuando cuente que los Heartbreakers me han tendido una emboscada con una bolsa de ganchitos.

Finalmente, Musculitos esbozó una sonrisa y le tendió la mano para que se la estrechara.

—JJ —se presentó—. Seguramente yo tampoco te creería.

—Sí, hagamos como que esto no ha pasado —dijo Gafotas—. Por cierto, yo soy Xander, y este es Alec. —Señaló al chico que seguía de pie junto al sillón.

Alec no dijo nada, pero levantó la mano como para saludarnos cuando miramos hacia él.

—Encantado de conoceros —dijo mi hermano, estrechándoles la mano a los dos—. Yo soy Drew, y esta es mi hermana, Stella.

Los chicos me inspeccionaron como si hubiera algo en mi cara que no les cuadrara. Yo contuve el aliento y supliqué mentalmente que no se acordaran de mí —si Drew se enteraba de que había insultado al grupo entero, iba a estar recordándomelo hasta el fin de mis días—, pero en los ojos de JJ vi que me había reconocido y supe que estaba perdida.

—Eh —dijo, señalándome—. Eres la chica del ascensor. —Se volvió hacia Xander, le cogió del brazo y empezó a zarandearlo—. La chica del ascensor,

¿te acuerdas?

Xander apartó la mano de su amigo.

—Sí, JJ, me acuerdo perfectamente.

—Espera un momento. —Drew se volvió hacia mí—. ¿Los has conocido a todos?

—Más bien, nos ha gritado —aclaró Xander—, pero sí, ya nos conocemos.

Ni siquiera me molesté en mirar a mi hermano porque ya sabía que me estaba mirando con el ceño fruncido.

—Lo siento —dije, estirándome el dobladillo de la camiseta—. No estaba de muy buen humor.

—Nos han dicho cosas mucho peores —dijo JJ, quitándole importancia a la disculpa con un gesto de la mano—. Ahora mismo, lo único que me importa es vengarnos un poco de Oliver. Esta mañana me ha pringado mis zapatillas preferidas de mantequilla de cacahuete, así que algo debe de olerse. Que alguien me ayude a llenar más globos de agua antes de que aparezca.

Drew miraba a los chicos de uno en uno para intentar deducir si JJ iba en serio.

—¿Quieres que te ayudemos a tenderle una emboscada a Oliver Perry?

Aparentemente, JJ iba completamente en serio.

—Ya te digo —dijo. Ya estaba en el fregadero de la cocina, con la goma rosa chillón de otro globo enroscada alrededor de la boquilla del grifo—. Quiero verle la cara a ese mamón cuando le demos una duchita sorpresa. Xander, mira a ver si nos quedan espráis de serpiente.

La puerta del salón se abrió y Oliver irrumpió de repente en la habitación.

—Valiente intento, JJ. Te daría un cuatro sobre cinco, pero jamás conseguirás superar mis bromas.

En cuanto vi a Oliver, me empezaron a picar las orejas como si se me hubieran quemado en un día de mucho sol. Me coloqué corriendo a la izquierda, al lado de Drew, con la esperanza de desaparecer tras él.

—Joder, tío —gruñó JJ, dejando caer en el fregadero el globo que había conseguido llenar—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí escuchando?

Oliver se desplomó en el sillón.

—¿Quién ha dicho que estuviera escuchando?

Su manera de sentarse entre los cojines, las manos recogidas con indiferencia en el regazo, las piernas estiradas frente a él, hizo que se me revoliera el estómago. Aquel chico era una persona distinta de la que había

conocido por la mañana.

JJ miró a Oliver con los ojos entrecerrados.

—Espera... —dijo, como si poco a poco empezara a entenderlo todo—, ¿sabías de qué iba el plan antes de irte? —Oliver no contestó, pero su sonrisa burlona desplegada de oreja a oreja fue confirmación suficiente.

—Y, entonces, los invitaste a venir aquí —dijo Xander, señalándonos a Drew y a mí. Oliver siguió en silencio, pero se entrelazó las manos detrás de la cabeza, muy satisfecho de sí mismo.

—Eso es muy rastrero, tío —dijo JJ, sacudiendo la cabeza—. Engañar así a unos pobres inocentes.

—Reconozco que el hermano ha sido un daño colateral —dijo Oliver, saludando a Drew con la mano para luego clavar los ojos en mí—. Pero ella inocente no es. —Su rostro se mantuvo impassible mientras hablaba pero, a pesar de todo, yo podía percibir su furia, el vendaval que se había desatado tras sus ojos—. No te enfades, pero te lo merecías. No puedo decir que lo sienta.

Escuché el crujido de mis nudillos antes incluso de darme cuenta de que había cerrado el puño. La sangre me bombeaba tan deprisa que podía notarla perfectamente zumbándome en los oídos cuando avancé un paso hacia Oliver.

—Stella —me dijo Drew en tono de advertencia. Me envolvió los hombros con las manos y me mantuvo quieta en el sitio. Sabía que solo estaba intentando evitar que hiciera algo de lo que después pudiera arrepentirme, así que me resistí al impulso de sacudirme sus manos de encima.

Oliver era un capullo integral. Es cierto que mis críticas al grupo habían sido muy duras y, aunque aquello no había sido demasiado considerado por mi parte, seguía teniendo derecho a tener una opinión propia. ¿Se vengaría Oliver así de todos los que se metieran con los Heartbreakers? ¿Y de verdad pensaba que iba a dejarme pisar y permitir que se saliera con la suya solo porque era famoso? El hecho de que siguiera resultándome atractivo solo me enfurecía aún más.

Yo ya estaba a punto de mandar a Oliver a la mierda cuando JJ intervino:

—Estás enfadado porque ha despreciado tu música —dijo en mi defensa.

El modo en el que JJ había dicho «tu música» sonaba como si se hubiera comido algo que llevara semanas pudriéndose en el fondo de la nevera. ¿No era la música de todos? Por un segundo, mi cabreo se suavizó y yo abrí bien

los oídos.

El comentario de JJ hizo reír a Xander, pero la atmósfera de la sala de estar de repente se tornó muy frágil, y yo no pude evitar sentirme tensa.

—Deberías haber visto la cara que se le ha puesto cuando hemos vuelto a la habitación —dijo—. ¡Echaba humo! No había visto a Oliver tan enfadado desde aquella vez que se cayó del escenario en Atlanta.

—No estaba enfadado porque no le gustara nuestra música —soltó entonces Oliver.

—¿Y por qué si no, entonces? —respondió JJ. Oliver se quedó mirándolo con la mandíbula tensa, como si estuviera intentando buscar algo bueno que replicar—. ¿Y bien?

—Que te jodan, JJ —escupió Oliver.

Se levantó de un salto del sillón y desapareció en una de las muchas habitaciones de la suite. Todos escuchamos el eco del portazo que dio la puerta del dormitorio al cerrarse.

—Esa ha sido la pequeña *prima donna* que lleva dentro —dijo Xander.

—Mmm... —contestó JJ, rascándose el mentón—. En una escala de humilde a Mariah Carey, yo diría que solo está en nivel diva.

Xander se encogió de hombros. Alec ni siquiera estaba prestando atención: se había tumbado en un sillón, con los auriculares puestos, moviendo la cabeza al ritmo de alguna música. Los tres parecían tan poco afectados por lo que acababa de pasar que me pregunté si discutirían así muy a menudo.

Puede que ellos ya estuvieran acostumbrados, pero yo era incapaz de dejar tan fácilmente las cosas como estaban.

—Me gustaría hablar un momento con él —dije, señalando hacia el lugar donde había desaparecido Oliver. Intenté mantener un tono neutral para parecer una persona civilizada, pero mi voz sonó cortante y furiosa.

—Tú misma —dijo JJ. Extendió ambas manos, invitándome a entrar, y señaló hacia el pasillo con una sonrisa tan ancha que casi parecía bobalicona.

—Igual no es muy buena idea —dijo Drew, pero mi mirada hizo que se callara inmediatamente.

Ir allí había sido idea suya, no mía. Yo habría preferido que nos quedáramos en nuestra sauna de habitación, sudando como pollos, pero ahora Oliver iba a escucharme, tanto si quería como si no. Después de dedicarle una última mirada cortante a mi hermano, le di las gracias a JJ con un leve movimiento de cabeza y avancé a grandes zancadas, sin rastro de la

vergüenza que había sentido al entrar en la suite.



Estaba asomado al balcón. Después de buscarle por unas cuantas habitaciones vacías, entré en el dormitorio principal y miré alrededor. Como las cortinas estaban descorridas, no tardé en localizarle al otro lado de la puerta de cristal. Una oleada de calor me recorrió el cuerpo entero, provocando que me ardieran el pecho y las mejillas, y entré en la habitación con furia renovada y dando fuertes pisotones.

—¿Qué quieres? —me dijo en cuanto descorrí la puerta deslizante.

Estaba de espaldas a mí, con los brazos cruzados contra la barandilla, como si estuviera mirando al cielo. Esperaba que su tono sonara enfadado, pero toda la ira que había mostrado antes había desaparecido y ahora su voz parecía tranquila, con un deje de cansancio. Aquello me resultó extrañamente chocante, así que retrocedí un paso.

Al notar que yo no respondía, Oliver se dio media vuelta.

—Ah, pensaba que eras JJ —dijo y, al verme, en su ceño se dibujó una arruga—. No quiero hablar contigo.

Abrí la boca para replicar, para decirle que no podía ir por ahí tratando a la gente como me había tratado a mí, pero entonces vi algo en el borde del balcón que llamó mi atención y me atrajo hacia la barandilla. A una gran distancia por debajo de nosotros, en el suelo, una verdadera multitud de gente invadía las aceras. Desde aquella altura parecían puntitos, pero yo sabía que todas aquellas personas eran adolescentes que estaban esperando para conocer a sus ídolos.

—Guau —jadeé, incapaz de contener mi asombro—. ¿Toda esa gente de ahí abajo...?

Los ojos de Oliver se apartaron de las estrellas y se fijaron en la calle, con expresión distante.

—¿... ha venido a vernos a nosotros? —Terminó la frase y se frotó los brazos como si tuviera frío—. Sí.

Era incapaz de hacerme una idea de cuántas chicas habían esperado allí, a las puertas del hotel. ¿El grupo se enfrentaba a diario a situaciones como aquella? Me mareaba solo de pensarlo.

No me arrepentía de haber tomado la decisión de estudiar en casa. Sin embargo, a veces pasarse el día entero encerrada era un poco duro, y había días que me preguntaba cómo sería la experiencia de ir al instituto para una adolescente normal. Cada vez que me asaltaban ese tipo de pensamientos, yo me tumbaba en la cama y me quedaba mirando fijamente las paredes de mi habitación, en un intento por asegurarme de que no estuvieran cerrándose y reduciendo el espacio a mi alrededor. A veces sentía precisamente eso: notaba que me asfixiaban lentamente mientras las paredes se aproximaban desde todos lados, muy despacio. Era como si el cáncer nos hubiera atrapado a todos y nos estuviera aislando del resto del mundo. Sabía que la situación de Oliver era completamente distinta, pero me preguntaba si la falta de privacidad lo haría sentir tan prisionero y atrapado como yo me sentía por la enfermedad de Cara.

—Tiene que ser angustioso —dije, sin saber qué otra cosa decir. Noté una dolorosa punzada a la altura del corazón y me apreté una mano contra el pecho.

—Terminas acostumbrándote —respondió él, encogiéndose de hombros.

Su respuesta transmitía tal indiferencia que era como si se hubiera limitado a repetir un secreto a voces contado mil veces. Yo no supe qué responder y él volvió a centrarse en la oscuridad suspendida sobre nosotros. Solo entonces una expresión de calma le alivió un poco la cara, y por un momento me recordó al chico sonriente que había conocido en el Starbucks, y no al engreído famoso que había tenido delante hacía unos pocos minutos.

Me puse a mirar las estrellas con él.

—Yo no creo que pudiera llegar a acostumbrarme nunca —respondí al final.

—Eso decía yo al principio. —Oliver se pasó los dedos por el pelo y luego se volvió hacia mí—. Mira, Stella, siento lo de antes. No debería haberos engañado así a tu hermano y a ti, pero tú...

—Espera —le interrumpí. Sentía la repentina necesidad de disculparme. No sé por qué, sobre todo teniendo en cuenta que hacía un momento había irrumpido en la terraza hecha una furia y con la intención de hacer que su noche resultara tan horrible como la mía. Era como si, por algún extraño motivo, entendiera el sentimiento de Oliver de que el mundo estaba estrechándose a su alrededor—. No lo hagas. Soy yo la que debería disculparse. Me he comportado como una auténtica perra. Tú solo...

—Te pillé desprevenida —dijo Oliver, terminando la frase por mí.

—Sí —dije, levemente ahogada por la falta de aliento—. Exacto.

Nos quedamos ahí, mirándonos a los ojos, y entre nosotros transcurrió un instante que fui incapaz de interpretar. Oliver no se movió lo más mínimo, salvo por su flequillo, que no dejaba de ondear al viento. Su rostro no mostraba ninguna expresión, pero sus ojos, muy abiertos y llenos de una misteriosa actividad, me incitaron a dar un paso adelante y ver si aquella profundidad azul podía ayudarme a averiguar lo que estaba pensando.

Se aclaró la garganta, y aquello me hizo ser intensamente consciente de lo fuerte que me latía el corazón. Clavé los ojos en mis pies. La temperatura había bajado bastante al caer el sol y la brisa me refrescó la piel ardiente, pero no consiguió calmar los nervios que se arremolinaban en mi interior.

—Entonces... —dijo Oliver con voz áspera—, ¿de verdad no eres fan nuestra?

Su pregunta hizo que me encogiera.

—Oliver —le respondí—, antes me he comportado como una rencorosa, lo que es una absoluta ridiculez, porque tú no me has hecho nada.

—Pero seguimos sin gustarte, ¿verdad?

—Lo siento —respondí, jugueteando con mi cámara—, pero la verdad es que no. A mi hermana sí que le encantáis, y probablemente se moriría de vergüenza si supiera lo mal que os he tratado.

Oliver no dijo nada mientras yo le respondía. La forma que tenía de mirarme a los ojos, con los labios apretados, me resultó de lo más enervante. Cuando sonreía, parecía una persona completamente distinta, mucho menos imponente. De pronto, quise volver a ver los hoyuelos que asomaban en las comisuras de su boca cuando sus labios se curvaban en una sonrisa.

No soportaba más aquel silencio.

—Entendería perfectamente que me odieras desde lo más profundo de tu ser —dije, de carrerilla—. Para ser sinceros, al principio he venido aquí para gritarte, pero luego me he dado cuenta de que merecías una disculpa. Así que, de nuevo, lo siento. Supongo que ahora debería dejarte solo.

Cuando ya estaba dando media vuelta para irme, noté que sus dedos me rozaban el hombro.

—Espera —me pidió.

El tacto de su piel me hizo dar un respingo. Él retiró inmediatamente la mano y clavó la vista en el suelo, como si su comportamiento le hubiera

sorprendido tanto como a mí. Demasiado desconcertada como para decir nada, me envolví en mis propios brazos y esperé a que empezara a hablar.

Oliver alzó la vista y tomó aliento.

—¿Podemos volver a empezar? —me preguntó. Era lo último que esperaba que dijera. Me quedé boquiabierta cuando vi que me tendía la mano—. Soy Oliver Perry, el cantante de The Heartbreakers.

Yo dudé, pero luego deslicé muy lentamente mi mano entre la suya.

—Stella Samuel, fotógrafa aficionada.

Su mano atrapó la mía y la envolvió con una piel más áspera de lo que habría imaginado. Sin embargo, la sensación de mis dedos al entrar en contacto con los suyos me gustó.

—Bueno, Stella, fotógrafa aficionada, encantado de conocerte.

Me cegó con esa sonrisa que le transformaba el rostro y en la que había estado pensando hacía muy poco. Era una sonrisa contagiosa, y yo no tardé en sonreírle también.

—Igualmente.

—Entonces... —continuó, apoyándose sobre la punta de los pies—, ¿decías que tu hermana quería un autógrafo?

—Pues... sí. —Me rocé la garganta con los dedos al notar que me salía un gallo—. Es una sorpresa por su cumpleaños.

—Estoy seguro de que los chicos estarán encantados de firmaros uno.

—¿De verdad? —le pregunté, notando que una tímida sonrisa afloraba a mi cara—. ¿Haríais eso por nosotros? ¿Incluso después de todo lo que ha pasado?

Tal vez Oliver no fuera el capullo que yo había imaginado que era.

—Por supuesto —asintió—. Vamos dentro, buscaré un bolígrafo.

CAPÍTULO 5

La distancia que nos separaba del salón se me hizo más larga que todo el viaje en coche desde Minnesota hasta Chicago. Oliver y yo acabábamos de firmar una tregua pero, al mismo tiempo, ya nunca podríamos volver a ser las mismas personas que se habían conocido en aquel Starbucks: un chico y una chica normales y corrientes. Yo era incapaz de olvidar quién era, el cantante de The Heartbreakers, y eso me ponía de los nervios. Mi cuerpo era extremadamente consciente de dónde estaba Oliver mientras caminaba junto a mí, y me aseguré de mantener los brazos bien pegados a los costados para evitar volver a rozarnos. A pesar de todo, aún tenía erizado el vello de los brazos.

En cuanto el estrecho pasillo desembocó por fin en la gigantesca sala de estar, dejé de contener la respiración y me aparté para poner un poco de distancia entre nosotros. En mi ausencia, Drew se las había ingeniado para hacerse amigo del resto de The Heartbreakers y estaba inmerso en una intensa partida de *Call of Duty* con JJ.

—Juro por Dios que este tío está haciendo trampas —dijo JJ cuando su personaje murió en la pantalla—. Es como un puto ninja: sale de la nada en cualquier sitio y me hace picadillo.

La ronda no tardó en terminar. Drew dejó el mando a un lado y flexionó los brazos como si la fuerza física tuviera algo que ver con su habilidad como jugador.

—Es verdad —dijo, con una sonrisa socarrona en los labios—. A partir de ahora puedes llamarme El Asesino.

—¡Ah, hola! —nos dijo Xander cuando nos vio aparecer—. ¡No os habéis matado entre vosotros!

—Sorpresa, sorpresa —añadió JJ—. Ya pensábamos que íbamos a tener

que buscarnos un nuevo cantante. Drew, ¿tú qué tal cantas?

—¡Oye! —protestó Oliver—. ¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Pues, obviamente —respondió JJ—, que Stella te iba a patear el culo de lo lindo.

Oliver se cruzó de brazos y resopló.

—¿De verdad crees que no puedo con ella? —Yo le lancé una mirada asesina y él añadió—: ¿Qué pasa? Te saco como quince centímetros.

—Da igual —dijo JJ, sacudiendo la cabeza—. Echaba fuego por los ojos, tío. Es mejor no meterse con una tía tan enfadada.

—Joder, gracias por tener tanta confianza en mí.

—Yo solo te aviso.

—Vale, si ya os habéis cansado de meteros conmigo, creo que os gustará saber que le he prometido a Stella que le firmaríamos un autógrafo a su hermana.

—Vale —dijo Xander, meneando la cabeza con entusiasmo—. ¿Queréis que os firmemos algo en concreto?

—Sí, espera. —Me quité la mochila, saqué el CD, el póster y la camiseta y se lo tendí todo a Oliver—. Nuestra hermana se llama Cara, con «C».

Oliver extendió los objetos sobre una mesa que había cerca y el resto de los chicos la rodearon y empezaron a garabatear sus nombres sobre ellos.

—¿Cuántos años dices que tiene tu hermana? —preguntó JJ, acercándose el póster. Apoyó la punta del rotulador bajo su propia foto y dibujó dos jotas entrelazadas.

—Diecisiete para dieciocho.

Las cejas de Oliver se juntaron en su frente como si mi respuesta no tuviera ningún sentido.

—Y entonces ¿cuántos años tenéis vosotros?

—Diecisiete para dieciocho —respondí, sonriendo al ver que la arruga en el ceño de Oliver se volvía más profunda.

—Somos trillizos —aclaró Drew.

—Mentira —dijo JJ, enderezándose para poder mirar mejor a mi hermano—. Tú tienes que tener por lo menos veinte.

Drew, que ya había escuchado aquel comentario muchísimas veces, tenía una sonrisilla astuta en los labios.

—Diecisiete, lo juro.

—¿Quién es el mayor? —preguntó Xander.

—Yo —dije, devolviéndole la sonrisa.

Drew tosió para disimular su risa. Los tres solíamos decir que aquella era la manera más idiota de preguntar quién había sido el primero en salir de nuestra madre. O sea, ¿hola? ¿De verdad no sabes cuál es la definición de trillizos? Significa que los tres tenemos la misma edad. Sin embargo, por algún motivo, a la gente ese aspecto en particular siempre le causaba curiosidad.

Acto seguido, el grupo al completo nos sometió al típico interrogatorio sobre trillizos, hasta que JJ preguntó:

—¿Y por qué no ha venido tu hermana?

Vi cómo la sonrisa de Drew se esfumaba y cómo recogía las manos con cautela sobre el regazo.

—Ahora mismo está enferma.

—Oh, vaya, qué mal —comentó Xander.

Todos se quedaron callados, y yo temí que los Heartbreakers se hubieran percatado de nuestro cambio de humor.

—Bueno, se está haciendo tarde. Seguramente deberíamos irnos —dijo Drew, levantándose del sillón—. Os agradecemos mucho lo de los autógrafos, y más teniendo en cuenta todo lo que ha pasado.

Por el tono de voz de mi hermano deduje que ese «todo» en realidad se reducía a la forma en que yo había tratado a los chicos.

—Espera, ¿qué? No podéis irnos todavía —dijo JJ, negando con severidad hacia Drew—. Todavía tengo que ganarte al *Call of Duty*.

La sonrisa volvió al rostro de mi hermano, pero Drew se volvió hacia mí como para pedirme permiso. Yo miré a Oliver. Tenía sus perspicaces ojos clavados en mí y, al notar que se cruzaban con los míos, me apresuré a volver a mirar a Drew y asentí.

—Supongo que me sobra un rato para volver a machacarte —dijo Drew, cogiendo el mando.

JJ saltó por encima del respaldo del sillón y se sentó a su lado.

—Esta vez no, tío ninja. Ahora serás tú quien caiga.



—Estoy aburrido —se quejó JJ. Estaba tumbado boca abajo sobre uno de los

sofás, y agitaba un par de baquetas en el aire como si fuera un director de orquesta. La sangre se le iba bajando a la cara mientras su cabeza rapada colgaba casi rozando con la alfombra—. Que alguien me entretenga —exigió, con un movimiento de los palos de madera.

Después de perder tres veces seguidas contra mi hermano, se había dado por vencido.

—Puede que en la cocina haya algún libro de colorear —sugirió Xander, divertido.

Cogió las piernas de JJ y las empujó en dirección a la cabeza de su amigo. JJ se precipitó al suelo y aterrizó con un fuerte golpe y hecho un guiñapo. Yo dejé escapar una risilla, e incluso Alec, que seguía con los auriculares puestos, esbozó una sonrisa. Drew y Oliver estaban demasiado inmersos en una partida como para fijarse.

—No tiene gracia —se quejó JJ mientras se incorporaba y se frotaba la cabeza. Le lanzó un puñetazo a Xander, pero él se apartó con una sonrisilla astuta. Derrotado, JJ miró hacia la televisión con el ceño fruncido—. En serio, esta partida se está haciendo eterna.

—Yo también lo creo —añadí.

Por mucho que disfrutara de ver cómo Drew les pateaba el culo a todos, la cosa estaba empezando a volverse un poco repetitiva. Además, ¿cuánto tiempo más íbamos a quedarnos con The Heartbreakers? Drew había hecho otro intento de irse cuando JJ se había rendido, pero Oliver le había sustituido de inmediato. Los chicos del grupo parecían desesperados por relacionarse con alguien ajeno a la banda.

—Bueno, ¿qué os apetece hacer? —preguntó Xander, volviendo a sentarse en el sillón.

JJ se lo pensó un momento antes de volverse hacia mí con una sonrisa pícara.

—¿Jugar al strip-póker? —propuso.

Yo enarqué una ceja.

—¿De verdad quieres jugar a un juego en el que otros cuatro tíos, además de ti, van a terminar desnudos? ¿No es un poco...?

JJ me cortó antes de que pudiera terminar.

—Vale, déjame que reformule la propuesta. Nosotros podemos jugar al póker normal, y tú al de desnudarse.

En cuanto oyó hablar de gente desnudándose, Drew intervino:

—Yo no tengo ninguna intención de ver a mi hermana desnuda. Menudo asco.

—Sí, eso no va a pasar. Ni de coña —concordé con él, cruzando los brazos sobre el pecho a la defensiva.

—Oh, venga... —se quejó Oliver.

Al principio pensé que le había molestado mi respuesta a la sugerencia de JJ, así que la cara se me puso roja como un tomate, pero luego me di cuenta de que Drew le había vuelto a ganar. El hecho de haber pensado que Oliver estaba hablando de mí hizo que me sonrojara aún más.

—¿Al Twister nudista? —preguntó JJ.

Yo levanté las manos, desesperada.

—¿De verdad eso te parece mejor?

—JJ, está claro que Stella preferiría algo más maduro. Pon esa cabecita salida a trabajar en algo que no sean guarradas —pidió Xander.

—Vale, puedo ser más maduro, si quieres. ¿A la señorita le gustaría jugar una estimulante partida de Twister nudista?

—¡JJ! —gritamos Xander y yo a la vez.

—Vale, vale —dijo, con el ceño fruncido. Se recostó contra el sofá, perdido en la profundidad de sus pensamientos. De repente, una lenta sonrisa fue abriéndose paso en la seriedad de su rostro—. Tíos, se me ha ocurrido una idea buenísima.

—¿Por qué tengo la sensación de que va a ser una idea penosa? —le pregunté a Xander.

—Porque probablemente llevas razón.

JJ no pareció escucharnos. Estaba dando saltitos de emoción en el asiento.

—¿No vais a preguntarme qué se me ha ocurrido?

—Depende —dijo Xander—. ¿Es algo a lo que jugaría un niño de diez años?

JJ ignoró a Xander y siguió hablando.

—A ver qué os parece esto —dijo, inclinándose hacia delante—. Vamos a empapelar la recepción del hotel con papel higiénico.

Se quedó callado durante un segundo y nos miró, ansioso de que le respondiéramos.

—Mmm... Eso suena divertido, sí —dije, con el ceño fruncido—, pero preferiría que no nos echaran del hotel.

JJ hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia al asunto.

—No te preocupes, Stella. Si vas con nosotros, no te vas a meter en ningún lío —me aseguró.

—No sé si es muy buena idea, JJ —dijo Xander, sacudiendo la cabeza—. ¿De verdad quieres arriesgarte a que nos quedemos sin papel higiénico? Recuerda que te has comido un perrito con chili a mediodía.

—Ay, qué asco —dije, huyendo hacia el extremo opuesto del sofá, lo más lejos posible de JJ—. No necesitaba tanta información.

—Oye, pues no veo que a vosotros se os haya ocurrido ninguna buena idea —replicó.

—Tenemos la piscina —dijo Alec.

Yo me sobresalté. Era la primera vez que le escuchaba hablar. Su voz era profunda y tranquila al mismo tiempo. Se me había olvidado por completo que estaba ahí.

—Sí —dijo Xander, asintiendo con la cabeza—. Podríamos ir a nadar.

—¿En pelotas? —propuso JJ.

—No, JJ —respondimos todos a la vez.

—Lo imaginaba —resopló—, pero supongo que tendrá que valer. —Siguió murmurando para sus adentros un rato más, aunque era evidente que aquello le parecía una buena idea.

Yo miré mi reloj.

—No quiero ser aguafiestas pero ¿no se supone que a estas horas la piscina está cerrada?

—Sí —respondió alegremente JJ—, así nadie nos molestará —dijo, meneando las cejas hacia mí.

Le ignoré y me dirigí a Xander.

—Entonces ¿queréis que nos colemos?

—Vamos, Stella, ¿dónde te has dejado el espíritu aventurero?

—Pues debajo del colchón, con la esperanza de que nadie me arreste —le dije.

Ahora rieron los dos.

—Vale, tocado, pero aquí nadie va a detenerte. Formar parte de un grupo tiene sus ventajas. Tenemos la llave.

—Bueno —dije, dándoles la espalda a JJ y a Xander—, entonces parece que vamos a echar unos largos.



—¿Puedes explicarme por qué estamos intentando darle esquinazo a vuestro guardaespaldas? —le susurré a Oliver cuando salimos del ascensor en la quinta planta.

A aquellas horas de la noche solo había un hombre encargado de la seguridad del grupo. Los chicos habían elaborado un plan para esquivarle que incluía que yo fuera a mi habitación a buscar mi bañador. No sé muy bien cómo, terminé haciéndolo escoltada por Oliver.

Él me sonrió como un niño pequeño.

—Porque es divertido. Además, ¿de verdad te apetece que se quede plantado en el borde de la piscina viéndonos nadar?

—No —dije, sacudiendo la cabeza—. Ni un poquito.

—Lo suponía.

Cuando doblamos la esquina para ir a mi habitación, yo volví la vista hacia el guardaespaldas de Oliver. Seguía de pie en el ascensor, con las manos entrelazadas frente al cuerpo mientras esperaba a que «fuera a buscar mi bañador», ese mismo bañador que yo no había metido en la maleta. Cuando estuvimos fuera del alcance de su vista, Oliver apretó el paso y dejó mi habitación atrás.

—Espera, quiero coger una camiseta para taparme —le dije.

—No tenemos tiempo —me dijo, sacudiendo la cabeza—. Cuando vea que tardamos, vendrá a buscarnos, y entonces los demás podrán salir de la habitación a hurtadillas.

—¿Y qué se supone que me voy a poner para bajar a la piscina?

Todos los demás tenían bañadores, y JJ se había ofrecido a prestarle a Drew uno de los suyos.

—La ropa interior —me dijo, como si tal cosa.

—No pienso nadar en sujetador y bragas. ¿No has oído antes a JJ? Tu amigo es un salido.

—¿Y qué diferencia hay entre un bikini y la ropa interior? Son exactamente iguales.

—La diferencia es que está bien visto llevar una cosa en público, y la otra no.

—Pero no vas a estar en público. Solo vamos a verte nosotros.

—Sí, solo vosotros, unos chicos que he conocido hace unas cuatro horas.

—Si te sientes más cómoda, déjate la blusa puesta. Pero no sé a qué viene tanta vergüenza: estás genial.

Yo abrí la boca para replicar, y ahí fue cuando me di cuenta de que acababa de echarme un piropo.

—Vamos —me dijo Oliver, completamente ajeno a lo mucho que me habían impactado sus palabras—. Si no nos damos prisa, nos pillarán.

Oliver empujó la puerta de las escaleras y ambos empezamos a bajar los escalones de dos en dos. Yo no dejaba de mirar por encima del hombro, con miedo a que el guardaespaldas apareciera de repente en las escaleras y me atacara. Tal vez me acusara incluso de haber secuestrado a Oliver. Ya me imaginaba el titular: «Adolescente secuestra al vocalista de The Heartbreakers». Por absurdo que pudiera sonar, estaba empezando a ponerme nerviosa.

—¿Estás seguro de que no nos vamos a meter en un lío? —le pregunté a Oliver.

Antes de que pudiera responderme, dos chicas abrieron la puerta que daba a las escaleras en la cuarta planta. Las chicas se quedaron mirándonos mientras Oliver intentaba taparse la cabeza con la capucha, y de repente comprendí por qué insistía en llevar sudadera a pesar del calor que hacía. Sin embargo, era demasiado tarde: las chicas volvieron a clavar los ojos en él en cuanto se percataron de quién era.

Oliver alzó la vista para mirarlas y yo le noté vacilar, pero entonces me sonrió y me cogió de la mano.

—Vamos.

Bajamos las escaleras al vuelo antes de que las chicas pudieran empezar a gritar su nombre. Cuando llegamos al primer piso, estaba sin aliento. No porque me encontrara en baja forma, sino porque estar con Oliver mientras le perseguían unas fans me resultó de lo más emocionante. Alcanzaba a escuchar el retumbar de sus pisadas por las escaleras y su incesante cantinela: «¡Oliver, espera!».

Oliver empujó la puerta y asomó la cabeza para asegurarse de que el vestíbulo estaba despejado antes de arrastrarme tras él. Los dos corrimos por el pasillo desierto y yo me di cuenta de que íbamos en dirección contraria: la piscina estaba en la otra punta del hotel.

—Oye, ¿adónde vamos? —le pregunté—. Pensaba que habíamos quedado

con los chicos en la piscina.

—Vamos a hacer una parada técnica —me susurró mientras recorriamos el pasillo. Sus ojos iban escaneando cada rincón, rastreando la potencial presencia de sus fans, mientras él avanzaba con el cuerpo pegado a la pared, como si eso pudiera ocultarlo. Oliver me apretó la mano mientras caminábamos de puntillas por el pasillo, y yo no pude evitar fijarme en que nuestros dedos seguían entrelazados.

Bajé lentamente la vista hacia nuestras manos, sin saber muy bien qué hacer. Un pensamiento incómodo se abrió paso en mi cabeza: «No te implique demasiado. Después de esta noche, no volverás a verlo». Sin embargo, me costaba mucho mantener las distancias. Las cosquillas que me recorrían el brazo eran demasiado agradables como para renunciar a ellas, y a Oliver no parecía estar molestándole excesivamente darme la mano.

—Bond, James Bond —murmuró para sí.

Mientras se asomaba por la esquina, fingió que con la mano libre sostenía una pistola. «De perdidos al río», pensé, sonriendo. Pretendía disfrutar de la noche, ya me preocuparía más tarde por mi corazón.

—Despejado —murmuró de nuevo.

Seguimos avanzando cautelosamente por el pasillo, como habría hecho un buen espía, hasta llegar a una serie de puertas de metal con ventanas circulares a través de las que se atisbaba la cocina.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Es hora de cenar —me dijo, frotándose la tripa—. Tengo una sorpresa para ti.

Oliver empujó las puertas, y estas se abrieron con facilidad. Una ráfaga de aire denso y caliente con olor a fritura nos dio en la cara.

La hora de la cena había pasado hacía mucho, pero la cocina era un auténtico hervidero de actividad. Una mujer con una redcilla en el pelo cortaba zanahorias a tal velocidad que el cuchillo era un destello borroso en su mano. Junto a ella, un trozo de carne chisporroteó sobre la parrilla cuando el cocinero le dio la vuelta. Un chico con una fregona y un cubo pasó como una flecha junto a nosotros, salpicando gotas de agua por todas partes y corriendo para limpiar un cartón de leche que se había derramado en el suelo.

—¿Podemos estar aquí? —pregunté.

Quería irme de allí antes de que alguien se percatara de nuestra presencia y nos echara.

—Por supuesto —dijo Oliver, como si irrumpir en la cocina de un hotel fuera algo de lo más normal—. Xander tiene un par de alergias alimenticias bastante peligrosas. Siempre nos alojamos en los mismos hoteles, y el personal de la cocina sabe exactamente a qué alimentos le tiene alergia. A estas alturas ya conozco a todos los empleados.

Como para confirmar que lo que decía era cierto, uno de los cocineros le gritó:

—¡Perry, muchacho! ¿Qué tal te va?

Oliver me sonrió antes de darse media vuelta para mirar al cocinero.

—Me va genial, Tommy —contestó—. ¿Y a ti?

Yo me mordí el labio mientras escuchaba. Era agradable verle interactuar con gente normal como si no fuera famoso.

—Igual que siempre. ¿Los demás chicos no van a bajar a verme?

Oliver sacudió la cabeza y se remangó la sudadera.

—Esta noche no, pero seguro que para el desayuno sí bajan —dijo, y yo observé, confundida, cómo se limpiaba las manos en un fregadero que había allí al lado.

¿Qué leches estaba haciendo?

—Más les vale —bromeó Tommy mientras revolvía algo que humeaba al fuego.

Cuando terminó de frotarse las manos, Oliver se dirigió a mí.

—Me encanta cocinar —me explicó—. No eres alérgica a nada, ¿verdad?

—Esto, no... —respondí lentamente, completamente confundida.

—Genial —me interrumpió él—. Pues espera ahí. Voy a preparar una ración doble de mi plato favorito.

Yo me quedé mirándole mientras se dirigía al frigorífico y empezaba a sacar ingredientes. ¿El cantante del grupo más famoso de Estados Unidos me estaba preparando la cena?

Efectivamente.

Después de encontrar un hueco libre en la encimera y distribuir los diferentes ingredientes, Oliver cogió un cuchillo y una tabla de cortar. Cuando vi que empezaba a trocear una patata, me di cuenta de la magnífica foto que estaba dejando escapar y cogí la cámara. Lo más sigilosamente posible, retrocedí un par de pasos y le saqué a Oliver unas cuantas instantáneas en plena acción sin que se diera cuenta. Las patatas fueron a parar a la freidora y, mientras esperaba a que se cocinaran, empezó a cortar

algo verde. El proceso no le llevó mucho tiempo y, cuando terminó, introdujo todo en una bolsa de papel.

—¿Lista? —me dijo, cogiéndome otra vez de la mano.

—Ajá.

En lugar de dirigirnos hacia la piscina, como pensaba que haríamos, Oliver me guio hacia la puerta trasera de la cocina.

—Coge el tope —me dijo mientras salíamos a la cálida noche de verano—. A veces el candado se atasca, y no queremos quedarnos encerrados aquí.

Me agaché para coger el tope de madera y lo introduje en el hueco de la puerta. Oliver se sentó en los escalones de cemento y yo ocupé un lugar a su lado, dejando la bolsa con comida entre los dos. No tenía ni idea de qué había preparado, pero la mancha de grasa ya había empezado a extenderse por la bolsa marrón, y supe sin ninguna duda que lo que había cocinado debía de ser digno de un ataque al corazón.

—Bueno, James Bond, ¿qué nos has preparado?

Las tripas empezaron a sonarme como para recordarme que aquella noche no había cenado, y el olor a fritura fue suficiente para que la boca se me hiciera agua.

Oliver se inclinó para desenvolver la bolsa y sacó una caja de porespán.

—¿Por qué no empezamos con esto antes de que se enfríe? —dijo, colocándolo entre ambos. Abrió la caja para dejar a la vista la fuente de grasas y del contenedor surgió una nubecilla de vapor. Parecían patatas fritas, pero estaban cubiertas por una salsa blanca con unas virutas de queso espolvoreadas por encima—. Esto lo probé en Dublín cuando estuvimos de gira por Europa. Y ahora no me canso de comerlo.

—¿Qué demonios es? —le pregunté, un poco menos hambrienta que antes.

No era quisquillosa con la comida pero, fuera lo que fuera aquello, tenía una pinta asquerosa. Igual no tenía que haber dejado que me cocinara nada: que le gustara hacerlo no quería decir necesariamente que se le diera bien.

—Patatas fritas con ajo y queso. Después de esto, nunca volverás a ver una freidora con los mismos ojos.

Oliver cogió una patata empapada en salsa y se la metió en la boca antes de que empezara a gotear. Un trocito de queso se le quedó colgando de la comisura de los labios.

—Esto... —empecé a murmurar, sin saber bien cómo decírselo—. Tienes algo aquí... —Me rocé el borde de la boca con el pulgar.

—Ah. —Oliver frunció los labios—. ¿Me lo he limpiado? —Mis ojos se posaron en su boca y, durante un momento, me atreví a fantasear con cómo sería presionar mis labios contra los suyos—. ¿Stella?

—¿Eh? Ah, sí. Ya no lo tienes —dije, centrando mi atención en las patatas mientras se me aceleraba el ritmo cardíaco—. ¿Y qué es exactamente esa cosa blanca?

Casi pude oír a JJ haciendo el chiste de «lo ha dicho ella», como si de verdad estuviera sentado con nosotros.

Oliver cogió otra patata crujiente y la mojó en la salsa.

—*Manesa zonada con ajo en polvo* —dijo, con la boca llena.

Yo me quedé mirándole y me eché a reír.

—No sabía que eso existía.

Oliver tragó.

—Es mayonesa sazonada con ajo en polvo.

Yo arrugué la nariz.

—A mí me gusta el ketchup.

—Me lo imaginaba —me dijo, y sacó unos cuantos sobrecitos de la bolsa. Extendí la mano para alcanzar la salsa de tomate dulce, pero él la alejó y la mantuvo fuera de mi alcance—. Si lo quieres, primero tienes que probar esto.

—Vamos, Oliver —le dije, mirando aquella montaña viscosa—. Tiene una pinta asquerosa.

—No. Tienes que probar una.

—¿Y si te dijera que soy alérgica? —Oliver se tapó la nariz con las dos manos para evitar salpicarme con un estornudo—. Salud —dije automáticamente.

—Gracias —respondió él—. Yo soy alérgico a las trolas.

—Oye —me quejé, dándole un golpecito en el hombro—. Eso no ha tenido gracia.

Cogió otra patata, ahuecó la otra mano y la colocó debajo para recoger las posibles salpicaduras de salsa.

—Solo tienes que cerrar los ojos —me dijo.

Junté las manos y parpadeé. «¿Que quiere que haga qué?». Al ver que no reaccionaba, Oliver frunció el ceño como si darle de comer directamente en la boca a la chica con la que estaba pasando el rato fuera algo de lo más normal.

—Stella, no lo pienses y hazlo.

Hice lo que me pedía, sin saber bien cómo responder, pero no sin antes sacar de la mochila mi botella de agua por si acaso tenía que usarla para pasar la patata. Oliver acercó la comida a mi boca. Su dedo me rozó los labios cuando yo los abrí muy despacio.

—Bueno, ¿qué te parece? —me preguntó cuando mordí, dudosa.

Aquello era un pedacito de cielo salado, con sabor a queso. Era demasiado cabezota para admitirlo en voz alta, pero cogí otra patata y me la metí en la boca.

—Eso mismo pienso yo —dijo él, con una sonrisa divertida.

No tardamos nada en terminarnos el resto de las patatas y empezamos a pelearnos por la última antes de pasar al siguiente plato.

—¿Lista para la segunda ronda? —me preguntó. Yo me limpié los dedos grasientos en una servilleta y asentí con la cabeza—. Vale, esto es algo que me preparaba mi abuela cuando era pequeño.

Oliver sacó otro recipiente y abrió la tapa para descubrir una extraña mezcla de ingredientes rosas y verdes.

—Esos son... ¿pepinillos con jamón? —le pregunté, enarcando una ceja.

Él asintió.

—Y queso de untar para unirlos.

—Comes cosas rarísimas —le dije.

Oliver extendió el queso sobre una loncha de jamón y colocó un pepinillo en el centro. Enrolló la loncha y la cortó en trocitos pequeños. La verdad es que no me hubiera sorprendido si hubiera sacado una berenjena de colores bañada en chocolate y me hubiera dicho que era su comida favorita.

Apretó la bolsa contra su pecho con gesto protector.

—No ofendas a los rollitos de pepinillo. Son una delicia.

Yo tuve que contener un resoplido.

—Perdona, no sabía que los pepinillos tuvieran sentimientos.

—Pues los tienen.

—Si pruebo uno, ¿crees que me perdonarán? —le pregunté, tapándome la sonrisilla con la mano. Los rollitos de pepinillo no parecían tan apetecibles, pero desde luego eran mucho más sanos que las patatas fritas con ajo y queso. Además, el primer plato me había sorprendido, así que... ¿por qué no iba a hacerlo también el segundo?

Oliver miró la comida, como para pensárselo, y luego volvió a mirarme a mí.

—Supongo que sí.

Cogí una porción de rollito de pepinillo y le di un bocado.

—Está bastante bueno —le dije.

Lo cierto es que el queso de untar hacía que los demás ingredientes combinaran bien juntos.

—Querrás decir que está de puta madre —me corrigió Oliver.

—Por supuesto —dije, cogiendo otro—. Perdona.

Oliver asintió, como para darme permiso, cogió también un rollito y se lo metió en la boca. Mientras masticaba, una enorme sonrisa se extendió por sus labios. Parecía un niño al que acabaran de decirle que podía pasarse el resto de su vida comiendo postre. Yo reí y cogí otro rollito, que tenía bastante más queso que los demás.

—¿Te han dicho alguna vez que estás un poco loco? —le pregunté, lamiéndome el queso sobrante que se me había quedado en un dedo.

Oliver se encogió de hombros.

—Soy una estrella del rock. —La forma en que pronunció aquellas palabras hizo que me detuviera con el pepinillo a medio camino de la boca. Él me lo quitó de la mano sin darme tiempo a protestar, se lo metió en la boca y se recostó en los escalones—. A la gente como yo se nos permite una pizca de locura.

—¿Y ahora mismo estás un poco loco? —le pregunté, apartándome de él.

Su comentario me había hecho sentir incómoda, porque me recordó exactamente con quién estaba en aquel momento.

—Tú lo sabes bien...—me dijo, con una leve sonrisa.

—No me llames así —le pedí.

No tenía nada en contra de los motes cariñosos, pero cuando los chicos los usan con tanta naturalidad me parecen ofensivos. Se me había quitado el apetito, así que aparté el recipiente con los pepinillos y el jamón y pensé que quizá hubiera sido mala idea ir hasta allí con él.

Oliver se quedó inmóvil, y la sonrisa desapareció de su rostro.

—Lo siento —me dijo, incorporándose otra vez—. No pretendía que sonara mal.

—No pasa nada —le dije, aunque no era verdad. Por un momento había conseguido olvidarme de que estaba sentada con el cantante de The Heartbreakers. La vena bromista de Oliver hacía que algo bullera en mi interior, pero ahora me sentía desinflada. Y en medio de la decepción me di

cuenta de que Oliver me gustaba un poco... cuando no estaba alardeando.

Incapaz de sostener su penetrante mirada, clavé la vista en mis uñas. Tenía el esmalte negro descascarillado en varios sitios, y en el meñique izquierdo ya no quedaba ni rastro de pintura.

—¿Stella?

—¿Mmm?

—¿Estás bien?

—Sí, bien. ¿Por qué?

Un siseo prácticamente imperceptible brotó de su boca.

—Nada.

Afortunadamente, mi teléfono vibró justo en ese momento.

—Es Drew —dije, leyendo el mensaje—. Deberíamos ir a la piscina. Me está preguntando que dónde estamos.

Oliver estudió mi expresión.

—Tienes razón —me dijo. La suya era indescifrable. Entonces se levantó, se sacudió los pantalones y sostuvo la puerta para dejarme pasar—. Después de ti.

CAPÍTULO 6

La puerta de la piscina no estaba cerrada con llave. Cuando entramos, inspiré hondo el olor a cloro e inspeccioné velozmente el espacio en busca de los chicos. Había varias tumbonas y mesas de plástico de color blanco, un toallero y un cartel que decía: «¡PRECAUCIÓN! Piscina sin socorrista de servicio». Alguien había dejado un móvil, unas llaves de coche y una camiseta sobre una mesa que había junto a la piscina. Me di cuenta de que aquellas eran las cosas de mi hermano, pero no vi a los chicos por ningún sitio.

—¿Dónde están? —pregunté, mirando a Oliver. Él sonrió y señaló hacia la zona más profunda de la larga piscina rectangular. Los cuatro estaban sentados en el fondo del agua brillante y azul—. ¿Qué están haciendo? —pregunté, viendo que una ráfaga de burbujitas se elevaba hacia la superficie.

En cuanto aquellas palabras salieron de mi boca, una de las oscuras siluetas que había en el fondo de la piscina emergió al exterior. Xander jadeó cuando por fin pudo tomar aire.

—¡Joder! —resopló, estrellando el puño sobre el agua—. ¡Siempre pierdo!

—¡Ah! ¡Una competición de contener la respiración! —dije con una risa—. No tienen nada que hacer. Mi hermano estaba en el equipo de natación.

—¡Tenéis que hacer trampas! —gritó Oliver desde la otra punta de la piscina.

Xander se giró en el agua cuando la voz de Oliver llegó hasta él.

—¡Pero si ya las he hecho! —se quejó, al ver a su amigo—. He esperado casi quince segundos después de que ellos metieran la cabeza bajo el agua, y ni siquiera así soy capaz de aguantar la respiración el tiempo suficiente. Ay, Dios, creo que necesito mi inhalador.

Mientras Xander se acercaba al borde de la piscina, la cabeza de Alec

asomó por encima del agua, seguida de la de JJ.

—Ahí estáis —dijo JJ—. Estábamos empezando a pensar que no habíais conseguido darle esquinazo a Aaron.

—¿Aaron? —pregunté, girándome hacia Oliver.

—Nuestro guardaespaldas.

—Ya sabes, el que no tiene pelo —dijo Xander cuando llegó a la mesa. Cogió el inhalador que había sobre ella, se roció en la boca e inspiró hondo.

Drew fue el último en subir a la superficie, al tiempo que aspiraba una profunda bocanada de aire.

—¡Soy el campeón, colegas! —canturreó, en tono triunfal.

Alec y JJ respondieron salpicándole en la cara.

—¡Oye, qué mal perder! —sonrió Drew, devolviéndoles el salpicón.

—Quizá tú no deberías tener tan buen ganar —bromeé.

La cabeza de Drew se giró violentamente cuando oyó mi voz.

—Stella.

La sonrisa desapareció inmediatamente de su rostro y nadó a toda prisa hacia el borde de la piscina. Salió del agua dándose impulso con los brazos y vino hacia mí hecho una furia. Al ver la forma en que se acercaba a nosotros, Oliver retrocedió bruscamente un paso. No le culpé: en ocasiones como aquella mi hermano podía parecer realmente amenazador.

—¿Dónde estabas? —exigió saber. Me agarró suavemente por ambos hombros, y me miró de arriba abajo para comprobar que estaba bien—. Se suponía que solo ibais a desaparecer diez minutos.

Yo puse los ojos en blanco.

—Hemos parado un momento a cenar algo. Estoy bien, te lo prometo.

Consciente de que su interrogatorio aún no había terminado, planté los pies en el suelo con determinación y me crucé de brazos.

—Bueno, ¿y por qué habéis tardado tanto? —preguntó Drew, dedicándole a Oliver una mirada suspicaz.

—Es que ha cocinado Oliver.

Drew parpadeó y se volvió hacia él.

—¿En serio?

Su reacción fue idéntica a la que yo había tenido, y Oliver asintió con un movimiento de cabeza.

—Bueno, eso, yo..., no me lo esperaba.

—¿Y a mí no me has preparado nada? —preguntó JJ. El resto del grupo se

reunió con nosotros en la mesa, recién salidos del agua y todavía chorreando. JJ tenía el ceño fruncido—. Porque yo todavía no he cenado.

—Te has comido dos cuartos de libra cuando volvíamos de la firma —respondió Oliver.

—¿Y?

—¿Te quieres morir de un infarto?

—Estoy en plena fase de crecimiento, Oliver —dijo JJ, señalándose los músculos—. Siento mucho que eso sea algo que ni tú ni esos bracitos flacuchos vayáis a entender jamás.

—Soy fibroso, no flacucho —le corrigió Oliver.

Los dos empezaron a discutir mientras JJ intentaba explicar la importancia de sus consumiciones diarias en McDonald's.

—Bueno —dijo Xander mientras los demás pasábamos de aquella estúpida discusión—, ¿habéis tenido algún problema para despistar a Aaron?

—No. —Habíamos tenido más problemas con las dos chicas de la escalera, pero no me pareció que mereciera la pena mencionar aquello.

—Bien —dijo Xander—. No recuerdo cuándo fue la última vez que le dimos esquinazo a un guardaespaldas. Tenía miedo de que Oliver estuviera desentrenado.

—¿Ya habíais hecho esto antes? —preguntó Drew.

—Solíamos hacerlo muchísimo... —dijo Xander.

Parecía que estuviera a punto de añadir algo más, así que Drew y yo esperamos. Sin embargo, un grito agudo y un chapoteo inundaron la estancia y retumbaron en las paredes.

—¡Capullo! —se quejó JJ cuando asomó sobre la superficie del agua.

Oliver estaba junto al borde de la piscina con una sonrisilla de culpabilidad en la cara. JJ echó el brazo hacia atrás y salpicó agua en dirección a su amigo.

—Tío, ¿qué coño haces? —chilló Oliver, retrocediendo de un salto—. Que todavía estoy vestido.

—Mejor —replicó JJ, sin dejar de salpicarle agua.

Alec se giró hacia Xander, sin decir nada, y luego volvió a mirar a Oliver. Xander sonrió con malicia, como si supiera exactamente lo que estaba pensando Alec.

—Tú ataca por la izquierda. Yo lo haré por la derecha.

Alec asintió y los dos se dirigieron hacia Oliver a la vez. Le cogieron por los brazos, lo levantaron en el aire y lo tiraron a la piscina, con ropa incluida.

Todo sucedió en una fracción de segundo, así que lo único que pude hacer yo fue parpadear, sorprendida, antes de que Oliver saliera de la piscina. Escupió agua un segundo y luego se apartó el flequillo, que se le había quedado pegado a la cara, de delante de los ojos.

—Sois un par de gilipollas —declaró.

Xander y Alec chocaron los cinco.

—Eso por darle mi teléfono a esa tía loca de Dallas el fin de semana pasado —le dijo Xander.

JJ se estaba partiendo de risa. Se reía tanto que tuvo que agarrarse a la barandilla metálica de la escalera para no hundirse.

—Muy gracioso —gruñó Oliver mientras nadaba hacia la otra punta de la piscina y luchaba contra el peso de su ropa empapada—. Más os vale dormir con los ojos bien abiertos a partir de ahora.

Drew hizo un gesto con la cabeza en dirección a la piscina.

—¿Vienes?

—Sí, espera un segundo. —Me quité rápidamente los pantalones cortos y la blusa, los doblé y los coloqué en la mesa para que no se mojaran. Me giré y vi que mi hermano me estaba fulminando con la mirada. Me llevé la mano a la cadera y le espeté—: ¡Oye, que tú tampoco te has traído el bañador! ¿Qué esperabas que me pusiera?

Por mucho que me apeteciera dejarme la blusa puesta, necesitaba algo seco que ponerme para dormir por la noche. Drew murmuró algo en voz baja, cogió su camiseta de la mesa y me la tendió. Crucé los brazos.

—¿Qué pasa, que quieres que me ahogue? —le pregunté, rechazándola. La camiseta era talla extra grande, así que me quedaría por debajo de las rodillas.

—Stella —bufó Drew—, ¿vas a meterte en una piscina con un montón de chicos famosos, y seguramente muy salidos..., en ropa interior?

—¿Y qué más da que sean famosos? —le pregunté, con la mano apoyada en la cadera—. ¿Os es que, por ser famosos, tienen de repente la capacidad de preñarme a distancia con sus diabólicos cuerpazos?

—Sabes que no me refiero a eso —suspiró Drew, al que no le había impresionado ni un poquito lo que a mí me había parecido un comentario de lo más ingenioso—. Seguramente están acostumbrados a conseguir siempre todo lo que quieren.

A mí se me encendió el rostro cuando escuché su comentario.

—¿Estás sugiriendo que soy una chica fácil?

—¡No! —me espetó Drew mientras levantaba las manos a la defensiva, frustrado—. Lo único que digo es que, con ese modelito, igual les estás dando a entender algo que no quieres.

De repente me encontré repitiendo palabra por palabra el comentario de Oliver:

—¿Y qué diferencia hay entre esto y un bikini?

—Stella, ¡que llevas un sujetador de encaje! —me bufó Drew al oído, inclinándose hacia mí.

—Chavales, ¿venís o qué? —gritó JJ desde la piscina.

Yo me asomé y vi que la banda al completo estaba en el agua. Oliver se había quitado la ropa mojada, a excepción del bañador, y la había dejado al borde de la piscina en un montón chorreante. Todos estaban esperando a que nosotros también nos uniéramos a la fiesta.

—No te preocupes, Drew. Si tú andas cerca, seguiré siendo virgen hasta los treinta.

Y, diciendo aquello, dejé a mi hermano en la mesa, troté hasta el borde de la piscina y me tiré de cabeza.

El agua me mordió con sus dientes helados. Noté cómo se me erizaba el vello de los brazos mientras mi cuerpo se hundía con facilidad. Una nube de burbujas se elevó para rodearme, y yo me sentí como si acabara de lanzarme a una botella de champán espumoso. Me quedé un segundo hundida en el fondo, con los ojos fuertemente cerrados, antes de impulsarme y salir a la superficie. La presión de mis pulmones se alivió cuando boqueé e inspiré profundamente.

—¡Ataque sorpresa! —gritó alguien, e inmediatamente noté cómo volvían a hundirme en el agua a la misma velocidad a la que había salido de ella.

Tuve que esforzarme por volver a la superficie y apartarme el pelo de los ojos para descubrir a un socarrón y sonriente JJ justo enfrente de mí.

—Capullo —le dije, salpicándole en la cara.

Él me sonrió, me miró el sujetador y me guiñó un ojo. Tuvo suerte de estar de espaldas a Drew, que a su vez debía de estar intentando demostrarme que las miradas realmente podían matar.

Entonces se me ocurrió una idea. Me acerqué nadando a JJ, le pasé una mano por el bíceps y le hundí la uña en la piel.

—Qué músculos más grandes tienes —le dije. A JJ se le abrió la boca sola de la sorpresa. Yo me acerqué un poco más y le deslicé el brazo por el cuello,

me apoyé y le susurré al oído—: Pero los de mi hermano son todavía más grandes, y seguro que estaría encantado de patearte el culo.

Antes de que JJ se diera cuenta de lo que estaba pasando, yo le envolví el cuello con ambas manos y lo empujé hacia abajo con todas mis fuerzas. Cuando volvió a salir, tosiendo para escupir el agua, lo hizo a una sala en la que las carcajadas ya hacían eco.

—Ataque sorpresa —le dije, con aire inocente.

Yo miré a Drew, que estaba sonriendo de oreja a oreja. Nadó hasta mí y chocó su cabeza con la mía.

—¿Te he dicho alguna vez que tengo la mejor hermana del mundo? —me preguntó, frotándose el cuero cabelludo con los nudillos.

—¡Ay, Drew, para! —dije, revolviéndome para huir de él. Riendo entre dientes, Drew me soltó.

JJ, que por fin había dejado de toser, se volvió hacia mí.

—Tú eres muy escurridiza —me dijo, con una sonrisa—, pero te apuesto lo que quieras a que puedo con tu hermano.

—¿Igual que has podido con él en el *Call of Duty*? ¿O igual que Xander ha podido con él en el concurso de contener la respiración? —le pregunté.

—¡Oye! —protestó Xander—. ¡Que tengo asma!

Encogiéndose de hombros, JJ respondió:

—Nos hemos dejado ganar para que tu hermano no quedara en ridículo.

Xander parecía horrorizado.

—Espera, ¡eso no es verdad! Yo nunca he dicho...

Sin embargo, Drew no le estaba prestando atención.

—¿Me estás retando? —le preguntó a JJ, y se le iluminaron los ojos.

—Ya te digo que te estoy retando. Batalla a caballito en el agua. El mejor en dos de tres, gana.

—No vamos a llegar a tres rondas, pero vale —concedió Drew—. Si gano yo, tienes que reconocer que soy más fuerte, más guapo y que mi talento supera de lejos al de The Heartbreakers —dijo, sonriendo. Alec le miró con una ceja enarcada—. Salvo por Alec, claro —se disculpó con él—. Alec es un tío guay.

—Vale —dijo JJ, asintiendo con la cabeza—. Pero, si gano yo, el premio será un beso de Stella.

Yo dejé escapar un resoplido: sabía que Drew nunca accedería a algo así. Sin embargo, de sus labios surgieron las palabras más sorprendentes:

—Trato hecho —dijo mi hermano, extendiendo la mano para estrecharla con JJ.

—¡Oye! —grité, enfadada, salpicando hacia Drew—. ¡No puedes ofrecerte por ahí como si fuera un cacho de carne! No pienso besarle.

Durante una fracción de segundo dirigí la mirada hacia Oliver, y se me aceleró el corazón cuando reparé en que a él tampoco le hacía ninguna gracia la situación.

—No le vas a besar —declaró Drew con seguridad— porque no vamos a perder. Ahora, ven aquí.

El agua de la piscina se arremolinó alrededor de su cuello cuando se hundió para que yo pudiera subirme a sus hombros. En un abrir y cerrar de ojos, lo que podía haber sido un juego de lo más divertido se había convertido un asunto de vida o muerte.

Yo nadé hasta mi hermano, rezongando, y me coloqué sobre sus hombros como hacen los niños pequeños cuando sus padres los llevan a caballito. Drew se incorporó y yo me elevé sobre el agua de la piscina, mientras regueros de gotitas me recorrían el cuerpo.

—Si perdemos —le advertí—, serás tú quien me pague las sesiones con el psicólogo.

Mi hermano me cogió las piernas y me las agarró con fuerza.

—Stella, ¿cuándo hemos perdido? —me preguntó.

—Nunca —respondí, y apreté los dientes.

Alec, que era casi de la misma estatura que JJ, era demasiado grande para subirse a hombros de su amigo y Oliver no quiso participar, así que fue Xander quien, unos segundos más tarde, se enfrentó a mí, los dos elevados en el aire.

—Nada de morder, clavar las uñas, tirar del pelo o dar golpes en los huevos —Xander recitó las reglas mientras yo le miraba de arriba abajo.

—Nada de toquetear a mi hermana —se apresuró a añadir Drew.

Xander se puso rojo, pero JJ se quejó.

—¿Y qué se supone que puede hacer? ¿No puede tocarla? ¿Pretendes que la tire al agua soplando?

—¿Podemos terminar con esto de una vez? —intervine yo.

—Sé que estoy buenísimo, Stella, pero tienes que aprender a ser un poquito más paciente —dijo JJ, tirándome un besito.

Yo le ignoré y centré toda mi atención en encontrar la mejor manera de

derrotar a Xander. Era muy delgado y, sin gafas, seguramente tampoco vería bien. Sin embargo, tenía los dedos largos, lo que le facilitaría cogerme de las muñecas en un agarre mortal. Me pareció que lo mejor sería darle un rápido empujón en el pecho antes de que pudiera ponerme la mano encima.

—Que alguien dé el pistoletazo de salida —pidió Xander—. Stella tiene cara de querer matarme.

—¡En sus puestos! Preparados, listos, ¡ya! —dijo Alec, con voz alta y clara. Si no hubiera estado tan concentrada en derribar a Xander y JJ, quizá me hubiera sorprendido el número de palabras seguidas que acababa de surgir de sus labios.

Drew y JJ se acecharon mutuamente en círculos, sin atreverse a dar el primer paso.

—¿Cuánto tiempo crees que va a llevarnos esto? —me preguntó Drew. Aunque no le veía, me di cuenta de que estaba sonriendo—. ¿Dos minutos? ¿Uno?

Yo fulminé a JJ con la mirada.

—Diez.

—¿Diez? —me preguntó Drew, confundido.

—Segundos —contesté, convencida.

Le clavé los talones en los costados, como habría hecho con un caballo, y mi hermano se precipitó hacia nuestros adversarios en respuesta.

Empujé con las manos hacia delante, chocando con Xander y golpeándole en el pecho antes de que él pudiera reaccionar. Después, observé alegremente cómo sus brazos se agitaban en el aire, al tiempo que JJ y él se desplomaban en el agua. «Un punto a nuestro favor, nos queda otro...».

—Xander, ¿qué coño ha sido eso? —escupió JJ junto con el agua mientras salía a la superficie.

—Lo siento —murmuró Xander, intentando secarse el agua de los ojos.

—Bueno, pues que no vuelva a pasar —gruñó JJ, al tiempo que se sumergía de nuevo para que Xander pudiera volver a subirse a sus hombros.

Alec dio la salida para la segunda ronda con una sonrisa en la cara. En cuanto dijo «ya», JJ cargó contra nosotros y el agua clara y azul se abrió en oleadas en torno a sus caderas en una pequeña tempestad.

Aunque tenía la cara pálida de puros nervios, esta vez Xander estaba preparado para responder a mi ataque. Cuando empujé las manos contra él e intenté derribarle, sus dedos se enroscaron alrededor de mis brazos en un

cepo imposible de soltar. Yo intenté liberarme, pero sus manos se mantuvieron fuertemente cerradas en torno a mis muñecas.

—Mierda, eres más fuerte de lo que pareces —reconocí cuando Xander intentó tirarme al agua.

—Gracias.

—Concéntrate, Xander —refunfuñó JJ desde abajo.

Con confianza renovada, Xander frunció el ceño y me apretó los brazos aún con más fuerza. Entonces, empezó a tirar de mí.

—Vamos, Stella —dijo Drew con un tono de preocupación en la voz, y avanzó un paso para intentar recuperar el equilibrio y evitar que yo me resbalara de su cuello.

Una sonrisa maléfica se extendió por los labios de Xander justo antes de tirar con todas sus fuerzas de mí hacia la izquierda. A mí se me revolvió el estómago cuando caí al agua con un fuerte planchazo. Todo sucedió tan rápido que Drew ni siquiera llegó a caerse: Xander me había levantado de encima de él como si nada.

—Y así es como se hace, chavales —fanfarroneó JJ. Xander se agachó para chocarle el puño a su amigo, con los labios curvados en una media sonrisa.

Yo suspiré y miré a Oliver, que estaba sentado al borde de la piscina. Estaba cavándole con la mirada dos profundos hoyos en la cabeza a JJ, que no se daba cuenta de nada. Yo me aparté el pelo de la cara otra vez y volví nadando con mi hermano.

—¿Alguien lleva encima un caramelito de menta? —gritó JJ.

Tanto Drew como yo ignoramos su comentario.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó.

—Que Xander tiene ventosas en vez de manos. No podía soltarme —contesté.

Se me hizo un nudo en el estómago. El que ganara la siguiente ronda, vencía el combate, y yo no tenía ni idea de cómo mejorar la técnica de Xander. Le había pillado desprevenido en la primera ronda, y no se me ocurría ninguna otra estrategia.

—Tengo una idea —dijo Drew. Yo me incliné y él me susurró algo al oído. Cuando terminó de contarme su plan y se apartó, a mí me cruzó por los ojos una sombra de duda.

—¿Estás seguro de que funcionará?

—Tú fíate de mí, ¿vale? No te dejaré caer.

Drew me apretó la mano y una oleada de confianza me inundó.

—¿Podéis daros prisita, perdedores? —nos picó JJ. Incluso con Xander a hombros, no dejaba de dar saltitos de emoción—. Estoy cansado de esperar. ¿Queréis que nos muramos de viejos dentro del agua?

—Tus pullitas van mejorando por momentos —comentó secamente Oliver mientras miraba a JJ con los ojos en blanco.

Drew se agachó bajo el agua y yo volví a subirme a sus hombros con el firme propósito de ganar. Por el rabillo del ojo vi que Oliver se metía en la piscina y se acercaba nadando para ver mejor el combate.

Alec repitió la cuenta atrás.

—¡Preparados, listos, ya!

JJ arremetió velozmente, pero Drew fue más rápido y retrocedió un paso. Seguimos esquivando a JJ en una extraña danza hasta que la frustración pudo con él.

—¿Podéis dejar de ser tan gallinas y luchar con nosotros? —exigió, y palmeó el agua con ambas manos.

—Eso me ha ofendido —dije, bajando la vista para mirarle.

—Y así es como me ganaré mi beso —me respondió JJ con ojos risueños.

—Ni de coña va a pasar eso —afirmó Drew.

—JJ —añadió Xander—, creo que serías muy buen supervillano.

—Eso te convertiría en mi compinche malvado —respondió JJ.

Xander frunció el ceño.

Mi hermano me dio un golpecito en el tobillo como para preguntarme: «¿Estás lista?». Yo le respondí con un leve apretón en el brazo: «Sí».

Drew avanzó hasta colisionar con el Equipo Villano y las manos de Xander no tardaron en cerrarse alrededor de mis muñecas. Yo fingí que me revolvía un segundo antes de que Drew me soltara el pie izquierdo y usara el brazo libre para agarrarme con fuerza la pierna derecha. Di una patada con el pie recién liberado, que se estrelló contra el pecho de Xander. Mis muñecas se soltaron de sus zarpas y él cayó al agua con un grito de sorpresa.

—¡Tramposa! Las patadas no valen —gritó JJ, señalándome—. Ganamos por eliminación.

Oliver nadó hasta su amigo y le pasó a JJ un brazo alrededor del hombro.

—En realidad —dijo Oliver, intentando ocultar su sonrisa—, lo de las patadas no estaba incluido en las reglas. Habéis excluido los huevos, las tetas,

los dientes, las uñas y el pelo. ¿Alguna pregunta?

JJ se volvió hacia Alec, que se limitó a sacudir la cabeza y encogerse de hombros.

—Pues sigue sin parecerme justo —se quejó JJ.

Drew me ayudó a bajar de sus hombros y se golpeó el pecho con aire triunfal antes de atraerme hacia sí para abrazarme.

—Te dije que no íbamos a perder.

—Claro, claro —gruñí yo, pero le sonreí de todas maneras. Luego me giré hacia Xander—. Oye, ¿estás bien? No te he hecho daño, ¿verdad?

Xander sonrió y sacudió la cabeza.

—Para nada, pero me has dado un susto de muerte.

Drew tuvo que atosigar a JJ unos cuantos minutos para convencerle de que cumpliera su parte del trato. Cuando por fin las palabras surgieron de los labios de JJ, lo hicieron con un balbuceo avergonzado, y Drew estuvo a punto de morirse de la risa.

A pesar de todo, cuando hubo terminado, JJ pareció relajarse y recuperó su actitud desenfadada.

—Tengo que reconocer —me dijo, girándose para mirarme— que ha sido un buen patadón. ¡Casi me caigo yo!

—Gracias —dije, nadando en el sitio—, pero ha sido idea de Drew.

Mi hermano hizo una floritura con la mano y una profunda reverencia.

—Sois un poco capullos, chicos —dijo JJ, y por un segundo pensé que de verdad estaba enfadado con nosotros—, pero esta noche ha sido la más divertida que he tenido en mucho tiempo.

JJ nos dedicó una amplia sonrisa, y yo se la devolví casi de inmediato. Sorprendentemente, compartía por completo su opinión.

—¿Otra ronda de batallas a caballito? —sugirió Xander.

—Pues claro que otra ronda de batallas a caballito —dijeron JJ y Drew a la vez.

CAPÍTULO 7

En cuanto pusimos un pie fuera del ascensor, Aaron fulminó a Oliver con una mirada de reproche.

—¿Dónde habéis estado? —quiso saber.

Oliver y yo nos habíamos cansado de hacer batallas acuáticas, así que habíamos dejado a los chicos en la piscina y habíamos vuelto a la suite.

—Perdona, Aaron. Nos hemos perdido —respondió él con una sonrisa traviesa.

—¿Dónde? ¿En un lago? —preguntó Aaron con sarcasmo al ver que íbamos totalmente empapados.

—Un lago enorme —respondió Oliver, extendiendo los brazos para que Aaron pudiera hacerse una idea del tamaño—. O sea, tan grande como el océano. Nos hemos quedado atrapados, y había un pulpo asesino y algas venenosas. A mí me ha dado un calambre en un costado y por poco me ahogo, pero Stella ha conseguido llevarme hasta la orilla. Ha sido un rescate alucinante pero, por desgracia, no ha sido necesario que me hiciera el boca a boca.

—¿Algas venenosas? —Fue la respuesta que murmuró Aaron mientras nosotros entrábamos en el ático y Oliver cerraba la puerta a nuestro paso.

—¿No va a ir a buscarles a la piscina? —le pregunté a Oliver.

Él se encogió de hombros.

—Sí, seguramente.

—¿Y van a tener que volver? —le pregunté yo, sintiéndome un poco culpable—. No quería chafarles la diversión.

Oliver tiró la toalla mojada sobre una silla que tenía cerca.

—Que sepa que están en la piscina no quiere decir que vaya a poder sacarlos de ahí —me respondió.

—¿Estás seguro? —le pregunté de nuevo, frotándome los brazos con las manos para mantenerme en calor.

Me había dejado la ropa en la piscina y, de repente, reparé en que estaba en sujetador y bragas y cubierta únicamente por una toalla diminuta. Hacía frío.

—Te lo prometo —me aseguró Oliver. Luego señaló por el pasillo hacia donde supuse que estaba su habitación—. ¿Necesitas algo para cambiarte?

Me estaba muriendo de frío, y sobre el suelo de madera, a mis pies, ya había empezado a formarse un charquito del agua que me chorreaba del pelo.

—Eso sería genial.

Cuando Oliver volvió, llevaba unos pantalones de chándal cortos y una camiseta blanca de manga corta. Me tendió un par de pantalones idénticos y una camiseta desgastada y recortada. Yo enarqué una ceja cuando vi la camiseta.

—Lo siento —se disculpó, y un leve rubor le coloreó las mejillas—. Ha sido la más pequeña que he encontrado.

—Supongo que no está la cosa como para hacer ascos —respondí, y me encogí de hombros.

Cuando me desenrollé la toalla y alcé la camiseta para meter la cabeza, Oliver apartó la vista. Me apresuré a introducir los brazos por los agujeros de las mangas y me la puse con rapidez. Aunque Oliver me había dicho que era pequeña, la camiseta me llegaba por debajo de la cintura. Inspiré hondo y aspiré su olor: detergente de lavandería y canela. Era una combinación extraña y, aun así, olía bien. Sonreí para mis adentros. Oliver tosió, una manera silenciosa de preguntarme si ya había terminado.

Avergonzada, me subí los pantalones de un tirón y le di un par de vueltas a la cinturilla.

—Ya está —dije, apartando mi melena enredada del cuello de la camiseta. Oliver se giró y se quedó mirándome fijamente, ahora que estaba vestida con su ropa—. ¿Qué pasa?

Sacudió la cabeza.

—Nada —me dijo—. Bueno, ¿qué te apetece hacer?

—No lo sé.

Avancé un paso hacia el sillón, pero pisé el charco que se había formado debajo de mí. Cuando noté que mis piernas resbalaban, el estómago me dio un vuelco.

—¡Guau!

Oliver extendió los brazos y me atrajo hacia él antes de que llegara a perder el equilibrio. La adrenalina aún me corría por las venas, así que permanecí inmóvil mientras esperaba a que se me calmara el corazón.

—¿Estás bien? —me preguntó, apartándose ligeramente para poder mirarme.

Todavía tenía las manos apoyadas en mis brazos. De repente lo único de lo que era consciente era de la ausencia de espacio que había entre nosotros, de los pocos centímetros que separaban nuestros pechos. Oliver debió de darse cuenta, porque no tardó en soltarme y apartarse de mí.

Yo me froté la parte dolorida del brazo, en el lugar donde él me había agarrado, y miré a otra parte.

—Estoy bien —dije, y dejé escapar un pequeño suspiro—. Por cierto, y hablando de garras de hierro, tú pareces Hulk.

Eso le arrancó una sonrisilla.

—Genial. Hulk es mi superhéroe favorito.

—¿La Masa? ¿En serio? —le pregunté—. ¿Y por qué?

—Porque se pone verde y siempre revienta la ropa. Pura virilidad.

—A mí, personalmente, no me gustan mucho los tíos verdes —dije.

—Vale, ¿cuál es tu superhéroe favorito?

—Superhéroes, en plural. Me gustan Scooby-Doo y su pandilla.

—Pero esos no son superhéroes. No tienen superpoderes.

—Batman tampoco, y ahí lo tienes —dije—. Además, Scooby-Doo siempre pilla a los malos.

—Cosa bastante sorprendente, teniendo en cuenta que forma parte de una pandilla de fumados.

—¡Ay, Dios, Oliver! ¡Retira eso! ¡No permito que nadie se meta con Scooby-Doo!

—Venga, vamos, si esa serie es de los setenta. Solo hay que ver la furgoneta Mystery. Es un coche de hippies, y Shaggy y Scooby siempre van con hambre, como si estuvieran fumados.

Yo me tapé los oídos.

—¡Estás echando por tierra mi serie favorita de la infancia!

Oliver rio alta y ruidosamente, y se llevó ambas manos a la tripa.

—Lo siento, lo siento —dijo, a medida que iba calmándose—. Ya lo dejo.

—Demasiado tarde —le dije, dejándome caer en el sillón—. El daño ya está hecho.

—Déjame que te lo compense —me dijo, sentándose a mi lado—. Podemos ver tu peli favorita.

Yo asentí. Ver una película era una actividad bastante fácil.

—Vale, pero nada con sustos. No me gustan las pelis de terror.

Oliver rio.

—Sí, se nota a la legua que te gustan las pelis de chicas.

—¿Ah, sí? —pregunté, enarcando una ceja.

—Sí —dijo, acercándose un poco más a mí—. Me apuesto lo que quieras a que adivino cuáles son tus tres películas favoritas.

—Venga, a ver si es verdad —respondí, cruzando los brazos sobre el pecho.

—La primera es *El diario de Noa*. A todas las chicas les gusta esa peli. Esa es pan comido.

Oliver se estiró con fanfarronería y me pasó el brazo por encima del hombro.

—Vale, la siguiente —le dije, sin confirmarle si estaba en lo cierto.

—La siguiente es *Titanic*, porque Jack es el tipo de chico con el que cualquier chica querría estar.

—¿Y eso por qué?

—Porque demuestra que, si de verdad quieres a alguien, harías cualquier cosa por él o por ella. O sea, él es consciente de que no puede tener una relación con Rose, y aun así nunca deja de luchar por estar juntos hasta que, al final, muere por ella. Eso sin mencionar, claro, que lo interpreta Leonardo DiCaprio.

—¿Te pone Leo? —bromeé, dándole un golpecito en el pecho.

—Es un poco mayor para mí.

—De acuerdo —respondí, soltando una carcajada—. La última peli.

—Claramente tiene que ser una de Disney —dijo Oliver, frotándose el mentón—. A las chicas les encantan las pelis de Disney. Supongo que *Cenicienta*.

—¿Ah, sí? —Oliver se equivocaba por completo, pero sus razonamientos eran muy divertidos.

—Sí, porque a las chicas os gustan el príncipe Encantador y toda esa mierda de los caballeros de brillante armadura —dijo, sacudiendo la cabeza como para dejar claro que todo aquello era un sinsentido.

—Ya veo —le dije, y reprimí una sonrisa.

—Bueno, ¿qué tal lo he hecho? —Se enderezó en su asiento, seguramente esperando escuchar que las había acertado todas.

—Nunca he visto *El diario de Noa*. *Los Goonies* es mi película favorita de todos los tiempos.

Oliver frunció el ceño durante un segundo, y luego cambió aquella expresión por una sonrisa confiada.

—Vale, o sea que he acertado dos de tres, ¿verdad?

—Mi segunda película favorita es *Entrevista con el vampiro*. Brad Pitt está muchísimo más bueno que Leo y, además, es un vampiro de verdad. Nada de mierdas de caballeros de brillante armadura.

Para mi sorpresa, Oliver no pareció molestarse cuando le dije que había fallado otra película, pero, en cambio, sí reaccionó cuando me oyó decir «Brad Pitt» y «muchísimo más bueno».

—Bueno, ¿y qué otros famosos te gustan? —me preguntó, cambiando de tema.

Yo arrugué la frente mientras pensaba la respuesta. Era una pregunta difícil, porque había muchísimos famosos guapos.

—¡Aaaah! —dije al final, emocionándome—. Joe Manganiello. Solo diré tres sílabas: mús-cu-los. Interpreta a un hombre lobo de lo más sexy en *True Blood*.

—¿Qué? —dijo Oliver, llevándose una mano al corazón—. ¿Un hombre lobo? ¿Y no te gusta ningún simpático galán adolescente?

—Si estás hablando de ti mismo, entonces no —dije, reprimiendo un resoplido.

—Vale, lo que tú digas —respondió, cruzándose de brazos—. ¿Y cuál es la última peli?

—Bueno, si tengo que elegir una de Disney, yo diría que es *Hércules*. Ah, o *Mulan*. *Mulan* es una tía dura —contesté.

Oliver sacudió la cabeza.

—Ostras, no tengo ninguna posibilidad contigo, ¿no?

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, porque tu tío ideal es un híbrido entre vampiro y hombre lobo, más raudo que un río bravo y misterioso, con un corazón guiado por la luna.

Yo reí, divertida.

—E hijo de Zeus —añadí, pero supuse que Oliver se merecía un pequeño reconocimiento por ser capaz de citar *Mulan*.

Se peinó el pelo con los dedos.

—Y yo que pensaba que estar en un grupo de música servía para algo...



Al final terminamos viendo *Skyfall*, una de James Bond, que según Oliver era su película favorita. Cuando empezamos a verla, nos separaban unos buenos veinte centímetros pero, no sé cómo, poco a poco fueron desapareciendo hasta convertirse en diez, y luego en cinco, y luego en nada. No recordaba que ninguno de los dos se hubiera movido: era más bien como si el sillón hubiera ido desapareciendo entre nosotros.

Yo no era capaz de prestarle mucha atención a lo que sucedía en la pantalla: la rodilla de Oliver estaba rozando la mía, y yo no podía evitar ser poderosamente consciente del contacto. Un hormigueo me recorría la pierna entera.

Él también debía de estar distraído porque, diez minutos después de empezar a ver la película, se aclaró la garganta y me preguntó:

—¿De dónde eres?

—De Minnesota —contesté, ladeando la cabeza para mirarle. Por primera vez desde que habíamos empezado a ver la película, conseguí relajarme sobre los cojines. Hablar me distraía del hecho de que estábamos sentados muy cerca el uno del otro—. De Minneapolis, concretamente, aunque mi familia se mudó a Rochester hace unos años.

—Acabamos de dar un concierto en Minneapolis.

—Sí, mi hermana tenía muchas ganas de ir —dije yo. Entonces me di cuenta de que Oliver debía de estar a punto de preguntarme por qué no había podido hacerlo, así que me apresuré a devolverle la pregunta—: ¿Y tú? ¿De dónde eres?

Oliver alzó las cejas como si no se creyera que yo desconociera la respuesta a aquella pregunta, pero en sus ojos vi un brillo de emoción. «Sus fans deben de saberlo todo sobre él», pensé. «Probablemente no puede tener este tipo de conversaciones muy a menudo».

—JJ, Xander y yo somos de Oregón —me dijo—. Nos criamos juntos, y montamos un grupo en el instituto. —Oliver rio para sí al recobrar aquel divertido recuerdo—. Nos hacíamos llamar Infinity and Beyond.

—Me gusta mucho. —Si alguna vez me hubiera topado con un grupo que se llamara así, sin duda habría investigado más a fondo sobre ellos—. Mola más que llamarse The Heartbreakers.

En cuanto aquellas palabras abandonaron mi boca y me di cuenta de lo que acababa de decir, arrugué la cara, arrepentida.

—No lo elegimos nosotros —dijo Oliver, torciendo levemente la boca—. Eso fue idea del sello discográfico. Aparentemente, teníamos que resultar más «atractivos» para el público adolescente. —Al decir la palabra «atractivos», dibujó un par de comillas en el aire.

Yo clavé la vista en la televisión e intenté asimilar lo que Oliver me había dicho. Había sido demasiado crítica con los Heartbreakers, y noté cómo se me encendían las mejillas mientras pensaba si no me habría pasado un poco de la raya. Por lo que Oliver acababa de contarme, no parecía que el grupo tuviera demasiado control sobre su propia imagen.

—Bueno, supongo que funcionó —comenté.

Era indudable que el sello discográfico sabía lo que hacía cuando le cambió el nombre al grupo. Los Heartbreakers tenían encandiladas a millones de adolescentes.

—Puede —dijo Oliver. Una sonrisa fue abriéndose camino lentamente entre sus labios—. Pero a mí me gusta pensar que es mi encantadora sonrisa la que ha conquistado a todo el mundo. —Me guiñó un ojo y yo puse los ojos en blanco.

—Y, entonces, si todos los demás crecisteis juntos, ¿cómo es que conocisteis a Alec? —le pregunté, cambiando de tema antes de que la vena fanfarrona de Oliver pudiera hacer aparición.

—Alec es quien hizo posible que consiguiéramos un acuerdo con la discográfica —me dijo—. Él es de California, y su padre es el director ejecutivo de Mongo Records. Alec siempre quiso actuar, pero su padre pensaba que no tenía la personalidad adecuada para entrar en la industria de la música.

»Y así fue como me llegó un correo de Alec diciendo que nuestra música le gustaba. Nos encontró por YouTube y nos prometió que podía conseguirnos una reunión con un productor si no nos importaba añadir un cuarto miembro al grupo. Así que...

—Espera... —le interrumpí—. A ver si lo entiendo bien. ¿Alec mandó un correo a unos chicos que no conocía de nada y les preguntó si podía unirse a

su grupo?

Aquello no encajaba. Casi no conocía a Alec, pero era evidente que era demasiado tímido para hacer algo tan atrevido.

Oliver asintió.

—Sorprendente, ¿verdad? Creo que su pasión por la música superó su timidez.

—Guau, me alegro por él.

—Sí, ¿verdad? Bueno, nosotros nos emocionamos muchísimo con el correo de Alec, pero no sabíamos qué pensar de que se uniera al grupo. O sea, es que ni siquiera teníamos claro si sabía cantar. Así que le dijimos que nos gustaría conocerle y ver qué sabía hacer. Al día siguiente, Alec cogió un vuelo para venir a Oregón. No solo cantaba, sino que tocaba el bajo, y eso era genial porque Xander y yo tocamos la guitarra y JJ la batería. Todo encajaba a la perfección —dijo Oliver, terminando la historia.

Tenía los ojos clavados en la tele pero, por la media sonrisa que había en su boca y el brillo que irradiaban sus ojos, me di cuenta de que estaba en otro lugar, evocando recuerdos. Pasados unos segundos, sacudió la cabeza y me miró. Sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa, y entonces estiró el brazo y me atrajo contra su pecho.

Fue un movimiento atrevido, algo que solo sería capaz de hacer un chico con muchísima confianza en sí mismo, pero Oliver no dudó ni un momento durante su ejecución. Se me tensaron la espalda y los hombros, porque de repente era capaz de notar el ascenso y el descenso de cada una de sus inspiraciones. Apoyar la cabeza en su pecho era un gesto muy íntimo, algo que solo parecía propio de una pareja de verdad, pero yo me sentía incapaz de apartarme de él.

—¿Lo echas de menos? —le pregunté, intentando volver a distraerme. Me faltaba el aliento, pero esperaba que no se hubiera dado cuenta.

—¿El qué?

—No sé... Como eran las cosas antes de todo esto.

—¿Te refieres al anonimato? Claro. —Noté que algo en la voz de Oliver se apagaba, y yo estiré el cuello para mirarle. Estaba perdido en sus pensamientos, sin mirarme. Entonces, una arruga le cruzó el ceño—. Pero nunca volvería atrás. Jamás —añadió con seguridad.

La piel de sus nudillos palideció cuando cerró los dedos y tensó el puño. Yo me mordí el labio, sin saber qué decir. No creía que se hubiera enfadado

conmigo pero, claramente, había algo que lo trastornaba.

—Perdona —le dije—. No quería cotillear.

—No te preocupes —me dijo, y su voz sonó mucho más ligera que antes.

Sin embargo, tuve la sensación de que para Oliver la conversación había terminado, porque volvió a centrar su atención en la película. Así que, sin conversación que los calmara, mis nervios volvieron a apoderarse de mí. Me di cuenta de que había empezado a contener el aliento cuando él empezó a dibujarme pequeños círculos en el brazo con el pulgar. No sé por qué, pero la sensación me resultaba relajante. Poquito a poco, mi respiración recuperó un ritmo normal y yo me acurruqué contra su costado.

Por fin había conseguido tranquilizarme y volver a concentrarme en la película cuando Oliver empezó a reírse de algo que había dicho James Bond y yo noté que se agitaba bajo mi cuerpo. Eché la cabeza hacia atrás unos cuantos centímetros y le miré a través de las pestañas. Un leve sonrojo le coloreaba las mejillas, y sus ojos brillaban al reír.

Debió de notar que le estaba mirando, porque su mirada descendió hasta encontrarse con la mía. Sus labios se entreabrieron levemente, y una oleada de calidez me inundó el cuerpo entero. Alguien gritaba alguna locura en la pantalla, pero yo me sentía demasiado embelesada con Oliver como para volverme hacia la tele. Su manera de mirarme me provocaba el impulso de apretarme aún más contra él, y solo de pensarlo, me sonrojé.

Avergonzada por mis pensamientos, sentí la repentina necesidad de apartar la vista, de concentrarme en algo distinto. Sin embargo, Oliver me agarró con suavidad de la barbilla para impedir que me girara y la sostuvo allí hasta que volví a mirarle a los ojos. Entonces, agachó la cabeza y rozó mis labios con los suyos.

Aquel leve contacto fue suficiente para que algo se incendiara en mi interior. En lugar de esperar a que Oliver ahondara en el beso, yo le rodeé el cuello con los brazos y le atraje hacia mí. Ya había besado a otros chicos antes, pero nunca me había sentido como en aquel momento: febril, salvaje y fuera de control. Cuando Oliver me subió a su regazo y mi boca se separó de la suya, empecé a besarle en el cuello. Él echó la cabeza hacia atrás y gimió mientras se tiraba de los pantalones cortos para recolocárselos con la mano libre.

La puerta del ático se abrió.

—¿Stella? ¿Oliver? Chicos, ¿estáis aquí?

En cuanto la voz de Xander retumbó en el interior del apartamento, Oliver me apartó y salió disparado hacia la otra punta del sofá como si acabara de darse cuenta de que tenía una enfermedad contagiosa. Yo me enderecé y me alisé el pelo.

—Aquí estáis —dijo Xander, entrando en el salón.

—Ah, hola —respondió Oliver.

Su actuación fue digna de un Óscar. Primero alzó la vista para mirar a su amigo como si no hubiera escuchado entrar a nadie. Luego bostezó y se levantó para estirarse, como si los músculos se le hubieran quedado agarrotados mientras veía la película. «Si no fuera cantante», pensé, «sería un actor de primera». Oliver cogió el mando y puso la película en pausa mientras Aaron escoltaba al resto de los chicos al interior de la habitación. Una mujer con el pelo corto y rubio entró tras él.

—Aaron ha llamado a Courtney —dijo Xander, tensando los labios.

Oliver miró al guardaespaldas con los ojos entrecerrados.

—Traidor.

—Aaron ha hecho lo que tenía que hacer —dijo la mujer que supuse que era Courtney—. Tenemos una entrevista mañana por la mañana y un concierto por la noche. Hace horas que deberíais estar acostados.

—No somos niños, Courtney —se quejó JJ. Sin embargo, su expresión mientras ponía los ojos en blanco le hizo parecer precisamente un niño pequeño, y yo tuve que disimular la risa con una tos.

—¿De verdad? —respondió ella, llevándose una mano a la cadera—. Pues nadie lo diría. Aaron no tendría que llamarme en mitad de la noche si os comportarais como adultos. Soy vuestra representante, no vuestra niñera.

Así que esa tal Courtney era la representante del grupo.

—Vale, ya lo pillamos —gruñó Xander—. Nos portaremos bien. Ya puedes irte a la cama.

—Eso es lo que pienso hacer —dijo Courtney—, pero primero vuestro amigo tiene que irse. —Señaló a Drew.

—Amigos —la corrigió Drew—. Mi hermana se viene conmigo. —Me fulminó con la mirada y me dijo—: Ni de coña te quedas aquí tú sola.

Los ojos de Courtney volaron hacia el sillón al mismo tiempo que los de mi hermano. Suspiró antes de volverse hacia Oliver.

—Tu amiga también tiene que irse.

Por la forma en que Courtney me despachaba, tuve la sensación de que ya

había tenido que hacer aquello muchas veces, de que era algo que sucedía habitualmente.

—De acuerdo —respondió Oliver con tranquilidad.

Durante un segundo, nadie se movió.

—Bueno, ¿venís? —nos preguntó Courtney, señalando la puerta con un movimiento de la cabeza.

Cuando me levanté, las tripas me dieron un retortijón. Me giré para mirar a Oliver, pero él no se dignó a mirarme a los ojos. A ver... ¿Por qué de repente actuaba de una manera tan extraña?

Entonces, Alec dijo:

—Nos gustaría despedirnos de nuestros amigos.

Courtney enarcó una ceja como si estuviera esperando.

—En privado —añadió Alec, cruzándose de brazos.

La representante frunció los labios antes de responder.

—De acuerdo —accedió—, pero no os entretengáis. A vosotros cuatro os veo por la mañana.

Y, llevándose a Aaron con ella, Courtney se dio media vuelta y salió del salón, que permaneció en silencio hasta que escuchamos que la puerta se cerraba.

—Ha ido bien —gruñó Oliver para sí. Después, se metió las manos en los bolsillos y miró a su alrededor con gesto incómodo.

Drew empezó a despedirse.

—Ha sido genial conocerlos. —La verdad es que parecía un poco triste mientras recogía las cosas de Cara de la mesa—. Gracias por firmarnos todo esto. Significa mucho para nuestra hermana.

—¡Ah! Eso me recuerda una cosa —dijo Xander antes de desaparecer dentro de una de las habitaciones de la parte trasera del ático y volver con otro póster.

—Bien visto —dijo JJ al verlo.

—Va a salir en el número del mes que viene de *Tiger Beat* —nos explicó Xander mientras lo desplegaba.

Era una foto de los cuatro, vestidos de traje. No pude evitar que se me fueran los ojos directamente hacia Oliver, que tenía las manos alzadas fingiendo que eran una pistola de mentira. Sus ojos titilaban, divertidos, y me miraban desde la página de papel cuché. «Bond, James Bond».

—De momento, no lo tiene nadie —añadió JJ.

Le quitó el poster a Xander, lo alisó sobre la mesa y escribió un mensaje para Cara en la esquina superior izquierda. El mensaje decía:

¡Feliz cumpleaños, Cara!

Ojalá hubiéramos podido conocerte, pero esperamos que pases un día genial.

The Heartbreakers

Los cuatro firmaron el póster con unas letras que ascendían y descendían en preciosas florituras. Siempre me habían dado envidia las firmas de los famosos, porque todas resultaban perfectas y especiales. La mía parecía que la hubiera escrito un niño de dos años.

Cuando terminaron, Drew enrolló el póster y se lo metió bajo el brazo. Alzó la mano y se peinó el pelo con los dedos, manteniéndolo estirado en la nuca un momento antes de volver a soltárselo y sacudir la cabeza.

—No sé qué decir —murmuró, al final—. Muchas gracias.

Sabía exactamente cómo se sentía. No teníamos palabras para expresar lo contenta que se pondría Cara cuando viera su regalo, y no había nada que Drew y yo deseáramos más en el mundo entero que verla feliz. Para ella aquel sería un regalo inolvidable, y nunca podríamos agradecer a los Heartbreakers lo que habían hecho por nosotros.

—No te preocupes —dijo Oliver, y sonrió.

Aquella era una de esas arrebatadoras sonrisas suyas, la misma que me había pillado con la guardia baja en el Starbucks, así que tuve que apretar los dientes y apartar la mirada.

Oliver le tendió la mano a Drew para estrechársela y, antes de tener tiempo de ponerme triste, Xander me atrajo hacia sí y me dio un achuchón. Era mucho más alto que yo, y mi cara se estampó contra su pecho.

—Me alegro de haberos conocido —me dijo, dejándome sin aire del apretón—. Aunque me dieras un miedo que te cagas en el ascensor.

Yo me aparté.

—¿Te he asustado?

Xander se colocó las gafas sobre la nariz y asintió con la cabeza.

—Fue bastante acojonante.

El siguiente en despedirse fue JJ.

—¿Ahora sí me vas a dar mi beso? —me preguntó. Yo reí y negué con la

cabeza—. Bueno —dijo, antes de darme un besito en la mejilla—, entonces te lo tendré que robar.

Luego le tocó a Alec.

No sabía bien qué decirle, pero no tuve que preocuparme porque fue él quien rompió el silencio.

—¿Podemos hablar un momento a solas?

Su rostro era completamente inexpresivo, así que era imposible saber qué estaba pensando.

—Esto... Claro —dije, ladeando la cabeza. ¿Qué querría decirme Alec que necesitara tanto secreto?

Me llevó a la cocina, donde nadie pudiera escucharnos.

—Perdona —me dijo entonces—, es que quería hacerte una pregunta personal.

Yo me encogí de hombros, intentando ocultar mis repentinos reparos.

—Dime.

—Siempre llevas la cámara encima —dijo, señalándola.

Relajé inmediatamente los hombros. De todas las posibilidades que se me habían pasado por la cabeza, no pensaba que fuera la cámara lo que había despertado la curiosidad de Alec. Podría pasarme el día entero hablando de fotografía.

—Sí —dije mientras la cogía y rozaba los controles con el pulgar.

—¿Por qué?

Cuando frunció el ceño, entre sus cejas se dibujaron dos pequeñas arrugas. Tenía el rostro completamente concentrado, como si estuviera intentando resolver un enigma.

—Porque... ¿me gusta sacar fotos? —Mi respuesta sonó como una pregunta, porque no estaba segura de adónde quería llegar exactamente.

Su boca se curvó en una sonrisa y, aunque fue muy leve, fue la única que le vi desplegar completamente en toda la noche. La sonrisa le iluminó el rostro y sus ojos, que normalmente parecían de un gris turbulento, se volvieron azules.

—Lo sé —me dijo, inspeccionándome—, pero es evidente que para ti significa algo más... —Alec perdió el hilo, como si estuviera intentando buscar una manera de explicarme lo que quería decir—. Me cuesta encontrar una buena comparación pero, por ejemplo, hay gente que siempre lleva una joya concreta que no se quita nunca. No es solo un accesorio, sino una

especie de amuleto, algo que les da fuerza. ¿Sabes a lo que me refiero? — Mientras hablaba, retorció el cable de los auriculares que le colgaban del cuello.

Yo parpadeé, completamente sorprendida. Me había dado cuenta desde el principio de que Alec era un observador silencioso, una de esas personas que se dan cuenta de todo. En lo que no me había fijado era en lo perspicaz que era. Su suposición era correcta, así que me pareció que se merecía una explicación.

—Empecé a interesarme por la fotografía cuando Cara se puso enferma — le dije, intentando encontrar un buen punto de partida—. Tenía que ser fuerte por ella, pero me costaba muchísimo. Un día eres una adolescente normal y corriente, y al siguiente tu hermana se está muriendo. Todo aquello me desestabilizó, ¿sabes?

»Me vine abajo por dentro porque estaba enfadada, tenía miedo y sentía un montón de cosas más que no entendía, así que empecé a sacarle fotos y más fotos a..., no sé, a todo. Pero Cara siempre ha sido mi tema favorito. Era como si quisiera capturar todos los momentos que pasábamos juntas, por si acaso... —Callé. No quería terminar la frase. Sin embargo, la historia manaba de mi interior como el agua de un manantial, así que tuve que volver a empezar—. No sé. Supongo que es más fácil ocultarse tras la lente de la cámara. Me he acostumbrado tanto a llevarla encima que, cuando no lo hago, me siento rara.

Entre nosotros se hizo un profundo silencio. Alec me miraba de forma extraña y, entonces, fui consciente de lo que acababa de decir. Mi mano voló a mi boca, y un breve jadeó se escapó de entre mis labios. No pretendía contárselo. Era como si las palabras hubieran salido de mi interior sin que yo fuera consciente de ello.

Sin embargo, Alec no tenía aquella mirada triste a la que tanto me había acostumbrado con el paso de los años. Me sostenía la mirada con ojos comprensivos, como si desde el principio hubiera esperado que yo le contara la verdad. Ya había resuelto el enigma.

—Gracias —me dijo. Su voz era grave y tranquila, y supe que no iba a volver a sacar el tema—. ¿Puedo hacerte otra pregunta más? Te prometo que no es tan comprometida como la primera.

—Vale —dije, aferrándome a la cámara.

—¿Te importaría mandarme las fotos que has sacado esta noche? —

Levantó un papelito con lo que parecía una dirección de correo electrónico garabateada en él—. Me gustaría hacer mis propias copias.

—Ah —dije, soltando la cámara para coger el papel—. Claro. Las retocaré y las tendré listas este fin de semana para mandártelas.

Entonces Alec me obsequió con una sonrisa en estado puro.

—Gracias —me dijo—. De verdad que te lo agradezco mucho.

—¿Stella? —Oliver asomó la cabeza por la puerta de la cocina y sonrió al verme—. Ahí estás.

—Deséale un feliz cumpleaños a tu hermana de mi parte —me dijo Alec, y luego se apartó para que pudiera despedirme de Oliver. Aunque no había tenido oportunidad de tratar mucho con él, me di cuenta de que Alec era muy buen chaval.

—Lo haré —le dije.

Alec se marchó y nos dejó solos a Oliver y a mí.

Los dos nos quedamos callados, mirándonos en silencio. Al final, él estiró un brazo y me colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—Me alegro de que nos hayas gritado.

—Yo..., ¿qué?

Aquel era un adiós extraño y confuso.

—En el ascensor —me aclaró—. Ahora ya no seré capaz de olvidarte, ¿sabes?

A mí se me abrió la boca sola, pero no supe que decir. En el fondo de la garganta se me hizo un nudo del tamaño de una moneda, así que la cerré y no dije nada.

—¿Me dejas tu móvil un momento? —me preguntó Oliver, de repente.

—¿Mi móvil? —pregunté yo, sacándomelo del bolsillo.

Oliver lo cogió y empezó a escribir algo.

—Aquí tienes mi número. Por favor, no se lo vendas por unos cuantos cientos de dólares a ninguna revista.

—¿Tu número?

Ningún chico me había dado nunca su número.

—Quiero que me llames, ¿vale? —Oliver me devolvió el móvil cuando terminó de introducir sus datos de contacto—. ¿Me prometes que me llamarás?

Yo asentí con la cabeza, incapaz aún de pronunciar palabra. Oliver cogió mis manos entre las suyas y yo noté su piel cálida contra la mía. Me dibujó

un par de círculos en la palma, como había hecho mientras veíamos la película.

—Dios, no quiero despedirme de ti —suspiró, mirándome.

—Pues no lo hagas —dije yo al fin, envolviéndole la cintura con los brazos y atrayéndole hacia mí.

Sus manos se deslizaron por mi espalda en respuesta. Yo enterré la cara en su hombro y apoyé la nariz contra la tela de su camiseta. Nos quedamos así un segundo larguísimo, durante el cual ninguno de los dos dijo nada, y entonces alguien se aclaró la garganta tras nosotros. Cuando me giré y vi a mi hermano de pie en el vano de la puerta de la cocina, Oliver y yo rompimos inmediatamente nuestro abrazo.

—¿Estás lista, Stella? —me preguntó.

—Sí —respondí, aunque no lo estaba ni por asomo. Cuando me giré para seguir a Drew, Oliver me agarró de la muñeca y me retuvo.

—¿Te acordarás de lo que te he pedido?

—¿Lo de que no venda tu número al mejor postor?

—Por favor, llámame.

—De acuerdo.

CAPÍTULO 8

Escuché que alguien llamaba a mi cuarto, y mi padre abrió la puerta.

—Hola, pequeña —me dijo, apoyándose contra el marco.

—Hola —respondí tumbándome en la cama. Me había tirado una hora limpiando mi habitación.

—Tienes voz de cansancio.

Aunque no le veía la cara, me imaginé perfectamente las arrugas en su frente. Mi padre se había acostumbrado a vivir perpetuamente preocupado desde la primera vez que Cara enfermó.

—No he dormido bien —le dije.

La noche anterior, nada más volver del viaje, nuestros padres nos habían dado la buena noticia de que el cómputo de glóbulos blancos de Cara estaba mejorando y que le habían dado de alta en el hospital. Después, me fui derecha a la cama. A pesar de estar agotada, estuve mirando al techo hasta que se hizo de día, incapaz de dormirme. Tenía a cierto chico rondándome por la cabeza.

—¿Demasiado emocionada porque Cara vuelva a casa? —me preguntó.

—Sí, algo así. —Elegí un rincón en el techo y me quedé mirándolo fijamente con la esperanza de que mi padre no se diera cuenta de que estaba mintiendo.

La culpa de que no pudiera dormir era de Oliver, no de Cara. Me había dado su número y me había pedido que le llamara. ¿Llevarle hoy sería demasiado precipitado? ¿Le parecería una desesperada? Quizá debería esperar unos cuantos días más... Pero, si esperaba demasiado, ¿parecería entonces que no estaba interesada? En lo único en lo que podía pensar era en si debía llamarle o no.

¿Era la peor hermana del mundo por pensar en Oliver Perry en vez de en

Cara? Sí, me emocionaba que mi hermana volviera a casa, pero eso no significaba que el cáncer hubiera desaparecido. Seguía enferma. Y, si había algo que de verdad deseaba con todas mis fuerzas, mucho más que la posibilidad de volver a quedar con Oliver Perry, era que mi hermana mejorara.

—Bueno, tu hermano y yo la hemos llevado a la cocina. Mamá está preparando el desayuno.

—¿Mamá está cocinando?

Me senté en la cama. Mi madre no era demasiado buena cocinera. Sabía preparar pasta precocinada y sándwiches de mermelada y mantequilla de cacahuete pero, por lo general, era mi padre quien se hacía cargo de las comidas familiares.

—Lo intenta. Seguramente debería ir a ayudarla antes de que convierta las tortitas en un revoltijo incomedible.

Cara podría alimentarse exclusivamente a base de tortitas, así que no me extrañaba que mi madre quisiera preparárselas. En nuestra casa, el sirope constituía prácticamente un grupo alimenticio propio.

—*Revortitas* —dije yo, con una sonrisa.

—Sí, y no queremos eso —me respondió, riendo.

Cuando mi padre ya se daba media vuelta para marcharse, Drew asomó la cabeza en mi habitación.

—Oye, Stella, Cara no deja de preguntarme que dónde hemos estado estos dos días. ¿Te importa si le damos nuestro regalo ahora? —Mi hermano estaba dando saltitos, y me di cuenta de que se moría de ganas por ver su reacción.

—Claro que no —dije yo, levantándome de la cama—. Déjame juntarlo todo.

—Vale. En el armarito del recibidor hay unas cuantas bolsas de regalo, por si quieres envolverlo.

Después de elegir una bolsa cubierta de purpurina y meter dentro todos los objetos firmados, me dirigí a la cocina. Mi madre y mi padre estaban frente a los fuegos, y el olor del desayuno lo impregnaba todo.

—¡Stella! —gritó Cara, palmeando la silla que había a su lado.

Estaba sentada a la mesa con Drew. Los dos habían empezado una partida al Rummy 500, el juego de cartas favorito de nuestra familia. Mi padre nos había enseñado a jugar cuando éramos pequeños y, desde entonces, nos habíamos dedicado a perfeccionar nuestras estrategias personales lo máximo

posible. Drew era el mejor de los tres, pero con la que menos me gustaba jugar era con Cara. Con los años se había ganado el mote de la Ladrona, porque tenía la enervante habilidad de robar del montón de cartas descartadas justo cuando tú más lo necesitabas.

—Eh, hola —dije, devolviéndole la sonrisa. Cara solía comprarse un montón de pelucas, y aquel día llevaba una con corte a lo chico peinado de punta—. Qué atrevida vas hoy.

—¿Te gusta? —dijo, revolviéndose el pelo falso—. Me ayuda a sacar mi lado rebelde.

—¿Y desde cuando tienes tú un lado rebelde? —preguntó Drew, mirándola con suspicacia.

Cara no era ninguna santurrona pero, por culpa de su enfermedad, no había tenido las mismas oportunidades que otros adolescentes de romper las reglas.

—Bueno, pues para empezar ya te he visto las cartas dos veces. Sería muy amable por tu parte que soltaras esa reina de corazones —respondió, con aire inocente.

Yo me eché a reír y me senté.

Mi madre se volvió en cuanto me oyó. Tenía el pelo y la cara llenos de harina.

—Buenos días, cielo —me dijo con una sonrisa—. ¿Quieres una tortita?

—No sé —respondí, intentando contener la risa—. ¿Las has hecho tú?

—No —gruñó mi madre, señalándome con la espátula—. Al final las ha hecho tu padre, que se ha puesto a rezongar no sé qué de unas *revortitas*.

—Vale, entonces me tomaré una.

—Gracias por la confianza y el apoyo —dijo mi madre.

Aun así, cogió un plato del armario y se lo tendió a mi padre, que depositó en él una tortita dorada y perfecta. El sirope y el zumo de naranja ya estaban sobre la mesa, así que solo tuvo que coger un tenedor antes de colocarme el desayuno enfrente.

—Gracias, mamá —le agradecí alegremente, hincándole el diente a la tortita.

—¿Para quién es eso? —preguntó Cara cuando por fin reparó en la bolsa de regalo.

—Mmm, qué rica, papá —dije yo, con la boca llena. Después de tragar y soltar el tenedor, me volví hacia Cara—. Puede que para una hermana un poco cotilla.

—¡Ohhh! —gritó, emocionada, meneando las cejas.

—Es nuestro regalo de cumpleaños —añadió Drew.

—¿Se le permite a la hermana cotilla, aunque absolutamente encantadora, abrir su regalo de cumpleaños? —nos preguntó.

—Supongo que sí.

—¡Genial! —exclamó Cara, dando una palmada.

Cuando empujé la bolsa hacia ella sobre la superficie de la mesa, Drew se apartó como medida de precaución. Cara iba a alucinar.

Lo primero que sacó fue la camiseta de la gira de The Heartbreakers. Cuando la desdobló, sonrió.

—Oh, gracias, chicos. Me encantan los Heartbreakers.

Era evidente que estaba intentando ser considerada, porque acabábamos de regalarle una camiseta que ya tenía.

—¿De nada? —respondí yo—. ¿Cuándo le hiciste ese agujero en la axila?

Cara se encogió de hombros.

—Ah, pues lleva ahí desde que... —Entonces se quedó callada y le dio la vuelta a la manga para ver si de verdad era su camiseta. Cara nos miró primero a uno y luego al otro, con el ceño fruncido—. No lo pillo. ¿Me estáis regalando una camiseta que ya tenía?

—Una camiseta que ya tenías, pero mejorada —puntalicé yo, con una sonrisa satisfecha.

Ella se mostró confusa un segundo y luego algo por fin hizo clic en su cabeza.

—¡Ni de coña! —dijo, incrédula, dándole la vuelta a la camiseta para inspeccionarla.

Ahí, escritos con rotulador negro, estaban los nombres de los chicos.

—¡Ay, la leche! —gritó Cara—. ¡Esto es alucinante! No, es más que alucinante. ¡Es como la Navidad llena de esteroides!

Cara estaba tan emocionada que ni siquiera sabía qué hacer. Primero apretó la camiseta contra su pecho, y luego decidió que era mejor ponérsela encima de la que ya llevaba puesta.

—Muchísimas gracias, chicos —dijo Cara, mirándonos a los dos. Parecía que fuera a echarse a llorar de un momento a otro—. Este año os habéis ganado el premio al mejor regalo.

—Pero todavía no has terminado de abrirlo —señalé.

—¿Hay más? —Cara abrió el resto de la bolsa y chilló de alegría cada vez

que sacaba un nuevo objeto firmado—. Esto no recuerdo tenerlo —dijo cuando desplegó el póster que nos había dado Xander.

—Es que aún no está a la venta —le dijo Drew—. Xander nos dijo que van a regalarlo con el próximo número de *Tiger Beat*.

—¿Esto os lo ha dado él? —exclamó Cara, con los ojos prácticamente fuera de las órbitas—. Lo dices como si le conocieras.

Creo que Drew había olvidado durante un segundo que estábamos hablando con Cara, más conocida como «loca acosadora de The Heartbreakers».

—Sí, bueno, estuvimos pasando el rato con ellos el sábado por la noche.

Cara dedicó las horas siguientes a interrogarnos sobre los Heartbreakers. Después de que Drew mencionara que habíamos estado con el grupo, mi hermana nos obligó a contarle hasta el último detalle de nuestro viaje. Como castigo por su desliz, yo obligué a Drew a que fuera él quien lo contara todo. Mientras él relataba la historia, dejé que Cara fuera pasando las fotos de mi cámara. Había registrado prácticamente toda la noche. Tenía unas cuantas fotos de Oliver cocinando, instantáneas de la piscina, un vídeo de una de las peleas a caballito y, por supuesto, las fotos que le había sacado a Oliver en el Starbucks.

—Entonces ¿quién dirías que tiene los ojos más bonitos? —preguntó Cara mientras veía el vídeo de la pelea por décima vez.

—No me lo estás preguntando en serio, ¿verdad? —respondió Drew con una ceja enarcada.

Cara soltó la cámara para luego apoyar los codos en la mesa y la cara entre las manos.

—Yo creo que JJ —dijo con aire soñador.

—No lo sé —dijo Drew, alzando la vista al cielo—. Yo me decantaría más por Alec.

—¿Y a ti qué te parece, Stella? —me preguntó Cara, con la mirada clavada en mí.

Mis pensamientos volaron inmediatamente hacia Oliver, pero no pensaba decírselo. Después de años intentando convencerme de que los Heartbreakers estaban «buenísimos» ni de coña pensaba reconocerle a mi hermana que llevaba teniendo razón desde el principio.

Drew me dedicó una sonrisilla traviesa.

—Hay un claro ganador. —Y entonces dibujó un corazón en el aire con los

dedos.

—¡Cállate! —bufé yo, propinándole una patada rastrera en la espinilla por debajo la mesa.

—¿Qué coño haces, Stella? —se quejó él, frotándose la pierna dolorida—. Eso ha dolido.

Cara salió de su ensoñación y se volvió para mirarme.

—¿Qué? ¿De qué estáis hablando?

—De absolutamente nada. —Mentí, apartando la vista para que no pudiera ver las manchas rosadas que se me habían empezado a formar en las mejillas.

—Mentira —rio Drew.

—¿Te apetece otra patada? —le amenacé.

—Vale, ahora tienes que contármelo —dijo Cara, haciendo tamborilear sus uñas perfectamente pintadas con impaciencia sobre la mesa. Yo fulminé a mi hermano con la mirada, tratando de animarle a que dijera algo—. ¿Stella? —insistió Cara.

Mantuve la boca cerrada y continué con la silenciosa competición que mantenía con Drew de sostenernos la mirada. Al final fue él quien la apartó. Como creía que había ganado, celebré la victoria en silencio durante un segundo, pero entonces mi hermano sonrió con malicia.

—*¡Oliver PerrrylehadadosumóvilStella!* —lo dijo tan rápido que las palabras se juntaron unas con otras. Yo apenas fui capaz de entenderle y, para cuando lo hice, Drew ya se había levantado de un salto de la silla y se había puesto lejos del alcance de mi pie asesino.

Cara rio.

—No, en serio. ¿De qué estáis hablando?

—«Stella, por favor, llámame» —se burló Drew.

Yo hice rechinar los dientes.

—¡Drew, te voy a matar!

—Ay, Dios de mi vida —dijo Cara lentamente, mirándonos primero a uno y luego a la otra—. ¿No estaba de broma?

Al ver que ninguno de los dos respondía, Cara obtuvo la confirmación que buscaba.

—¡La leche! ¿Oliver Perry te ha dado su móvil? ¡Menuda suerte, qué perra! Ay, madre, ¿puedo verlo?

Para ser una persona con movilidad reducida, Cara se mostró increíblemente ágil a la hora de abalanzarse hacia el bolsillo en el que yo

guardaba el móvil. Me saqué el teléfono de los vaqueros y ella lo aferró entre sus garras sin darme tiempo siquiera de parpadear. Mientras Cara buscaba en mi teléfono, yo le hice una peineta a Drew.

—¿Dónde está? —me preguntó Cara—. Me habéis mentido, ¿verdad?

—No —le dije al tiempo que se me sonrojaban las mejillas—. Lo he puesto en la agenda como «Chico del Starbucks».

Cara fue pasando los números de mis contactos con ansia hasta que encontró el de Oliver.

—Guau —dijo muy despacio—. ¿De verdad es su número?

—Sí —respondí, aún ligeramente incómoda. Cara miraba mi teléfono como si fuera un milagro directamente caído del cielo.

—¿Y le has llamado? —me preguntó. Era consciente de que estaba haciendo todo lo posible por no darle al botón de llamar.

—No —murmuré.

—Ay, madre. Vale, pues cuando lo hagas, tienes que contármelo todo. ¿Crees que sería muy raro si le saludara? Sé que no me conoce, pero... venga. Sabes que soy la mayor fan de The Heartbreakers que existe —me imploró Cara.

—Claro, sin problema —dije en voz baja.

Drew se dio cuenta de lo incómoda que me sentía y cambió de tema en cuanto se sentó de nuevo a la mesa con una nueva bandeja de tortitas en la mano.

—Vale, vamos a pasar a algo más importante que ese dichoso numerito. ¿Qué queréis que hagamos el viernes por nuestro cumpleaños?

Mis labios vocalizaron un silencioso «gracias», si bien eso no le eximía de ser un capullo integral.

Yo quería que hiciéramos algo no demasiado complicado por nuestro cumpleaños para no tener que preocuparnos por Cara. El año pasado había sido perfecto, porque habíamos pasado el día en la playa. Nuestros tíos tienen una casita en el mar en Carolina del Sur, así que la familia al completo fuimos hasta allí en avión para visitarlos durante una semana entera. Jugamos al vóley-playa y al frisbee con nuestros primos (mientras Cara nos animaba desde la banda) y nos refrescamos nadando en el mar. Para desayunar, comer y cenar tomábamos melón frío y limonada. Al caer la noche hacíamos hogueras en la arena y asábamos malvaviscos mientras las olas rompían contra la orilla en una especie de relajante melodía nocturna.

—Podríamos ir al cine —propuso Drew, encogiéndose de hombros.

—Eso es un rollo —lloriqueó Cara mientras hacía girar mi teléfono en círculos sobre la mesa.

Por muy de acuerdo que estuviera con Cara, no se me ocurría ninguna otra cosa que hacer que fuera segura y emocionante al mismo tiempo.

—Una peli puede ser diver —dije despacio—. ¿No acaban de estrenar esa de intriga?

—No me gustan las pelis de intriga —se quejó Cara. Dirigiéndose a Drew, añadió—: Además, ¿no decías que nunca ibas a volver conmigo al cine?

—¿Qué? —preguntó él.

—Ah, sí —dije yo, con un resoplido de risa—. ¿Te acuerdas del estreno de *Crepúsculo*?

—Ay, Dios —recordó Drew, enterrando la cara entre las manos—. No me lo recuerdes.

Cara estaba tan emocionada con el estreno de la primera película de *Crepúsculo* que consiguió que Drew la acompañara a la sesión golfa. Sin embargo, eso no fue lo peor. Lo peor fue que ella se disfrazó de Alice y obligó a Drew a disfrazarse de Edward. Después de la peli, se cruzaron con la chica del instituto que le gustaba a mi hermano, y él llevaba la cara brillante de purpurina.

—Íbamos perfectos —dijo Cara, que recordaba la anécdota con cariño.

—Me empolvaste la cara —se quejó Drew, molesto—. Parecía un idiota.

—¿Y qué diferencia hay con cualquier otro día? —dije yo—. Creo que tengo una foto vuestra en alguna carpeta de mi ordenador.

—Vale, da igual —gruñó Drew—. No vamos a ver ninguna peli.

CAPÍTULO 9

No esperaba una llamada.

Había pasado una semana desde mi aventura en Chicago, siete días enteros desde que Oliver y yo nos despedimos. Mi padre se había cogido unos días libres en el trabajo para estar en casa con Cara, y nos habíamos pasado la mayor parte del tiempo acurrucadas en el salón viendo pelis clásicas y sentadas en la mesa de la cocina jugando a las cartas. Para celebrar nuestro cumpleaños fuimos al parque más cercano, disfrutamos de un pícnic y vimos los fuegos artificiales del 4 de julio. No fue un día de playa en Carolina del Sur, pero estuvo bien.

Mi vida recuperó la aburrida rutina que la envolvía antes de que mi camino se cruzara con el del grupo de música más famoso del mundo.

O eso creía yo, al menos.

Aquel día Cara y yo estábamos solas en casa: mi madre y Drew habían ido a Minneapolis para que mi hermano se matriculara en la universidad y mi padre había vuelto a trabajar. Cara se había quedado dormida hacía un rato mientras veía un canal de cotilleos sobre famosos, pero yo no me atreví a cambiar a una cadena que me gustase por no despertarla. En su lugar, me puse a ojear uno de los libros que mi madre había sacado de la biblioteca para que mi hermana los leyera, pero mis oídos seguían atentos. Una parte de mí esperaba escuchar algo sobre The Heartbreakers, o sobre Oliver.

Había tomado la decisión de no llamarle. No es que no quisiera. Sí quería, pero también sabía que entre nosotros nunca podría pasar nada. Él era un músico de fama internacional, y yo solo era la vulgar y aburrida Stella. Había sido Cenicienta por una noche, y no quería arruinar la magia del momento con una decepción. Al no llamarle, estaba, metafóricamente hablando, cerrándole la puerta a Oliver Perry.

Sin embargo, la táctica no me estaba funcionando demasiado bien. A pesar de mis enormes esfuerzos, era incapaz de dejar de pensar en él, o en cómo me había sentido cuando me besó.

Cuando mi móvil sonó, el libro se me resbaló de las manos y aterrizó en el suelo con un aleteo de páginas.

—¿Hola? —contesté en un susurro para no despertar a Cara.

Salí de la habitación a hurtadillas y cerré la puerta detrás de mí con mucho cuidado.

—¿Estoy hablando con Stella Samuel? —preguntó un hombre al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo —respondí mientras me acomodaba en el desgastado sofá de nuestra sala de estar.

—¡Cielo! —exclamó la voz. Yo tuve que apartarme el teléfono de la oreja para no quedarme sorda—. ¡Cuánto me alegro de poder hablar por fin contigo!

—Disculpe, pero ¿quién es usted?

—Ay, qué tonto. Me llamo Paul Baxter. Soy el publicista de The Heartbreakers. Quería hablar contigo sobre algunas de las fotos que le sacaste al grupo.

Se me tensó la espalda al instante. ¿Por qué querría el publicista de The Heartbreakers hablar de mis fotos? De hecho, ¿cómo era posible que estuvieran en su poder?

—¿Stella? ¿Hola?

—Sí, perdone. —Me aclaré la garganta—. Esto, ¿ha dicho mis fotografías?

—¡Sí, sí! Alec me enseñó las fotos que les sacaste hace unas cuantas semanas.

—Ah, claro —respondí, recordando el correo que le había mandado.

—Tienes mucho talento con la cámara. Tus fotos tienen una calidad que no soy capaz de describir. Son como... —Paul calló un momento, intentando explicarse—. Supongo que suena un poco ñoño, pero se te da bien captar la energía del momento.

La mente se me quedó en blanco durante al menos tres segundos enteros. El piropo de Paul había sido tan inesperado, tan increíble, que fui incapaz de registrar una sola palabra más de lo que dijo. Sin embargo, una sensación cálida había empezado a originarse en mis pies y manos, una sensación que crecía y se expandía por mi cuerpo como una enredadera. Finalmente, mi

cerebro consiguió liberarse de sus lianas. «¿Al publicista de The Heartbreakers le gustan mis fotos?».

—Stella, ¿sigues ahí?

—Sí —respondí con voz temblorosa—. Perdona. Es que me da vueltas la cabeza. Ni siquiera sé qué decir. ¿De verdad te gustan las fotos que hago?

Escuché a Paul sonreír al otro lado del teléfono.

—Te lo juro con la mano en el corazón. Eres un fenómeno, y por eso me interesaría trabajar contigo.

Una sensación de vacío me inundó el pecho y la cabeza, y no supe si iba a desmayarme o a salir flotando. ¿Aquello era una broma?

Siempre había querido dedicarme a vivir de la fotografía, pero también era consciente de que no era la carrera más realista del mundo. Por eso había decidido ir a la universidad antes de intentar dedicarme a lo que realmente me gustaba. Tal vez con una licenciatura en Marketing o en Publicidad podría conseguir un trabajo de fotografía comercial. O tal vez se diera el caso de que, durante esos cuatro años, descubriera una vocación completamente distinta y la fotografía quedara relegada a un mero pasatiempo de instituto.

La oferta de Paul podía cambiarlo todo. De repente, mi mayor sueño se presentaba en el horizonte de mi vida, mucho más a mi alcance de lo que lo había estado nunca. ¿Cómo era posible? Estaba orgullosa de mi trabajo, porque para mí tenía un enorme valor sentimental, pero nunca había pensado que fuera bueno. No como el de Bianca, al menos. ¿De verdad quería contratar Paul a una adolescente sin formación profesional?

Él especificó un poco más en qué consistía su propuesta.

—Mi trabajo con The Heartbreakers es generar y gestionar publicidad para el grupo. Considérame una especie de puente entre los chicos y el público. Mira, no es ningún secreto que hay rumores de que van a separarse. Hay quien dice que entre los chicos hay rencillas, mientras que otros hablan de que el sello está poniendo demasiada presión sobre ellos. Independientemente de cuáles sean, mi trabajo es acallar esos rumores venenosos. Sin embargo, cuanto más intento silenciar a los moscones, más fuerte zumban.

Paul suspiró y, aunque no le conocía de nada, me sentí mal por él. Por cómo sonaba su voz, era evidente que estaba estresado: su alegría previa se había evaporado y los rumores parecían estar envenenándolo a él también.

«¿Por qué narices me estará contando todo esto?».

—Suenas muy frustrante —le dije, con recelo—, pero estoy un poco

confundida. ¿Crees que yo puedo hacer algo para ayudar?

Mientras hablaba, sacudí la cabeza, incrédula ante el hecho de que aquellas palabras hubieran salido de mis labios. Muchas cosas habían cambiado desde mi viaje a Chicago: una semana antes nunca me habría ofrecido a ayudar a un grupo que me gustaba tan poco.

Paul suspiró, aquella vez con alivio.

—De hecho, sí. Ninguna de mis estrategias habituales está surtiendo ningún efecto, así que estoy dándole vueltas a una idea que se sale un poco de lo común. Dime una cosa, ¿tienes alguna experiencia como bloguera?

—La verdad es que no —reconocí.

Había considerado la idea de colgar algunas de mis fotos en Tumblr hacía tiempo, pero nunca me había atrevido a hacerlo.

—No te preocupes por eso —se apresuró a responder Paul—. Para este proyecto, lo que quiero es desviar la atención de los rumores. Necesito mostrarle al mundo que los Heartbreakers están más unidos que nunca.

—¿De acuerdo...?

—Conseguiste capturar el espíritu del grupo cuando estaban haciendo el tonto y siendo ellos mismos.

—Solo estábamos pasando el rato. Y todavía no sé qué es lo que me estás pidiendo que haga.

—Stella, no recuerdo cuándo fue la última vez que vi a los chicos tan contentos —dijo—. Quiero más momentos así: son oro puro. Lo que te propongo es que gesticiones el blog fotográfico de The Heartbreakers. Tienes que sacar fotos del grupo, instantáneas en las que aparezcan haciendo cosas cotidianas, como salir y divertirse.

—¿Más fotos como las que saqué durante ese fin de semana? —le pregunté.

—Exactamente como esas. También te encargarías de escribir las entradas que las acompañarían. Junto a cada foto que colgaras debería aparecer una breve descripción de lo que está pasando, hablar sobre el rato que has compartido con el grupo para que las fans sientan que lo están viviendo contigo.

Yo guardé silencio durante un momento antes de volver a hablar.

—Pero ¿cómo se supone que voy a sacar más fotos?

—Por lo que he oído, no tardaste mucho en hacerte amiga de los chicos. Lo único que tienes que hacer es pasar tiempo con ellos. Estoy seguro de que

esos momentos te proporcionarán mucho material con el que trabajar.

—¿Pasar tiempo con ellos? Quieres decir ¿habitualmente?

¿Cómo demonios se suponía que iba a hacer eso? Los Heartbreakers cada día estaban en una ciudad distinta.

—Sí, claro. Tendrías que unirme a la gira. Nunca he hecho nada parecido, así que los dos iremos aprendiendo sobre la marcha, pero de verdad creo que un enfoque distinto puede funcionar. ¿Qué te parece? ¿Te interesa?

Yo inspiré hondo.

—Honestamente, todo esto es un poco demasiado.

—Y es perfectamente comprensible —se apresuró a contestar Paul—. Te acabo de bombardear con muchísima información, y estoy segura de que son muchas las cosas que tienes que asimilar. ¿Por qué no te tomas unos días para pensártelo y luego volvemos a hablar?

—Me parece una buena idea —le dije.

Paul me dio su número por si tenía alguna pregunta, y quedamos en hablar a finales de semana. Después de colgar, me desplomé en el sofá.

La cabeza me daba vueltas. Me acaban de ofrecer una de esas oportunidades que solo se presentan una vez en la vida, el tipo de trabajo por el que la gente mataría. Alguien quería contratarme como fotógrafa. No, no solo eso. No era «alguien»: quería contratarme el publicista de The Heartbreakers.

—Ay, Dios, ¡tengo que contárselo a Cara!

Me incorporé de un salto y me guardé el teléfono en el bolsillo. Mientras corría por el pasillo, me sentí más alta, más grande, más fuerte, preparada para enfrentarme a cualquier cosa. La sensación no duró mucho.

Cuando llegué a la puerta de la habitación de Cara, me detuve. Mi hermana la tenía decorada con fotos de nosotros tres. Era una especie de collage de nuestra infancia: Drew, Cara y yo con ropitas de bebé a juego, en el primer día de guardería, de pie frente al castillo de la Cenicienta en Disney World, esperando al autobús para ir al instituto... Cuanto más miraba aquellas fotos, más pánico sentía.

Llevaba muchísimo tiempo deseando que se me presentara una oportunidad como aquella, la posibilidad de despegar por mi cuenta, y aquel trabajo era mucho más de lo que yo jamás podría haber aspirado. En lugar de sentirme radiante, noté cómo una lenta y paralizante sensación helada me recorría de la cabeza a los pies. No entendía por qué de repente me sentía tan

mal, pero no podía permitir que Cara se diera cuenta de que me pasaba algo. Antes de hablar con ella, necesitaba tiempo para pensar en la oferta de Paul.

Me sequé las lágrimas que empezaban a acumulármeme en los ojos con la manga y luego abrí la puerta. Cuando entré, Cara estaba despierta, sentada en la cama.

—Hola —me dijo—. ¿Dónde te habías metido?

—En la sala de estar —le dije—. Ha llamado mamá.

La forzada sonrisa de mis labios titubeó, y yo deseé con todas mis fuerzas que Cara no se hubiera dado cuenta.

—¿Va todo bien? —me preguntó con los ojos entrecerrados mientras me escrutaba.

—Sí —contesté con la voz más alegre que pude poner—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque me estás mintiendo.

—¿Qué? ¡No! —me apresuré a decir, pero noté que el rubor empezaba a encenderme las mejillas—. ¿Por qué iba a mentirte?

—Bueno, teniendo en cuenta que acabo de colgar a mamá, sé que no estabas hablando con ella, eso para empezar —me dijo Cara, cruzándose de brazos—. Así que no sé, Stella. Dímelo tú.

Mierda. De repente noté que me dolía la garganta. A cada segundo que pasaba, me costaba más y más tragar. ¿Qué le iba a decir ahora a Cara? No iba a dejar pasar el tema y, en cuanto descubriera de qué se trataba, ni siquiera me dejaría considerar las posibles opciones. Cara querría —no, más bien, me exigiría— que aceptara el trabajo.

—Cara —dije, tomando una temblorosa bocanada de aire—, ¿puedes dejarlo, por favor? No quiero hablar de esto ahora.

—Igual si me hubieras dicho eso desde el principio sí habría podido dejarlo. Pero me has mentido, Stella. Y la única explicación lógica es que no quieres contarme algo —me dijo, agitando las aletas de la nariz. Luego, en voz mucho más baja, añadió—: ¿Qué podría ser tan terrible como para que te dé miedo hablar de ello conmigo?

En ese momento Cara parecía tan perdida y desanimada que sentí como si me hubieran absorbido todas las energías del cuerpo. Me desplomé en el sofá que había junto a su cama y claudiqué.

—Me acaba de llamar el publicista de The Heartbreakers —dije, mirándome las manos y entrelazándolas en mi regazo—. Me ha ofrecido

trabajar de fotógrafa para el grupo.

Cara no dijo nada al principio, pero luego estalló de alegría.

—¡No me digas! ¿Lo dices en serio? Eso es alucinante, Stella. Es el trabajo perfecto para ti, y... —dejó de parlotear de repente—. Espera, no pareces emocionada. ¿Por qué no pareces emocionada?

No tenía una explicación lógica. Cara tenía razón: debería estar en una nube. Pero era incapaz de imaginarme lo alucinante que sería acompañar al grupo, convertir mi vocación en una posible profesión, con aquella horrible sensación que parecía haberse solidificado en mi estómago.

Y, entonces, fue cuando me di cuenta de por qué no quería contarle a Cara lo del trabajo: no era porque necesitara tiempo para pensarlo, sino porque ya había tomado la decisión. Un largo y grave suspiro surgió entre mis labios con un silbido, y la fuerza abandonó por completo mis manos.

—Porque —dije por fin— no creo que vaya a aceptarlo.

Cara parpadeó.

—¿Estás loca? —exclamó segundos después, inclinándose hacia mí como si acabara de decir algo imperdonable—. Te encanta la fotografía.

—Tendría que unirme a la gira del grupo, y no me puedo ir —dije, sacudiendo la cabeza. No tenía sentido, pero notaba un aleteo en los pulmones, y mis niveles de ansiedad aumentaban cuanto más pensaba en marcharme—. Estás en medio de tu tratamiento y...

—Ni se te ocurra terminar esa frase —me dijo Cara con voz asesina.

Su repentino cambio de humor me sobresaltó, y yo retrocedí cuando vi que me enseñaba los dientes.

—¿Qué pasa? —le pregunté, con voz chillona—. ¿Por qué te enfadas?

—Porque te comportas como si todo esto fuera por mí.

—Claro que no, Cara —le dije, en un intento por calmarla—. Solo estoy estableciendo prioridades, nada más. No hay nada de malo en eso.

—¿Prioridades? —me espetó—. Stella, estás poniendo toda tu vida en pausa.

—Creo que te estás pasando un poco.

—¿De verdad? —me preguntó, levantando las manos a la defensiva—. Y entonces ¿por qué has retrasado la entrada a la universidad?

Yo resoplé.

—No esperarías que me fuera ahora que vuelves a estar enferma, ¿verdad?

—Drew se va a ir.

—Pero es distinto, y lo sabes —dije, levantando los ojos para poder mirar directamente a los suyos—. Él estará a hora y media de aquí. Yo tengo que irme a otro estado, y no podría veros nunca.

Cara hundió la cabeza y cerró los ojos, como si se estuviera tomando un momento para recomponerse. Pasaron tres largos segundos antes de que volviera a levantarla de nuevo.

—¿Y tan malo sería? —me preguntó, medio susurrando.

A mí se me tensó el pecho.

—¿Tú no..., no lo ves así?

¿Cómo podía parecerle bien a Cara que me fuera?

—No, no lo veo así —dijo Cara—. Voy a darte una exclusiva, Stella: no siempre vamos a estar juntas, y tienes que dejar de comportarte como si eso fuera posible. La idea de que dejes escapar una oportunidad tan alucinante por mí... —Sacudió la cabeza para negar—. No tengo palabras.

—¡Pero tienes que entenderlo! Si me voy y pasa algo...

—¡Para! —me gritó Cara, por fin—. No me estás escuchando. Haz lo que quieras, pero si rechazas este trabajo y terminas arrepintiéndote, es culpa tuya. Yo estoy harta de ser tu excusa.

—Cara, por favor, no te pongas así —le dije.

Quería suplicarle, ponerme de rodillas y pedirle que entendiera que no podía hacerlo. Y mucho menos cuando solo pararme a pensarlo me hacía sentir tan terriblemente mal.

—¿Te puedes ir? —me dijo, apartando la vista de mí—. Ahora mismo quiero estar sola.

Yo me quedé mirándola, intentando entender cómo las cosas podían haberse complicado tan rápido.

—Sí, claro —dije, con voz temblorosa.

Cogí el libro que había estado leyendo y me marché.

CAPÍTULO 10

Nada conseguía acallar el sonido de la voz de Cara, lo cargada de ira que estaba, pero el grito de Freddie K, el cantante de Bionic Bone que atronaba por los altavoces de mi equipo estaba bastante cerca de conseguirlo. Desde que nos habíamos peleado, era incapaz de dejar de pensar en sus palabras.

—¡Stella!

Percibí un movimiento por el rabillo del ojo y, cuando alcé la vista, vi a Drew. Estaba de pie en la puerta de mi cuarto, agitando las manos para captar mi atención. Parecía molesto, y me pregunté cuánto tiempo llevaría allí sin que yo me hubiera percatado de su presencia.

—¿Qué pasa? —grité, intentando que mi voz se escuchara sobre la música. Drew movió los labios como para decir algo, pero no fui capaz de identificar las palabras—. ¿Qué? —grité de nuevo.

Drew puso los ojos en blanco, irrumpió en mi habitación y puso mi iPod en pausa, dejando el chillido de Freddie K a medias.

—¿Por qué narices escuchas esa cosa? —me preguntó, girando un dedo frente a la abertura de su oído con expresión dolorida.

Yo estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas en medio de las fotos que había sacado durante los últimos años, desperdigadas por la alfombra frente a mí. Cuando nos mudamos a Rochester, las guardé todas en cajas, y ahora estaba seleccionando algunas de entre aquel caos, organizándolas por fecha en una inútil tentativa de distraerme.

—Me parece relajante —dije, bajando la vista para volver a mirar mis fotos—. ¿Qué tal la sesión de orientación?

—Ha sido divertida. Me he dado una vuelta por el campus, me han entregado el horario, esas cosas... —dijo Drew—. ¿Vosotras qué tal? ¿Cómo os ha ido el día?

Se me tensó la espalda cuando la conversación se centró en mí.

—Ha ido bien. —Cogí otra fotografía y me detuve un segundo a examinarla para que Drew no se diera cuenta de lo incómoda que me sentía—. Nada demasiado emocionante. Hemos comido con papá. Nos hemos dado un maratón de Netflix.

—Stella —me dijo Drew—, ya he hablado con Cara.

—Ah. —Dejé la foto sobre el montón de las de blanco y negro y suspiré—. ¿Y te lo ha contado todo?

Drew se cruzó de brazos y se recostó contra la cómoda de mi cuarto.

—Casi todo.

—¿Y a qué has venido, a echarme la bronca?

Cuando decidí posponer la entrada a la universidad, Drew se aseguró de dejarme bien claro lo mal que le parecía. Le gustaba recordármelo cada vez que se le presentaba la oportunidad, y tenía la sensación de que aquella era una de esas ocasiones.

—¿Y por qué te iba a echar la bronca?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. ¿Porque estoy siendo una imbécil?

—No creo que estés siendo imbécil, petardilla.

—¿Pero...?

Con mis hermanos siempre había un «pero».

—Esto es lo que te hace feliz —dijo, señalando la colección de recuerdos que empapelaban el suelo—. Me cuesta entender por qué ibas a rechazar un trabajo en el que puedes hacer lo que te gusta.

No tenía respuesta para eso, al menos, no una respuesta que a él le fuera a gustar escuchar, así que bajé la vista.

—Estar aquí con Cara es más importante.

—No —dijo Drew, y la potencia de su voz me obligó a levantar la vista de nuevo—. No te digo que Cara no sea importante, pero olvídate de ella por un segundo. Imagínate que no estuviera enferma. ¿Seguirías rechazando el trabajo?

Su pregunta fue la gota que colmó el vaso, y cerré los ojos como si fuera a servirme de ayuda para evitar contestar.

—¿Y por qué importa eso?

—Porque te estás haciendo la pregunta equivocada.

—¿Ah, sí? —pregunté, abriendo los ojos de par en par—. ¿Y qué pregunta

me debería estar haciendo, Drew?

—Pregúntate qué es lo que te da tanto miedo.

Su respuesta me cerró la boca, y yo hundí la cara contra las manos mientras sacudía la cabeza.

—¿Y cómo esperas que conteste a eso?

—Deberías aceptar el trabajo —me dijo—. De lo contrario, nunca podrás averiguarlo. —Mi hermano me dio un leve apretón en un hombro y me dejó a solas con mis pensamientos.



Miré el despertador.

—Ay, venga ya —gruñí.

Cogí la almohada, la ahuequé y me cambié de lado, intentando encontrar una posición cómoda en la cama. Hacía rato que había pasado la medianoche y estaba intentando dormirme, pero mi mente no conseguía relajarse ni me dejaba conciliar el sueño.

Llevaba evitando a Cara desde que nos peleamos. Por la mañana había llamado tentativamente a la puerta de su habitación para intentar hacer las paces, pero se negó a hablar conmigo «a menos», se dignó a decir, «que estuviera allí para decirle que había aceptado la oferta de Paul». De hecho, estaba tan enfadada que me amenazó con no volver a hablarme a menos que cogiera aquel trabajo. No lo había hecho, pero tampoco lo había rechazado. Cara me echó de su cuarto de todas maneras.

Habían pasado tres días, y seguía sin saber si debía quedarme en casa o marcharme. Lo único que tenía que hacer era elegir, y aunque nunca había sido una persona indecisa, cualquier intento de aclararme las ideas era en vano. Para mí, tomar decisiones siempre había sido algo sin complicaciones: sí o no, blanco o negro, Coca-Cola o Pepsi. Quizá aquello fuera síntoma de mi excesiva impulsividad, de que era propensa a lanzarme a hacer las cosas de cabeza sin escuchar a mi corazón. Pero ¿qué se suponía que debía hacer cuando mi corazón quería dos cosas que entraban en conflicto?

«Pregúntate qué es lo que te da tanto miedo».

La pregunta de Drew seguía buceando entre mis pensamientos pero, por mucho que intentara ahogar sus palabras, se negaban a hundirse, y, en

cambio, elegían resurgir a la turbulenta superficie de mi mente con una determinación férrea.

—¡A la mierda! —dije, apartando las mantas de un tirón cuando por fin acepté que no iba a conseguir dormirme. Cuando salí de la cama, pisé algo puntiagudo —probablemente una horquilla— y un variopinto torrente de improperios brotó de mi boca como si fuera lava.

Los tres últimos días mi habitación había caído presa del abandono, y ya estaba empezando a hartarme. Encendí la luz y entrecerré los ojos para que se acostumbraran a ella, y luego empecé a limpiar al tuntún. Mi colección de CD posthardcore, que normalmente vivía amontonada en una pila junto a mi equipo de música, estaba desperdigada por mi escritorio. Había derribado la torre buscando el disco de Bionic Bones la noche anterior. Tardé unos minutos en ordenarlos como solía hacerlo, de mis preferidos a los que menos me gustaban, y luego pasé a la ropa. Daba la sensación de que mi ropero hubiera vomitado todo su contenido en el suelo del dormitorio. No sabía bien qué ropa era la que estaba sucia, así que tuve que pasar cada prenda que recogí del suelo por el detector olfativo antes de decidir doblar algunas cosas y meter otras en el cubo de la ropa sucia.

Lo hice todo presa de una especie de acaloramiento, recorriendo la habitación como uno de esos juguetitos a cuerda que regalan con el Happy Meal que va a detenerse, sin energía para seguir moviéndose, en cualquier momento. Cuando por fin conseguí consumir toda mi frustración, una película de sudor pegajoso me cubría la frente, pero mi habitación había recuperado su orden habitual.

—¿Stella? —Drew abrió la puerta de mi cuarto de un empujón y parpadeó para que los ojos se le acostumbraran a la luz. Ni siquiera se molestó en disimular el bostezo—. ¿Qué estás haciendo?

—Mierda. ¿Te he despertado?

Alcé la vista para volver a mirar el reloj. Las 2:17 de la madrugada.

Él asintió.

—Te has puesto a cerrar cajones a golpetazos.

—Lo siento. Me ha entrado un ataque de «no puedo dormir, así que mejor me pongo a limpiar» de medianoche.

—Me parece bien. Es que pensaba que... —Entonces, Drew calló y me miró con una ceja enarcada—. Stella, ¿estás haciendo las maletas?

—¿Las maletas? —repetí yo, frunciendo el ceño—. No.

Pero entonces miré mi cama y vi lo mismo que mi hermano tenía ante los ojos.

Cinco pulcros montones con las prendas básicas: camisetas, pantalones cortos, ropa interior y la cámara apoyada a su lado; una colorida colección de sombras de ojos y pintalabios dentro de un neceser con estampado de cebra, y por último, una bolsa de plástico sellada con mis collares, pulseras y anillos favoritos. Lo único que me faltaba era la maleta.

—Yo, yo... —Me había quedado sin palabras, así que me limité a quedarme ahí de pie, notando cómo el corazón me golpeaba rítmicamente contra el pecho. ¿Cómo podía haber hecho todo aquello sin darme cuenta siquiera?

Drew percibió mi brusco cambio de humor y avanzó un paso hacia mí.

—Oye, está bien —se apresuró a decir, levantando la mano a la defensiva—. No quería dar a entender nada. Solo tenía curiosidad.

—No, claro que no está bien —exclamé, señalando todas las cosas que había sobre mi cama—. ¿Cómo puede estar bien que ni siquiera me haya dado cuenta de lo que estaba haciendo? Tengo la cabeza en las nubes, Drew. Cuanto más intento aclararme, más nerviosa me pongo, y te juro que noto, literalmente, cómo se me está acelerando el corazón.

—Lo siento —me dijo Drew, atrayéndome hacia él para abrazarme—. Inspira hondo un par de veces.

Le hice caso. Inspiré hondo y solté el aire. Las primeras bocanadas me costaron un poco, y tardé unos cuantos minutos en tranquilizarme, pero con la cabeza enterrada en el hombro de Drew, alcanzaba a escuchar las vibraciones de su corazón y me concentré en ellas.

Al final reuní el valor necesario para murmurarle a su camiseta:

—¿Cómo se supone que voy a hacer eso?

—¿Hacer el qué? —me preguntó, y yo me aparté para que pudiera verme.

—Irme —dije con voz temblorosa—. Estar sola.

Drew ladeó la cabeza mientras intentaba asimilar lo que le estaba diciendo y yo aparté la vista. Un calcetín había escapado a mi ataque de orden. Me dispuse a sacarlo de debajo de la cama y me concentré en su silueta arrugada en lugar de en mi propia vergüenza. Drew probablemente pensara que me estaba comportando como una idiota, porque, ¿a qué chica normal de dieciocho años le daba miedo irse de casa?

—¿Sabes? —me dijo, sentándose al borde de la cama y atrayéndome hacia

sí—, yo también estoy nervioso.

Yo tragué saliva y me di media vuelta para mirarle.

—¿Nervioso?

—Por empezar la universidad.

—¿De verdad?

¿Qué era lo que le ponía nervioso a Drew? Él estaría a muy poca distancia en coche de casa, y le veríamos todos los fines de semana.

—¿Y cómo no voy a estarlo? —me dijo—. O sea, ¿qué pasa si no soy lo suficientemente inteligente como para ir a la universidad, o mi compañero de cuarto es un rarito? ¿Y qué pasará si no consigo hacer amigos, o si echo demasiado de menos estar en casa?

—Pues no vayas —respondí yo, aunque sabía que era una respuesta ridícula.

Drew rio.

—Estoy muy emocionado con la idea de irme —me dijo—. Los nervios... son solo una parte más de la experiencia. Solo hay que confiar en que las cosas buenas compensarán todo el miedo que da.

Lo que decía tenía sentido, pero había algo que yo no conseguía terminar de asimilar.

—En un primer momento, cuando me llamó Paul, me emocioné muchísimo —reconocí—, pero luego pensé que me tenía que separar de ti, y de Cara, y me asusté. Llevamos la vida entera estando juntos para todo.

Drew sonrió.

—Los Tres Mosqueteros.

—Exactamente.

—Seguiremos siendo nosotros tres —me dijo Drew, chocando su hombro contra el mío—. Estar separados no cambiará eso.

—Lo sé —dije, dejando la mirada perdida en el horizonte.

—Ni aunque te fueras a la luna. —Me tendió su meñique—. Te lo prometo.

Drew tenía razón. Los nervios que sentía ante la perspectiva de irme de casa no eran más que eso: simples nervios. Algo que habría sido soportable de no ser por aquella horrible y opresiva sensación que era incapaz de sacudirme de encima.

Era como si estuviera en la orilla, mirando al mar. Todo me resultaba demasiado familiar, tal vez porque me recordaba a las playas de Carolina del

Sur. El sol me daba de lleno y, cuanto más sudaba, más ganas tenía de quitarme la ropa y meterme en el agua. Pero la playa estaba llena de carteles que advertían a los bañistas de la presencia de peligrosas corrientes de agua. Sí, el agua parecía bastante tranquila y, aunque no alcanzaba a ver las amenazas bajo la superficie, estaban ahí, acechantes, esperando para arrastrarme con ellas.

Pues exactamente así me sentía ante la perspectiva de aceptar el trabajo que me ofrecía Paul. No era capaz de identificar qué era lo que me perturbaba tanto: era una especie de punto ciego, el peligro que subyacía bajo la calma. Aunque no lo veía, yo era consciente de que estaba allí, y me aterrorizaba la posibilidad de ahogarme en él. Pero, en realidad, aceptar un trabajo de fotógrafa no era comparable a nadar en aguas traicioneras. Hacer algo por mí misma no iba a matarme.

Me pregunté qué era lo que me daba tanto miedo, pero cada vez que lo hacía, volvía a quedarme en blanco. Y aquella sensación era casi tan terrorífica como la idea de marcharme. Así que aunque sentía que lo que estaba haciendo no estaba bien, solo me quedaba una opción: volver a hacer caso de uno de los consejos de mi hermano. Porque si no aceptaba el trabajo, nunca descubriría qué era lo que en realidad acechaba bajo la superficie.

Enrosqué muy lentamente mi dedo meñique alrededor del suyo.

—Creo que debería llamar a Paul.

—Sí que deberías —dijo Drew, y rio—, pero igual es mejor que esperes a mañana por la mañana. Dudo mucho que vaya a hacerle gracia que le despierten en mitad de la noche.

CAPÍTULO 11

No tenía ni idea de qué pinta tenía Paul. Solo habíamos hablado por teléfono tres veces: cuando me llamó para ofrecerme el trabajo, cuando yo le devolví la llamada para aceptarlo y la última, cuando lo organizamos todo para que yo cogiera un vuelo y me uniera al grupo durante su estancia en Miami. A pesar de ello, lo reconocí inmediatamente en cuanto pisé el vestíbulo del hotel. Estaba sentado en uno de los muchos sofás de la sala de espera, hablando animadamente por teléfono. Tenía el pelo de un rojo intenso y llevaba una camiseta color verde lima que, sorprendentemente, no deslumbraba. Lo identifiqué por cómo sonreía y agitaba la mano libre: de alguna manera, sus gestos combinaban a la perfección con la voz que recordaba de nuestras conversaciones.

Cuando me acerqué, él también debió de reconocermelo, porque se le iluminaron los ojos y los abrió de par en par.

—Stella, cielo —exclamó, levantándose de su asiento para saludarme—. ¡Cuánto me alegro de conocerte por fin!

—Lo mismo digo —dije, soltando la maleta—. Estoy muy emocionada de estar aquí.

—Maravilloso, maravilloso —dijo, dando una palmada—. Tenemos muchísimas cosas de las que hablar, y supongo que estarás muerta de hambre después del vuelo. ¿Por qué no nos sentamos y comemos algo? —Paul hizo un gesto en dirección al restaurante del hotel.

Por la mañana había estado demasiado nerviosa como para desayunar, y los cacahuetses de cortesía del avión estaban rancios y desmigados, así que, aunque tenía mucha hambre, los tiré. Ahora mi estómago protestaba por el desperdicio de comida.

—Me parece genial.

No tardamos en sentarnos en el restaurante y, después de mirar el menú, decidí pedir una de las opciones de desayuno aunque fuera la hora de cenar. Pedí un plato de huevos revueltos a la sureña, beicon, una tostada de pan blanco y un vaso grande de zumo de naranja mientras que Paul pidió sopa de pollo con bolitas de masa hervida. Me disponía a hincarle el diente al último triángulo de mi tostada cuando él apartó su cuenco de sopa y sacó una carpeta de su maletín. En la parte superior aparecía escrito mi nombre con letras mayúsculas.

—Veamos —dijo, murmurando para sí.

Dentro había una serie de documentos. Paul me había enviado la información por correo hacía unos cuantos días, pero lo repasamos todo juntos para asegurarnos de que quedaba claro. Primero, detalló las responsabilidades del puesto y lo que se esperaba de mí. Luego desglosó mi salario. No solo recibiría un sueldo fijo, sino que además Paul me compraría todas las fotografías que se usaran en el blog. Cuando vi la cifra por primera vez en su correo pensé que era un error, pero ahí estaba de nuevo, e intenté no quedarme completamente boquiabierto: si seguía trabajando para el grupo después de la gira, podría pagarme la carrera entera.

Había bastantes páginas de documentos que leer y líneas de puntos en las que firmar. Cuando terminamos eran casi las nueve y yo apenas conseguía mantener los ojos abiertos. Había sido un día muy largo.

—Siento que hayamos tardado tanto —dijo Paul, recogiendo todos los papeles y devolviéndolos al interior de la carpeta—. Pero ahora que por fin nos hemos librado de las cosas aburridas, puedes concentrarte en la parte divertida. ¿Estás emocionada por lo de mañana?

—La verdad es que estoy un poco nerviosa —reconocí.

Se suponía que no iba a ser un día de trabajo oficial, pero Paul lo había organizado todo para que acompañara al grupo como si fuera su sombra. Quería que me hiciera una idea de cómo sería un día normal de gira. Ni siquiera tendría que tomar fotos si no quería. Lo único que necesitaba era que estuviera donde me habían dicho a la hora indicada y no perdiera el ritmo de la comitiva. A pesar de que parecía sencillo, tenía el estómago revuelto.

Sí, había decidido aceptar el trabajo, pero aún me ponía nerviosa la idea de empezar algo sin que Cara ni Drew me acompañaran. Y, por encima de todo aquello, estaba Oliver. ¿Me resultaría raro volver a estar con él? La idea de tener que verle a la mañana siguiente hizo que lo que me acababa de comer

me diera una voltereta en el estómago.

—No te preocupes —me dijo Paul—. Conociendo a los chicos, te harán sentir lo más cómoda posible.

Aquello no me tranquilizaba demasiado: precisamente uno de esos chicos era el culpable de que me sintiera tan nerviosa. Sin saber bien qué responder, sonreí y asentí con la cabeza:

—No lo dudo.

Después, Paul me dio la información que necesitaba para registrarme en el hotel. Veinte minutos más tarde, estaba abriendo la puerta de mi habitación. Encendí las luces, dejé la maleta y me quité los zapatos con un suspiro. Me dolían los pies y estaba absolutamente agotada, pero quería estar preparada para por la mañana, así que aunque la cama de dos por dos me llamaba a gritos, me obligué a darme una ducha rápida, a elegir la ropa del día siguiente y —aunque no la iba a necesitar— a preparar la funda de la cámara. Nunca iba a ninguna parte sin ella. Solo entonces me permití poner el despertador y meterme bajo las sábanas.

Me dolían todos los músculos del cuerpo después del largo día de viaje, y pensaba que me quedaría dormida inmediatamente. Pero, en cambio, me quedé mirando al techo. Sola, y sin distracciones a la vista, mi mente no dejaba de pensar, dar vueltas y anticipar, porque al día siguiente volvería a ver a Oliver.

Habíamos dejado la canción en pausa en la mejor nota.

En Chicago, cuando nuestros caminos se cruzaron, pasé una noche de lo más emocionante con Oliver. Había sido deslumbrante y tan absolutamente inesperada que me había hecho ver las estrellas. Y luego nos separamos, como sabía que pasaría, y por la mañana las estrellas desaparecieron de mi campo visual. Al principio me puse un poco triste, sobre todo cuando me daba por pensar cómo podrían haber sido las cosas si Oliver hubiera sido un chico normal y corriente y nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, pero no pretendía dejar de ser realista. Cada uno tenía su vida, y estas iban por caminos completamente distintos. No sabía si le habría molestado que no le llamara, pero tuve que hacer lo mejor para mí.

Y ahora, en un burlón giro del destino, mi sendero había virado de nuevo en dirección al suyo. De repente, nuestras vidas estaban entrelazadas, al menos durante los dos próximos meses, y no sabía qué esperar de todo aquello. ¿Serían las cosas como antes, o el breve tiempo que pasamos juntos

fue tan emocionante precisamente porque sabíamos que era limitado?
Fuera como fuera, estaba a punto de averiguarlo.



Llegué exactamente con dos minutos de antelación. Paul me había pedido que me reuniera con el grupo a las seis en punto y, cuando salí del ascensor, la pantalla de mi móvil resplandeció con un «cinco y cincuenta y ocho». Pretendía haber llegado diez minutos antes, porque era mi primer día, pero al final terminé cambiándome dos veces de ropa, atacada por una repentina crisis aguda de no tener ni idea de qué ponerme.

Cualquiera en su sano juicio estaba durmiendo a aquellas horas, así que el vestíbulo estaba relativamente vacío. Para ser precisos, solo había otras tres personas presentes: el recepcionista del mostrador, que estaba tecleando algo en un ordenador; un conserje, que estaba vaciando las papeleras y una mujer que estaba leyendo en el sofá en el que Paul me había estado esperando la noche anterior.

Ni The Heartbreakers ni ningún miembro de su equipo estaban presentes, y a mí se me encogió el estómago vacío. Sabía que solo eran nervios, pero a una parte de mí le preocupaba haberse equivocado de hora y que el grupo ya se hubiera ido. Volví a mirar el teléfono: ahora sí eran las seis. «Bebe un poco de cafeína y tranquilízate», me dije, dirigiéndome hacia el bufé de desayuno continental de la cafetería. «Probablemente llegan un poco tarde».

Cuando accedí a la terraza cubierta que conectaba con el vestíbulo, hice girar el brillantito del piercing de mi nariz entre los dedos e inspiré hondo. En la pared del fondo había un bufé libre con bollos, cereales, huevos duros y una cesta de fruta variada. Ignoré la comida y fui directamente hacia la máquina de café. Estaba tan concentrada en prepararme la bebida que no me di cuenta de quién estaba sentado en una de las mesas detrás de mí. Cuando me di media vuelta, casi se me resbala la taza de la mano.

Estaba leyendo algo en una revista, y lo que fuera que apareciera allí escrito le había hecho fruncir el ceño. A su lado había un único plato con un donut glaseado intacto y un vaso desechable de cuyo lateral pendía el cordón de una bolsita de té. Llevaba el ondulado cabello castaño más revuelto que la última vez que lo había visto, como si no se hubiera molestado en peinárselo

al despertarse y los ojos enmarcados por unas ojeras oscuras.

—Oliv... —Me tembló la voz, así que me aclaré la garganta y lo volví a intentar—. Oliver.

Él levantó la cabeza como si se la hubiera propulsado un resorte. Parpadeó un par de veces al verme, con la boca ligeramente entreabierta, como si no estuviera del todo seguro de a quién estaba viendo. Después de tres segundos eternos, se incorporó con gesto torpe.

—¡Stella, hola!

—Hola a ti también —dije, ofreciéndole una tímida sonrisa.

Él sonrió a su vez y deslizó la placa militar que llevaba colgada al cuello de adelante atrás por la cadenita.

—Me alegro de verte.

Y entonces, sin darme tiempo a asimilar lo que estaba pasando, me envolvió con sus brazos. Fue el abrazo más rápido del mundo pero, aun así, consiguió arrancarme una sonrisa.

—Sí —respondí, ocultando la sonrisilla tras mi mano—. Yo también me alegro.

Antes de que ninguno de nosotros pudiera pensar algo más, alguien gritó mi nombre, o al menos una versión extraña de él:

—¡Stella, hermosa como una osa! —gritó JJ. No me costó localizarle en la estancia vacía, meneando las manos en un intento por llamar mi atención—. ¡Por fin has llegado!

Xander estaba a su lado, con la mata de cabello rubio rojizo aplastada por la parte trasera de la cabeza, un look que mi hermano habría bautizado como «síndrome de la almohada». Bostezó y se quitó las gafas para frotarse los ojos.

—Hola, chicos —dije yo, y cuando JJ llegó a mi altura me atrajo hacia sí en un abrazo que me levantó del suelo. No pude evitar reírme. Su amable bienvenida ayudó a aliviar un poco los nervios que tan alterada me tenían.

—¿Te gusta el mote que se me ha ocurrido? —me preguntó JJ—. Ahora que eres un miembro honorífico del grupo, he pensado que necesitabas uno.

—Pues..., es un poco largo —le dije.

—Sí, me parecía que podía ser un problema —dijo JJ, y sacudió la cabeza como si se le hubiera ocurrido una solución mejor—. Vale, pues entonces lo dejaremos en Osa.

—¿Desde cuándo tenemos motes? —preguntó Oliver sin darme la

oportunidad de decirle a JJ que prefería que me llamaran Stella. Las únicas personas que me llamaban por un apodo cariñoso eran Cara y Drew, y no quería ponerme nostálgica tan pronto.

—Desde siempre —dijo JJ, sonriendo a Oliver con malicia.

—¿Y por qué yo no tengo ninguno?

—Ah, tienes muchos. Mis favoritos son Fofi Fópez y Cabezaculo, pero también tienes Pastel de Mierda y Culopollo —dijo JJ. A Xander le temblaron los hombros al tratar de contener la risa.

—Y no te olvides de Truñogordo —dijo Alec, que apareció en ese momento al lado de Oliver. Estuve a punto de ahogarme cuando escuché su voz (nunca había escuchado a Alec insultar abiertamente a ninguno de los demás chicos), pero Oliver, sin inmutarse, se limitó a hacerle una peineta—. Courtney nos está esperando —continuó Alec, señalando con el pulgar por encima del hombro—. Es hora de irse.

Oliver cogió el té y le dio a JJ el donut que no había tocado, pero dejó la revista apoyada en la mesa. Yo la ojeé un instante mientras todos los demás seguían a Alec al vestíbulo. Quería saber qué había cabreado tanto a Oliver y, antes de que me diera tiempo a cambiar de idea, la cogí de la mesa y la embuté en la funda de mi cámara.

—¡Stella! —exclamó Paul al verme. Estaba de pie junto a la puerta giratoria, al lado de una mujer alta y rubia que reconocí como la representante del grupo—. Ya estás aquí, fantástico. Me gustaría presentarte a alguien. Stella, te presento a Courtney. Es la encantadora y diligente representante de The Heartbreakers en esta gira. Courtney, esta es Stella, la nueva fotógrafa que he contratado para que trabaje en el blog que te estaba contando.

Courtney se volvió hacia mí y levantó las cejas al verme.

—Me acuerdo de ti —me dijo con una sonrisa divertida.

—¿Ya os conocéis? —preguntó Paul.

—Nos conocimos en Chicago, pero creo que no me presenté como debía. —Courtney se guardó el portapapeles que tenía en la mano bajo el brazo y me tendió la mano—. Soy Courtney Stiller, la madre postiza de la banda.

—Encantada de conocerte —le dije, estrechándosela.

—Igualmente —respondió, y luego volvió a sus asuntos—. ¿Eso es todo, Paul? Te prometo que cuidaré bien a Stella hoy, pero tenemos que ponernos en marcha.

—De acuerdo —respondió—. Solo he venido a hacer las presentaciones.

Tengo una reunión a las tres. Stella, si necesitas algo, tienes mi número. Chicos, más os vale portaros bien con mi chica, u os vais a enterar.

—Me ofendes, Paul —dijo JJ, llevándose una mano al corazón después de embutirse el resto del donut en la boca. Se le quedó un trocito de glaseado en el labio que se apresuró a relamerse—. ¿Cuándo no nos hemos portado bien nosotros?

Paul miró a JJ con severidad, pero entonces le empezó a sonar el teléfono y desapareció.

—Vamos, cabezas locas —dijo Courtney—. En marcha.

Los chicos gruñeron y protestaron, pero obedecieron las órdenes de Courtney. Me quedé realmente impresionada: aquella mujer tenía las dotes de mando de un sargento militar. Consiguió que todo el mundo saliera del hotel rápidamente y luego nos metió en el minibús que nos esperaba en la acera. Yo fui la última en entrar, y solo había dos asientos libres: uno al lado de Oliver al fondo del autobús y el otro al lado de la puerta. El minibús arrancó y eso me facilitó la decisión: me metí como pude en el asiento que había junto al de Xander.

—Desayuno —dijo Courtney, sacando cuatro plátanos de su bolso. Me miró como si se estuviera disculpando—. Perdona, Stella, se me había olvidado por completo que hoy nos ibas a acompañar.

—No te preocupes —le dije, haciéndole un gesto con la mano como para quitarle importancia—. No soy mucho de desayunar.

—Pues eso no es nada sano, que lo sepas —me dijo Xander mientras pelaba meticulosamente la cáscara amarilla—. Desayunar ayuda a activar el metabolismo.

—*Y mstá mbuenísimom* —dijo JJ, con medio plátano ya en la boca.

Courtney empezó inmediatamente a revisar la agenda del día. Yo intenté prestar la máxima atención que pude, pero notaba que Oliver tenía los ojos clavados en mí. Cuando el minibús paró en un cruce, se levantó.

—Haz sitio —le pidió a Xander, y se embutió entre los dos. Después de abrocharse el cinturón de seguridad, me pasó su plátano—. Toma —me dijo—. Quién sabe cuándo almorzaremos hoy. Puede que te haga falta.

—¿Y tú qué?

Oliver se encogió de hombros.

—Nunca me ha gustado demasiado el potasio. Estaré bien.

—Vale, gracias. —Me guardé la fruta en la funda de la cámara, en un

compartimento donde no pudiera aplastarse, e intenté reprimir una sonrisa. Sabía que solo era una pieza de fruta, pero no podía evitar sentir que era una señal de lo que podía llegar a suceder, como si significara que Oliver y yo pasaríamos mucho más tiempo juntos que aquella única noche que habíamos compartido.

—... y después de la entrevista de radio, tenemos que cruzar la ciudad para hacer la prueba de sonido. Si no recuerdo mal, asistirán como oyentes las ganadoras de un concurso, y tendréis un pequeño encuentro con ellas para saludarlas. Luego, directamente a peluquería y maquillaje. El concierto empieza a las nueve. ¿Me estoy dejando algo?

—Sí —dijo JJ—. ¿Disfrutas de ser tratante de esclavos?

Courtney no se dejó amilanar por la pulla.

—De eso vivo. ¿Algo más?

—Sobre la entrevista de radio —dijo Alec, y yo me volví para mirarle—. ¿Hay un listado de preguntas? ¿Para que... —calló un momento y sus ojos se posaron brevemente en mí— sepamos qué esperar?

—¡Ah, sí! Tengo que tenerlo por algún sitio. —Courtney volvió a rebuscar en su bolso y sacó una hoja de papel—. Después de lo que pasó la última vez, he insistido en ver las preguntas con antelación, y también he dejado claro que no contestaréis nada relacionado con los rumores de disolución del grupo... —calló un momento.

Noté que Oliver, a mi lado, se ponía tenso y todo el mundo se quedaba callado. Tuve la sensación de que mi presencia era el motivo por el que todo el mundo estaba de repente tan incómodo porque, cuando miré alrededor, todos apartaron la mirada. Claramente, me estaba perdiendo algo, y todo el mundo era consciente de ello, pero nadie quería decirme el qué. Yo me hundí en el asiento de cuero, clavando la vista en mis manos, e intenté volverme lo más invisible posible.

Alec se aclaró la garganta.

—Gracias —dijo, recogiendo la hoja que le tendía su representante.

Incluso Courtney parecía afectada por el repentino silencio, y no dijo nada cuando la lista abandonó sus manos. Parpadeó un par de veces antes de sacudir la cabeza y responder:

—De nada, Alec. Asegúrate de que todo el mundo la lee. También tenemos que hablar sobre el...

Courtney siguió hablando, pero yo dejé de escuchar.

—Oye —me susurró Oliver, chocando ligeramente su hombro con el mío—, ¿estás bien?

Yo levanté la cabeza rápidamente.

—¿Que si estoy bien?

—Sí, te has quedado muy callada.

No supe si Oliver estaba de broma o si de verdad pretendía hacerme creer que yo era la que estaba actuando de manera extraña y no todos los demás.

—¿Me he quedado muy callada?

—Sí —respondió lentamente—. ¿Vas a repetir todo lo que te diga?

Así que pretendía fingir. No tenía intención de poner a Oliver en una situación incómoda, sobre todo teniendo en cuenta que habíamos retomado las cosas con buen pie, así que dejé el tema y sonreí.

—¿Vas a repetir todo lo que te diga?

—Vale, eres una idiota —respondió—. Por eso no te he echado de menos.

—Sí —dije yo, mordiéndome el labio inferior—. Por eso yo tampoco te he echado de menos a ti.

CAPÍTULO 12

Cuando llegamos a la emisora de radio para la entrevista, me estaba muriendo de hambre, y ya me había comido mi plátano. Oliver tenía razón: no íbamos a tener tiempo de almorzar.

Pero me dio igual. Estaba demasiado obnubilada por todo lo que me rodeaba como para preocuparme por las protestas de mi estómago. Nunca había pisado una emisora de radio, a menos que tuviera en cuenta la firma de autógrafos en Chicago, y allí no pasé del vestíbulo. Ahora, allí con el grupo, tuve oportunidad de estar entre bastidores y ver cómo funcionaba, y todos los ordenadores y aquella enorme cantidad de botones me resultaron de lo más emocionante.

Los chicos estaban en medio de su entrevista. Sentados en el estudio con los dos locutores de radio, Jack y Kelly, todos estaban apiñados alrededor de una mesa circular en cuyo centro había varios micrófonos. JJ estaba contando una anécdota sobre una vez que el grupo se quedó atrapado en los vestuarios durante un concierto en Toronto y yo contemplaba toda la conversación a través de la larga ventana rectangular que daba al estudio.

Me sonaban muchísimo las tripas, y sabía que debería hacerle una visita a la máquina expendedora frente a la que habíamos pasado durante la pequeña visita guiada que nos habían hecho por la emisora, pero era incapaz de apartar los ojos de ellos. Los Heartbreakers eran cautivadores. Era algo de lo que ya me había percatado durante el poquísimos tiempo que habíamos pasado juntos, pero aquello era distinto. Cuando eran el centro de atención, el encanto de los chicos se multiplicaba, volviéndolos tan carismáticos que era imposible odiarlos. Mientras los escuchaba me di cuenta de que así era como habían conseguido conquistar el corazón de millones de chicas. Tenían madera de superestrellas.

—... y entonces Oliver empezó a correr por los pasillos en calzoncillos y casi se lleva por delante a una fan que había conseguido colarse entre bastidores —dijo JJ para terminar de contar la anécdota, y todo el mundo rio.

—Debió de llevarse la sorpresa de su vida —dijo Jack, que seguía riéndose—. Me apuesto lo que queráis a que no esperaba encontrarse a uno de sus ídolos trotando por los pasillos en ropa interior.

—Prácticamente se abalanzó sobre mí —dijo Oliver—. Los empleados de seguridad tuvieron que venir a quitármela de encima. ¡Tuve marcas de arañazos en los hombros durante una semana!

—Vaya, parece que eres muy popular entre las chicas —opinó entonces Kelly.

Oliver hundió ambos hombros, encogiéndose en un intento por parecer natural, pero aún exhibía una sonrisilla orgullosa.

—Supongo.

—¿Te cuesta lidiar con tanta popularidad?

—A veces te puede sobrepasar un poco —dijo Oliver—, pero ayuda bastante compartirlo con otras tres personas que entienden perfectamente por lo que estás pasando. Cuando me estreso, siempre se lo puedo contar a ellos.

—Ninguno seríamos capaces de hacer esto solos —añadió Xander—. Somos la red de apoyo de todos los demás.

Oliver asintió con un movimiento de cabeza.

—Estos chicos son mi familia. No sé qué haría sin ellos.

—Los cuatro habéis conseguido muchos logros juntos —dijo Jack—. Supongo que os parece imposible imaginaros que las cosas pudieran ser de otra manera.

—Exactamente —respondió JJ.

—Eso es impresionante —dijo Kelly, sacudiendo la cabeza, como si realmente le hubiera impactado todo lo que le habían dicho los chicos del grupo—. Bueno, ya casi se nos ha acabado el tiempo, pero antes de terminar, me gustaría que volviéramos al tema de las chicas. Oliver, ¿alguna vez saldrías con una fan?

—No me cerraría en banda a tener una relación con una fan, pero no soy mucho de salir con chicas, en general —respondió—. Es muy complicado, sobre todo teniendo en cuenta que nos pasamos la mayoría del tiempo de viaje.

—Entonces ¿no hay ninguna chica especial en tu vida ahora mismo?

¿Ninguna?

Oliver calló un momento y yo contuve la profunda bocanada de aire que acababa de tomar. Me di cuenta de que JJ miraba hacia mí, así que yo bajé rápidamente la vista hacia mi móvil y fingí estar leyendo un mensaje.

—¿Oliver? —le instó Kelly, y yo levanté ligeramente la cabeza.

Él se apartó el flequillo de la cara y le dedicó una sonrisilla traviesa.

—Puede —dijo, y mi corazón empezó a aletear como las alas de un colibrí, rápido y ligero.

—Ooohhh —dijo Kelly, con los ojos brillantes, inclinándose hacia él—. ¿Alguien de quien hayamos oído hablar?

Él mantuvo la sonrisilla pícara en los labios.

—Sin duda —dijo, y sus palabras hicieron que el colibrí saliera disparado de mi pecho.

¿Oliver estaba saliendo con alguna famosa?

—¿Es una actriz? ¿Una modelo, quizá? —preguntó Jack—. Danos alguna pista.

Oliver sacudió la cabeza y frunció los labios, divertido.

—No voy a decir nada más.

Yo aparté la vista de él y tragué saliva con fuerza. Sabía que entre nosotros no iba a pasar nada, así que... ¿por qué me había permitido hacerme ilusiones de otra cosa? Ya entendía por qué había estado Oliver tan encantador aquel día. Pero, en realidad, era muy probable que fuera capaz de conseguir que cualquier chica que hablara con él se sintiera especial. Yo fruncí las cejas hasta que se juntaron en mi frente, pero no estaba enfadada con él, sino conmigo misma. ¿Cómo podía sentirme tan decepcionada, cuando desde el principio sabía que esto era lo que iba a pasar?

Kelly comentó algo sobre lo reservado que estaba siendo Oliver, y yo volví a concentrarme en la conversación.

—Yo no diría que soy una persona reservada, exactamente —respondió—, pero intento que mi vida amorosa sea un asunto privado.

—¿En serio? Porque nunca se te ha dado demasiado bien —opinó JJ—. De hecho, se te da fatal.

—Intentar es la palabra clave —dijo Jack, y rio—. Pero a estas alturas ya deberías saber que los periodistas somos detectives profesionales.

Todos rieron, pero me costó mucho no echarme a reír al ver cómo a Oliver se le arrugaban las comisuras de los labios. Fui consciente inmediatamente

del lío en el que me había metido. Un lío de tres pares de narices. Por mucho que él no estuviera interesado en mí, a mí Oliver me seguía gustando, y los sentimientos que estaba empezando a desarrollar eran peligrosos. No podíamos seguir tonteando y, desde luego, no podía seguir deslumbrándome a base de frutas tropicales.

La próxima vez que se me presentara la ocasión, hablaría con Oliver. Aunque era evidente que se había olvidado del beso que nos dimos, tendría que dejar claro que habíamos pasado página y que a partir de entonces seríamos solo amigos. Quizá así recuperaría el sentido común y dejaría de sentirme tan tonta y liviana cada vez que me mirara. Al fin y al cabo, no estaba allí por Oliver, sino por mí misma.

—Oye, Stella. —Yo aparté los ojos de Oliver y vi que Courtney estaba a mi lado—. ¿Podemos hablar un momento?

—Claro —dije, levantándome de la silla. Tenía muchas ganas de distraerme de la entrevista y de Oliver, así que dejé la cámara en la silla y la seguí fuera de la sala. Caminamos un poco por el pasillo desierto hasta que estuvimos en un lugar donde nadie podía oírnos.

—¿Te lo estás pasando bien? —me preguntó. Se apoyó sobre la punta de los pies, y me di cuenta de que estaba intentando ser amable antes de sacar el tema del que realmente quería hablar.

—Mucho —dije, y no era mentira, pero tampoco era verdad.

—Me alegro —dijo Courtney, y asintió—. Quería hablar contigo sobre el acuerdo de privacidad que has firmado con Paul. Estoy segura de que ya lo has hablado con él, pero quería recordarte lo importante que es que, mientras trabajes con el grupo, no difundas ninguna información privilegiada que puedas escuchar, no sé si me explico.

—Sí, por supuesto —me apresuré a responder.

Nunca haría algo así, no solo porque aquel trabajo era importante para mí, sino porque estaba empezando a considerar a los chicos como mis amigos. Tenía la sensación de que aquella charla aparentemente casual surgía a raíz de lo que había escuchado en el minibús por la mañana. En aquel momento, la conversación me había parecido de lo más confuso, pero luego encontré un momento para escabullirme al baño y hojear la revista que Oliver había estado leyendo. Encontré un breve artículo sobre una aparición de The Heartbreakers en un programa matutino en el que la presentadora les había hecho unas cuantas preguntas bastante directas sobre los rumores de la

ruptura que pillaron a los chicos tan desprevenidos que hubo que cancelar la entrevista.

—Genial —dijo, dejando escapar un largo suspiro—. Me alegro de que este asunto esté resuelto. ¿Jamón o pavo?

—¿Eh?

—Mi ayudante va a ir ahora mismo a comprar unos sándwiches.

—Ah, pavo está bien —le dije, aunque en realidad se me había pasado el hambre.



Solo podría definir mi primer día con The Heartbreakers como un torbellino, sobre todo teniendo en cuenta que el concierto todavía no había empezado y yo lo único que quería era tumbarme a descansar. Afortunadamente, hacia las ocho y media, la tempestad nos dio un breve descanso. Cuando las fans entraron en el estadio, coreando los nombres de los chicos y cantando sus canciones, un silencio expectante se apoderó del grupo mientras esperábamos en el vestuario situado entre bastidores. Cada uno se encerró en sí mismo, y yo me senté en uno de los sillones vacíos y les di espacio, conformándome con limitarme a contemplar cómo se preparaban.

JJ parecía el más nervioso de todos. Se paseaba de atrás adelante, convirtiendo las baquetas de la batería en una estela borrosa al hacerlas bailar entre sus dedos. De tanto en tanto, se le quedaban enredadas entre ellos y uno de los palos de madera repiqueteaba al caer contra el suelo. Xander estaba sentado en una pequeña repisa enfrente de una larga pared de espejos iluminados. Tenía el inhalador aferrado con una mano, y aunque ya se había tomado su dosis de medicamento, le daba vueltas y más vueltas al aparato entre los dedos, como si eso fuera a darle suerte. Alec, como siempre, tenía los auriculares puestos. Estaba apoyado contra la pared del fondo, marcando con el pie el ritmo de la canción que escuchaba en aquel momento.

Y luego estaba Oliver. Sentado, con las piernas cruzadas en el suelo y los ojos cerrados mientras meditaba. Iba vestido de un solo color —una camiseta negra con el cuello en V y unos vaqueros ajustados, botas militares y la chapita que no se quitaba nunca al cuello—, y, a pesar de la simplicidad del conjunto, conseguía tener un aspecto seductor y misterioso. Como el típico

malote que se sienta al fondo de la clase, capaz de conseguir que cualquier buena chica desee volverse mala con una de sus seductoras miradas.

Yo no podía dejar de mirarle, de observar cómo sus largas pestañas rozaban sus mejillas, lo carnosos que eran sus labios, la marcada línea de su mentón, y desear que su atractivo no surtiera aquel efecto en mí.

Debía de estar mirándole demasiado fijamente.

Oliver abrió un ojo una rendijita.

—¿Qué pasa? —me preguntó, clavando sus pupilas en las mías.

Yo noté que se me encendían las orejas y empecé a enroscarme la correa de mi pase de personal entre los dedos.

—Nada —respondí, deseando que el sofá me engullera en ese preciso instante.

—Me estabas mirando.

—Es que estabas tan quieto que daba miedo —dije, lanzándole la primera excusa mala que se me ocurrió—. Intentaba decidir si estabas petrificado de miedo o en realidad te habías convertido en una estatua.

—¿Petrificado? —resopló y se señaló—. Esto que ves aquí es confianza en estado puro.

Yo puse los ojos en blanco, pero, para mis adentros, tuve que darle la razón. Si algo no le faltaba a Oliver era compostura, precisamente. Aunque Paul me había dicho que no hacía falta que sacara fotos aquel día, yo estiré el brazo para alcanzar la cámara que estaba en la mesita.

—¿Nunca tienes pánico escénico? —le pregunté mientras ajustaba la lente.

Él sonrió, divertido, y yo le saqué una foto.

—Nunca —me dijo, y siguió meditando. Mientras sacaba unas cuantas fotos más, Xander se dejó caer en el sofá a mi lado.

—Es un mentiroso —dijo Xander. Yo giré la cámara hacia él y le vi a través de la lente—. Todos nos ponemos nerviosos antes de los conciertos.

—Ya me imagino —dije, sacando una ráfaga de instantáneas—. Ahí afuera hay muchísima gente.

Aparté la cámara de mi ojo, le di al botón de reproducción para ver las fotos que había sacado y reí. Le había hecho una foto a Xander tan de cerca que, con el aumento de las gafas, parecía que tenía los ojos saltones.

—¿Te importa si echo un vistazo? Es que yo todavía no he visto las fotos del otro fin de semana.

—Claro.

Xander se pasó los siguientes minutos viendo las fotos de Chicago, a ratos sonriendo y otros directamente riendo al ver los recuerdos que había capturado. Llegó a la última foto, pero, como no lo sabía, siguió pasándolas y entonces Cara apareció en la pantallita.

—Ay, lo siento —se disculpó Xander cuando se dio cuenta de que se había pasado a una serie nueva, pero luego entrecerró los ojos para verla mejor.

Era del día que Cara y yo hicimos las paces. Nos pasamos la tarde jugando a las cartas y yo la capté en su mejor momento: estaba mirando por encima de las cartas, extendidas como si fueran un abanico, y sacándome la lengua.

Yo me aparté el pelo del hombro y me preparé para el bombardeo de preguntas al que sabía que iba a someterme.

—No pasa nada —le dije, quitándole la cámara de las manos con delicadeza.

Xander se aclaró la garganta.

—No eres tú.

Aquello era bastante evidente. Desde que le diagnosticaron el cáncer, el tono moreno de la piel de Cara había adquirido un leve tinte gris. Pero lo más llamativo era cómo la enfermedad le había ido esculpiendo la cara, destacando los pómulos y remarcando las hundidas cuencas de sus ojos.

—Es mi hermana —le dije en voz baja.

—Está enferma. —Lo dijo como si fuera una afirmación, pero sabía que en realidad era una pregunta.

A mí se me empezó a formar un nudo en la garganta, pero conseguí reprimirlo.

—Cara tiene linfoma, pero no el de Hodgkin.

Xander se acercó las gafas a la cara y se pellizcó el puente de la nariz.

—Cuando nos dijiste que tu hermana estaba enferma, pensaba que te referías a que estaba mala del estómago con un virus, o algo así.

Así que no lo sabía. Yo le lancé una miradita a Alec. Estaba de pie, apoyado contra la pared y con los auriculares puestos, pero tenía la mirada clavada en Xander y en mí. Había dejado de marcar el ritmo con el pie, y yo era consciente de que estaba escuchando nuestra conversación.

—No les has dicho nada —dije, mirando a Alec directamente a los ojos—. ¿Por qué?

No estaba segura de que Alec fuera a contestar, pero al final inspiró hondo y dijo con su voz grave:

—Es tu historia, y te corresponde contarla a ti, no a mí.

—¿Espera? ¿Cómo es que él sí lo sabía? —preguntó Xander, mirando a su amigo con los ojos entrecerrados.

Muy a mi pesar, yo sonreí.

—Pues se enteró sin querer. Me preguntó por mis fotografías y a mí se me escapó.

Xander meneó la cabeza.

—No me sorprende. —Luego se inclinó hacia mí y me susurró para que Alec no pudiera oírnos—: Al final todo el mundo le cuenta sus secretos. Creo que es porque saben que nunca cuenta nada.

—Sí —admití. Entre nosotros se hizo un breve silencio y entonces un suspiro se escapó entre mis labios—. Bueno —dije, entrelazando las manos en mi regazo—, ahora ya sabéis cuál es el verdadero motivo de que Cara no viniera a la firma de autógrafos.

En lugar de decirme lo mucho que lo sentía, Xander me rodeó con el brazo y me atrajo hacia sí, haciendo que nuestros hombros se chocaran. Fue un gesto sorprendentemente atrevido, pero también muy reconfortante.

—Os pareéis tanto que da miedo —dijo tras un momento de silencio.

—Es que somos gemelas idénticas.

Bueno, idénticas salvo por el hecho de que ella estaba enferma y yo sana.

—Pero ¿no se supone que también sois trillizos? ¿Cómo funciona eso?

—Somos trillizos dicigóticos —dije. Lo había explicado tantas veces que probablemente mi explicación sonaba recién salida de un libro de texto—. Es lo que pasa cuando dos óvulos distintos son fertilizados, y luego uno de ellos se divide en dos.

—O sea, que Drew en realidad es tu mellizo.

—Sí, mi mellizo y el de Cara.

—Vale —dijo Xander, frunciendo el ceño y rascándose la cabeza—. Menudo lío. Basta de charleta científica por hoy.

—Me parece bien.

Hablar de Cara y de Drew me hacía pensar en casa, y pensar en casa me hacía sentir un montón de cosas que no me apetecía sentir. No llevaba fuera ni dos días, pero se me retorció el estómago con una punzada de nostalgia, y tuve que parpadear un par de veces para que no se me humedecieran los ojos.

No nos dio tiempo a cambiar de tema, porque Courtney entró en el vestuario en ese momento.

—¿Estáis listos, tropa? —preguntó llevándose una mano a la cadera y con la otra sosteniendo el portapapeles que siempre llevaba en la mano—. Es la hora del espectáculo.

The Heartbreakers tardaron quince minutos en pisar el escenario. Antes de salir, los chicos formaron un círculo y Oliver dijo una pequeña oración. Luego Courtney los acompañó fuera del vestuario y yo los seguí para recibir un breve cursillo exprés sobre quién se encargaba de qué en la realización de un concierto.

Me asombró la cantidad de gente necesaria para la operación. Por un lado estaba Dan, el jefe de producción, que se encargaba de gestionar el equipo técnico que se ocupaba de mover los escenarios y las máquinas. Fred, al que los chicos llamaban Smiley, era el jefe de escenario, y su trabajo consistía en controlar los movimientos del grupo y de la banda dentro y fuera del escenario.

Fue él quien dirigió a los chicos a los puestos previamente acordados, y luego el personal de trastienda encargado de los instrumentos le tendió a Oliver y a Xander sus guitarras y a Alec su bajo. Ritvik era el ingeniero de sonido, y luego estaba Barry, el ingeniero de monitores; el señor P., el ingeniero de luces, y docenas de empleados más cuyos nombres no recuerdo.

Cuando por fin llegó la hora, las luces del estadio se apagaron. El público reaccionó inmediatamente, y los gritos de miles de chicas se fusionaron en un colosal rugido tan potente que a mí se me erizó el vello de los brazos.

—¿Emocionada? —me gritó Courtney, intentando hacerse escuchar sobre el estruendo mientras un miembro del equipo de sonido nos tendía unos auriculares para mitigar el rugido del público.

—Es raro, pero estoy nerviosa —reconocí. Cuando me puse los cascos, eché un vistazo al público. Era una masa brillante y resplandeciente de cámaras y teléfonos, y la sola idea de tener que salir al escenario me encogió el estómago.

—¿Quieres que te cuente una cosa? Pero que quede entre las dos —me dijo—. A mí, antes de los conciertos, siempre me da como cosilla.

Su confesión me hizo sentir mejor, pero nunca pude agradecersele. Las luces del escenario volvieron a encenderse, dejando a los Heartbreakers a la vista del público. Los gritos se triplicaron, pero de repente el sonido fue acallado por la canción de apertura del grupo, que atronaba a través de los amplificadores del estadio.

La «cosilla», como la llamaba Courtney, desapareció en cuanto mis ojos localizaron a Oliver. Tuve que inspirar hondo y durante los siguientes tres minutos y medio fui incapaz de apartar la vista de él.

—Gracias por estar aquí esta noche —gritó Oliver cuando la canción terminó y el sonido de la multitud se acalló por fin—. ¡Nos alegramos muchísimo de que podáis estar aquí! —La atronadora respuesta del público me aceleró el pulso, pero los chicos parecían acostumbrados. Oliver se volvió para mirar a sus compañeros. JJ asintió y levantó las baquetas por encima de la cabeza.

—Damas y caballeros —dijo Oliver—, con ustedes, ¡The Heartbreakers!
—¡Y uno, y dos, y un, dos, tres, cuatro!



—Stella, osa hermosa, no seas aguafiestas.

Hacía media hora que había terminado el concierto, y estábamos otra vez en el vestuario. Los chicos estaban intentando convencerme de que saliéramos a celebrarlo. Aparentemente había una fiesta en una discoteca del centro, pero yo rechacé su invitación.

—¿Estás intentando matarme en mi primer día de trabajo? —le pregunté a JJ—. Estoy agotada. Me acurrucaría en el suelo aquí mismo y dormiría durante semanas.

Era verdad..., pero también era una excusa. Me dolía todo el cuerpo. La agenda infinita del grupo me tenía destrozada, pero esa no era la verdadera razón de que no quisiera salir de fiesta con ellos.

Aquel era mi día de prueba, el día que me habían dado para aclimatarme al loco ritmo de la banda. Pero se había acabado, y al día siguiente empezaba mi trabajo de verdad: ya no me limitaría a estar con los chicos haciendo el tonto. Tenía trabajo que hacer, y Paul confiaba en que obtuviera resultados. Ser consciente de ello hizo que se me cerrara la garganta y, por primera vez en mi vida, me preocupaba no ser capaz de sacar buenas fotos.

Lo que necesitaba era volver a mi habitación del hotel para poder relajarme un poco y tratar de prepararme para el día siguiente.

—Dale un trago o dos —dijo JJ, cogiendo una botella de whiskey de una encimera y ofreciéndomela—. Y ya verás como te pones a punto para irte de

fiesta. —Había sacado la botella de licor oscuro cuando habíamos vuelto al vestuario, y los chicos se iban turnando para beber directamente de la boca.

—Mejor que no —dije, rechazando su mano extendida—. Mañana es mi primer día de trabajo oficial, y no quiero jugármela y aparecer de resaca. — No mencioné que nunca había bebido en mi vida. No es que fuera una mojigata, pero con el cáncer de Cara, salir de fiesta nunca había estado en mi lista de prioridades.

—¿Porfi?

—Déjala un poco tranquila, JJ —dijo Alec, alejándose del espejo. Se había pasado los diez últimos minutos arreglándose el pelo. No me había dado cuenta de que estuviera escuchando, pero me alegraba de que así fuera.

—Pero estamos... —empezó a decir JJ.

—Va a haber muchas fiestas a las que pueda venir —dijo Alec, y le cortó con una mirada severa.

Los dos chicos se quedaron mirándose intensamente, enzarzados en una silenciosa batalla para ver quién imponía su voluntad, pero al final JJ suspiró y apartó la vista.

—Vale —dijo, y se cruzó de brazos—, pero solo si Stella nos promete que vendrá con nosotros la próxima vez.

Todos se giraron hacia mí para ver si me parecía bien.

—Trato hecho —acepté, meneando la cabeza como esos muñecos cabezones que se ponen en los salpicaderos de los coches.

—Te tomo la palabra —dijo JJ, agitando un dedo acusador frente a mi cara.

Yo me apresuré a recoger mi equipo y mis cosas antes de que cambiara de idea. Lo primero que hice fue ponerle el protector a la lente y luego guardar la cámara en su funda. Courtney tenía planeado volver al hotel en unos minutos, y quería que me llevara con ella.

—Oye, ¿alguien ha visto mis gafas de sol? —pregunté, girando lentamente en un círculo mientras inspeccionaba la habitación.

—Aquí están. —Oliver estaba sentado en el brazo del sillón, y tenía mis gafas en la mano... y una media sonrisa en los labios al mirarme.

—Gracias.

Cuando estiré la mano para cogerlas, sus dedos se entrelazaron con los míos y tiró de mí hacia él. Quedé a la distancia justa para que sus rodillas me rozaran los muslos.

—Entonces ¿estás segura de que no quieres venir con nosotros esta noche? —me preguntó en un susurro—. Lo vamos a pasar genial. —Seguía sosteniéndome la mano, y el modo en que su pulgar me rozaba los nudillos hacía que fuera muy difícil centrarme en algo que no fuera eso.

Dudé. Sería divertido salir de fiesta con Oliver. Tal vez más divertido incluso que la noche que pasamos en Chicago. Pero pensar en Chicago y en nuestro beso me recordaba la revista del programa de radio de por la tarde, y eso a su vez me recordaba la decisión que había tomado. Me gustaba Oliver, me gustaba mucho, pero sus sentimientos hacia mí me generaban suspicacia. Y, por encima de todo aquello, si quería que aquel trabajo me saliera bien, tenía que centrarme. Si me dedicaba a obsesionarme y preocuparme por Oliver, se convertiría en una distracción. En una distracción muy sexy, pero una distracción, al fin y al cabo.

—No te preocupes por mí —le dije, y aparté la mano delicadamente de la suya—. Id a divertirlos. Os prometo que saldré con vosotros la próxima vez, ¿vale?

Se le hundieron los hombros, pero no supe distinguir si realmente estaba decepcionado, porque la sonrisa no se le borró de los labios.

—Sí, vale —respondió.

—Bueno, creo que debería ir yéndome. —Oliver asintió y me devolvió las gafas y luego me giré para mirar al resto del grupo—. Pasadlo bien hoy, chicos.

—Buenas noches, Stella —me dijo Xander—. Nos vemos mañana.

—Espero que sueñes conmigo esta noche —me dijo JJ con un guiño, y yo le respondí con una mirada lasciva.

Alec ya se había vuelto a poner los auriculares, y yo articulé un silencioso «gracias» antes de darme media vuelta e irme. Aún notaba los ojos de Oliver clavados en la espalda, así que les dije adiós por encima del hombro y corrí hacia la puerta. Si volvía a mirarme y me dedicaba otra de mis sonrisas favoritas, era probable que cambiara de idea.



Ya casi había llegado al vestíbulo cuando le escuché gritar mi nombre.

—¡Stella, espera!

Me di media vuelta para mirarle, y vi a Oliver corriendo para alcanzarme. Cuando llegó a mi altura, se pasó los dedos entre las ondas castañas.

—Hola —me dijo.

—Esto..., hola.

¿Me habría olvidado algo?

—He pensado que igual podía acompañarte a la puerta —me dijo, alisándose la camisa mientras hablaba.

—Ah. —Durante un segundo albergué la secreta esperanza de que me hubiera seguido para intentar convencerme otra vez de que fuera a la fiesta porque quería que estuviera allí—. Sí, claro. Me parece genial.

Caminamos en silencio, Oliver con las manos en los bolsillos de los pantalones y yo agarrando con fuerza la correa de la funda de la cámara. «Vamos, Stella», pensé. «Es la oportunidad perfecta para hablar con él». Pero tenía el estómago tan lleno de mariposas que casi las sentía subiendo por mi garganta, y me costaba muchísimo hablar.

Sin embargo, Oliver se me adelantó.

—Bueeeeno... —lo dijo, arrastrando la palabra como si no supiera qué decir después—, quería hablar contigo de algo.

De repente, noté una sensación de urgencia en el pecho, pero resistí el impulso de mirarle.

—Sí, yo también —dije antes de que me diera tiempo a arrepentirme. Era ahora o nunca. Si no ponía una barrera entre los dos, una especie de línea que supiera que no podía cruzar, sabía que en adelante no sería capaz de resistirme a sus encantos.

Me dedicó una sonrisa que parecía intrigada y nerviosa al mismo tiempo.

—Vale —me dijo—. Tú primero.

Mierda. No sabía por dónde empezar, y no era capaz de pensar con claridad. Me sentía como si me hubieran sacado el cerebro del cráneo, y estaba buscando palabras que no conseguía recordar. «Di algo y punto», me grité mentalmente.

—Pues, bueno... —dije, trabándome con las palabras—. Es sobre la otra noche.

—¿Qué pasó?

Yo le di un tironcito a la correa.

—¿Te acuerdas de cuando estuvimos viendo la peli? —le pregunté. Estaba intentando que aquello fuera lo menos incómodo posible, pero estaba

fracasando de forma estrepitosa. Hablar abiertamente de lo que había pasado era demasiado vergonzoso y era consciente de que tenía la cara roja como un semáforo.

Mi comentario arrancó una sonrisa a Oliver.

—¿Te refieres a nuestra superexcitante sesión de magreo?

—Sí, a esa misma. —Me miré los pies—. Pues, bueno, me lo pasé bien y tal, pero... —callé, y la última parte de la frase me salió atropelladamente—. No creo que debamos repetirlo.

Oliver se frenó en seco.

—¿Eh?

Yo tomé aliento y me obligué a relajarme un poco.

—Ahora que estoy trabajando para vosotros, no podemos volver a hacerlo. No sería profesional.

—¿Y por «hacerlo» te refieres a...?

—Deberíamos ser solo amigos —dije, mirándole de cerca. Tenía una expresión extraña, entre dolida y borracha, como si le hubiera dado un golpe en la cabeza con la funda de la cámara. Durante una micromilésima de segundo, pensé que tal vez Oliver estuviera decepcionado. Que no quisiera ser solo mi amigo. Pero, entonces, asintió lentamente.

—Amigos —repitió, asintiendo aún. Tenía la frente arrugada, casi frunciendo el ceño, como si la amistad fuera un concepto muy extraño que estuviera intentando asimilar.

—¿Te parece... bien? —le pregunté.

Él agachó la cabeza como si se lo estuviera pensando. Cuando volvió a mirarme, tenía una sonrisa en los labios.

—Sí, genial.

—Estupendo —dije yo, aunque en aquel momento sintiera exactamente todo lo contrario.

CAPÍTULO 13

Setecientas sesenta y dos. El miércoles por la tarde, esa era la cantidad total de fotografías que había sacado. Cabría pensar que, de entre tantas, podría rescatar al menos una buena, pero no. Eran todas para tirarlas a la basura.

Aquella noche los chicos estaban invitados a un programa nocturno, así que decidí emplear el resto del día en organizar el trabajo que había hecho hasta entonces. Después de descargar los archivos en mi portátil, empecé a revisar las imágenes con la esperanza de poder seleccionar algo que mereciera la pena usar en el blog. Tenía una reunión con Paul el viernes — iba a revisar las fotos que había sacado y a enseñarme a administrar la página — y quería presentarle mi mejor trabajo. Pero mientras iba pasando aquella interminable serie de fotos terroríficas, por no decir atroces, se me fueron encogiendo los pulmones, jadeo a jadeo.

¿Quién me creía que era para aceptar un trabajo que debería haber hecho un fotógrafo profesional? ¿Y en qué demonios estaba pensando Paul para contratar a alguien sin experiencia? Aquel era el tipo de encargo que deberían haberle confiado a Bianca Bridge y no a una cría de dieciocho años que no tenía ni idea de quién era. Los profesionales como Bianca habían estudiado fotografía en la universidad y se habían recorrido el mundo entero perfeccionando su técnica. Mi único logro vital era haberme graduado en el instituto.

La fotografía se había convertido en mi consuelo, mi distracción, una muleta en la que apoyarme. A veces, incluso, era mi esperanza. Así que cuando Paul me ofreció el trabajo, pensé que también podría convertirse en mi futuro, pero, evidentemente, estaba equivocada. Que algo te apasione no implica necesariamente que se te dé bien. Pero, si no estaba destinada a ser fotógrafa, ¿qué se suponía que iba a hacer con mi vida?

Empujé el portátil sobre la mesa, apartándolo de mí, y hundí la cara entre las manos para ocultar los ojos, que me escocían a rabiar. En aquel preciso instante, me sentía tan perdida como cuando supe que Cara tenía cáncer. Al segundo siguiente, noté cómo algo pasaba entre mis pies, y una turbulenta corriente de dudas empezó a arrastrarme a un océano turbio y oscuro del que no había esperanza de salvación.

—¿Stella?

Me obligué a levantar los ojos al escuchar su voz. Alec estaba de pie frente a mí, de puntillas, con una mano medio levantada como si temiera que fuera a salir espantada como un ciervo.

—Hola, Alec —le dije—. ¿Qué pasa?

Él me miró con los ojos entrecerrados, como si estuviera evaluando lo disgustada que estaba y si su presencia era o no necesaria. Al final debió de llegar a la conclusión de que me pasaba algo y, aunque no era muy hablador, aquel no era buen momento para hacer gala de su compleja personalidad taciturna y silenciosa.

—Yo iba a preguntarte lo mismo —me dijo—. ¿Qué ha pasado?

Sabía que el rutinario «nada, estoy bien» no iba a funcionar con Alec. No era de esas personas que hacían como si se interesara por ti fingiendo preocupación y se conformaban con la primera respuesta que les ofrecieras. Es cierto que era muy callado, pero solo porque se pensaba mucho lo que decía antes de hacerlo, y siempre con una intención muy concreta.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le dije, en lugar de responder a la que él me había planteado previamente. Él asintió y apoyó las manos en el respaldo de la silla que tenía enfrente—. ¿Por qué le enseñaste mis fotos a Paul?

Alec ladeó la cabeza y me miró como si le hubiera pedido que me explicara el mecanismo básico de la respiración.

—Porque... —empezó a decir con las cejas fruncidas— merecía la pena enseñárselas.

—Pero ¿cómo eres capaz de distinguir lo que merece la pena enseñar?

Alec se encogió de hombros.

—No sé mucho de fotografía, ni qué se considera bueno o malo. Pero sí sé qué me gusta, y supuse que si a mí me gustaba lo que hacías, ¿por qué no le iba a gustar a otra persona?

Al escucharle, pensé en lo sencillo que lo hacía parecer. Como si yo lo

hubiera embrollado todo dentro de mi cabeza, y además, ¿por qué? ¿Por unas cuantas fotos? Bueno, eran más que unas cuantas, pero ese no era el tema. ¿Me estaba estresando demasiado por algo que no merecía la pena? ¿O Alec estaba minimizando el asunto?

—Ahora me toca a mí preguntarte algo —me dijo, sin darme tiempo a pensar en su respuesta. Señaló mi ordenador—. ¿Tienes algo de antes de que nos conociéramos que puedas enseñarme?

Claro que tenía cosas que podía enseñarle —un disco duro externo lleno de fotos, ni más ni menos—, pero ¿por qué querría verlas?

—¿Por favor? —añadió al ver que yo dudaba.

—Sí, vale.

Estuve pensando durante un minuto, dándome golpecitos a un lado de la barbilla mientras intentaba decidir qué enseñarle, y, de repente, tuve una relevación clarísima.

El noventa y nueve por ciento del tiempo, Cara era la persona más positiva y esperanzada del mundo en lo que a su enfermedad respectaba. Cuando los médicos le dijeron que tenía cáncer sonrió, asintió y les dijo que se pondría bien antes de su primer baile de graduación.

Una de las pocas veces que vi a Cara realmente disgustada fue la primera vez que perdió el pelo por la quimioterapia. Recuerdo entrar en su habitación y verla mirándose en un espejo de bolsillo. No estaba llorando, pero solo tuve que echar un vistazo a sus ojos, ribeteados de rojo, para saber que se había pasado la noche entera haciéndolo desconsoladamente. Entonces me vio de pie en la puerta y estampó el espejo contra la mesita que había junto a la camilla, derramando una lluvia de esquirlas plateadas al suelo. En ese instante de dolor puro, libre y descontrolado, me inspiré para empezar un proyecto nuevo.

Mi hermana necesitaba ser consciente de que el hecho de que estuviera enferma no implicaba que ya no fuera guapa. Su lucha contra el cáncer y la determinación de curarse, si acaso, la convertían en una persona aún más fuerte. Y en la fuerza reside muchísima belleza. Así que fotografié todo lo que hacía que Cara fuera una persona más fuerte por dentro —la cantidad de pastillas que tenía que tomar a diario, su colección de pulseras de hospital, las agujas y los tubos que sobresalían de su cuerpo cada vez que recaía— y aquellas fotos se convirtieron en mi primer portfolio de verdad.

Tardé un rato en encontrar el archivo, pero cuando lo abrí, le pasé el

portátil a Alec. Él acercó una silla al escritorio, se sentó a mi lado y luego se tomó su tiempo para ir pasando las distintas fotos. Cuando terminó, asintió, satisfecho, y me devolvió el ordenador sin decir palabra.

Yo esperé para ver si tenía algo que decir, y cuando me di cuenta de que no iba a hacerlo, le pregunté:

—Bueno..., ¿por qué querías verlas?

—Porque me he dado cuenta de que estás nerviosa —dijo, como si aquellas pocas palabras fueran suficiente explicación. Yo le miré con el ceño fruncido, sin saber interpretar bien lo que quería decir, así que prosiguió—: No sé si lo que te preocupa es impresionar a Paul o a nuestras fans, pero, sinceramente, podrías sacarnos una foto mirando a una pared, y a todo el mundo le encantaría. Te he pedido que me dejaras ver otra cosa, algo que no estuviera relacionado con el grupo, para asegurarme de que estaba en lo cierto. Este material —me dijo, señalando la pantalla— me lo confirma. Esto se te da bien, Stella. Si confías en ti, este trabajo va a ser pan comido, te lo prometo.

Era el discurso más largo que le había escuchado a Alec hasta la fecha. Y, en cuanto a lo de que iba a ser pan comido... Bueno, de verdad esperaba que tuviera razón.



Tal vez fuera la persona más socialmente inepta del mundo, pero Alec era un cielo. Después de hablar conmigo, me invitó a comer para animarme. En un primer momento temí que fuera a resultar un poco incómodo, porque no sabía de qué hablar con él, pero en el tú a tú, se le daba de maravilla mantener conversación.

En cuanto terminamos, Alec tuvo que reunirse con el resto del grupo a ensayar para el concierto de la noche siguiente. Yo no quería volver a ponerme nerviosa y a darle mil vueltas a la cabeza, así que decidí sumarme. Cuando llegamos al estadio donde se iba a celebrar el concierto, el personal de seguridad nos llevó al escenario principal. Lo que antiguamente era una cancha de baloncesto se había convertido en un gigantesco teatro con un escenario al fondo de la sala. Aquel espacio vacío producía una curiosa sensación de extrañeza, sin nadie que ocupara los miles de asientos

disponibles.

—Ya deberían estar todos en el escenario —me dijo Alec mientras atravesábamos el larguísimo espacio.

Al primero que vi fue a JJ. Estaba de pie en el escenario, caminando de adelante atrás, haciendo girar las baquetas en ambas manos. Alec le saludó con la mano y, al vernos, JJ puso unos ojos como platos.

—Hola, Stella —gritó. Lo dijo en voz alta. Demasiado alta—. No sabía que fueras a venir a vernos ensayar.

—No tenía nada mejor que hacer, así que...

Se me quedó la palabra en la boca cuando vi a Oliver.

Estaba apoyado contra un lateral del escenario y había una chica abrazada a él, rodeándole el cuello con los brazos, con los dedos enterrados en su ondulado cabello castaño.

—Ay, Ollie —dijo la chica, y rio divertida.

Yo me obligué a apartar la vista. Tenía la boca abierta de par en par, y el asombro de mi expresión quedaba completamente a la vista de Alec y JJ, pero ni siquiera me importó, porque mi cerebro aún estaba procesando lo que acababa de ver. Oliver no la estaba besando, pero la imagen era lo suficientemente íntima como para imaginarse que ya lo habían hecho. Parecía que el artículo de la revista que Cara había leído sobre él era cierto: Oliver Perry era una buena pieza.

Sabía que no tenía derecho a sentirme herida, pero notaba un dolor penetrante en el estómago, así que me clavé un puño en el centro en un intento vano por mitigar el dolor. Oliver era libre de besar a quien quisiera, sobre todo considerando que era yo la que le había dicho que quería ser solo su amiga, pero, por algún motivo, una levísima sensación de traición se apoderó de mi corazón.

Lo que debería haber sentido era alivio —si hubiera dejado que las cosas entre nosotros prosperaran, podría haber terminado con el corazón herido—, pero lo único que sentía eran ganas de patearme mi propio trasero por estar tan encandilada de aquella adorable aunque engañosa sonrisa. Me apostaba lo que fuera a que era su arma favorita. Una leve curvatura de los labios hacia arriba era lo único que necesitaba para tener a cualquier chica a sus pies, incluso a una con criterio a la que no le gustaba su música de mierda.

Sin duda, JJ vio la cara que se me puso, porque lanzó una de sus baquetas en dirección a Oliver.

—¡Oye, idiota!

La baqueta no le dio en la cabeza por cuestión de centímetros, y rebotó en el escenario con un sonoro repiqueteo.

—Pero ¿qué coño haces? —se quejó Oliver, apartando los ojos de la chica. Alec se aclaró la garganta y miró a Oliver con las cejas enarcadas antes de volverse hacia mí. Al verme, una expresión de confusión máxima le cruzó el rostro. No supe distinguir si no entendía por qué le habían interrumpido o si le sorprendía verme allí. Esperaba que se tratara de lo segundo.

En el estadio se hizo el silencio cuando nos quedamos mirándonos, los dos esperando a que fuera el otro quien hiciera el primer movimiento. Finalmente, apartó a la chica a un lado y avanzó un paso. Abrió la boca como para decir algo, pero no quería escuchar lo que Oliver pensaba que haría esa situación menos incómoda de lo que ya estaba siendo.

—Hola, Oliver —dije alegremente, obligándome a sonreír y deseando que no se diera cuenta de lo afectada que estaba. Al pronunciar su nombre, se me revolvió el estómago como si hubiera comido algo en mal estado. Lo único que quería hacer era gritar. Gritarle a él. Gritarle a la estúpida chica que estaba a su lado. Gritarme a mí misma.

¿Cómo podía ser tan estúpida? Desde que Oliver nos engañó a Drew y a mí, era consciente de que era un liante. Era el cantante del grupo de música más famoso de Estados Unidos, ¡por Dios! ¿Cómo no iba a ser un rompecorazones?

—Stella, esto..., hola —empezó a decir, pero entonces Courtney apareció en la parte trasera del escenario, seguida por Xander.

—¿Está Alec aquí? —preguntó, mirando a su alrededor hasta que lo localizó—. Perfecto. Pues vamos empezando, chicos.



Cara respondió al primer toque.

—¡Stella! Ay, Dios, cuánto me alegro de que hayas llamado —me soltó sin dejarme siquiera decirle hola—. ¿Cómo es Miami? Espera, ¿sigues en Miami? ¿Y el trabajo nuevo? ¿Es como te lo imaginabas? ¿Te lo estás pasando bien? Y, ahhh, ¿cómo van las cosas con Oliver?

No había querido llamar a Cara tan pronto. O sea, me moría de ganas de

hablar con ella, pero no fui capaz de aguantar la necesidad ni siquiera cuatro días. Mi plan era llamar a casa el lunes, ya con una semana entera de trabajo a las espaldas, con la esperanza de, para entonces, tener la añoranza bajo control. Pero haber visto a Oliver con otra persona surtió justo el efecto contrario: me hice aún más lío si cabe, y ahora notaba un dolor sordo en el corazón de ganas de volver a casa.

—Dios —dije, medio riendo y medio llorando—, cómo me alegro de oír tu voz. —Ni siquiera me importó que Cara me hubiera bombardeado a preguntas en cuanto cogió el teléfono.

—Pareces triste —me dijo, suavizando la voz—. ¿Estás bien? No estarás pensando en volver a casa, ¿verdad?

—La verdad es que no —me apresuré a contestar, aunque la idea se me había pasado por la cabeza—. Es solo que me siento muy idiota.

—Ay, Stel —me dijo Cara, y casi pude ver el mohín que hacía con los labios cada vez que fruncía el ceño—. ¿Y por qué?

—Por Oliver.

—Oh, oh, eso no suena nada bien. Cuéntamelo todo, desde el principio.

—Vale, de acuerdo. Estaba supernerviosa por volver a verle —empecé diciendo—. Nerviosa de no pegar ojo en todo el domingo. Por la mañana las cosas fueron bien. Al principio fue un poco raro, pero Oliver me dio el único plátano que tenía para desayunar, y me pareció un detallazo. Pero luego fuimos a una entrevista en la radio y Oliver empezó a hablar de una chica, y me di cuenta de que yo no le gustaba —callé un momento antes de seguir con la historia, intentando hacer acopio de valor para contarle el resto a Cara—. No quería que me hiciera daño, así que le dije que deberíamos ser solo amigos. Y ahora él...

—¿Que le dijiste qué?

Yo di un respingo.

—Ahora trabajamos juntos —dije, a la defensiva. Por algún motivo que no lograba comprender, al contárselo a Cara, sonaba diez veces peor que cuando se lo dije a Oliver. Tal vez fuera porque sabía que me iba a echar la bronca—. Pensé que sería lo mejor.

—No, no y no —replicó Cara, negándose a escuchar mi explicación—. Eso es una tontería como una casa. Pero ¿por qué leches le has dicho eso? ¿Cómo sabes que la chica de la que estaba hablando no eras tú?

Yo abrí la boca para contradecirla, pero callé. Durante la entrevista, asumí

que Oliver estaba hablando de alguien famoso, alguien de quien Kelly «hubiera oído hablar», citando sus palabras, pero Cara llevaba razón. Kelly me había conocido cuando llegamos a la emisora, lo que implicaba que podía haber estado refiriéndose a mí.

Pero eso ya daba igual, y sobre todo después de haber visto a aquella chica en el ensayo del grupo. Aunque hubiera estado hablando de mí, su presencia en el estadio implicaba que los intereses de Oliver habían cambiado a la velocidad de la luz.

—No le gusto —dije muy despacio.

Durante un momento, no se escuchó nada al otro lado del teléfono, pero luego Cara suspiró:

—Menuda idiota estás hecha, Stella —me dijo—. Te dio su maldito número.

—Sí, vale —dije, soltando el aliento en un leve resoplido—. Me dio su número porque nos lo pasamos bien una noche —le dije—, pero ya está. Yo solo soy una chica más para él, y si Paul no me hubiera ofrecido este trabajo, Oliver nunca hubiera pensado en mí.

—¿De verdad crees que Oliver Perry va por ahí dándole su número a cualquier chica que conoce?

Podría haber terminado la discusión muy fácilmente diciéndole la verdad: que había visto a Oliver con otra chica. Ese era el motivo original de mi llamada, pero ahora, solo de pensar en reconocer lo que había pasado me revolvía por dentro, como si las costillas estuvieran comprimiendo los órganos que se suponía que debían proteger.

—Da igual. No puedo permitirme que me guste, Cara. No quiero que las cosas resulten incómodas, yo no quiero estar rara. Lo único que he hecho ha sido simplificar las cosas.

Cara suspiró.

—Si crees que es lo mejor, haz lo que quieras. Pero no puedes culpar a Oliver por despacharte si tú le has hecho lo mismo a él.

Seguramente tenía razón, pero el daño ya estaba hecho. Ahora no podía retirarle mi petición de ser solo amigos sin quedar como una celosa y una patética.

—¿Podemos olvidarnos de esto, y ya? —le pedí, arrepintiéndome súbitamente de mi decisión de haber llamado.

—Claro, Stella. —Solo por cómo pronunció mi nombre, supe que Cara

pensaba que era un error, pero, por una vez, me hizo caso y lo dejó pasar—. ¿De qué más quieres hablar?

Hice lo posible por sacarme a Oliver de la cabeza y centrarme en otro de mis muchos problemas.

—Bueno, el viernes tengo que subir mi primera entrada al blog.

—¡Ay, Dios! —dijo Cara, cambiando inmediatamente de humor—. ¡Qué emoción! ¿No estás en una nube?

—La verdad es que no —le dije. La confianza que Alec había demostrado en mí me había ayudado a calmar algunas de mis inseguridades, pero eso no significaba que se me hubieran pasado los nervios del todo—. Sé que seguramente estoy siendo un poco ridícula, pero tengo miedo de que Paul vea mi trabajo y se dé cuenta de que las fotos de aquel otro fin de semana las saqué de pura chiripa.

Cara resopló.

—Sí, es una ridiculez como una casa. Le van a gustar, Stella. Deja de estresarte.

—Pero ¿cómo estás tan segura?

Hubo una larga pausa en la que supuse que Cara me estaba mirando mal, aunque no pudiera verla.

—Porque te conozco, Stella —me dijo por fin—, y sé de lo que eres capaz. También sé que le das demasiadas vueltas a las cosas, lo que suele llevarte a un estado de pánico que no tiene ningún sentido.

Y Cara tenía razón, sobre las dos cosas, en realidad: sobre las fotos... y sobre el pánico.

A la mañana siguiente me había mordido tanto las uñas que, si seguía a aquel ritmo, lo único que me iban a quedar eran unos bonitos muñones ensangrentados. Cuando me senté con Paul en una cafetería que quedaba a unas cuantas manzanas de nuestro hotel, tuve que hacer un esfuerzo consciente por dejar de mordérmelas. Pero cuando me quedé sin nada concreto que hacer con los dedos, me empezaron a temblar.

—Veamos qué tenemos de momento —dijo Paul con una sonrisa. Yo deslicé el portátil sobre la mesa hacia él y me senté sobre mis manos para que dejaran de moverse por iniciativa propia.

—Guau —fue lo único que comentó Paul mientras revisaba la galería con el ratón.

¿Guau? ¿Era un «guau» bueno, o un «guau» de «son malísimas, menudo

chasco»? Me martilleaba el corazón como si se me estuviera expandiendo dentro del pecho, dejando a mis pulmones sin espacio para funcionar correctamente.

—Son impresionantes de verdad, Stella.

—Lo siento... —me apresuré a responder, pero entonces callé—. Espera. Tú..., ¿de verdad piensas eso? Porque si no es lo que estás buscando, puedo intentar sacar mejor material esta noche.

Su halago era justo lo que necesitaba escuchar, pero ni aun así era capaz de creerle. Una parte de mi cerebro estaba férreamente convencida de que no era lo suficientemente buena para aquel trabajo.

—¿Más material? ¡No, por Dios! —dijo, y se echó a reír—. De hecho, lo que me preocupa es precisamente que tenemos demasiado material. ¿Cómo se supone que voy a seleccionarlo, cuando todo es tan alucinante?

—¿De verdad?

—De verdad de la buena.

Al final terminamos eligiendo quince fotos y dejamos fuera todas las instantáneas individuales que había sacado de los chicos. Paul quería que las primeras entradas del blog fueran sencillas, pero había por lo menos veinte fotos más que quería usar, así que ya tenía material para la semana siguiente. Después de enseñarme la página en la que estaba alojado el blog y las distintas herramientas que tenía, subimos las imágenes y nos pasamos la siguiente hora escribiendo pies de página que tuvieran un poco de gancho.

—Tiene buena pinta —dijo Paul, dándole un último vistazo rápido a la página—. Dale al botón de publicar, Stella. Este blog es tuyo. Deberías ser tú quien le dé vida.

—De acuerdo —respondí.

«De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo», repetí la palabra para mis adentros en un intento por reunir valor cuando mi dedo se deslizó sobre el botón. Me vibraba todo el cuerpo: estaba emocionada e indecisa a la vez. Nunca había expuesto mi trabajo de aquella manera, y cuando hiciera clic en el botón de «publicar», sabía que no habría vuelta atrás.

—¿Stella?

Yo giré el cuello para mirar a Paul.

—Hagamos esto —dije, y entonces hice descender el dedo. Seguramente empleé más fuerza de la necesaria, porque el ratón salió despedido por la mesa, pero me dio igual. Una oleada de adrenalina fluía por mis venas y era

incapaz de dejar de menear las rodillas.

La barra del progreso de carga de los archivos tardó cinco segundos en dejar de estar vacía para rellenarse de un intenso azul que indicaba que la carga se había completado, y cuando lo hizo, en la pantalla apareció un nuevo cuadro de diálogo. En él se leía: «*Crónicas de un corazón roto* ha sido publicado con éxito».

Yo miré a Paul con una sonrisa radiante. El blog —mi trabajo— por fin había cobrado vida.

—Tómame el fin de semana libre —me dijo—. Te lo mereces.

CAPÍTULO 14

—Hola, Cara —dije cuando su teléfono me mandó directamente al buzón de voz—. Solo te llamaba para decirte que el blog ya está publicado y que tenías razón. A Paul le han encantado las fotos. Llámame cuando escuches esto. Te quiero. Adiós.

Colgué y solté el teléfono, con los labios fruncidos en una fina línea. Lo primero que hice cuando salí de la cafetería fue llamar a mi hermana. Cuando no contestó, llamé a Drew. Él tampoco respondió, y después de lo emocionante que había sido publicar mis fotos, tanto silencio estaba siendo un bajón enorme. Quería compartir la alegría, contarles que estaba empezando a pensar que aceptar aquel trabajo era lo mejor para mí, pero ¿qué sentido tenía hacer algo estimulante si no tenía nadie con quien celebrarlo?

Cuando volví al hotel, encontré a los chicos en su suite.

—¡Stella! Ven aquí. Alguien tiene que convencer a estos idiotas de que pedir comida tailandesa es diez veces mejor que pedir otro rollazo de pizza —se quejó JJ.

—Ah, ni de coña —dijo Oliver, arrancándole el menú del tailandés de las manos.

—¿Por qué no? —pregunté, sentándome en una silla al lado de Alec—. Yo podría comerme un *pad thai* perfectamente ahora mismo.

—No me malinterpretes —dijo Oliver—, me encanta la comida tailandesa. Ahora mismo, sería perfecta, pero la última vez que la pedimos, JJ infectó el avión con sus gases tóxicos. Todo apestaba a tallarines picantes pasados por su culo.

—Además —añadió Xander—, yo no puedo pedir muchas cosas en los tailandeses, por lo de las alergias, y tal.

Yo arrugué la nariz, asqueada.

—Pedid lo que queráis, chicos. A mí creo que se me ha pasado el hambre.

—Vale, ¿y qué os parece comida mexicana? —sugirió JJ.

Oliver le lanzó una mirada asesina.

—¿Y en qué mejora eso la cosa?

Al final los chicos decidieron pedir bocadillos, para fastidio de JJ. Cuando nos trajeron la comida, todos nos sentamos en la mesa de la cocina a cenar. Aunque no estaba de humor, al final me había pedido un sándwich, porque sabía que me empezaría a sonar las tripas en cuanto viera comer a los chicos.

—Sándwich caliente de atún —dije, leyendo la etiqueta garabateada en el envoltorio. Alec levantó la mano y se lo pasé.

Luego saqué la ensalada, que supe que era de Xander antes de que me dijera nada. Después cogí otro sándwich:

—¿Pollo y beicon?

—Aquí —dijo Oliver, levantando un dedo. Estiró el brazo para coger su bocadillo y nuestras manos se rozaron en el proceso. Yo me aparté bruscamente. Desde el miércoles, las cosas estaban raras entre nosotros. Evitábamos estar solos en la misma habitación y todas nuestras conversaciones resultaban forzadas, como si fuéramos parientes lejanos que no tuvieran ningún tema del que hablar pero siguieran intentando mantener las formas.

Yo aparté la vista, hundí la mano en la bolsa y saqué el último sándwich.

—Bocadillo caliente de albóndigas —anuncié, y se lo tendí a JJ.

Él murmuró algo entre dientes sobre que era injusto, pero cogió la comida y no hizo ningún comentario más.

—¿Han traído servilletas? —preguntó Alec, que estaba intentando cortar su bocadillo por la mitad con un cuchillo de plástico.

Yo vacié el contenido restante de la bolsa. Del fondo cayó un taco de servilletas junto con un montón de sobrecitos de color rojo.

—¿Para qué queremos tanto ketchup? —pregunté.

El sitio de los bocadillos nos había mandado reservas de salsa de tomate suficientes para el año entero.

—Para mi bocadillo —dijo JJ, como si fuera la respuesta más obvia del mundo.

Xander puso una mueca de disgusto.

—Es un verdadero asco. Se lo echa a todo.

—¿En serio? —pregunté, cogiendo yo misma un sobrecito—. Qué gracioso, yo también.

JJ aprobó mi elección con un movimiento de cabeza.

—El ketchup debería constituir su propio grupo alimenticio.

—Cuando era pequeña, me lo comía a cucharadas —reconocí.

JJ sonrió por primera vez desde que se había vetado su idea de pedir comida tailandesa.

—¡Yo también hacía eso! ¡Deberíamos ser compis de ketchup!

—Es que lo pienso y me dan ganas de vomitar —dijo Xander—. ¿Sabéis cuánto azúcar tiene cada uno de esos sobrecitos?

—Nunca había conocido a nadie a quien le gustara tanto el ketchup como a mí —le dije a JJ, ignorando la advertencia de Xander.

—Bueno, es que dudo mucho que te guste más que a mí —replicó JJ, sacando pecho.

—¿Quieres que nos apostemos algo?

Se inclinó sobre la mesa y me miró con los ojos entrecerrados.

—Lo que tú quieras.

Quince minutos después, Oliver y Alec volvieron a la habitación con dos botes de ketchup gigantes procedentes de la cocina del hotel.

Oliver depositó uno frente a JJ mientras que Alec colocaba el otro a mi lado. Xander fue a la cocina y cogió dos cucharas.

—De acuerdo —dijo Oliver, sentándose entre nosotros. La competición parecía haberle relajado un poco, como si le hubiera ayudado a olvidarse de las tensiones entre nosotros—. Estas son las reglas. El que sea capaz de comer más ketchup gana y será declarado el mayor amante del ketchup de la historia. No es una carrera para ver quién come más rápido. Los participantes comerán cantidades idénticas de ketchup hasta que uno de los dos no pueda más y se retire. ¿Las reglas están claras?

JJ y yo asentimos, pero me preocupaba que, al ser más grande que yo, él pudiera comer más. La única ventaja que tenía era que JJ se había comido su sándwich entero mientras que yo empezaba la competición con el estómago vacío.

—De acuerdo, amantes del ketchup, cojan sus cucharas.

Yo cogí mi herramienta y la hundí en la densa y roja pasta.

Cuando JJ y yo nos metimos la primera cucharada en la boca, a Xander se le puso la cara verde y tuvo que darle a Alec el resto de su ensalada.

—Eso es asqueroso —dijo, intentando reprimir la arcada.

Tras unas cuantas cucharadas, JJ frunció el ceño.

—Esto sabe raro.

Yo enarqué una ceja en respuesta: a mí me sabía bien.

—El bote está sin empezar —dijo Oliver. Cuando apartó la vista, vi que fruncía levemente los labios.

Cuatro cucharadas de ketchup después, JJ cogió su refresco.

—¿Por qué pica tanto? —preguntó, pero siguió comiendo para mantenerme el ritmo. JJ no tardó en terminarse la Coca-Cola entera. Le brillaba el labio superior, cubierto de una película de sudor. Al final, apartó su bote de ketchup—. Alguien ha amañado esto. —Miró a Oliver con suspicacia.

—¿Te rindes? —preguntó Oliver, que tenía una sonrisa culpable plasmada en la cara.

—No, lo que digo es que no es una competición justa. Me arde la boca.

—A mí me suena a excusa —dijo Oliver—. Te da vergüenza reconocer que te va a ganar una chica.

Su comentario acalló a JJ, que volvió a acercarse el bote de ketchup, pero solo pudo comer un par de cucharadas más antes de que le empezara a gotear el sudor por la cara.

—Necesito agua —jadeó, empujando la mesa y corriendo a la cocina.

—Menos mal —suspiré yo, y solté la cuchara en la mesa, haciéndola repiquetear. Me encantaba el ketchup, pero ya casi no podía con una cucharada más.

—¡Y Stella Samuel es la ganadora! —dijo Oliver, proclamando mi victoria como si fuera un comentarista deportivo—. ¡El público se vuelve loco! —Alec y Xander hicieron bocina con las manos alrededor de la boca e imitaron el sonido de un estadio a reventar.

—¿Qué le habéis echado al ketchup? —JJ estaba doblado sobre el fregadero, dejando correr el agua del grifo y con la boca abierta para beber la mayor cantidad fría posible. Oliver se sacó algo del bolsillo, lo colocó en la mesa y sonrió con malicia. Era una botella vacía de tabasco.

Yo reí.

—Eso es de ser muy malo.

—No, solo oportunista. Nunca dejo escapar la ocasión de gastarle una broma a JJ.

Los hoyuelos de su expresión consiguieron arrancarme la primera sonrisa desde el fatídico día del ensayo, pero entonces me vibró el móvil.

Yo me revolví en el asiento y lo saqué de mi bolsillo con la esperanza de que fuera un mensaje de Cara, pero no lo era. Acababa de recibir un mensaje del banco informándome de que se había realizado una transferencia en mi cuenta: el primer pago de Paul. Yo dejé escapar un suspiro y volví a recostarme en la silla.

—Oye, ¿qué pasa? —me preguntó Oliver, acuclillándose para que estuviéramos a la misma altura y clavando sus chispeantes y penetrantes ojos azules en los míos. Después de dos días en los que había estado distante y tenso, su repentina transformación en el chico divertido y cariñoso que había conocido en Chicago me hizo refrenarme.

—No..., no es nada —dije, dándole vueltas al móvil entre las manos.

Oliver me lanzó una mirada vacilante, aunque sus ojos eran comprensivos.

—No parece que no sea nada.

—Estoy bien —dije, y forcé una sonrisa—. Es solo que echo un poco de menos estar en casa, nada más. He subido hoy el primer post del blog y quería contárselo a Cara y a Drew, pero ninguno de los dos me contesta.

—Así que estás nostálgica, ¿eh? —Oliver se pasó un dedo por los labios mientras pensaba. Unos segundos después, dijo—: Creo que tengo la solución para eso.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

A menos que Oliver pudiera hacer aparecer a mis hermanos de la nada, era muy poco probable que se le fuera a ocurrir algo que me hiciera cambiar de humor. Sin embargo, me pareció un detalle —además de que no me lo esperaba en absoluto— que quisiera hacerme sentir mejor.

Me dedicó esa sonrisa peligrosa suya que me hizo temer lo que fuera que estuviera a punto de decir.

—Una fiesta.

Su respuesta destilaba la emoción que había aprendido a esperar de JJ cada vez que se le ocurría una de sus nefastas ideas.

—Una fiesta —repetí. Podría haber escrito un libro entero con los motivos por los que era mala idea.

—Sí, para animarte. —Me tocó levemente el hombro, y el gesto me sorprendió tanto después de su fría actitud que no pude evitar quedarme mirándole la mano. La apartó rápidamente y añadió—: Deberías estar

celebrándolo.

Tenía la palabra «no» en la punta de la lengua. No tenía espíritu de fiesta y la música a todo volumen, una habitación atestada de gente que no conocía y un montón de alcohol no iban a poder cambiarlo. Sin darme opción de decírselo, Oliver se levantó y se dirigió al resto, que todavía estaban discutiendo sobre el concurso de comer ketchup.

—Oíd —gritó, dando una palmada para llamar su atención—, ¿qué os parece si damos una fiesta para celebrar el primer post del blog de Stella?

Xander, Alec y JJ intercambiaron una mirada y asintieron alegremente para demostrar que les parecía bien.

—Creo que uno de mis amigos DJ está hoy en la ciudad —dijo Alec, sacando el teléfono—. Dejarme preguntarle si está libre.

—¡Necesitamos champán! —dijo Xander, subiéndose las gafas por la nariz—. ¡Litros y litros de champán!

—Chicos —dije yo—, no necesito una fiesta.

JJ me señaló con un dedo.

—Ni se te ocurra intentar escaquearte de esto, Stella. Lo prometiste, ¿recuerdas?

Me había pillado.

—Es que no soy muy fiestera —protesté de todas maneras. Aunque en realidad nunca había estado en ninguna fiesta de verdad, así que tampoco lo sabía a ciencia cierta.

—Tengo la solución para eso. —JJ desapareció en la cocina y volvió un minuto después con una botella de algo transparente y dos vasos de chupito—. Necesitas soltarte un poco.

—No sé —vacilé.

¿Por qué su solución siempre pasaba por beber?

—Vamos, Osa. Esta noche puede ser una pasada, si tú quieres —dijo, sirviendo dos chupitos, uno para él y otro para mí.

Estuve a punto de volver a negarme, pero entonces recordé mi pelea con Cara: ella quería que aceptara el trabajo para que pudiera vivir mi vida, divertirme y todas esas cosas. Tal vez aquella fuera mi oportunidad de recuperar todas las experiencias de instituto que siempre había querido vivir, pero nunca había podido hacerlo.

—Vale —dije, rindiéndome—. Espero no arrepentirme.

JJ se limitó a sonreír y coger su chupito.

—Por una noche que no olvidaremos nunca —dijo, haciendo chocar su vaso con el mío.

—Por una noche que no olvidaremos nunca.



Abrí un poquito los ojos y la resplandeciente luz de la mañana me cegó.

—Pero ¿qué demonios...? —gruñí, sentándome en la cama.

Aún me martilleaba la cabeza, tenía el pelo hecho una maraña de nudos y me sabía la boca a alcohol. Intenté recordar lo que había pasado por la noche, pero lo único que había en mi mente era una enorme laguna negra. Cuando alguien gruñó y se giró hacia mí, chillé y cogí una almohada para defenderme. Tumbado a mi lado había un chico con las familiares ondas castañas de Oliver Perry.

—Hostia.

Salí de la cama a trompicones.

«¿Sigo soñando?». Me pasé el siguiente minuto de pie junto a la mesilla de noche con la esperanza de que si cerraba los ojos las veces suficientes, Oliver desaparecería.

Pero no hubo suerte.

Llegó un momento en que acepté que, efectivamente, estaba despierta, y mi corazón se ralentizó. Pero entonces me di cuenta de que Oliver estaba sin camiseta, y el corazón se me volvió a acelerar. Quería salir corriendo, pero no podía apartar la vista de la pendiente de su columna entre sus omóplatos y los tersos músculos de su espalda.

Entonces una idea horrible cruzó mi mente y se me abrieron los ojos de par en par. «¿No me he acostado con él, verdad?». Afortunadamente, yo aún llevaba la misma ropa del día anterior, pero... ¿y Oliver?

—Por favor, no estés desnudo. Por favor, no estés desnudo —imploré, levantando las sábanas. Se me escapó un suspiro de alivio cuando atisé unos vaqueros y el elástico de unos calzoncillos asomando por la cintura. Con suerte, eso significaba que no habíamos hecho nada. Ni en mis peores pesadillas quería perder la virginidad con una estrella del rock. ¡Menudo topicazo!

Entonces ¿qué había pasado? Si salía a hurtadillas de la habitación antes de

que Oliver se despertara, me ahorraría la vergüenza de intentar responder a esa pregunta, pero también sabía que, tarde o temprano, tendría que volver a verlo. Era mejor arrancarse la tiritita del tirón. Me incliné sobre la cama y le di un toquecito a Oliver en la espalda.

—Oye. —No se movió, así que le pinché con más fuerza—. Oye, Oliver, despierta.

—Ahora no, JJ. Estoy viendo *Crónicas Vampíricas* —murmuró, a todas luces dormido.

—Guau, eso sí que es vergonzoso.

Oliver volvió a darse la vuelta en la cama y yo rompí a reír. Alguien le había dibujado un par de gafas redondas alrededor de los ojos y una especie de rayo en la frente. En su pecho desnudo habían garabateado: «Harry Perry, el chico que perdió la conciencia».

—¿Stella? —me preguntó. Mis risas le habían sacado por fin del sueño. Se frotó los ojos y se emborronó la tinta que tenía alrededor, dejándoselos negros como si le hubieran dado un puñetazo—. ¿Qué te hace tanta gracia?

Yo me mordí los labios para reprimir la sonrisa.

—Nada, Harry Perry.

—No lo pillo —me dijo.

—Es que igual deberías mirarte en el espejo.

Al escuchar mi respuesta, Oliver frunció el ceño y salió de la cama de un salto. Yo le seguí, porque no me quería perder su reacción cuando viera su reflejo y, al abrir la puerta del baño, un borroso destello blanco voló directo hacia nuestras cabezas. Los dos nos agachamos a la vez.

—Pero ¡qué coño es eso! —exclamé yo—. ¿Era una... gallina?

Miré alrededor de la habitación, preguntándome si seguiría borracha, pero no había duda de que lo que estaba aleteando sobre la cama era un pollo enorme.

—Sí —dijo Oliver con una sonrisa pícaro—. Tiene que haber sido un buen fiestón.

Como si eso pudiera explicar la presencia de un animal de granja en la habitación del hotel.

Nos encontramos a JJ acurrucado en el suelo del baño. Llevaba un sujetador por encima de la camiseta y estaba abrazado a una silueta de cartón de tamaño natural. Pasé por encima de sus piernas para poder verla mejor: era una silueta a tamaño natural de sí mismo.

—Ay, Dios, ¿dónde tienes la cámara? —preguntó Oliver—. Esto no tiene precio.

—La verdad es que no lo sé —respondí, un poco preocupada. No tenía ni idea de dónde estaba mi cámara ni de qué había pasado la noche anterior, pero antes de poder ponerme a reparar en ello, mi pie chocó contra algo sólido y estuve a punto de tropezar. Era una botella de cristal que salió rodando, repiqueteando sobre el suelo de azulejos hasta que chocó contra la pared más alejada del baño.

—¿Por qué hay tantas botellas de champán? —pregunté cuando me fijé en la colección alineada al borde de la bañera.

Oliver no contestó. Se acercó a la bañera y se asomó sobre el borde. Estaba llena de un líquido amarillo y burbujeante.

—Maravilloso —dijo, sacudiendo la cabeza, asombrado—. Simplemente maravilloso.

—No creo que pienses lo mismo cuando te mires al espejo —dije, pero, para mi sorpresa, cuando Oliver vio lo que llevaba garabateado por todo el cuerpo, soltó una sonora carcajada. Yo me lo quedé mirando sin dar crédito. Si alguien me hubiera hecho a mí algo así, estaría echando humo.

—Es bastante ingenioso —me dijo.

—Te va a costar un huevo quitártelo —comenté yo.

Él se encogió de hombros.

—Siempre que me lo pueda frotar en una bañera llena de champán, me parece bien.

Intentamos despertar a JJ a empujones, pero él nos apartó a manotazos y se negó a abrir los ojos. Le dejamos en el suelo y decidimos inspeccionar el resto del ático para evaluar el alcance de los daños causados por la fiesta. El suelo del pasillo estaba lleno de vasos rojos desechables y parecía como si una bola de discoteca hubiera reventado sobre él: todo estaba cubierto de purpurina.

Al entrar en el salón, yo tuve que reprimir un grito. De no haber sabido que habíamos dado una fiesta, habría pensado que había estallado una bomba. La mayoría de los muebles estaban volcados, y había un par de pantalones colgados del ventilador del techo. Alguien había empapelado todo el salón con serpentinas de diferentes colores y una de las paredes estaba salpicada de una sustancia roja que parecía sangre, pero que yo intuía que era el ketchup que había sobrado de mi competición con JJ.

Y, en medio de todo aquel caos, estaba Xander.

—Por fin —se quejó cuando nos vio aparecer—. ¿Podéis ayudarme, por favor? Llevo por lo menos una hora con ganas de mear. —Estaba sentado en una silla a la que alguien le había atado con cinta aislante. Debían de haber usado un rollo entero, porque el plástico gris le ocultaba por completo la camiseta.

Oliver apoyó las manos en las rodillas, riéndose tanto que se le saltaban las lágrimas.

—La mejor fiesta de la historia —consiguió decir entre carcajadas.

—Cállate, Harry Perry —dijo Xander—. Te juro que me voy a hacer pis encima.

Yo corrí junto a Xander para ayudarlo, pero antes de poder arrancar una sola tira de cinta, la puerta principal se abrió bruscamente y el ático entero vibró. Una botella de cerveza se tambaleó sobre la barra de la cocina y se hizo añicos contra el suelo. Un repiqueteo de tacones inundó la suite, ahora completamente en silencio, y todos nos quedamos mirando a Courtney, que irrumpió en el salón hecha una furia.

—Ay, mierda —dijo Xander.

Un alegre silbido retumbó en el aire.

—Buenos días, chavales —dijo Alec, que entró en el salón dando grandes zancadas. Parecía recién duchado y vestido, no como si hubiera estado toda la noche de fiesta. Cuando detectó a Courtney, giró sobre sus talones, intentando escapar antes de que le viera.

—No te muevas ni un centímetro, Alec —bufó Courtney—. Chicos, se suponía que teníais que estar en el vestíbulo hace media hora. ¿Qué narices está pasando aquí?

—Bueno, es que dimos una fiesta... —empezó a explicar Xander.

—No me digas —dijo Courtney, evidentemente impaciente.

—No iba a ser una fiesta muy grande —dijo Oliver—, pero luego...

—De verdad, chicos, ¿qué os pasa últimamente? —dijo Courtney, interrumpiéndole. Un segundo después, sacudió la cabeza—. Da igual. Creo que prefiero no saber la respuesta. Que alguien vaya a buscar a JJ ahora mismo. Tenéis diez minutos para reuniros conmigo abajo.

Acto seguido, Courtney se marchó, cerrando con un portazo tras ella.

—Ay, Dios —dije, desplomándome en el sillón—. Todo esto es culpa mía, ¿verdad? Lo siento mucho, chicos. —En un primer momento, nadie dijo

nada, pero luego Alec se echó a reír. Cuando Oliver y Xander se le unieron, a mí se me abrió la boca sola—. ¿Qué pasa? ¡Chicos, esto no tiene gracia!

—Esto no es culpa tuya —dijo Oliver entre carcajadas—. No te disculpes.

—Pero decidisteis dar esta fiesta por mí, y ahora Courtney está cabreada.

Alec se encogió de hombros.

—¿Sabes qué? Que yo me alegro.

Yo le miré, abriendo y cerrando la boca como un pez, pero sin decir nada.

—¿Qué? ¿Por qué?

Oliver asintió.

—Yo también. ¿Cuándo fue la última vez que hicimos algo que la cabreara tanto? —preguntó, como si enfadar a Courtney fuera una especie de logro que hacía mucho que no alcanzaban.

—No me acuerdo —respondió Alec. Los chicos se lo pensaron un momento antes de sonreírse entre sí como idiotas.

—Estáis fatal —dije yo, sacudiendo la cabeza—. Fatal de verdad.

—Oye, tíos —dijo Xander entonces—. Que sigo con ganas de mear.

CAPÍTULO 15

Tardamos nueve de los diez minutos que nos concedió Courtney en liberar a Xander de la cinta aislante. Luego los chicos se refrescaron un poco y tardaron cinco minutos más en salir por la puerta. No tenía ni idea de cuál era su agenda del día ni cuando volverían, pero me daba completamente igual, porque mi plan era dormir las siguientes veinticuatro horas seguidas.

Pero no me salió demasiado bien.

En cuanto me tumbé en la cama, me puse a pensar en lo que había pasado por la mañana, y en cómo me había sentido al despertarme con Oliver. Mis pensamientos no tardaron en convertirse en preocupaciones, y, poco después, adopté el modo pánico total. ¿Qué había pasado exactamente entre nosotros? Recé por que no hubiera sido nada. Puede que los dos estuviéramos tan borrachos que nos quedáramos dormidos por accidente en la misma cama. Puede. Pero la parte más retorcida de mi mente no dejaba de jugar con el peor escenario posible: ¿y si lo que en realidad había pasado es que me había abalanzado sobre él?

Como no podía dormir, intenté ver una película, pero nada conseguía distraerme de mis pensamientos. Cuando ya no lo soporté más, fui a la suite de los chicos para ver si ya habían vuelto. Allí no había nadie, pero decidí quedarme porque sabía que Oliver y yo teníamos que hablar. Me pasé la siguiente hora ensayando lo que le iba a decir. En cuanto entrara por la puerta, pensaba ir derecha hacia él y dejarle claro que lo que fuera que hubiera pasado la noche anterior había sido un accidente, que la culpa de todo había sido del tequila y que nunca volvería a repetirse.

—Ay, eso es ridículo —grité, recogíendome el pelo.

Sacudí la cabeza y me desplomé en el sofá. Cuanto más ensayaba mi discurso, peor idea me parecía hablar con Oliver, al fin y al cabo. Fui

recuperando retazos de recuerdos de la fiesta entre dolores de cabeza y destellos de color, pero seguía teniendo una laguna en torno a todo lo relacionado con lo que había pasado con él.

Siempre podía pedirles a Xander o a Alec que me recordaran los detalles, pero seguían ocupados con cosas del grupo. Tal vez toda aquella situación fuera mucho menos frustrante si le preguntaba directamente a Oliver qué había pasado y dejaba de avergonzarme tantísimo. Podría hacer eso, ¿verdad? Al fin y al cabo, solo éramos amigos.

Justo en ese momento, la puerta del ático se abrió y Oliver apareció cargado con tres bolsas enormes llenas de comida. Bueno, intentando cargar sería probablemente mejor descripción. Una de las bolsas de papel marrón se estaba rompiendo, y era evidente que iba a tener problemas para llevarlo todo a la cocina sin perder nada por el camino. Yo me levanté del sofá como impulsada por un muelle y corrí a echarle una mano.

—Gracias, Stella —me dijo cuando le cogí una de las bolsas. Lo dejamos todo en la encimera, junto al fregadero, y una cebolla, un jalapeño y una lata de salsa de tomate se escaparon de la bolsa.

—¿Para qué es todo esto?

—Voy a preparar la cena —me dijo—. Lávate las manos. Puedes ayudarme.

Yo me le quedé mirando con las cejas enarcadas. Si se percató de mi vacilación, no dijo nada. Él ya estaba sacando los ingredientes, y por cómo golpeaba las latas de judías sobre la encimera al sacarlas de la bolsa me di cuenta de que algo no iba bien.

Sin saber qué otra cosa hacer, me quité la goma del pelo que llevaba en la muñeca y me recogí la melena antes de girarme hacia el grifo. Mientras esperaba a que el agua se calentara, me enjaboné las manos y me mordí el interior de los carrillos. Aquel era el momento perfecto para hablar sobre lo que había pasado la noche anterior, pero no me atreví a mencionarlo, a pesar de que llevaba ensayándolo más de una hora. Y mucho menos teniendo en cuenta que Oliver estaba molesto por algo.

—¿Dónde están los demás? —le pregunté en cambio, y cogí un trozo de papel de cocina para secarme las manos.

—Se suponía que tenían que estar aquí. —Le aleteaba la nariz.

—¿Se suponía?

—Sí. Una vez al mes hacemos una especie de cena familiar. Yo cocino y

los demás ayudan. Se suponía que hoy era noche de cena familiar, pero cuando volvíamos del supermercado, JJ ha visto un Cheesecake Factory y han decidido comer allí, en cambio —me dijo, frunciendo los labios en una fea mueca.

No esperaba respuesta por mi parte. En su lugar se dio media vuelta y empezó a abrir y cerrar cajones buscando algo. Al final encontró un abrelatas y clavó la hoja dentada en la tapa de uno de los botes metálicos. Empezó a girar la manivela, pero se le resbaló la hoja. Lo intentó dos veces más con idénticos resultados y, a cada intento fallido, la cara se le iba poniendo cada vez más roja.

Yo apoyé mi mano sobre la suya y le quité el abrelatas.

—Oliver, ¿estás bien?

—Perfectamente —me dijo entre dientes. Un segundo después, sacudió la cabeza y me miró—. Perdona, Stella. No estoy enfadado contigo. Solo estoy frustrado.

Parecía bastante más que frustrado, sobre todo teniendo en cuenta que solo se trataba de una cena, pero seguramente había algo que no me estaba contando.

—No tienes que disculparte. No pasa nada.

Él asintió.

—Bueno, parece que vamos a cenar tú y yo solos. ¿Te gusta el chili, verdad?

—Me encanta el chili.

Aquello pareció animarle un poco, porque puso música y nos entretuvimos preparando la comida. Pasamos la siguiente hora cocinando sin decir nada: el único intercambio de palabras fueron las instrucciones que él me iba dando. Al principio me sentí incómoda, principalmente porque no podía dejar de pensar en lo que había pasado la noche anterior, pero dorar la carne picada era algo tan cotidiano que tuvo un efecto extrañamente relajante en mí. Cuando Oliver empezó a tararear al ritmo de la radio, yo me aparté un momento del fuego y me quedé mirándole cortar las verduras. Balanceaba ligeramente los hombros de atrás adelante, y me di cuenta de que si la noche anterior hubiera pasado algo incómodo entre nosotros, no estaría tan relajado como parecía en aquel momento.

Cuando el chili estuvo humeando al fuego, yo coloqué dos platos en la mesa, uno para cada uno, y entonces nos sentamos y esperamos a que se

terminara de preparar la comida.

—Bueno... —dijo Oliver. Estaba jugueteando con la cuchara que tenía frente a sí, y evitaba mirarme. «Ay, mierda», pensé. «Igual he hablado demasiado pronto». Iba a sacar el tema de lo que había pasado durante la fiesta, y si solo pensarlo le hacía sentir incómodo, entonces es que había sido algo malo—. Se suponía que no tenía que haberlo oído, pero os escuché a Xander y a ti hablando antes del concierto del lunes.

—Ah. —No era eso lo que me esperaba—. ¿De qué?

—De tu hermana —me dijo atropelladamente—. Debería haberte dicho algo antes, pero no he encontrado un buen momento y...

La cuchara se le resbaló entre los dedos y salió volando para aterrizar con un repiqueteo contra el plato. Yo estiré ambas manos y retuve las de Oliver entre ellas para detener el aleteo nervioso de sus dedos. Él alzó la vista y clavó sus ojos en los míos.

—No hace falta que digas nada —le dije—. De verdad, está todo bien. Cara... ya lleva un tiempo enferma.

Oliver puso cara de disgusto y sacudió la cabeza como si estuviera decepcionado consigo mismo.

—Llevo toda la semana intentando pensar algo bueno que decirte, pero supongo que es una tontería, ¿no? Nada de lo que yo pueda decirte va a mejorar las cosas. Es solo que... La idea de tener a alguien tan cercano y que exista la posibilidad de que de repente ya no esté... —Oliver calló, y su expresión adquirió un tinte que fui incapaz de interpretar—. No me imagino lo difícil que debe de ser.

Lo que yo sí entendí fue que Oliver estaba triste, y verle tan afectado me pilló completamente desprevenida.

—Gracias, Oliver. Significa mucho para mí. —Él asintió, aún con cara seria, así que le apreté la mano y dije—: Si Cara estuviera aquí, te diría que todavía sigue viva y que no puedes estar tan triste y alicaído.

—Tienes razón —me dijo. Al enderezarse en la silla, por fin recuperó la sonrisa—. Oye, ¿a tu hermana le gustó el regalo?

—¿Que si le gustó? Casi se hace pis encima de la emoción.

—Genial. —La sonrisa de Oliver se ensanchó—. No me imagino cómo reaccionó cuando Paul te ofreció el trabajo. ¿Qué dijo?

—Bueno, cuando pensé en rechazarlo me amenazó con no volver a hablarme en mi vida. —En cuanto dije aquello, quise retirarlo

inmediatamente, porque Oliver se apartó de mí.

—¿No pensabas aceptarlo? —me preguntó—. ¿Y por qué demonios no ibas a hacerlo?

—No lo sé —dije, bajando la voz. No me gustaba la dirección que estaba tomando la conversación, así que me eché el pelo sobre la cara y empecé a pasarme los dedos entre los mechones para peinármelo.

—¿De verdad no me vas a decir nada más? —me preguntó mientras yo me dedicaba a separar la mecha azul del resto del pelo. Me enroscué el mechón coloreado alrededor del dedo y evité su escrutadora mirada—. Vamos, Stella. Tiene que haber algún motivo. No sería... No sería por mí, ¿verdad?

Yo solté el mechón y reí mientras se desenroscaba de mi dedo.

—Claro que no, Oliver. ¿Por qué piensas eso?

Él se encogió de hombros.

—A veces me cuesta saber qué estás pensando. Creía que igual no querías decirme nada porque tenía que ver conmigo.

—No es por ti. —Se me escapó un suspiro—. Te lo prometo.

—Y entonces ¿por qué era?

—Ya te lo he dicho —dije lastimeramente—. No lo sé. —Estaba intentando reprimir mi propia frustración, pero cuanto más insistía Oliver, más incómoda me sentía. Sabía que me faltaba muy poco para explotar como el cohete en el que podía convertirme a veces, y busqué desesperadamente una manera de cambiar de tema.

—¿Y cómo puede ser que no lo sepas? —Atacó de nuevo, mirándome como si fuera imbécil. La duda en su rostro bastó para hacerme estallar.

—¡Porque no, Oliver! —dije, levantando las manos—. No lo sé y punto. Lo único que sé es que cada vez que pensaba en irme de casa, notaba un vacío insoportable en el estómago. —Ni muerta pensaba reconocer que todavía seguía sintiéndolo si pensaba demasiado en Cara.

—Vale, vale —me dijo, y su voz se suavizó cuando sostuvo las manos frente a sí en actitud defensiva—. No quería que te enfadaras. Pensaba que igual podía ayudarte.

—No te lo tomes a mal, pero ¿qué podrías hacer?

Era un detalle por su parte intentarlo, pero si ni siquiera mi hermano —una de las dos personas que mejor me conocían en el mundo— había podido ayudarme, ¿cómo iba a poder hacerlo él?

—Ni idea, pero hablar de ello tampoco te va a hacer mal. —Se encogió de

hombros.

—¿Quién te crees que eres, mi psicólogo? —Sabía lo borde que sonaba mi comentario, maleducado, incluso, pero volvía a notar que la corriente me arrastraba. Se suponía que unirme a la gira del grupo debería haberme ayudado a descubrir qué era lo que tanto me preocupaba, pero, por el momento, lo único que había conseguido era hacerme sentir aún más confusa.

—En realidad, me considero más bien una especie de detective —dijo Oliver, dedicándome una sonrisita—. Ahora mismo estoy trabajando en un caso llamado El Misterioso Estómago Cabreado. —Le miré con los labios fuertemente apretados, pero él se limitó a enarcar una ceja y cruzarse de brazos—. Relájate, Stella. No te voy a juzgar.

«Pregúntate qué es lo que te da tanto miedo».

Al fin, suspiré.

—Cuando Paul me llamó, me emocioné muchísimo —reconocí—. O sea, emocionada de ponerme a dar botes de alegría. La primera persona a la que fui a contárselo fue Cara, y creo..., creo que lo que me dio pánico fue ver la puerta de su habitación. La tiene empapelada con fotos de los tres, y me recordó a la primera vez que le diagnosticaron cáncer.

—¿Qué pasó?

Yo agaché la cabeza hacia la mesa y estuve un rato sin decir nada. No me gustaba demasiado pensar en aquel día.

—Cara me había dicho que se notaba rara, alicaída y que estaba siempre cansada, pero yo pensé que estaba agotada de tantos entrenamientos con el equipo de las animadoras. Al final, mi madre la llevó al médico. Decidieron hacerle unas cuantas pruebas y recuerdo que pensé: «Vale, puede que Cara esté enferma, pero seguramente sea mononucleosis, o algo así».

»El médico le recetó un medicamento, le dijo que descansara y le aseguró que se pondría bien. Lo cierto es que yo estaba demasiado ocupada con el estreno de invierno, una representación teatral de *Ellos y ellas*, y no le presté excesiva atención al asunto. El club de Arte estaba diseñando el escenario, y yo era la encargada del proyecto entero.

»Cuando recibieron los resultados de las pruebas, mis padres nos sentaron a Drew y a mí a la mesa de la cocina para que Cara pudiera explicarnos qué le pasaba. Yo me enfadé mucho —era sábado, y se suponía que debía estar en el instituto dando los toques finales a la escenografía antes del estreno del jueves—, así que en lugar de prestar atención, estaba escribiendo a mis

amigos para decirles que llegaría tarde.

»—Stella, ¿me estás escuchando, por lo menos? —me gritó Cara. Recuerdo alzar los ojos, ver las lágrimas corriéndole por las mejillas, y ni siquiera así darme cuenta de la gravedad de la situación.

»—Sí, ¿qué pasa? —le pregunté.

»—Que tengo cáncer.

»Aquella vez no gritó. La tensión de su mandíbula, junto con la palabra “cáncer” fueron suficientes: contenía una potencia únicamente comparable a uno de esos noqueos dignos de ganar un campeonato de boxeo. A eso, o a que te pase un camión por encima.

Sacudí la cabeza y alcé los ojos para mirar a Oliver.

—No me había dado cuenta de que estaba llorando —dije, con los ojos húmedos—. A mi hermana le pasaba algo, y yo ni siquiera me di cuenta.

—Oye —me dijo. La silla rechinó al arrastrarse por el suelo cuando la acercó a la mía y me pasó el brazo por encima del hombro—. No podías saberlo, Stella. ¿Cómo ibas a haber adivinado que estaba tan enferma? ¿Con visión de rayos X?

—No me refiero a eso. —Me llevé los codos a los costados en un intento por sostenerme—. No me di cuenta de que le pasaba algo porque estaba demasiado ocupada con otras cosas como para fijarme.

Oliver me miró sacudiendo la cabeza.

—No, Stella. Estabas viviendo tu vida. No hay nada de malo en ello.

Yo me clavé las uñas mordisqueadas en la palma de la mano cuando la cerré en un puño.

—No lo entiendes. Si de verdad hubiera estado allí... —Recordar aquello me obligó a cerrar los párpados con fuerza—. Me habría dado cuenta de que pasaba algo. Podríamos haberla llevado antes al médico, y quizá el cáncer no hubiera estado tan avanzado.

Se quedó un minuto callado, como si estuviera eligiendo lo que iba a decir con mucho cuidado.

—Tienes razón —dijo por fin, y su voz me hizo inspirar bruscamente—. No lo entiendo. No lo entiendo para nada. Te estás echando la culpa de algo que se escapaba a tu control, como una tormenta eléctrica, o una invasión alienígena. La realidad es que a veces pasan cosas malas. Antes o después, te van a dar una paliza, es ley de vida. Lo que realmente importa es cómo encajes los golpes.

—¿Entonces? —No estaba segura de si Oliver me estaba diciendo que en algún momento alguien me iba a pegar de verdad o si era una de esas terribles analogías masculinas—. ¿Qué se supone que me quieres decir con eso?

—Que dejes de sentirte tan culpable, Stella. Lo estás encajando de la manera equivocada.

CAPÍTULO 16

Las *Crónicas de un corazón roto* estaban funcionando bastante bien..., o tal vez sería mejor decir bastante mejor que «bien». Desde que subí mi primer post, hacía una semana, el blog había recibido más de tres millones de visitas. Por supuesto, que Paul hubiera compartido la noticia de la publicación en todas las redes sociales del grupo había sido de gran ayuda, pero a pesar de todo, a mí me seguía impresionando el número de visitas, y eso no incluía las miles de veces que mis fotos se habían compartido en Internet ni los cientos de comentarios que había recibido cada una de ellas.

La repentina atención y el apoyo a mi trabajo me aportaron la dosis de confianza que necesitaba, pero no fui realmente consciente de lo bien que estaba funcionando la estrategia de Paul hasta que los chicos tuvieron una entrevista en *Al habla con Tracy*. Tracy Hoop era la reina de los programas matinales, la presentadora preferida de las madres cuarentonas de todo el país. Durante la entrevista, a mí me ofrecieron un asiento en la primera fila del público, un sitio por el que mi madre me habría pasado por encima si hubiera tenido la oportunidad. Cuando ya llevaban unos veinte minutos de charla, Tracy le dio un nuevo curso a la conversación.

—Bueno, chicos —dijo después de darle un sorbo a su café—, últimamente se ha oído hablar mucho de..., ¿qué es exactamente? ¿Una especie de blog?

Yo estuve a punto de caerme de la silla.

—Un blog fotográfico —le dijo Oliver—. Básicamente, es una web con una colección de fotos nuestras saliendo por ahí y haciendo cosas cotidianas. La idea es que nuestras fans vean que somos chicos corrientes que, simplemente, tienen un trabajo un poco fuera de lo normal.

—Qué ingenioso —dijo Tracy—. ¿Y las fotos las sacáis vosotros mismos,

o cómo funciona?

—En realidad las hace nuestra amiga Stella, que es fotógrafa —dijo JJ, señalándome entre el público—. Quedamos con ella todos los días, nos saca fotos y, básicamente, intenta que parezcamos buena gente.

—Ah, ¿y ha venido con vosotros hoy? ¡Qué maravilla! —exclamó Tracy. Y luego, dirigiéndose a mí—. Stella, ¿verdad? ¿JJ nos ha contado bien en qué consiste lo que haces, o hay alguna cosa interesante más que te gustaría compartir con nosotros?

«Ay, madre, esto no está pasando».

La mismísima Tracy Hoop se estaba dirigiendo a mí. ¡Y lo peor de todo es que iba a salir en la tele! Sentí impulsos de inclinarme hacia delante y vaciar el contenido de mi estómago en el suelo, pero, en cambio, miré a los chicos. Oliver tenía los ojos fijos en mí, y cuando nuestras miradas se cruzaron, me sonrió y me dedicó un pulgar alzado. Aquel pequeño gesto fue suficiente para sacudirme mis miedos de encima.

«Puedes hacerlo», me dije.

Inspiré hondo y me giré para mirar a Tracy.

—La verdad es que ha hecho un buen resumen —le dije, sintiendo el subidón de adrenalina—. Aunque se le ha olvidado mencionar lo difícil que es conseguir que parezcan buena gente, pero se hace lo que se puede.

Todo el mundo rio, JJ el que más.

—Entonces, si he entendido bien, una parte de tu trabajo consiste en viajar con el grupo, ¿verdad? Ese es el sueño de cualquier chica.

—Es bastante alucinante —dije. Noté que me empezaban a sudar las manos, así que me las sequé en los pantalones y me obligué a seguir hablando—. Los chicos son geniales y, además, trabajo en lo que me gusta, así que la situación no podía ser más perfecta.

Tracy sonrió y asintió.

—Supongo que, por trabajo, te refieres a la fotografía. ¿Tienes algún otro proyecto además del blog del grupo, tal vez un proyecto propio?

Su pregunta me confundió bastante, y me tomé un momento para responder. ¿Un proyecto propio? Yo consideraba que las *Crónicas de un corazón roto* eran mi proyecto. Así lo había tratado siempre Paul, y era la primera vez que exponía mis fotografías para que el público pudiera verlas.

—Tengo un portfolio entero de fotografías que no están relacionadas con el grupo —dije despacio, no muy segura de si esa era la respuesta que Tracy

estaba buscando—. Pero nada que haya compartido con nadie, en realidad.

—Bueno, supongo que eso no tardará en cambiar, sobre todo teniendo en cuenta el éxito que has tenido trabajando con los Heartbreakers —me dijo—. Enhorabuena por el blog.

Después de la entrevista, JJ se disculpó conmigo por lo que había pasado, diciéndome que en ningún momento había sido su intención que Tracy me pusiera en el punto de mira, pero yo le quité importancia. Por aterradora que me hubiera parecido aquella repentina aparición televisiva, no podía dejar de pensar en la última pregunta de Tracy, y al final me di cuenta de algo.

Antes de subir la primera entrada al blog, Alec me había hecho un comentario que no había terminado de comprender hasta aquel momento. Me dijo que podría sacar fotos de cualquier cosa relacionada con el grupo y que a la gente le gustaría, sin importarles qué fuera. Y aunque las reacciones positivas al blog le dieron un empujón a mi confianza, ahora entendía que lo que a todo el mundo le gustaba no eran mis fotos. Las fans de los chicos no apreciaban particularmente ni mi estilo ni mi cuidada técnica: les gustaba el blog porque era de The Heartbreakers.

Al habla con Tracy me abrió los ojos, y comprendí que las *Crónicas de un corazón roto*, en realidad, no me pertenecían. Sí, yo sacaba las fotos y gestionaba el blog, pero ¿realmente era una buena presentación de mi estilo fotográfico? Lo cierto es que no.

Lo más sorprendente de todo es que ni siquiera me molestaba.

Vale, el blog no era realmente mío, pero eso no quería decir que no fuera importante. Mis primeras actualizaciones eran el calentamiento perfecto, una partida de prueba que me estaba sirviendo para demostrarme que tenía potencial. Si quería saber lo que la gente opinaba realmente sobre mi trabajo, entonces tenía que exponerme un poco más y dar vida a un proyecto propio.

En el transcurso de los siguientes días, me pasé todo mi tiempo libre seleccionando las fotografías antiguas que tenía en mi ordenador, intentando decidir cuáles eran las que me definían de verdad. Se podría argumentar que todas, ya que todas las había tomado yo, pero la cosa no funcionaba así. Para mí no todas las fotos eran iguales.

Estudié cada una con gran atención, y me di cuenta de que algunas destacaban del conjunto, diciendo claramente a gritos: «¡Stella en estado puro!». Era un proceso intuitivo, parecido a conducir a través de una de esas tormentas en las que la lluvia cae con tanta fuerza que los limpiaparabrisas

apenas dan abasto apartando el agua, pero, de repente, en medio de la cascada ves la luz verde de un semáforo que brilla entre un océano de neblina diciéndote: «¡Sigue, sigue, sigue!». Cuando me encontraba con alguna de esas fotografías concretas, tenía una regresión inmediata al momento en el que la había tomado, la persona o el lugar en el que estaba. Eso era lo que la convertía en importante. Aunque mi universo hubiera cambiado, el recuerdo capturado seguía intacto, y eso era lo que quería compartir con la gente.

—¿En qué andas? —me preguntó Xander.

Era sábado por la mañana, y estábamos en el aeropuerto esperando para embarcar en un vuelo a Houston. El grupo tenía la agenda del día completísima, así que yo estaba intentando aprovechar las pocas horas libres que nos iba a conceder el vuelo para trabajar un poco.

Aparté la vista de la pantalla para mirarle.

—Trabajando.

—Pero ¿no posteaste ayer? —me preguntó—. ¿Cómo puede ser que todavía te quede trabajo que hacer?

—Es que no estoy trabajando para el blog del grupo —le dije—. Estoy pensando en crear mi propia web de fotografía.

Giré el portátil hacia él para que pudiera ver en qué estaba trabajando. Después de catalogar todas mis fotos, había comprado el nombre de un dominio y estaba usando una plantilla gratuita para crear mi propia página. Ya había subido la mayor parte de mi portfolio al servidor, pero cada vez que pensaba en publicar definitivamente la página, terminaba retocando el aspecto, o cambiando algo en mi biografía.

Xander se inclinó hacia la pantalla para verla mejor.

—¡Es muy guay, Stella! —me dijo, colocándose las gafas—. ¿Ya está activa?

—No, pero está casi terminada. Estoy entreteniéndome con detallitos mientras reúno valor para darle al maldito botón de publicar. ¿Te puedo preguntar qué te parece una cosa? No sé si esta fuente le pega mucho al tema del blog.

—No —me dijo. Su respuesta fue tan inesperada que casi se me cae el portátil al suelo. Mi cara de sorpresa no le pasó desapercibida, porque añadió —: O sea, lo que quería decir es que no necesitas mi opinión. Me parece que te estás inventando excusas para evitar la parte más difícil. Tienes que dejar de cuestionarte tanto todo lo que haces.

Xander tenía razón: la web llevaba lista desde el día anterior, pero en el fondo de mi mente seguía albergando el miedo de que no fuera suficientemente buena, de que yo no fuera suficientemente buena, de que no le gustara a nadie. Me lo estaba cuestionando todo, igual que durante mi primera semana de trabajo, y tenía que dejar de hacerlo.

Así que eso hice.



—¿Qué te parece si vemos *Napoleon Dynamite*?

—Mejor que no —dije yo.

Oliver y yo estábamos vagueando un poco, tumbados en el sofá de la habitación de los chicos, intentando decidir qué película ver. El grupo tenía uno de sus escasísimos días libres, así que mientras JJ, Xander y Alec salían a dar una vuelta por la ciudad, nosotros dos decidimos disfrutar de una tarde tranquila sin salir del hotel.

—Hoy le pones pegas a todo —dijo, apagando la tele y lanzando el mando a un lado.

—No es verdad. Es que no me apetece nada ver una de esas estúpidas pelis de tíos —dije, pero sabía que llevaba razón.

Habían pasado tres semanas desde que me había unido a la gira de The Heartbreakers, y eso significaba que llevaba veintiún días viviendo sola. También significaba que Cara tenía programada una semana de descanso de la quimioterapia. Ahora que no estaba distraída con la apretadísima agenda de los chicos, no podía dejar de darle vueltas a que no estaba con ella, acompañándola, y me arrepentía de no haber salido con JJ, Xander y Alec a hacer un poco de turismo. Al menos así habría podido pensar en otra cosa que no fuera mi hermana.

—Ni esa, ni ninguna peli —refunfuñó—. A ver, déjame ver tu móvil.

Oliver extendió el brazo por encima de los cojines que nos separaban con la palma abierta, como si esperara que fuera a dárselo sin preguntarle siquiera para qué.

—Y tú estás un poco pidón —le dije, pero me rendí y se lo di—. ¿Dónde tienes el tuyo?

Desde la noche en que estuvimos cocinando juntos, las cosas entre

nosotros habían cambiado. Era como si ahora estuviéramos unidos por un silencioso vínculo, un nivel de comprensión que no necesitaba palabras. O tal vez hubiéramos recuperado la conexión que se rompió cuando yo sugerí que fuéramos solo amigos. Ya no había silencios incómodos, ni cumplidos tensos, y Oliver se comportaba otra vez como cuando nos conocimos —bromista y travieso—, menos por lo de besarnos, por supuesto.

—En el bolsillo —me dijo, revisando los contactos de mi agenda.

—¿Y para qué necesitas el mío?

Oliver le dio a la tecla de llamada.

—Porque estoy llamando a tu hermana.

Yo me revolví en el sitio.

—¿Qué? ¡Oliver, no!

Intenté recuperar el teléfono, pero se lo cambió de mano, dejándolo fuera de mi alcance.

—¡Shhh! —me dijo, llevándose un dedo a los labios—. Voy a poner el altavoz.

Tras la conversación que habíamos tenido sobre el cáncer de Cara, estaba mucho más abierta a hablar de ella en general, y gracias a eso, lo muchísimo que echaba de menos estar en casa se me estaba haciendo un poco más fácil, pero no estaba segura de si podría soportar una conversación en condiciones con Cara aquel día. Lo único que iba a conseguir era deprimirme más de lo que ya estaba.

—¡Stella, hola! —me dijo cuando descolgó el teléfono—. Cuánto me alegro de que hayas llamado.

—¿Eres Cara? —respondió Oliver, y mi hermana se quedó callada—. Eh, ¿hola?

—¿Quién eres? —preguntó ella con una vocecilla casi inaudible, como si ya supiera la respuesta pero no terminara de creerse que fuera cierto.

—Soy Oliver —dijo, como si fuera la cosa más normal del mundo. No tuvo que mencionar su apellido para que Cara identificara quién era, y yo la escuché aspirar bruscamente.

—¡Ay, la leche! —dijo con un sonoro resoplido que me dio unas ganas locas de estar con ella para ver los ojos enormes que sabía que se le habían puesto—. O sea, ¿esto es en serio? ¿No me estás tomando el pelo, verdad? Porque no tendría ninguna gracia.

—No, la verdad es que no —dijo Oliver—. Además, Stella mataría a

cualquiera que intentara gastarte una broma así.

—Tienes razón —admitió Cara, que se tranquilizó mucho antes de lo que yo me habría esperado—. Seguro que lo haría.

—De hecho, creo que ahora mismo se está pensando si matarme o no —me dijo, mirando hacia mí—. Tiene una mirada asesina en los ojos que da bastante miedo.

—Ay, por favor —dije, cruzándome de brazos.

—Sí —dijo Cara—, parece enfadada contigo. ¿Qué le has hecho?

—Te he llamado sin pedirle permiso.

—¡Tendrías que haberme preguntado! —exclamé.

—Me habría dicho que no —explicó Oliver, hablando con Cara en lugar de conmigo—. Lleva todo el día de morros, aunque no lo quiere reconocer, así que tenía que hacer algo. Y he pensado que hablar contigo la animaría.

La tintineante risa de Cara resonó a través del teléfono.

—Tiene la cabeza más dura que una piedra.

—¿Ya os habéis cansado de hablar de mí? —gruñí yo, aunque mi enfado con Oliver se iba disipando cada vez que escuchaba una nueva carcajada de Cara.

Al final, ni siquiera hablé con mi hermana. El que estuvo hablando con ella de todo tipo de temas una hora entera fue Oliver mientras yo los escuchaba. Cuando finalmente se despidió y colgó, yo me guardé el móvil sin decir nada.

—¿No te has enfadado, verdad? —me preguntó después de estar un rato sentados en silencio.

—No —respondí yo.

—¿Estás segura? Es que estás callada como una muerta.

—Segurísima —dije, y sonreí—. Lo que acabas de hacer ha sido un detallazo.

No solo le había alegrado el día a Cara hablando con ella, sino que también me lo había alegrado a mí. Saber que estaba contenta era justo lo que yo necesitaba. No me había parado realmente a pensar en la relación de «solo amistad» que tenía con Oliver: fue algo que decidí en el momento, pero ahora me daba cuenta de que no era tan malo, porque él estaba demostrando ser un amigo muy involucrado.

—Ha sido un placer —me dijo—, aunque en realidad mis motivos eran puramente egoístas. Lo que yo quería era ver esa sonrisa tuya.

Entonces se acercó a mí y me metió un mechón de pelo suelto tras la oreja,

y yo me quedé petrificada con el roce de las yemas de sus dedos. La sonrisa que me había dicho que quería ver desapareció. A aquella breve distancia, podía oler el aroma a canela de su colonia y el del detergente con el que lavaba su ropa, y lo aspiré. Sabía que estar tan cerca de él era un riesgo, pero no sabía cómo apartarme.

—¡Oliver! —gritó JJ, y la repentina explosión nos hizo dar un respingo a ambos. No le había escuchado volver, pero era imposible no oír sus gritos—. Oliver, ¿dónde estás?

—¡Tío! —le gritó Oliver en respuesta—. Tranquilo, que estoy aquí. — Oliver giró la cabeza para mirar por encima del borde del sofá, y JJ irrumpió en la habitación como un toro enfurecido cargando contra un capote rojo.

—¿Qué coño es esto? —exigió saber.

Estrujaba algo en el interior del puño y, cuando llegó a nuestra altura, lo soltó en la mesilla con un restallido. Oliver y yo nos inclinamos hacia la mesa para poder verlo mejor. A primera vista, pensé que era una foto de Oliver, y así era, pero no me fijé en el texto que enmarcaba la imagen. Era una revista que JJ había doblado por la mitad, abierta por un artículo sobre The Heartbreakers.

Oliver miró primero la revista y luego a JJ, y por fin bajó los ojos de nuevo. Se la quedó mirando un momento antes de decir:

—No entiendo por qué te enfadas.

—Mmm, no sé, ¿igual por esta entrevista de mierda? —JJ cogió otra vez la revista y empezó a leerla en alto. Mientras lo hacía, Oliver se mordió los carrillos—. «Cuando le preguntamos sobre el futuro musical del grupo, Oliver se explayó bastante: “Nuestro próximo disco se parecerá bastante al que acabamos de sacar. Está claro que a nuestras fans les encanta, así que... ¿por qué cambiar algo que ya funciona?”». ¿Qué cojones es esto, Oliver?

—Ya os avisé de que iba a hacer la entrevista —respondió él, encogiéndose de hombros—. Y sigo sin entender porque estás siendo tan capullo. A mí me suena bien.

—Esto no es lo que habíamos hablado —dijo JJ, perforando el artículo con el dedo. Llevaba una de sus habituales camisetas recortadas y pude ver cómo se le tensaban las venas contra la piel mientras hablaba. Nunca había visto a JJ tan fuera de control como estaba en aquel momento y contuve el aliento, sin saber muy bien qué otra cosa hacer.

Oliver aspiró el aire entre los dientes.

—¿Ah, no? ¿Y qué habíamos dicho exactamente, JJ?

—¿Te estás quedando conmigo? Nos pasamos un día entero pensando ideas para el nuevo disco, y ninguna incluía la mierda que hemos hecho hasta ahora. Dijiste...

—Bueno, pues igual es que he cambiado de idea —espetó Oliver antes de que JJ pudiera terminar lo que iba a decir.

JJ retrocedió un paso y movió la cabeza lentamente con expresión incrédula.

—¿Ahora mismo estás hablando en serio?

Aún tenía el cuello y las orejas rojos, pero su cara había perdido cualquier nota de color.

A Oliver debió de afectarle el tono de JJ, porque su expresión se suavizó y abrió los puños.

—Mira, JJ, lo siento. Solo ha sido un estúpido artículo. No es nada irreversible, ¿eso lo sabes, verdad?

—¿Lo sabes tú? —respondió JJ, y yo fruncí el ceño, porque tenía la sensación de que no estaba siguiendo bien la conversación—. Porque no lo parece.

Oliver se rascó la nuca.

—Vamos, tío —empezó a decir, pero JJ dio media vuelta y se marchó por el pasillo hecho una furia—. Dame un segundo para... —En el pasillo se escuchó un portazo que ahogó la voz de Oliver—. ¡Hostia puta, JJ!

Tras varias semanas trabajando con The Heartbreakers, estaba empezando a pensar que los rumores de ruptura del grupo eran solo eso, rumores. Sí, es cierto que había algunas tensiones entre ellos, pero era algo completamente normal: pasaban juntos las veinticuatro horas del día. Pero aquello era distinto.

Yo ya le había escuchado a JJ algunos comentarios sutiles aunque cortantes sobre el estilo musical del grupo, y, por lo general, Oliver les quitaba importancia, pero aquella era la primera vez que el tema se convertía en una discusión de verdad. A pesar de todo, yo seguía sin tener ni idea de qué estaba pasando, y sabía que me faltaba una pieza importante del puzle. Me giré hacia Oliver como pidiéndole una explicación, pero él salió corriendo tras JJ y me dejó sola en el sofá, preguntándome qué demonios acababa de pasar.

CAPÍTULO 17

A la mañana siguiente, cuando le pregunté a Oliver por la discusión, le quitó hierro al asunto y dijo que no había sido nada. Sabía que se estaba saliendo por la tangente, y podría haberle presionado un poco para que me dijera algo más, pero JJ estaba tarareando y se comportaba como si las cosas se hubieran arreglado. Puede que fuera de esas personas a las que no les dura mucho el enfado, pero yo tenía la corazonada de que estaba dejando el tema para otra ocasión.

Y creo que se debía a que aquel día era especial: los Heartbreakers iban a tocar en Portland, y resultó ser el mejor concierto que vi en todo lo que llevaba de gira con ellos. Tocar en su ciudad motivó a los chicos como nunca, y al final del espectáculo, me descubrí coreando las letras junto al resto del público. Cuando terminó, todos fuimos a casa de JJ a cenar. Y con cenar me refiero en realidad a una fiesta multitudinaria.

Vale, puede que no fuera una fiesta multitudinaria, pero había tantos niños jugando en la calle cuando llegamos al barrio de JJ que tuvimos que bajarnos del coche en la esquina y hacer andando el resto del camino hasta la enorme casa de dos pisos con contraventanas azules.

—¿Quiénes son todos estos niños? —pregunté mientras cruzábamos el aparcamiento que había frente a la entrada de la casa. Desde el jardín trasero llegaba un delicioso olor a barbacoa acompañado por el sonido de una canción de John Mellencamp.

—Los padres de JJ dirigen un orfanato —bromeó Oliver.

JJ puso los ojos en blanco.

—Somos una familia numerosa.

Yo consideraba que una familia numerosa era tener como mucho cuatro hermanos, y a JJ mi idea le pareció tronchante. Él era el mayor de ocho: tres

chicos y cinco chicas. Y luego estaban todos los demás miembros de la familia que habían venido a celebrar el regreso del grupo a casa: tías, tíos, primos hermanos, primos segundos, vecinos...

En la fiesta había tanta gente que no tardé en perder la pista a los chicos. Xander fue el primero en desaparecer corriendo para buscar a su familia en cuanto pusimos un pie en la casa. Poco después, los hermanos pequeños de JJ les arrastraron a Oliver y a él al jardín para jugar con ellos al fútbol. Alec fue el que pasó más tiempo conmigo —porque él era de California y no tenía a ningún familiar en la fiesta—, pero al final se entretuvo hablando con uno de los primos de JJ y yo me excusé después de escucharles hablar durante diez minutos sobre un grupo al que no conocía.

La cocina parecía el corazón del evento. Sobre la mesa se extendía un verdadero banquete, y la gente se arremolinaba alrededor de las bandejas como un enjambre de insectos, sirviéndose canapés y otros entrantes. No tardé en coger la cámara y colocarme disimuladamente a un lado para disponerme a sacar fotos de perfectos desconocidos.

Una silueta musculosa apareció frente a mí, bloqueando mi campo de visión.

—Stella, ¿qué haces?

Yo levanté los ojos de la cámara y descubrí a JJ frente a mí. Llevaba a una niña colgada de la espalda, un renacuajillo adorable que era todo rizos oscuros y enormes ojos verdes, y que no podía tener más de dos años.

—Te juro que no estoy trabajando —dije, ajustando la lente y enfocando a la niña. Era demasiado mona como para no sacarle una foto—. ¿Quién es esta princesita?

—Mi hermana pequeña, Audrella. —JJ giró el cuello para mirarla—. Aud, ¿le dices hola a Stella? —Ella sacudió la cabeza y hundió la cara en el hombro de su hermano—. ¿No? Bueno, pues vale.

Los dos nos echamos a reír.

Una niña un poco mayor con los mismos rizos oscuros que Audrella alzó la vista para mirarnos mientras saqueaba un cuenco con dulces. Tenía las comisuras de la boca manchadas de chocolate.

—¿Stella es tu novia? —pronunció la palabra «novia» como si fuera lo más divertido del mundo.

—¡Jenny! —dijo JJ, fulminando con la mirada a la que supuse que era otra de sus hermanas pequeñas.

—¿Qué pasa? —dijo Jenny, que, por cómo se apoyaba la mano en la cadera, debía de tener bastante genio—. Solo estoy preguntando.

—No —le dijo él entre dientes—. Stella no es mi novia, no seas cotilla.

Ella suspiró, y el rostro se le entristeció un poco.

—No me extraña —murmuró.

—¿Qué se supone que has querido decir con eso?

Ignorando la pregunta de su hermano, Jenny dirigió sus ojos verdes hacia mí con la sonrisa de nuevo en los labios.

—¿Mi hermano te parece mono? —me preguntó, y el ceño fruncido de JJ dio paso a una expresión de horror puro.

Yo sonreí a Jenny reprimiendo una carcajada.

—Ah, tu hermano me parece monísimo —le dije.

—Bien —me dijo ella—. Deberías casarte con él. Así seríamos hermanas.

Aquella vez no pude contener la risa.

—Soy un poco joven para casarme.

Jenny asintió levemente con la cabeza, como si me entendiera a la perfección.

—Mamá dice que yo también soy muy pequeña para casarme —me dijo, buscando más golosinas en el cuenco—, pero ya tengo planeada mi boda. ¿Conoces a Oliver Perry? Es el chico más guapo del mundo. Cuando sea mayor, me voy a casar con él.

—¿De verdad? —le dije, con un leve rubor en las mejillas.

Aunque no podía reconocerlo abiertamente, le daba la razón: Oliver era guapo. Dolorosamente guapo.

—Vale —dijo JJ, cogiendo a Jenny del brazo y quitándole las chokolatinas de la mano—. Creo que ya has tomado bastante azúcar por hoy.

—¡Oye! —se quejó la niña. Cuando su hermano la soltó, ella se escabulló y robó un trozo de brownie de una de las bandejas. Luego le sacó la lengua y salió corriendo de la cocina antes de que él pudiera detenerla.

—Perdónala —dijo JJ, dejando el cuenco con los bombones otra vez en la mesa—, habla sin pensar.

—Debe de ser cosa de familia —reí yo.

JJ abrió la boca para responder, pero Audrella, que seguía colgada de su espalda como un monito, le tiró de la camiseta y señaló los dulces.

—¡Colate! ¡Colate! —pidió a gritos.

—Vale, pero solo uno —dijo, eligiendo un M&M rojo para su hermana—.

No se lo digas a mami.

—¡Jeremiah James! —gritó una mujer desde la otra punta de la cocina—. Espero no haber visto lo que creo que acabo de ver. ¡Sabes que no le puedes dar dulces a Audrella!

—Perdona, mamá —se disculpó, bajando a su hermana de su espalda y dejándola en el suelo.

—¿Jeremiah? —reí yo entre dientes.

—Calla, calla —replicó él—. Es un nombre familiar. —No me dio tiempo a meterme más con él, porque entonces sonó el timbre y JJ salió disparado al vestíbulo, gritando—. ¡Ya abro yo!

Volvió un segundo después seguido por una mujer que debía de tener unos veinte años. Tenía el cabello rubio, casi blanco, y unos ojos de un gris tan sorprendente que los reconocí inmediatamente.

—¡Vanessa! —Alec atravesó el salón corriendo como una flecha y casi se lleva por delante a la mujer, que tuvo que retroceder un paso, pero luego rio y le devolvió el abrazo. Nunca le había visto tan emocionado, y de no ser porque lo había presenciado con mis propios ojos, nunca me lo habría creído—. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó cuando por fin se separaron—. ¿Te vas a quedar mucho tiempo?

—Tranqui, hermanito —dijo Vanessa, revolviéndole el pelo, y Alec ni siquiera se inmutó cuando le arruinó su siempre impecable peinado—. Las preguntas, de una en una.

Alec tenía la sonrisa más grande que le había visto nunca desplegada en los labios.

—¿Por qué no me has dicho que venías?

—Porque era una sorpresa, bobo. Oliver me ha pagado el vuelo para que no fueras el único que estuviera sin su familia.

—¿De verdad ha hecho eso? —se me escapó. Vanessa dirigió sus grises ojos hacia mí y yo me ruboricé—. Perdona, no quería interrumpir.

La chica enarcó una ceja, miró a su hermano y preguntó:

—Stella, ¿verdad? ¿La fotógrafa? —Él asintió y luego me sonrió—. Alec me ha enseñado algunas de tus fotos. Son bastante buenas.

—Eh..., gracias.

¿A quién no le había enseñado Alec mis fotos?

—De nada. Y, contestando a tu pregunta, sí: Oliver me ha regalado un billete de avión para que pueda pasar el fin de semana con Alec. Hablando

del rey de Roma, ¿dónde está? No le he dado las gracias como se merece.

—No le he visto desde que hemos llegado —dijo Alec.

Y, ahora que lo pensaba, yo tampoco.

—Iré a buscarle —me ofrecí, y me alejé del grupo antes de ponerme en mayor ridículo.

Pero mi repentina necesidad de encontrar a Oliver estaba alimentada por una curiosidad aún más poderosa. Ahora que me habían presentado a Vanessa, me di cuenta de que había conocido a las familias de todos los chicos. A la de todos, menos la de Oliver.



Llevaba buscándole casi una hora, abriéndome paso entre el gentío por toda la casa de los Morris, pero Oliver estaba desaparecido en combate. Registré toda la planta baja antes de salir afuera y buscarle por el jardín. La casa estaba tan llena de gente que era posible que le hubiera visto y me hubiera pasado desapercibido, pero estaba casi segura de que Oliver no estaba en la fiesta.

Así que decidí aventurarme al piso de arriba.

El segundo piso era un pasillo lleno de puertas, de cada una de las cuales pendía un letrero en el que se leía uno o más nombres de los hijos de la familia: Audrella y Joanne, Aiden, Jenny y Amy, Jordan, Annasophia. Al final del pasillo encontré la puerta con el nombre de JJ, que tenía un cartel amarillo y negro que decía: «¡PELIGRO! ¡ZONA CONTAMINADA!».

Yo puse los ojos en blanco, ignoré la advertencia y empujé la puerta para abrirla, sin saber dónde más buscar a Oliver. La habitación era pequeña: una cama individual pegada a la pared izquierda, un armario y un escritorio apretujados a la derecha. Alguien había dejado encendido el flexo que había encima del escritorio, apuntando hacia el corcho suspendido sobre él, que exhibía una colección de fotografías pegadas con cinta adhesiva.

Aunque Oliver no estaba físicamente en la habitación de JJ, de alguna manera sí estaba presente, sonriéndome desde la mayoría de las fotos. Había una en la que salían JJ y él juntos cuando no podían tener más de seis años, pringados de barro y riendo como bobos. En otra aparecían los dos vestidos de jedi, JJ empuñando un sable láser verde y Oliver uno rojo. A medida que

iban creciendo, Xander aparecía cada vez con más frecuencia en las imágenes: una acampada, un cumpleaños, un baile de instituto.

El corcho era una especie de panorámica cronológica de la infancia de Oliver y JJ, así que me pareció apropiado que en la última foto, pegada en la esquina inferior derecha apareciera Alec, en una foto de grupo de la banda. Arranqué la cinta adhesiva del corcho con la uña y despegué la foto para poder verla mejor. Era de hacía apenas dos años, pero los cuatro estaban muy cambiados, mucho más jóvenes: JJ, por ejemplo, no tenía sus tatuajes, Alec medía casi treinta centímetros menos, Xander llevaba aparato y Oliver lucía un pelo largo y lacio.

—Hola.

A mí se me escapó un gritito, se me cayó la foto de las manos y casi se me sale el corazón por la boca. Alguien empezó a reír entre dientes y yo giré la cabeza para ver a Oliver apoyado contra el marco de la ventana con los brazos cruzados sobre el pecho. Su cuerpo entero se sacudía, riéndose de mí.

—¿De dónde leches has salido? —le pregunté, con el corazón aún latiéndome con fuerza.

Oliver respondió con una sonrisa traviesa antes de darse media vuelta y cruzar la ventana abierta. Al ver que no lo seguía inmediatamente, volvió a asomar la cabeza por el hueco.

—¿Vienes, o qué?

Picada por la curiosidad de descubrir qué demonios hacía saliendo por ventanas de dormitorios ajenos, asentí.

—Sí, vale —dije, y volví a pegar la foto al corcho.

Cuando llegué a la ventana, vi que había una extensión de tejado, de unos seis por seis metros, en la que podíamos sentarnos sin peligro de caer. Oliver me ofreció la mano y me ayudó a salir al exterior.

Cuando llegamos a casa de los Morris, el cielo aún conservaba leves notas de color, los anaranjados, rosados y morados de la puesta de sol, pero ahora estaba completamente oscuro. El aire había refrescado considerablemente al ponerse el sol, y yo deseé haberme puesto algo más abrigado que la camiseta de tirantes que llevaba cuando los escalofríos me recorrieron los brazos, poniéndome la piel de gallina.

—Bueno —pregunté cuando por fin encontré una posición cómoda entre las tejas—, ¿qué estás haciendo aquí?

—Disfrutar de la fiesta —dijo Oliver.

—Pero si ni siquiera estás en ella.

—Claro que lo estoy.

—Pero...

—Cállate, solo un segundo —me pidió, señalando al piso de abajo.

Yo seguí su mirada y guardé silencio. Desde el tejado se abarcaba por completo el jardín trasero de la casa. Una guirnalda de luces de Navidad de color blanco enroscada alrededor de la barandilla del porche y unas antorchas dispersas por el jardín iluminaban toda su extensión, y la mayoría de los asistentes a la fiesta había salido de la casa a la refrescante brisa nocturna.

En el centro del jardín había un pequeño recinto de piedra en el que alguien había encendido una hoguera, y casi una docena de niños quemaba malvaviscos y tostaba sándwiches a su alrededor, y sus risas eran cálidas y luminosas como el crepitar de las llamas. La mayoría de los adultos estaban en el porche, con sus bebidas en la mano, hablando, riendo y disfrutando de la compañía. De vez en cuando el viento atrapaba fragmentos de conversación y los arrastraba con la brisa hasta nosotros para que pudiéramos escucharlos.

—Vale —reconocí—. Es un lugar bastante guay.

—Cuando éramos pequeños, JJ y yo nos arrastrábamos hasta el canalón para que nos colgaran las piernas por el borde. La señora Morris nos prohibió salir aquí porque tenía miedo de que alguno nos cayéramos y nos rompiéramos una pierna, o algo, pero creo que precisamente por eso nos gustaba tanto hacerlo. Se ponía de los nervios.

—Habéis vivido muchas cosas juntos. —Pretendía que pareciera un comentario casual, pero en realidad lo que quería era que Oliver me contara algo sobre su infancia, sobre quién era en realidad, más allá del vocalista de The Heartbreakers.

Me resultaba muy frustrante que Oliver fuera un folio en blanco para mí, cuando yo ya le había revelado casi todos los detalles más importantes de mi propia página vital. Podría haberme metido en Google y averiguarlo todo yo solita, pero esa no era la información que yo quería obtener. Hablar abiertamente con Oliver sobre el cáncer de Cara había sido una experiencia aterradora, como cruzar una calle atestada de tráfico con una venda en los ojos. Pero confié en que él me llevaría sana y salva a la otra acera en lugar de dejar que los coches me atropellaran, y quería que él hiciera lo mismo: que confiara en mí. Porque, si lo hacía, tal vez tendría oportunidad de demostrarle

que podía ser tan buena amiga como él había sido últimamente conmigo.

—Es como un hermano para mí —dijo con una media sonrisa—. Nuestras madres eran amigas en el instituto, así que, de pequeños, pasamos mucho tiempo juntos.

Yo mantuve la mirada gacha, clavada en el perfil abultado de las tejas, intentando disimular lo interesada que estaba en el tema.

—¿Ah, sí? —le pregunté con la esperanza de que siguiera hablando. Aquella era la primera vez que mencionaba a algún miembro de su familia. Pensaba que los conocería en la fiesta, aquella noche, pero dado que llevaba prácticamente todo el rato escondido allí arriba, habría apostado lo que fuera a que no habían ido.

Oliver se tumbó junto a mí y apoyó la cabeza sobre las manos entrelazadas.

—¿Quieres que te enseñe una cosa guay? —me preguntó.

Yo suspiré al ver que cambiaba de tema, pero dije:

—Claro.

Luego imité su postura, ladeando ligeramente los codos para poder mirar hacia arriba.

—¿A qué estamos mirando?

—Me dijiste que tu peli de Disney favorita era *Hércules*, ¿no?

Una media sonrisa asomó a mis labios: se acordaba.

—Sí.

—Vale. ¿Ves esas cuatro estrellas que forman una especie de cuadrado? —preguntó Oliver, señalando un punto justo por encima de su cabeza.

—Creo que sí —dije, ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos.

—Es el asterismo angular de la constelación de Hércules.

—Eh... Me he perdido.

—Un asterismo es un patrón que las estrellas dibujan en el cielo y que puede formar parte de una o más constelaciones —me dijo Oliver. Mientras me lo explicaba, yo ladeé la cabeza para poder mirarle. No estaba prestando ni la mitad de atención a sus palabras que al modo en que sus ojos se clavaban fijamente en las estrellas sobre nosotros. Le brillaban de emoción al hablar—. Este asterismo en concreto tiene forma de piedra angular, de ahí el nombre.

—Gracias por la clase de astronomía, Galileo —dije, mordiéndome el labio e intentando no reírme—, pero sigo un poco confundida.

Oliver sonrió y se incorporó, apoyándose en un codo para mirarme.

—Básicamente, estás mirando el torso de Hércules. También tiene cabeza, brazos y piernas, pero la verdad es que nunca se me ha dado demasiado bien visualizarlos —me dijo—. Ah, y si miras un poco más a la izquierda, puedes ver Pegaso.

Yo estudié su cara.

—¿Y dónde has aprendido todo esto?

—De mi tío. Le gusta la astronomía y esas cosas.

—Ah, así que tienes familia —dije medio en broma.

Al escucharme decir aquello, Oliver apartó la vista de mí y volvió a tumbarse de espaldas.

—Pues claro que tengo familia —me dijo, adoptando repentinamente un tono tenso. Aparentemente, lo que acababa de decir le había arrebatado la naturalidad a nuestra conversación. Mi comentario tocó la fibra sensible de Oliver y le hizo encerrarse en sí mismo. Cuando la situación se daba a la inversa, él siempre insistía, así que yo decidí hacer lo mismo.

—Y entonces ¿por qué no están aquí?

—¿Y cómo sabes qué no están? —me preguntó, y su voz sonaba cohibida, como si estuviera intentando ocultar cualquier emoción que pudiera delatarle.

—Oliver —dije, dedicándole una mirada penetrante—, si estuvieran aquí, ¿no estarías abajo, en la fiesta?

Él se dio impulso con los codos para sentarse y se echó el pelo hacia atrás, como si eso fuera a dispersar las preocupaciones que le atacaban en aquel momento.

—Mira —me dijo, relajando la tensión de las manos. Las ondas de su flequillo cayeron de nuevo en su sitio—, ¿podemos hablar de otra cosa?

Yo me senté junto a él.

—¿De qué, por ejemplo?

Sus ojos me recorrieron la cara, examinando cada centímetro de mi rostro. Fue una de esas largas e intensas miradas que hacían que el corazón me diera un vuelco, y finalmente una sonrisa cansada suavizó sus rasgos.

—¿Sabías que Stella significa «estrella» en latín? —Luego estiró el brazo y abarcó mi mejilla con su mano—. En el siglo xvi hubo un poeta, sir Philip Sidney, que creó el nombre para una colección de sonetos que había escrito, titulados *Astrophil y Stella*.

—Sé lo que estás haciendo —dije, jadeando levemente cuando su pulgar

empezó a moverse en relajantes círculos justo junto a mi oreja.

—¿Ah, sí? —me preguntó—. ¿El qué?

—Estás intentando distraerme.

Él se inclinó hacia mí, pasándose la lengua lentamente por los labios.

—Te equivocas —me dijo, y noté la calidez de su aliento al hablar—. Si estuviera intentando distraerte, haría esto.

Sabía que iba a pasar, pero antes de poder apartarme, Oliver me rodeó la cintura con el brazo y ladeó la cabeza. En cuanto su boca se posó sobre la mía, supe que aquel no iba a ser como nuestro primer beso. Aquel había sido excitante, rebosante de la emoción de explorar a alguien nuevo. Este era impetuoso, agresivo, como si Oliver llevara demasiado tiempo esperando algo que deseaba desesperadamente y ahora no pudiera reprimirse.

Yo no tardé en quedarme completamente sin aliento y me aparté, jadeando.

—Oliver, para —dije, pero mantuve la frente apoyada contra la suya y los brazos alrededor de su cuello. No quería que parara, pero había tomado la decisión de no volver a hacer aquello con él—. No podemos hacer esto.

—¿Por qué? —me preguntó. Cerré los ojos cuando me recorrió el brazo, rozándome la piel con el dorso de la mano hasta llegar a mi clavícula—. Sé que sientes lo mismo que yo. Lo sé porque te falta el aliento, y por el rubor de tus mejillas y porque ni siquiera puedes mirarme a los ojos, y es que sabes que tengo razón. Así que pídemelo que no te vuelva a besar, y no lo haré, pero será mejor que me des una buena razón para ello.

Aún notaba la sensación de los labios de Oliver sobre los míos hacía tan solo un momento, cómo sabían a la limonada que había preparado la señora Morris, y me di cuenta de que tenía razón. Deseaba aquello, aunque me costaba creer que él también lo hiciera.

Oliver no me dejó mucho tiempo para responder antes de que sus labios volvieran a encontrarse con los míos, besándome la boca, el cuello, el hombro. Muy pronto tomó el control de la situación, colocándose sobre mí y recostándose lentamente hasta que quedé tumbada de espaldas. Las ásperas tejas me arañaban los hombros desnudos, pero apenas lo noté. Yo le acaricié el brazo y el costado del torso, recorriendo su perfil con la mano abierta, deleitándome al palpar la tersura de sus músculos bajo la piel.

—¿Sabéis? Aquí arriba os puede ver la gente.

Tanto Oliver como yo dimos un respingo al escuchar la voz de JJ, y nuestras frentes se chocaron. Estaba asomado a la ventana, con una sonrisa

pícara en los labios.

—¡Joder, JJ! —dijo Oliver, con el ceño fruncido y frotándose la zona dolorida de la cabeza—. Eres un salido. Lo sabes, ¿verdad?

—Sería un salido si me hubiera quedado mirando sin decir nada —respondió JJ, y luego sacudió la cabeza en un gesto de incredulidad—. ¿Follar en el tejado? Eso es mucho más peligroso que sentarse en el canalón y dejar las piernas colgando. A mi madre le daría un infarto.

—No íbamos a follar en el...

—Yo solo os digo, chavales, que uséis protección —dijo, interrumpiendo a Oliver y señalándonos con un dedo acusador. Luego empezó a retroceder hacia la habitación, pero se detuvo a mitad de camino y añadió—: ¡Y ni se os ocurra pasaros a mi cama!



Cuando se marchó, Oliver suspiró y rodó a un lado, apartándose de mí.

—Bueno —dijo—, qué poco incómodo ha sido eso.

—Casi nada —respondí yo, sentándome y sacudiéndome. La repentina aparición de JJ había roto la magia del momento, y ahora que volvía a pensar con claridad, de repente deseé estar en cualquier otro sitio que no fuera a solas con Oliver.

No sabía qué sensación predominaba: si la humillación o la furia conmigo misma. Besar a Oliver había sido de lo más liberador, como si llevara un tiempo dando tumbos a oscuras y de repente todo se hubiera aclarado. Deseaba con todas mis fuerzas creer que lo que acababa de decirme era cierto, que él sentía lo mismo que yo, pero justo cuando empecé a asimilar sus palabras, recordé a la chica de los ensayos y todo volvió a convertirse en un manchón borroso y desenfocado.

—Probablemente deberíamos volver a la fiesta —dije, retrocediendo a gatas por el tejado hacia la ventana.

Oliver me cerró sus dedos alrededor de mi tobillo.

—Espera —me dijo—. ¿Por qué te vas? Pensaba que íbamos a hablar.

—¿Y de qué hay que hablar?

No sé qué me llevó a decir eso. Había mucho de lo que hablar, sobre todo teniendo en cuenta lo que acababa de pasar, pero las palabras salieron

volando de mi boca. Fue una reacción instintiva.

—De nosotros —dijo, y, por la cara que puso, no entendía cómo era posible que yo no hubiera llegado a la misma conclusión que él. Ni siquiera así me moví, así que suspiró y añadió—: Tú solo ven aquí, si quieres ya hablo yo, ¿vale?

«Escuchar lo que tenga que decirme no me va a matar, ¿no?».

Respondí con un leve movimiento de cabeza y me arrastré al lugar que había ocupado hasta hacía un momento en el tejado. Al principio Oliver no dijo nada, y nos quedamos sentados en silencio un minuto entero mientras él se frotaba el mentón y miraba el cielo nocturno con los ojos entrecerrados. Al final, asintió para sí y me miró.

—Estaba intentando buscar la mejor manera de decir esto, pero no la encuentro, así que voy a ser directo y no voy a dar más rodeos. No quiero que seamos amigos. A mí esto no me está funcionando.

Su confesión me pilló completamente desprevenida. Sabía que, los primeros días que me uní a la gira del grupo, habíamos retomado la relación un poco accidentalmente, pero nuestra amistad había mejorado considerablemente en las últimas semanas. Noté una profunda punzada en el pecho, como si alguien me hubiera clavado las uñas en el corazón con saña, pero mantuve la expresión completamente impassible.

—¿A qué te refieres con que no te está funcionando?

Sus ojos buscaron los míos un momento antes de responder.

—He intentado mantener las distancias porque es lo que tú querías, pero para mí no es suficiente —me dijo—. Llámame egoísta, pero no quiero ser solo tu amigo.

Guau. Había malinterpretado completamente sus palabras.

—¿Quieres estar conmigo? —pregunté muy despacio para asegurarme de que entendía exactamente lo que estaba diciendo.

—¿Tanto te cuesta creerlo? —me preguntó, tensando la boca.

—Un poco. —La verdad es que me costaba bastante más que un poco, pero me contuve de decírselo—. Pensaba que no salías con chicas.

—Y no lo hago. Bueno, no lo hacía, más bien. —Sacudió la cabeza y empezó a deslizar la chapita militar de arriba abajo por la cadena—. Lo que estoy intentando decirte es que ahora sí quiero.

Un brusco chillido, seguido de una serie de carcajadas, cortó el aire y, al dirigir la vista hacia el jardín vimos que un grupo de niños jugaba a

perseguirse alrededor de la hoguera. Yo me los quedé mirando un momento, pellizcándome el labio en actitud pensativa.

—¿Y qué me dices de aquella otra chica a la que te vi besando? —le pregunté, volviéndome hacia él—. La de Atlanta.

Él arrugó las cejas como si no tuviera ni idea de qué le estaba hablando, pero cuando por fin lo recordó, se sonrojó.

—Nunca la besé, ¡te lo juro! —se apresuró a contestar. Luego suspiró y se pasó la mano por la cara—. Mira, no significaba nada. Ni siquiera sé cómo se llamaba.

Yo reí, pero fue una risa tensa y cortante.

—No te lo tomes a mal, Oliver, pero si pretendes que confíe en ti con ese comentario, estás consiguiendo justo lo contrario.

Oliver se cogió un grueso mechón de pelo entre los dedos y volvió a mirar a Hércules y Pegaso.

—Escucha —dijo, tensando la mandíbula—, sé que suena estúpido, pero lo que pasó fue que pensé que estabas interesada en mí y luego, de repente, ya no lo estabas. Me cabreé porque no entendía qué te había pasado, y necesitaba una distracción con la que sacarte de mi cabeza.

Tardé un minuto en asimilar todo lo que había dicho, así que me concentré en la hoguera del jardín. El corrillo que la rodeaba había aumentado en unas cuantas sillas de camping, y vi que Alec y Vanessa estaban sentados en la parte más externa del círculo. ¿Oliver necesitaba algo con lo que sacarme de su cabeza?

—Nunca me dejaste de gustar —dije por fin—. Pensaba que era al revés.

—¿Qué? ¿Qué hice para que pensaras eso?

—En la entrevista de radio —dije en un susurro— mencionaste a otra chica.

Oliver parpadeó antes de romper en carcajadas histéricas.

—Estaba hablando de ti, boba —me dijo.

Me volvió a dejar sin habla. ¿Cómo se suponía que debía responder ahora que por fin escuchaba todo lo que llevaba semanas queriendo oír de boca de Oliver?

—¿Y por qué no dijiste eso, sin más? —le pregunté cuando la verdad por fin caló en mí.

Si de verdad sentía algo por mí, ¿por qué no lo dijo claramente, en vez de irse por las ramas con medias verdades, como si fuera un secreto

inconfesable? Así podríamos habernos evitado tanto lío, toda aquella confusión. Oliver nunca había sido tímido, y la primera vez que nos vimos, se había mostrado muy directo y decidido.

Yo le observé inspirar hondo mientras una emoción que no fui capaz de identificar le cruzaba el rostro. ¿Arrepentimiento, tal vez?

—La prensa tiene la mala costumbre de diseccionar al milímetro mi vida entera, Stella. ¿De verdad querías convertirte en su próxima noticia?

—Ah —dije al darme cuenta de las implicaciones. Mientras yo estaba preocupadísima porque Oliver pudiera hacerme daño, él había estado intentando protegerme—. Me siento como una idiota. Como la reina de las idiotas.

Oliver me sonrió como si aquello fuera lo mejor que podría haber dicho.

—Entonces ¿eso es un sí?

—Espera, ¿qué?

—¿A lo de no ser solo amigos? —Lo cierto es que Oliver no me estaba dejando tiempo para pensármelo, y a mí la situación me estaba sobrepasando tanto que lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza—. ¿Estás completamente segura? Iba en serio cuando te decía que esto se convertirá en noticia. Escarbarán en tu vida y sacarán todas esas cosas desagradables que preferirías que pasaran desapercibidas.

Lo dijo con tanto pesar que me pregunté qué parte desagradable de su vida habrían desenterrado, dejándola expuesta para que todo el mundo la viera. Yo no tenía ningún secreto oscuro que ocultar, pero entonces pensé...

—¿Y qué pasa con Cara? No quiero que se vea arrastrada a esto. No necesita más presión en su vida.

—Está bien —dijo Oliver, tal vez un poco demasiado deprisa—. Lo entiendo completamente. Podemos mantenerlo en privado.

—Bueno... —empecé a decir. Evidentemente no quería que Cara se viera afectada por nada de lo que pasara entre Oliver y yo, pero ¿lo que estaba sugiriendo era mantener la relación en secreto?—. ¿Supongo que sí?

—Bien —dijo, y asintió con un movimiento de cabeza—. No es su puñetero asunto con quién salgo o dejo de salir.

Me hubiera gustado que lo habláramos un poco más, porque la idea de salir con Oliver en secreto no me terminaba de encajar, pero tenía la mandíbula tensa y una mirada furibunda en los ojos. No era una mirada de desafío, como si quisiera que aceptara su decisión sin cuestionármela siquiera, sino de

querer protegerme con todas sus fuerzas, como si no estuviera dispuesto a dejarme marchar y nadie, ni siquiera la prensa, pudiera detenerle. Supongo que hay chicas a las que les habría parecido un gesto romántico, pero a mí solamente me generaba preocupación. ¿Qué le habría pasado a Oliver para convertirse en una persona tan posesiva y desconfiada?

La inquietud se me debió de notar en la cara, porque Oliver relajó la mandíbula, sonrió y, con voz ligera, me dijo:

—Al final no he terminado de contarte lo de los sonetos.

—¿Eh? —Parpadeé yo.

—Los de Astrophil y Stella —me dijo, cogiéndome de la mano—. El nombre de Astrophil deriva de dos palabras griegas que, combinadas, significan «amante de las estrellas».

—¿Y eso qué quiere decir?

Oliver echó la cabeza hacia atrás y levantó los ojos al cielo.

—Que Stella es la estrella de su amor.

CAPÍTULO 18

Oliver y yo tuvimos nuestra primera cita oficial a finales de esa misma semana. Por supuesto, se le olvidó mencionar que me iba a llevar a una cita hasta dos horas antes de la misma.

—Entrega especial de parte del doctor Amor —me dijo JJ, desplomándose sobre el escritorio en el que yo estaba trabajando. Bueno, en realidad no estaba trabajando. Estaba leyendo la cantidad ingente de comentarios que había recibido en mi última actualización del blog, pero aun así, su intromisión seguía sin ser bienvenida.

—Oye —le dije, retorciendo el cuello para alcanzar a ver la pantalla del ordenador—, que estás en todo el medio.

—Pero te traigo un regalo —dijo JJ, agitando un trozo de papel doblado frente a mi cara.

Yo arrugué la nariz.

—Creo que no quiero ningún regalo del doctor Amor.

—No es mío. Es de tu amante —resopló JJ.

—No es mi amante, salido —dije cuando noté que se me encendía la cara—. Además, ¿quién sigue diciendo «amante»? Qué mal rollo.

Todavía tenía que hacer oficial al resto del grupo que estaba saliendo con Oliver, no porque fuera secreto —dudaba mucho que a Oliver le importara que se lo contara a sus mejores amigos—, sino porque era bastante probable que ya se hubieran dado cuenta ellos solitos de la situación.

—Ajá —dijo JJ, meneando un dedo acusador frente a mis ojos—, pero sabías exactamente a quién me refería, ¿a que sí?

—Dámelo y ya.

Le arranqué el papel de las manos y lo desdoblé.

Stella:

A las 18:00 en el nº 137 de la calle North Higgins. Ponte algo bonito.

Oliver

—¿Qué es esto? —pregunté después de leer el mensaje.

—Instrucciones de Oliver —me dijo él—. Supongo.

—Eso lo pilló. Pero ¿para qué?

Aunque en el fondo de mi mente intuía que lo más probable era que Oliver fuera a llevarme a una cita, estaba demasiado centrada en los detalles como para ponerme histérica. Ya casi eran las cuatro, así que prácticamente no me quedaba tiempo para prepararme y, además, no tenía ni idea de qué ponerme.

JJ se encogió de hombros.

—Yo solo soy el chico de los recados, Stella, pero si quieres que haga apuestas, creo que tiene algo que ver con lo que os pillé haciendo en el tejado de mi habitación el fin de semana pasado.

Yo ignoré la pulla y volví a escanear la nota con la mirada.

—Pero ¿a qué crees que se refiere con «ponte algo bonito»? ¿Vamos a algún sitio elegante?

JJ me miró con una ceja enarcada.

—Probablemente quiere decir que te des una ducha y te quites los pantalones del chándal.

—Gracias —le dije, apartándome el flequillo de la cara. Como si necesitara que me recordaran que tenía una pinta bastante asquerosa—. A lo que me refiero es: ¿cómo de elegante? ¿Muy elegante? ¿Medianamente elegante? En la nota no aclara nada. ¿Y si voy demasiado elegante?

Y, lo que era aún peor, ¿y si terminaba yendo mal vestida?

—Oye, aquí la chica eres tú, no yo. ¿Cómo se supone que voy a saberlo? ¿Un vestido, igual? Aunque creo que le estás dando mucha más importancia de la que tiene.

JJ claramente no entendía la crisis que estaba teniendo, así que decidí emplear el poco tiempo que me había dejado Oliver en revolver todo el contenido de mi maleta. No tenía ningún vestido, pero me había traído un top de lentejuelas plateadas que le había robado a Cara. Me lo metí por dentro de una falda negra hasta la rodilla y lo combiné con un par de zapatos de tacón negros —también de Cara— y decidí que el modelito era lo más apropiado que podía llevar a una cita a la que me habían invitado con tan poquísima

antelación.

Al final resultó que Oliver no era un completo insensato: pidió un taxi para que fuera a buscarme a la puerta del hotel quince minutos antes de la hora a la que habíamos quedado y, exactamente un cuarto de hora después el conductor frenó en la acera de una zona acomodada de la ciudad con calles bordeadas de restaurantes de postín y boutiques sofisticadas.

—¿Hola? —dije al tirar de la puerta del número 137 de North Higgins para abrirla.

Oliver me estaba esperando dentro. Llevaba un elegante traje negro sin corbata y una camisa blanca con los primeros botones desabrochados. Además se había peinado hacia atrás la maraña de ondas que normalmente llevaba revuelta.

—Has venido.

Me lo dijo con una sonrisa asombrada, casi como si se esperara que fuera a darle plantón y mi aparición realmente le hubiera sorprendido.

—¿Y cómo no iba a venir? —le pregunté.

Entreabrió los labios como para responder, pero entonces me miró de nuevo de la cabeza a los pies y me dijo:

—Stella, estás perfecta.

—¿Tú crees? —le pregunté, y tuve que apartar los ojos de su vista—. Me preocupaba un poco que...

—Perfecta —me aseguró. Yo noté que me sonrojaba y Oliver me cogió la mano—. Ven, quiero enseñarte una cosa.

Empujó una puerta interior para abrirla y entramos a una estancia larguísima y completamente vacía con suelos de madera y vigas grises de aspecto industrial. Las paredes estaban pintadas de un blanco impoluto, pero a cada pocos metros colgaba de ellas una obra de arte, cada una iluminada con un foco individual. Cuando llegué estaba tan preocupada por ir bien vestida que no me había dado cuenta de que habíamos quedado en una galería de arte. Yo me aparté de Oliver y caminé hacia el centro de la sala, y luego dibujé un pequeño círculo a mi alrededor para poder apreciarlo todo bien.

—¿Te gusta? —me preguntó Oliver. Estaba de pie justo donde le había dejado con una sonrisa satisfecha en los labios.

Me gustaba. Nunca me había parado a pensar demasiado en cómo sería una cita perfecta, pero ahora me costaba imaginar algún lugar que superara a aquel. Aquello iba mucho más allá de la clásica película y cena: era especial,

porque Oliver se había preocupado por las cosas que a mí me parecían importantes. Fuimos de obra en obra, deteniéndonos para comentarlas todas, y él decidió que un cuadro al óleo de un pintor llamado DeBuile era su favorito: un tenedor y un cuchillo de plata pegados a un lienzo lleno de manchas aleatorias de intensos colores. Oliver dijo que le gustaba porque le recordaba a una batalla de comida como las del comedor del instituto.

—¿Dónde está todo el mundo? —le pregunté.

Recorrimos casi la mitad de la galería antes de que yo me diera cuenta de que estábamos completamente solos.

—El dueño está en la trastienda —me dijo—. He alquilado la galería esta noche para poder tener un poco de privacidad.

—Ah, claro —le dije.

Pero en realidad no era privacidad lo que quería que tuviéramos: lo que pretendía era que pudiéramos seguir manteniendo nuestra relación en secreto.

—Mira allí —dijo Oliver, sin darme tiempo a pensar en lo que acababa de decir. Señaló a la última hilera de cuadros, y yo reconocí inmediatamente la vibrante fotografía colgada de la pared—. Por eso hemos venido aquí.

Yo clavé la vista en una de las fotos de Bianca. Era la impresión original, pero lo que más me sorprendió fue estar ante una de mis fotografías predilectas de toda su obra, algo que Oliver no tenía manera de saber. No era la primera foto que vi cuando conocí su trabajo, pero era la que más me inspiraba.

Era una fotografía muy sencilla: una niña pequeña, de unos cinco o seis años aproximadamente, que estaba jugando en la calle en medio de una tormenta de verano. Iba descalza y la expresión de sus ojos daba a entender que no había nada mejor en el mundo que estar metida hasta la cintura en el barro. En su sonrisa reconocía el espíritu desenfadado que Cara, Drew y yo teníamos de niños. No había vuelto a experimentarlo desde la primera vez que diagnosticaron a Cara de cáncer, y me di cuenta de que lo echaba de menos, que me habría gustado recuperarlo aunque fuera un único y breve instante para poder capturar la sensación con mi propia cámara antes de que desapareciera para siempre.

—Yo... —empecé a decir. Quería transmitirle a Oliver lo mucho que aquello significaba para mí, pero me había quedado sin aliento y no dejaba de pensar en que no iba a ser capaz de terminar la frase, de explicárselo con palabras, porque las palabras no bastaban para expresar lo que sentía.

—¿Te gusta? —preguntó Oliver—. Estaba intentando decidir adónde ir esta noche, y entonces leí en algún sitio que esta galería tenía una obra de Bianca. He llamado para comprobarlo, incluso.

—Sí —respondí cuando por fin recuperé el habla. Oliver seguía sin saber que aquella fotografía en concreto formaba parte del selecto y reducido grupo que habían inspirado mi pasión por aquel arte.

—Bien —dijo, como si fuera la única explicación que necesitaba—. Me alegro.



Cenamos en un restaurante llamado Ámbar Indio, cerca de la galería. Nos dejaron entrar por la puerta trasera y nos llevaron a un reservado que solían destinar a las cenas de grupo para que pudiéramos comer tranquilos. Antes de que la camarera viniera a tomarnos nota, yo me excusé un momento para ir a lavarme las manos. Cuando salí del baño, me di cuenta de que frente al restaurante se estaba armando cierto alboroto.

—¡Señoritas, por favor! —La camarera estaba intentando frenar la entrada de un grupo compuesto por unas veinte chicas—. Si no han venido a comer, entonces tienen que marcharse.

Yo volví corriendo a la mesa.

—Oliver —dije, haciéndole un gesto con la mano para que se acercara a la puerta del reservado—, será mejor que vengas a ver esto.

—Joder —dijo tras echarle un vistazo al vestíbulo.

—¿Cómo es posible que te hayan encontrado? —pregunté, incrédula.

Era como si todas aquellas chicas hubieran aparecido de repente y de la nada.

—Cualquiera que nos haya visto en el restaurante puede haber publicado un tuit —me explicó. Sacó la cartera del bolsillo y dejó un par de billetes en la mesa—. Pasa más a menudo de lo que te piensas.

—Vale, ¿y qué hacemos?

—Con un poco de suerte podemos intentar escaparnos por la puerta de atrás.

Pero no tuvimos tanta suerte. Oliver intentó salir corriendo por el pasillo, pero las fans no tardaron en localizarle. Cuando el griterío histérico se desató,

me cogió de la mano y empezamos a correr.

—Agárrate —me dijo, dándole un tirón a la puerta trasera para abrirla. Asomó la cabeza por la esquina antes de retroceder bruscamente—. Mierda.

—¿Qué pasa? —le pregunté. Cuando el corazón me empezó a bombear adrenalina pura, me pregunté si nuestra relación estaba condenada a ser siempre así: secretos, persecuciones y escándalo.

—Hay un montón de paparazzis. Tenemos que salir por otro sitio.

—¿Por qué otro sitio?

—¿Por la cocina? —sugirió.

Cruzamos corriendo las puertas metálicas batientes y algunos de los empleados nos miraron sorprendidos. La cocina tenía una salida que daba a una zona vallada en la que guardaban los contenedores de basura, lejos de la vista del público, pero la división por donde se suponía que la verja debía abrirse tenía un candado que nos impedía salir.

—¿Y ahora qué?

Me estaba empezando a preocupar que nuestra primera cita secreta fuera a dejar de serlo en breves instantes.

Oliver se lo pensó un momento antes de arrastrarme de vuelta a la diminuta cocina. Abrió el armario de la limpieza y me empujó dentro, antes de meterse en él conmigo. Cuando cerró la puerta tras de sí, nos quedamos encerrados y a oscuras.

—Ay —bufé cuando Oliver me pisó el pie.

—Lo siento —murmuró. No veía prácticamente nada, pero estaba casi segura de que Oliver había encajado el carrito de la fregona bajo el pomo para que nadie pudiera entrar.

—¡Oye! —gritó alguien en la cocina—. Chicas, ¡no podéis entrar ahí!

A aquel grito le sucedió una oleada de chillidos. Nosotros esperamos, respirando entre jadeos, hasta que el escándalo al otro lado de la puerta se calmó. El corazón por fin empezaba a latirme a un ritmo normal, y yo me relajé ligeramente, pero aquello no resolvía el problema al que nos enfrentábamos en aquel preciso instante: seguíamos atrapados en el armario de la limpieza.

—¿Y cómo se supone que vamos a salir de esta, exactamente? —pregunté. Escuché a Oliver moviéndose alrededor. Un segundo después, hubo un repentino resplandor y pulsó uno de los números que tenía en marcación rápida.

—Oye —susurró cuando alguien respondió—, Stella y yo estamos atrapados en un restaurante indio. Necesitamos que alguien venga a recogernos. —La conversación duró unos cuantos segundos más, que Oliver aprovechó para darle a quien fuera que estuviera al otro lado de la línea la dirección del restaurante. Cuando colgó, me dijo—: Tardará unos veinte minutos.

—¿Y mientras qué hacemos? —pregunté—. ¿Quedarnos aquí escondidos?

Ahora que había vuelto a guardarse el móvil en el bolsillo, no veía a Oliver, pero escuché la sonrisa en sus labios.

—Se me ocurren un par de cosas para entretenernos. —Me rodeó la cintura con los brazos y me atrajo hacia sí—. Por ejemplo...

Y me besó antes de terminar la frase. Al principio fue un beso mucho más suave que los dos primeros. Oliver se tomó su tiempo, apoyando sus labios lentamente contra mi frente, mis mejillas y mi cuello. Pero cuando por fin se encontraron con los míos, fue completamente distinto. Me recostó contra la pared del armario y empujó su pecho contra mí mientras me besaba apasionadamente. Yo golpeé algo sin querer con el pie cuando nos movimos. Era un objeto pequeño y metálico, probablemente un bote de limpiador, y una escoba cayó al suelo junto con él. Mis dedos se hundieron profundamente en sus ondulados rizos y los entrelacé allí cuando aspiré su aroma a canela y detergente.

Estuvimos besándonos en el armario hasta que apareció Aaron, y cuando nos sacó del restaurante, me sentí como si fuera la protagonista de una película de James Bond. Pero salir con Oliver no era solo un compendio de emocionantes aventuras, peligrosas persecuciones y besos apasionados. A la noche siguiente, sin ir más lejos, después del concierto de The Heartbreakers, dejé que los chicos me convencieran para ir a una fiesta con ellos. Era en una discoteca a unas cuantas manzanas del estadio, y, cuando llegamos, no tardé en darme cuenta de que lo más difícil de salir en secreto con uno de los solteros más codiciados del mundo era que nadie sabía —y por nadie me refiero a la población femenina— que ya no estaba soltero.

Una especie de corte se arremolinó alrededor del grupo en cuanto entramos en el local, compuesta en su mayoría por chicas guapísimas vestidas para romper la noche. Nunca me había acomplejado mi aspecto delante de Oliver, pero de repente me sentí muy poca cosa con mis vaqueros cortos desgastados y mi sencilla camiseta.

La fiesta a la que íbamos era en una sala VIP junto a la cabina del DJ, y aunque nos garantizaba un poco de privacidad del resto de la discoteca, nos sentamos con un grupito de fans que habían tenido la suerte de ser las elegidas por los guardias de seguridad para que se unieran a nosotros. Había tres chicas en concreto que no se separaban de Oliver. Las tres eran altas, rubias, y no se parecían en nada a mí. Lo más frustrante de todo es que no podía odiarlas por tontear descaradamente con él, porque las pobres no tenían ni idea de que no estaba libre.

Yo me senté en uno de los sofás de cuero e intenté parecer lo más despreocupada posible mientras jugaba con mi teléfono y observaba al gentío vibrar al unísono en la pista al ritmo de la música. En un momento dado, Oliver cruzó una mirada conmigo y me miró con ojos arrepentidos, pero pasamos la mayor parte de la noche separados para guardar las apariencias.

—Oye, ¿estás bien? —me preguntó JJ cuando la discoteca por fin cerró—. Llevas toda la noche calladísima.

—¿Yo? —pregunté, intentando parecer sorprendida—. Mejor imposible.



—¿Te apetece un batido verde? —me preguntó Xander.

Estaba sentada frente a la encimera de la cocina de la suite del hotel que ocupaban los chicos, terminándome mi segunda taza de café. Era muy temprano y todos seguían todavía en la cama menos Xander, que había salido de su habitación hacía quince minutos con cara de dormido y se había ido derecho a la cocina del hotel. Cuando volvió traía en la mano un vaso enorme de algo verde y con pinta venenosa.

—No, gracias —dije, arrugando la nariz—. Creo que me quedo con mi *bagel* de siempre.

Por culpa de todas sus alergias alimenticias, Xander llevaba la dieta más rara que había visto en mi vida. Por lo general solo comía huevos revueltos, pollo, ensaladas y, a veces, mezclaba cosas en una batidora. Era intolerante al gluten, alérgico a los frutos secos, al marisco y había una lista larguísima de frutas que no podía comer sin riesgos de desarrollar reacciones alérgicas. Yo podía vivir perfectamente sin marisco, pero la amante de los carbohidratos que habitaba en mi interior lloraba solo de pensar en no poder comer

cantidades ingentes de espaguetis.

—Tú misma —dijo, bebiéndose alegremente sus verduras mientras acercaba uno de los taburetes de la barra junto al mío—. Bueno, ¿y qué haces despierta tan temprano?

—No podía dormir —le dije—. Ayer subí unas fotos nuevas a mi web, y no puedo dejar de pensar en ello.

Por el momento, mi web personal iba bien. No tenía tantas visitas como las *Crónicas de un corazón roto* —de hecho, solo tenía unos cuantos cientos—, pero eso era de esperar. Aun así, estaba muy orgullosa de mí misma, y cada vez que alguien hacía algún comentario positivo, me subía mucho la moral.

Así que la noche anterior me había animado a subir las fotos que le había sacado a Cara —las que le había enseñado a Alec— y aunque hasta el momento la respuesta había sido positiva, desnudar la parte más personal de mi vida aún me ponía los nervios a flor de piel. De alguna manera, me sentía vulnerable, como si estuviera jugando a las cartas con los naipes a la vista del resto de jugadores, pero yo no pudiera ver los suyos.

—¿Ah, sí? —me preguntó—. ¿Y qué tal va?

—Bueno... —respondí yo—, de momento bastante bien. O eso creo, al menos.

Xander resopló y movió una mano como para barrer con ella mis dudas.

—Estoy seguro de que son geniales, Stella. ¿Ya has pensado en lo que quieres hacer cuando se te termine el contrato?

—La verdad es que no —dije, y las palabras se disiparon entre mis labios. Su pregunta hizo aflorar una nueva oleada de preocupaciones e inquietudes, cosas en las que todavía no quería pensar—. Tendría que haber empezado la universidad en otoño, pero aplacé la entrada cuando Cara se puso enferma.

Él le dio un sorbo a su batido y se limpió el bigote verde con la manga.

—¿Y crees que al final decidirás ir?

—No lo sé. —Levanté las manos y luego las dejé caer, sintiéndome perdida—. Las cosas han cambiado mucho desde que tomé esa decisión.

Él se quedó callado un segundo, eligiendo bien sus palabras.

—Bueno, ¿y si fueras a una escuela de fotografía? ¿Eso lo has pensado?

Yo tuve que contener la risa.

—No, claro que no.

—¿Y por qué no? —me preguntó él.

En un primer momento creí que Xander estaba de broma, pero mi actitud

risueña desapareció en cuanto vi la mirada seria en sus ojos. Sosteniendo la taza de café entre las manos, clavé la vista en un punto fijo de la pared.

—Nunca se me había ocurrido —reconocí después de pensarlo un minuto—. Ni siquiera sé qué universidades tienen buenas carreras de Fotografía.

Xander alzó la vista.

—Pues averigüémoslo —me dijo, señalando mi ordenador, que estaba apoyado en la encimera frente a nosotros, esperando a que alguien lo encendiera.

Él parecía mucho más emocionado con la idea que yo, pero, por seguirle la corriente, apoyé la taza al lado, abrí el ordenador y nos pasamos la siguiente media hora buscando facultades y academias. Descubrimos que había unas cuantas universidades que siempre aparecían en los primeros puestos de la lista como las mejores. Yale fue la que más me sorprendió, porque ni siquiera sabía que tuvieran una carrera de Fotografía, mientras que la facultad de Bellas Artes del Institute of Chicago parecía la elección más práctica, ya que no estaba demasiado lejos de casa. Pero la que realmente me llamó la atención fue la School of Visual Arts de Nueva York.

—Me gusta esta —le dije a Xander cuando miramos la web—. Siempre he querido vivir en Nueva York.

—Pues solicita plaza —me dijo, haciendo clic en el panel de inscripciones.

—¿Plaza? —le dije, y ya sí que no pude contener la risa—. Pero se me ha pasado la fecha. El semestre de otoño empieza en septiembre.

—¿Y? —me dijo, abriendo una pestaña con una solicitud de inscripción—. ¿Quién dice que tengas que empezar este semestre? Siempre puedes hacerlo en primavera, o al año que viene.

Ya ni siquiera me estaba mirando: estaba concentradísimo leyendo toda la información desplegada en la pantalla que tenía frente a él.

De acuerdo, eso no lo había pensado, pero aquella idea de ir a la universidad era de lo más abrupta y repentina. Necesitaba tiempo para pensar cómo afectaría a mi vida una elección de ese calibre.

—Sí, pero ni siquiera sé si quiero ir —dije, apartándome del ordenador.

—Bueno, no tienes que tomar la decisión ahora mismo —me dijo con una risilla, tecleando la información por mí—. ¿Nombre completo?

—Stella Emily Samuel —respondí. Fue una reacción instintiva—. Pero ¿no hay que pagar una tasa de inscripción?

Xander me fulminó con la mirada.

—¿En serio, Stella? Yo te pago la tasa, si tanto te preocupa. ¿Hombre o mujer?

Entonces fui yo la que le miró mal.

—Qué gracioso —le dije, y él sonrió.

—Vamos, Stella —me dijo, cruzándose de brazos—. Considerar opciones no te va a matar.

Yo aparté los ojos de él y miré el ordenador, pensativa. Aquello era una tontería. Si era cierto que la School of Visual Arts tenía uno de los mejores programas del país, no tenía muchas opciones de entrar. Aquella parte, por decepcionante que pareciera, era la que menos me costaba aceptar. El verdadero problema era Cara. Irme a la universidad implicaba una ausencia prolongada y, ¿qué pasaba si aún no estaba bien cuando tuviera que incorporarme? Cuando acepté la oferta de trabajo de Paul, fue porque sabía que el contrato terminaría en cuestión de dos meses y que después volvería a casa.

Yo sacudí la cabeza velozmente para apartar los pensamientos negativos. Detestaba darle siempre tantas vueltas y sentirme tan confusa cada vez que proyectaba mi futuro. Xander estaba intentando animarme, hacer algo bueno por mí, y a mí lo único que me preocupaba era algo que no estaba en mi mano, al menos de momento. Tenía razón: la School of Visual Arts sería una buena opción que considerar, incluso aunque no me aceptaran, o al final decidiera no ir.

—Vale —dije, y asentí con la cabeza como dándole permiso—. ¿Qué tengo que hacer?

«Por si acaso».

CAPÍTULO 19

Una semana después, las peleas comenzaron de nuevo.

—Joder, ¡eres un gilipollas soberbio! —gritó JJ, abriendo la puerta del ático con tal empujón que rebotó contra la pared. Al escuchar su tono de voz supe que, por una vez, no estaba de broma.

Aquella mañana el grupo había tenido una especie de reunión con el sello discográfico para hablar del nuevo disco, que tenían que empezar a producir en cuanto terminaran la gira. Mientras ellos estaban fuera, yo me quedé en el hotel, preparando la actualización del blog que tenía que subir al final del día.

—¿Yo? —respondió Oliver, también a gritos—. ¡No soy yo el que se ha pasado la reunión entera fanfarroneando! ¿Qué estabas intentando hacer, cabrearle?

Alec fue el primero en aparecer en el salón. Yo me puse de pie de un salto en cuanto le vi, pero no se detuvo a explicarme lo que estaba ocurriendo. Pasó a mi lado en silencio y desapareció por el pasillo sin decir palabra.

—Vaya, lo siento —dijo JJ, aunque era evidente que no lo sentía lo más mínimo—. No sabía que pedir un poquito de libertad creativa se considerara fanfarronear. La próxima vez, lo consultaré contigo antes de pensar o respirar.

—Tío, ¿por qué te cabreas conmigo? —quiso saber Oliver.

—¿Cómo que por qué? ¡Pues porque quiero hacer algo distinto en nuestro nuevo disco!

Tenía la poderosa sospecha de que ni Oliver ni JJ querían que escuchara la discusión, así que decidí esconderme en el despacho de la suite antes de que me vieran. Cogí el portátil y crucé el salón a la carrera, pero cuando llegué al fondo de la estancia, me di cuenta de que sus voces no se estaban acercando.

—Pero ¿qué tiene de malo lo que hacemos ahora?

—Pues que no es nuestro, Oliver —dijo JJ mientras los dos seguían discutiendo en el vestíbulo principal.

—Claro que es nuestro —respondió él—. Las canciones las escribí yo.

—No, no lo es. Escribiste las canciones que querían escuchar. Estoy harto de agachar la cabeza, de esta música edulcorada y de estas pintas estúpidas que llevamos. Quiero que las cosas vuelvan a ser como cuando nos lo pasábamos bien tocando y tú escribías canciones cojonudas.

Yo contuve el aliento e intenté ignorar la sensación de culpabilidad que se estaba cocinando a fuego lento en mi estómago: sabía que no debería haber estado allí, espiando una discusión que, seguramente, era privada, pero estaba harta de no saber qué pasaba, y era incapaz de moverme. Cada vez que había tensiones entre el grupo, yo siempre me sentía como si me estuvieran llegando solamente los últimos coletazos de conversación. No solo porque estuviera, escuchando, literalmente, la mitad de lo que decían, sino porque los Heartbreakers parecían tener un montón de secretitos que todos conocían, pero de los que nadie estaba dispuesto a hablar.

—¡Yo no agacho la cabeza! —respondió Oliver.

—¿Ah, no? —le retó JJ—. Demuéstramelo. Toquemos una de las canciones antiguas de Infinity and Beyond en el concierto de mañana.

Oliver bajó la voz, tanto que casi no le escuché.

—Sabes que no podemos hacerlo.

—¿Por qué? ¿Porque ellos no quieren? ¿No lo entiendes, Oliver? Ya lo hemos conseguido. No tenemos por qué seguir tragando mierda.

—Ya hemos entregado la lista de canciones y...

—¡Que le jodan a la lista de canciones! ¡Que les jodan! —gritó JJ—. ¿Y sabes qué? ¡Que te jodan a ti también!

La puerta se abrió y volvió a cerrarse con un portazo. Hubo un momento de silencio y, sin dejarme tiempo para comprender que la pelea había terminado, Oliver entró en la habitación. Cuando me vio, frunció el ceño.

—¿Has estado escuchando?

—Lo siento. —Me apresuré a disculparme, notando de repente las mejillas calientes—. No pretendía espiaros, pero estabais gritando, y era muy difícil no hacerlo.

—¡Hostia puta, joder! —blasfemó Oliver, y le dio una patada al sofá que tenía enfrente. Luego se desplomó en el asiento y hundió la cara en sus manos. Tras tres dolorosos segundos, dijo—: Perdóname por gritarte, Stella,

tú no has hecho nada malo.

Al mirarle, una nueva oleada de culpabilidad me recorrió, pero me sacudí la sensación como pude.

—¿Quieres que hablemos de ello? —le pregunté con voz vacilante, y estuvo tanto rato callado que pensé que no había oído lo que acababa de decirle.

—Te lo agradezco, de verdad —respondió al final, sin mirarme—. Igual mañana. Ahora mismo me gustaría estar solo.

—Ah, vale —dije después de tragar saliva un par de veces. Me dolió que no quisiera mi consuelo, pero parecía tan decepcionado que ni siquiera pude enfadarme, así que le dejé en el salón a solas con sus pensamientos.

En un primer momento no supe adónde ir —tal vez al despacho, donde tenía pensado esconderme en un primer momento, o a alguno de los muchos balcones, donde poder tomar un poco de aire fresco—, así que merodeé un rato por el vestíbulo caminando lentamente e intentando procesar lo que acababa de pasar.

Aquella última discusión me servía para aclarar un poco el misterio que rodeaba los rumores de separación de la banda y completaba los detalles que desconocía, pero quería hacerme una idea más definida. Xander no había vuelto al hotel con el resto del grupo, y ahora que JJ se había marchado y Oliver no quería hablar, solo me quedaba una persona a la que poder preguntarle.

Cuando llegué a la puerta de la habitación de Alec, vacilé. Era una persona bastante difícil de interpretar, y no estaba segura de que fuera a querer hablar conmigo. Giré varias veces el brillantito del piercing de mi nariz antes de inspirar hondo y llamar a la puerta. Nadie me contestó, pero la luz estaba encendida y escuchaba a alguien moviéndose dentro.

—¿Alec? —le llamé, volviendo a golpear la puerta. Estaba casi segura de que tenía los cascos puestos y por eso no me oía. Tras debatir un momento conmigo misma en silencio, giré el pomo y asomé la cabeza a la habitación. Tal y como esperaba, Alec estaba recorriendo la habitación en círculos con los oídos tapados por los auriculares.

—Perdona —le dije cuando se volvió hacia mí—. He llamado, pero no me contestabas.

—Hola, Stella —me dijo, y yo lo interpreté como una invitación para entrar.

—¿Qué pasa? —pregunté, sin dar más rodeos. En cuanto aquella pregunta brotó de mis labios, otro millón la siguió—. Quiero decir, con el grupo. ¿Por qué están tan enfadados Oliver y JJ? ¿El sello discográfico os está obligando a hacer algo que no queréis?

Alec se volvió hacia la ventana y clavó la mirada en el perfil de la ciudad que se atisbaba al otro lado.

—Es una historia un poco larga.

—No tengo ningún sitio mejor al que ir —le dije, aunque no era del todo cierto. Todavía no había subido la última actualización del blog, pero aún me quedaba algo de tiempo. Y necesitaba escuchar lo que Alec tenía que decir.

—De acuerdo —me dijo, dejando escapar un largo suspiro, un suspiro que no era de exasperación, sino de agotamiento. Hizo un gesto con la mano, señalando la cama—. ¿Te apetece sentarte?

Yo asentí y doblé una pierna para apoyarme sobre ella antes de dejarme caer en el colchón. Alec se sentó a mi lado, pero en lugar de empezar a contarme la historia, tal como pensaba que haría, se descolgó los auriculares del cuello y, sin decir palabra, me los tendió.

A mí me picó la curiosidad y me metí uno en la oreja. Mientras Alec buscaba algo en su iPod, no escuché nada, pero entonces apretó un botón y empezó a sonar una canción. Era bastante más grunge que la música que yo solía escuchar, pero el ritmo lento de la melodía y la voz ronca del vocalista combinaban a la perfección. Cerré los ojos mientras disfrutaba del resto de la canción. Me estaba produciendo una sensación extraña: sabía que no la había escuchado nunca, y, a pesar de ello, tenía la impresión de que ya la conocía.

Cuando la música dejó de sonar, yo le devolví los auriculares a Alec.

—Es buena. ¿De quién es?

—De Infinity and Beyond.

—Mentira —dije, pero sabía que no estaba mintiendo. Lo que había reconocido era la voz de Oliver. Sin el trasfondo de las melodías dulzanas del grupo, su voz se expandía, el sonido era más gutural y tenía una especie de remate afilado.

—Esta es una de sus canciones antiguas —me contó—, de antes de que fuéramos The Heartbreakers.

—Eran buenísimas —dije. ¿Qué pasó?, estuve a punto de preguntar, pero no quería insultar a Alec. Elegí con mucho cuidado las palabras que iba a pronunciar a continuación—. ¿Por qué cambiaron?

Alec ignoró mi pregunta y decidió responderme con una suya.

—¿Alguien te ha contado alguna vez cómo pasó todo esto? —me preguntó, abarcando con un gesto todo lo que nos rodeaba.

—¿Te refieres a cómo surgió el grupo? —contesté yo—. Sí, me lo contó Oliver. ¿Tu padre no es el director ejecutivo de Mongo Records?

Alec asintió con la cabeza.

—Sí, y no quería que fuera músico. —Oliver también me lo había contado, pero no quería interrumpir la historia de Alec—. Y, definitivamente, lo que menos quería en el mundo era tenerme en su sello.

—¿Por qué no?

—¿Te suena haber oído hablar de Jackson Williams alguna vez? —me preguntó, y yo negué con una sacudida de cabeza—. No me extraña. Es que fue flor de un día. Mi padre le metió en el sello a los pocos años de fundarlo. Ayudó a Jackson a producir su primer sencillo. Le fue muy bien, pero luego Jackson quiso hacer cosas propias, dar a su música un giro completamente distinto.

—¿Y qué pasó?

—Mi padre se lo permitió porque era de la familia. Jackson es mi primo, su sobrino. Cuando las ventas del disco pincharon, mi padre se culpó por ello. Yo fruncí el ceño.

—Pero ¿solo fue un disco, verdad? A los artistas les pasan esas cosas constantemente.

—Sí, pero este... —dijo Alec, sacudiendo la cabeza—, este era malísimo. Suficientemente malo como para destruir toda su carrera.

Y entonces me di cuenta de adónde quería llegar con lo que me estaba contando.

—Y no quería que a ti te pasara lo mismo.

Alec asintió.

—Ni siquiera pretendía darme la oportunidad. —Le brillaron los ojos con una rabia tan intensa que tuve que apartarme, no porque estuviera asustada, sino porque nunca antes le había visto experimentar una emoción tan pura. Entonces Alec apretó los puños, controlando su ira, que se disolvió a la misma velocidad que había aparecido—. Era bueno, bueno de verdad, y él se negaba a escucharme.

Yo fruncí los labios al notar que la aversión que me generaba el padre de Alec iba creciendo en mi interior.

—¿Y qué hiciste?

—Yo no estaba dispuesto a renunciar —contestó—. Me dije que había otros sellos, otros productores, más oportunidades, pero ninguna parecía funcionar. Nadie quería comprometerse con un chaval en el que no creía ni su propio padre. Y entonces, descubrí a Oliver, JJ y Xander. Fue casualidad absoluta. Estaba navegando por YouTube, viendo videoclips y cosas así, y entonces me topé con un grupo. Eran geniales, y supe que mi padre querría contratarlos, así que le mandé un email a Oliver diciéndoles que podía conseguirles una reunión, pero solo si me dejaban unirme al grupo.

—Y no te equivocabas —le dije, y por primera vez desde que Alec había empezado a hablar, una sonrisa se desplegó en mis labios—. A tu padre le gustaron.

—Seguía detestando con todas sus fuerzas la idea de que yo estuviera en el grupo, pero al final accedió a firmar con ellos, incluyéndome a mí en el trato. Pero, por supuesto, había una trampa: teníamos que aceptar una larga lista de condiciones.

Eso lo había deducido por algunas conversaciones que había tenido con Oliver y sus peleas con JJ, pero quería comprender bien los detalles.

—¿Como cuáles?

—De todo. Mi padre quería tener control sobre absolutamente todo: la música, nuestra imagen, e incluso el nombre del grupo. Quiso asegurarse de que lo que le había pasado a Jackson no volvería a suceder conmigo, y nosotros lo aceptamos —dijo Alec. Ahora hablaba muy rápido, las palabras fluían veloces de sus labios. Su voz sonaba a punto de quebrarse, y sabía que cuanto más tiempo siguiera contándome aquello, más le iba a costar mantener su creciente enfado a raya—. Pero ahora, aunque tenemos más éxito del que nadie pensó nunca que llegaríamos a alcanzar, mi padre no afloja las riendas. Nos está estrangulando.

—¿Y qué tiene eso que ver con que JJ esté tan molesto con Oliver? —pregunté con voz dulce.

—JJ está harto de hacer todo lo que dice el sello. Quiere que volvamos a escribir nuestra propia música. De hecho, eso es lo que queremos todos, pero Oliver... —gruñó Alec, frustrado—. Es como si estuviera de parte de mi padre. Se niega a enfrentarse a él, aunque todos sabemos que él también echa de menos cómo eran las cosas antes. JJ y Oliver empezaron a pelearse cuando comenzamos la gira. La situación se complicó tanto que empezó a correrse el

rumor de que nos íbamos a separar. Las cosas se calmaron un poco cuando llegaste tú, y yo pensaba que se habían arreglado, pero luego... Bueno, ya has oído lo que ha pasado.

Cuando Alec por fin terminó, me miró con cara de haber envejecido prematuramente. El corazón me dio un vuelco cuando le devolví la mirada, y era imposible no percibir el dolor que emanaba de él en oleadas. Evidentemente, se sentía culpable por todo aquel embrollo: las reglas, las discusiones, los rumores. Deseé desesperadamente poder aliviar su culpa con algún comentario, pero tenía la sensación de que nada de lo que fuera a decirle serviría.

De todas maneras, lo intenté.

—Sabes que no es culpa tuya, ¿verdad? —le dije, extendiendo la mano para consolarle.

Alec bajó la vista hacia nuestras manos, que se estaban tocando, antes de mirarme a los ojos y sacudir la cabeza.

—Pero yo les obligué a aceptarme en el grupo.

—Tú no les obligaste a nada —rebatí yo—. Podrían haberte dicho que no.

—Supongo —respondió Alec—. Aunque supongo que ya no importa, ¿verdad? Oliver y JJ están enfadados, y mi padre sigue siendo un gilipollas.

—Puede —dije, notando cómo una leve sonrisa empezaba a formarse en mis labios—, aunque creo que tengo una idea. ¿Te importaría prestarme tu iPod?



—¿Que has hecho qué?

Era por la mañana, temprano, y yo estaba sentada en la suite del grupo en el hotel en el que nos alojábamos aquel día, con los pies colgando de la encimera de la cocina. Por la noche tenían un concierto, así que estábamos recargando las pilas para el ajetreado día que teníamos por delante. El ayudante de Courtney nos había traído el desayuno: una gran variedad de *bagels*, queso para untar de cuatro sabores diferentes y zumo de naranja.

La tensión de la pelea del día anterior aún flotaba en el aire, y todo el mundo estaba bastante callado. Bueno, o lo estuvieron hasta que le dije a Oliver que había añadido una canción de Infinity and Beyond a la

actualización del blog que había subido la noche anterior. Era la primera vez que acompañaba un post con música, pero Paul me había mostrado cómo hacerlo cuando me enseñó a manejar el blog, y la verdad es que había sido muy fácil.

Mi intención no era cabrear a Oliver, ni tampoco causar más problemas. Quería saber cómo reaccionarían las fans de los Heartbreakers a un estilo de música tan distinto de al que estaban acostumbradas. Alec me ayudó a seleccionar la canción perfecta, y luego animé a las fans de los chicos a que me dieran sus impresiones cuando la escucharan. No mencioné que era uno de los temas que Oliver, JJ y Xander habían compuesto en su etapa previa a The Heartbreakers porque quería obtener una opinión sincera.

—¿Por qué te cabreas tanto? —pregunté, extendiendo tranquilamente crema de queso con verduritas en mi último trocito de *bagel*—. Llevo un tiempo queriendo añadir música a los posts, y pensé que usar una de vuestras canciones antiguas era la manera perfecta de empezar.

—Bueno, pues te has equivocado de lleno —espetó Oliver.

—Pero es una canción buenísima —dije, defendiendo tanto a la música como a mí misma—. Además, yo no he dicho en ningún sitio que sea vuestra.

—Ni aun así: no deberías haberlo hecho —dijo Oliver, pero la reacción de JJ fue completamente distinta.

Se inclinó hacia delante en su silla y hasta dejó el *bagel* en la mesa.

—¿De verdad te ha gustado? —me preguntó—. ¿No lo dices de coña?

—De verdad —le dije—. Te lo prometo.

—Pero es que lo que a ti te parezca no importa, Stella —dijo Oliver.

Su comentario me dolió, pero lo ignoré completamente.

—¿Te preocuparía tanto si les gustara a tus fans?

—¡No! —dijo, sacudiendo la cabeza, y supe que en realidad no estaba escuchando lo que le estaba diciendo. Tenía los nudillos blancos de la fuerza con la que se agarraba a la encimera, y se le estaba empezando a llenar la frente de gotitas de sudor—. Tienes que quitarla. Ahora mismo.

—¿Por qué no te callas y la escuchas un momento? —le dijo JJ a Oliver.

Y ahí fue cuando Alec tomó el relevo. Tenía su portátil preparado, con mi último post del blog ya abierto, y lo único que tuvo que hacer fue subir el volumen. Cuando la voz de Oliver empezó a sonar a través de los altavoces, Alec giró el ordenador y lo empujó por la encimera hacia él.

—Tan solo lee lo que está diciendo la gente.

La silla de JJ chirrió cuando se revolvió en ella para levantarse y echar un vistazo. Oliver, sin embargo, nos estaba fulminando a Alec y a mí con su mirada asesina. Además de furioso, sus ojos delataban cierta angustia, pero cuando JJ dijo: «¡Oh, guau!», no pudo evitar que se le fueran solos hacia la pantalla. JJ fue pasando muy despacio los cientos de comentarios que la canción había recibido en una noche, y se le iluminó la cara.

—Oliver —dije, y el resto de palabras brotaron de mi boca a la mayor velocidad posible—, mira toda la gente a la que le encanta tu canción. Ni siquiera saben si es tuya, ¡y aun así quieren más!

Oliver no dijo nada, pero JJ dio una fuerte palmada sobre la encimera.

—¡Te lo dije! —exclamó, meneando su dedo acusador frente a la cara de Oliver—. ¿O no te había dicho que a la gente le gustaría?

Yo miré a JJ con cara de «no estás ayudando mucho» y cerró el pico instantáneamente.

Entonces le tocó a Alec animar a Oliver:

—Sé que no quieres cabrear a mi padre, pero ¿no estás cansado de tocar la misma mierda de siempre? Tenemos que demostrarle que podemos ser mucho más que el grupo adolescente que ha diseñado. Tenemos que revolucionar un poco las cosas, hacer algún tipo de cambio, pero no podemos hacerlo sin ti.

Pasaron varios segundos sin que Oliver dijera nada. Estaba tan quieto y callado que yo pensé que estaba tratando de contener su furia. Los demás parecían nerviosos: JJ se balanceaba de atrás hacia delante sobre sus talones, Xander no dejaba de morderse el labio inferior y Alec tenía los labios fruncidos en una línea tensa.

Al final, dijo:

—¿Y qué sugieres que hagamos?

A mí se me escapó un suspiro de alivio cuando Alec le contestó rápidamente:

—Lo que se le ocurrió a JJ: empezaremos tocando una de vuestras canciones antiguas. Esta noche. En el concierto.



—Bueno, esta noche vamos a hacer algo un poquito distinto —dijo Oliver

cuando el concierto estaba casi a punto de terminar—. ¿Qué os parece?

«Por fin», pensé. Llevaba toda la noche esperando aquel momento. Los chicos se negaron a contarme cuándo tenían planeado tocar uno de sus antiguos temas. Querían que fuera una sorpresa incluso para mí, y dio igual lo mucho que se lo suplicara, porque no cedieron ni un milímetro. A medida que el concierto se iba acercando al final, canción a canción, empecé a temer que se hubieran acobardado y hubieran cambiado de idea.

Oliver calló un momento, como si esperara una respuesta, y la recibió en forma de vítores. Una sensación de vértigo se apoderó de mi pecho, y me sorprendí cuando se me escapó un fugaz grito de alegría y empecé a animar junto con el resto del público.

Noté que alguien se acercaba a mí.

—¿Sabes qué está haciendo? —me preguntó Courtney—. ¿Por qué se están saliendo de la lista de canciones acordada?

—Lo siento —respondí—, pero no tengo la más mínima idea.

Me mordí el labio en un intento por reprimir mi sonrisa, y luego me crucé de brazos y me recosté contra la pared mientras me ponía cómoda para escuchar. Courtney murmuraba algo para sus adentros mientras observaba ceñuda el portapapeles, pero cuando Oliver empezó a hablar de nuevo, alzó la vista para mirarle.

—Puede que esta canción parezca nueva, pero en realidad es bastante antigua —estaba diciendo—. Nunca antes la habíamos tocado en público —calló durante un breve segundo—. Hasta ahora.

Una oleada de expectación se extendió por las gradas y el estadio quedó en un silencio absoluto. Era electrizante ver lo sintonizado que estaba el público con el grupo. Desde mi lugar entre bastidores, veía lo mismo que los chicos, y estaba empezando a comprender el ímpetu que experimentaban al tocar. Yo misma notaba cómo la adrenalina fluía por mis venas, y no pude evitar ponerme de puntillas y acercarme un poco más al escenario.

Mis ojos no se apartaban de Oliver. Me di cuenta de lo nervioso que estaba por la manera en que sus hombros se elevaban y descendían cada vez que inspiraba hondo y por la fuerza con la que sostenía la guitarra. Hubo un largo momento de duda en el que se volvió a mirar a sus compañeros. Xander le dedicó un pulgar alzado, JJ levantó las baquetas como dándole su bendición, y Alec asintió levemente con la cabeza para animarle.

Oliver agachó la cabeza. Vi que sus labios se movían, recitando algo para

sus adentros, y luego se volvió para quedar frente a la multitud.

—Esta canción se llama *Pedazos perdidos* —dijo, apartándose el flequillo de los ojos—, y me gustaría dedicársela a una persona muy especial, la que me ha infundido valor para presentarme aquí esta noche y compartirla con todos vosotros.

Mi grito de sorpresa quedó sofocado por el sonido de la voz de Oliver cuando empezó a cantar, pero noté cómo se me tensaba el pecho al tomar una breve bocanada de aliento.

Courtney me miró con ojos penetrantes.

—Así que ni la más mínima idea, ¿eh? —me dijo, pero yo estaba demasiado sorprendida como para preocuparme de que se hubiera enfadado conmigo.

Yo la miré con unos ojos como platos.

—¿Acaba de...?

—¿... dedicarle una canción a «una persona muy especial»? —Terminó la frase por mí—. Sí, exactamente. —Las palabras de Oliver debieron de sorprenderla también a ella, porque ladeó la cabeza—. ¿Sabes?, eso no lo había hecho antes.

—¿Nunca?

—No —dijo Courtney, y sus labios dibujaron una sonrisa—. Por nadie.

Cuando los chicos bajaron del escenario tres minutos después, saltando, brincando y dándose palmaditas los unos a los otros en los hombros, yo seguía petrificada. A todo el mundo le había encantado la canción, y, hacia el final, la mayoría del público se mecía al ritmo de la música sosteniendo en el aire mecheros y teléfonos encendidos. Yo no dejaba de darle vueltas a lo que había dicho Courtney, y por eso me pasó completamente desapercibida la mayor parte de la letra, pero sabía que, de haberla escuchado, la canción me habría encantado.

—¡Eso ha sido una puta pasada! —gritó Oliver, lanzando los puños al cielo. Cuando me vio allí de pie, a unos cuantos metros de él, corrió hacia mí, y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, me cogió en brazos y empezó a dar vueltas conmigo en el aire—. ¿Nos has escuchado, Stella? ¡Lo hemos clavado!

—No me puedo creer que acabemos de hacerlo —exclamó Xander—. Ha sido una locura.

Sacudía la cabeza como si no diera crédito, pero le brillaban los ojos. Alec

estaba de pie a su lado, con una sonrisa de oreja a oreja que le ocupaba toda la cara.

—Habéis estado alucinantes, chicos —les dije con una vocecilla alegre y chillona cuando Oliver me dejó en el suelo.

—No, tú sí que eres alucinante —respondió Oliver, sosteniendo mi cara entre sus manos. Apoyó sus labios brevemente sobre los míos antes de apartarse para seguir dando brincos, celebrando todavía el momento.

—Chicos, escuchad —dijo JJ, girándose hacia el escenario. El público pedía un bis en todos los conciertos, pero aquella vez era distinto. Los coros del público eran atronadores, y yo los notaba retumbar en el pecho, contra mi corazón.

Courtney volvió a aparecer con los brazos en jarras.

—No tengo ni idea de qué demonios acaba de pasar —dijo con cara tensa. Todo el mundo se detuvo. Dio un rodeo para dedicar una mirada severa a cada uno de los chicos, y yo temí que fuera a echarles la bronca allí mismo, pero entonces sonrió—. Pero más os vale llevar esos cuatro culos de vuelta al escenario.

Durante un segundo eterno, nadie dijo nada, pero entonces JJ se echó a reír, y todos los demás le imitamos. El personal del escenario les tendió de nuevo sus instrumentos y ellos avanzaron hacia el público, que no dejaba de corear, con sonrisas triunfales en el rostro. Justo cuando estaban a punto de regresar a escena, Oliver se giró bruscamente y se volvió hacia mí.

—Gracias —me dijo, cogiéndome la mano.

Me apretó los dedos y me miró de una forma que me hizo sentir mareada. Un segundo después, salía de nuevo al escenario, donde el público gritaba su nombre al unísono.

CAPÍTULO 20

—Me gusta esa —dijo Paul, usando un bolígrafo para señalar la pantalla de mi portátil—. Es oro puro.

Ya casi estábamos terminando la selección de fotos para la actualización semanal del blog. Solo había espacio para una foto más, y ya habíamos reducido las posibilidades a dos.

—Sí, esa es buena —dije, pinchando sobre la imagen para ampliarla.

Era una fotografía de JJ con la mano apoyada en la cadera. Tenía pinta de diva total, pero no era eso por lo que la foto era una joya.

Oliver llevaba un par de semanas sin gastarle sus habituales bromas, así que JJ se sorprendió bastante la mañana anterior cuando fue a vestirse. Le habían recortado dos círculos a cada lado del pecho en todas las camisetas, como en la película *Chicas malas*. Tuve que reconocer que Oliver se lo había currado: la verdad es que era sorprendente que le hubiera dado tiempo a recortarle absolutamente todas las camisetas de su vestuario en una sola noche. JJ se lo tomó sorprendentemente bien —yo, por ejemplo, me habría cabreado muchísimo si alguien me hubiera destrozado toda la ropa que tenía—, y se pasó la mañana entera desfilando por la habitación con sus nuevos modelitos, enseñando pezones mientras imitaba a Regina George, el personaje de la peli. Ahí fue cuando conseguí sacarle la foto.

—Perfecto —dijo Paul, soltando el boli e incorporándose otra vez en su silla—. Puedes terminar el resto sola, ¿verdad?

—Sí, en cuanto acaben de cargarse estas fotos, añadiré unas pequeñas entradas y lo colgaré todo.

—Fantástico —me dijo—, porque hay una cosa de la que quería hablar contigo. Es sobre tu contrato.

Yo dejé en suspenso todo lo que estaba haciendo y me giré para mirarle.

Otra de las consecuencias de que Cara hubiera tenido cáncer es que, durante mis años de instituto, nunca había tenido un trabajo, lo que implicaba a su vez que, antes de Paul, nunca había tenido un jefe. En lo que respecta a jefes, y a pesar de mi absoluta falta de referentes con los que poder compararle, estaba más que segura de que Paul era de lo mejorcito que me podía haber tocado. La mayoría del tiempo me daba vía libre para gestionar el blog como yo quisiera y, cuando trabajábamos juntos, me sentía como si estuviera pasando el rato con un amigo. Pero aquella vez su voz tenía un tono ligeramente más serio que me recordó cuál era mi posición: su subordinada.

—Mi contrato —respondí, incorporándome en mi silla. ¿Habría pasado algo?

Paul asintió.

—La reacción de las fans al blog ha sido magnífica, Stella. Hasta el momento, has hecho un trabajo excelente.

—Ah —dije, relajando los hombros—. Gracias.

—De nada, cielo. No lo diría si no lo pensara de verdad. Y precisamente quería hablar contigo porque no sé qué voy a hacer sin ti.

—Yo..., ¿qué?

—Quería ampliarte el contrato. Bueno, en realidad, me gustaría que fueras mi ayudante a tiempo completo.

No sé qué esperaba que fuera a ofrecerme Paul, pero, desde luego, no era una nueva oferta de trabajo. Me quedé tan sorprendida que fui incapaz de decidir si lo que sentía era emoción, alegría u orgullo. Probablemente las tres cosas.

Levanté la mano y, por costumbre, me toqué la nariz, girando el brillantito del piercing, y de repente tuve un recuerdo de la chica de mi clase de Literatura del primer año de instituto —su intimidante piercing en el septum y aquel llamativo cabello morado que recordaba a los tentáculos de un pulpo — y me pregunté si seguiría recordándome como una de las trillizas Samuel si me viera ahora. No es que mi aspecto hubiera cambiado demasiado, pero de repente me sentía muy distinta de la chica que había sido entonces, distinta incluso de la chica que era hacía tan solo dos meses.

Al unirme a la gira de The Heartbreakers, por fin había recuperado algo del tiempo —mis breves momentos de independencia— que pensaba que había perdido por no ir al instituto. Y ahora, aquí estaba, gestionando mi propia web de fotografía y solicitando plaza en la School of Visual Arts. Cuando

decidí aceptar la oferta inicial de Paul, pensaba que regresaría a casa en cuestión de dos meses. Pero habían pasado muchas cosas en muy poco tiempo. ¿De verdad quería volver a casa, o prefería quedarme con el grupo? ¿Y si me estaba perdiendo alguna buena oportunidad que me estuviera esperando ahí afuera?

—No quiero presionarte, Stella —me dijo Paul al ver que no contestaba—. Te dejaré sola para que te lo pienses, y puedes contestarme cuando estés preparada.

Paul recogió sus cosas en silencio y cuando se marchó, me dejó pensando cuál era el siguiente paso que debía dar.



Noté que Oliver tenía los ojos clavados en mí.

—¿Ya te has decidido? —me preguntó.

Yo suspiré y pulsé el botón de «pausa». Aquel tramo concreto de la gira lo íbamos a hacer en autobús, y Oliver y yo estábamos embutidos en el pequeño asiento viendo otra película de James Bond.

—Oliver —le dije en voz baja, mirando a Alec y Xander. Estaban jugando a un videojuego a nuestro lado, y JJ estaba en uno de los asientos traseros, durmiendo—. Ni siquiera han pasado dos días. Dame un respiro.

Fue la primera, y la única persona con la que había hablado de la nueva oferta de Paul. No es que no quisiera que el resto del grupo lo supiera, pero necesitaba un poco de tiempo para pensar qué opciones tenía antes de que el resto de los chicos hicieran piña para acosarme y pedirme que me quedara.

Oliver supo disimular muy bien su entusiasmo cuando se enteró, pero a pesar de todo yo intuía que se moría de ganas de que aceptara. Lo dejaba patente hablando de ello siempre que se le presentaba la oportunidad, y cuando empezó a revolverse en el asiento a la media hora de que comenzáramos a ver *Casino Royale*, supe que no iba a tardar mucho en sacar el tema.

Mi respuesta no fue la que quería escuchar.

—Sí, lo sé —admitió, avergonzado—. Es solo que me emociona pensar que puedas pasar más tiempo con nosotros.

Dijo «nosotros» como si se refiriera al grupo, pero sabía que en realidad se

refería a él. Y aquel era mi principal dilema, en realidad: las cosas con Oliver estaban yendo muy bien pero ¿qué pasaría si volvía a casa, o iba a la universidad, mientras él se dedicaba a ir de gira por todo el mundo? ¿Sería posible tener una relación? Mucho me temía que si rechazaba la oferta de Paul, estaría renunciando también a Oliver.

Además, desde que envié la solicitud, cada vez pasaba más tiempo investigando sobre la School of Visual Arts, leyendo sobre el campus y las distintas asignaturas que podría cursar. En Nueva York podría ganar una experiencia incalculable, algo que nunca conseguiría si seguía trabajando para el grupo. Pero por otro lado ¿y si rechazar el trabajo de Paul significaba dejar escapar la mejor oportunidad que se me presentaría en la vida? Pero si elegía a Paul y The Heartbreakers, ¿implicaría eso que estaba yendo a lo seguro?

Estaba tan sumida en mis propios pensamientos que no me di cuenta de que se me había olvidado contestar a Oliver. O escucharle, en realidad, porque aparentemente seguía hablando conmigo.

—Stella, ¿estás ahí? —me preguntó, agitando una mano frente a mi cara.

—¿Eh?

—Te estaba diciendo que tengo una cosa para ti. —Se recostó en el asiento, intentando conseguir espacio suficiente para sacarse algo del bolsillo. Fuera lo que fuera, era grande e irregular, así que al final tuvo que levantarse para conseguirlo. Al final extrajo un paquetito cuadrado con un lazo dorado. El papel de regalo era del mismo tono que el mechón turquesa de mi pelo, y se parecía sospechosamente a una de esas cajitas que dan en las joyerías.

—Oliver, no tenías que comprarme nada —dije, olvidándome inmediatamente de mis problemas. Y le di un par de vueltas a la caja en las manos, sonriendo—. ¿Qué es? Dame una pista.

Él chocó su hombro contra el mío y, por toda respuesta, me sonrió.

—Ábrelo y ya.

—Eres un rollazo —le dije, miré la caja y empecé a deshacer el lazo. Cuando le quité el papel y levanté la tapa, vi una diminuta nota musical de plata que descansaba sobre una almohadilla de terciopelo.

—Es un dije de una pulsera de mi madre —me explicó, sin darme tiempo a que se lo preguntara—. Se me ha ocurrido que podrías colgártelo de la cámara. Ya sabes, para que te dé buena suerte. O puedes ponértelo en un colgante, sin más. —Se metió las manos en los bolsillos, como si la idea le

pareciera una estupidez.

—Guau, Oliver. —Saqué el dije y lo sostuve bajo la luz—. Es precioso.

El adorno era muy bonito, pero lo que realmente me impactó es que fuera de su madre. Oliver solo la había mencionado una vez antes, y ¿ahora me regalaba algo que había sido suyo?

—Bueno, ¿te gusta? —me preguntó, y entonces me di cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

—Me parece perfecto —le dije—. Solo por curiosidad, ¿a tu madre le parecerá bien? Esta pulsera suya parece algo muy especial.

Oliver se quedó callado, y sus ojos se apartaron de los míos un momento.

—Hace mucho que no se la pone.

—Entonces..., ¿le parecerá bien que me des el dije?

—Sí, seguro —dijo, haciendo un gesto con la mano como para quitarle importancia.

Yo me lo quedé mirando un momento. En cuanto empecé a hacer preguntas sobre su madre, se puso tenso, y ahora lo único que quería era averiguar por qué. ¿Tendrían mala relación? Pero si hubiera sido así, dudo mucho que le hubiera dado el adorno de su pulsera de tan buena gana.

—Vaya, tu madre parece una persona bastante guay —dije tras pensármelo unos segundos. Oliver retrajo el labio inferior bajo el superior en un puchero y no dijo nada, así que añadí—: Me gustaría conocerla.

—Sí —respondió él, asintiendo, pero con cara de tener la mente en otra parte—. Seguro que a ella también le gustaría.

Me di cuenta de que estaba volviendo a replegarse en sí mismo y de que ya no quería hablar, así que me apresuré a cambiar de tema.

—Bueno, ¿y se debe a algo especial? —pregunté. De repente pensé que tal vez Oliver estuviera intentando sobornarme para que aceptara el nuevo contrato de Paul—. El regalo, quiero decir.

Relajó los hombros y, cuando me miró, su característica media sonrisa volvió a asomar a sus labios.

—Más o menos —me dijo—. Hay un estreno de cine en Los Ángeles al que el resto del grupo quiere ir. ¿A ti te apetecería?

—¿Ir a un estreno de cine? —repetí.

—Sí, conmigo —añadió.

Sonaba como si Oliver acabara de pedirme tener una cita en público, pero lo único que mi cerebro fue capaz de procesar fue «estreno de cine».

—¿Con alfombra roja y todo eso?

—Eh..., pues sí —confirmó—. ¿Hay algún problema?

—¿Quieres —dije, para que quedara completamente claro— que te acompañe a una alfombra roja?

Mi comentario le hizo desplegar la sonrisa en todo su esplendor.

—En realidad no —bromeó, intentando no reírse—. La verdad es que esperaba que me dieras calabazas para poder proponérselo a JJ.

—Guau. —Fue lo único que pude decir.

¡Que Oliver me pidiera que le acompañara al estreno de una película era un paso enorme! Me mareaba solo de pensarlo, pero al mismo tiempo era un gigantesco alivio. Que quisiera que le vieran conmigo en público era un avance colosal. Últimamente había estado pensando mucho en nuestra relación, sobre todo teniendo en cuenta las elecciones que tenía que hacer en un futuro próximo, y me di cuenta de que no estaba demasiado cómoda con la idea de mantener todo aquello en secreto. Así que le confesé a Cara que la única razón por la que me daba miedo tener una relación pública con Oliver era que la prensa se pusiera a rebuscar trapos sucios en nuestras vidas privadas.

—¿Y qué trapos sucios podrían encontrar sobre nosotros? —me había preguntado Cara, entre risas, por teléfono—. Estudiamos en casa, ni siquiera íbamos al instituto. No es que hayamos tenido demasiadas oportunidades de robar un banco, o de que nos arrestaran, o algo así.

—¿Y si empiezan a escribir sobre tu cáncer? —le pregunté.

—¿Y qué? Como si fuera algo que no supiéramos —resopló Cara.

Nuestra conversación me animó. Si a Cara no le importaba, entonces no hacía falta mantener el secreto por ella. Llevaba varios días queriendo hablar con Oliver del tema, pero no se me había presentado ninguna buena oportunidad, y ahora él se me había adelantado.

—¿Puedo tomarme eso como un sí? —me preguntó, con los ojos brillantes de emoción. Incapaz de responder, me limité a asentir con la cabeza—. Bien —dijo, asintiendo él también con gesto tajante. Las comisuras de su boca se alzaron en una curva socarrona y luego presionó con suavidad sus labios contra mi frente, aún sonriente.

Tras un segundo o dos de sonreír para mis adentros, cogí la cámara de la mesita que teníamos delante y colgué el dije de la correa.

—Sigo sin entender por qué tenías que hacerme un regalo —le dije—. No

me estoy quejando, ni nada, pero ¿estabas intentando allanar el terreno?

—Bueno —dijo Oliver, con una sonrisilla traviesa—, he pensado que mal no iba a hacer.



—Te ha llegado una carta —me dijo Drew por teléfono—. Pensaba que sería propaganda.

Le escuché revolver papeles al otro lado del teléfono y me pregunté si estaría comprobando el montón del correo mientras hablábamos. Mamá siempre lo dejaba en el frutero, y entonces lo visualicé claramente apoyado contra la encimera de la cocina, sosteniendo el teléfono entre el hombro y el oído mientras lo revisaba.

—¿Ah, sí? —pregunté. Estaba tumbada en una de las camas del autobús, descascarillándome el pintaúñas. A medida que me iba acostumbrando a estar con el grupo, encontrarme lejos de casa me costaba cada vez menos, pero imaginarme a mi hermano de pie en la cocina haciendo algo tan cotidiano como clasificar el correo me provocó una punzada de nostalgia a la altura del corazón—. ¿De quién?

Llevábamos hablando una hora, poniéndonos al día de lo que pasaba en nuestras vidas. Además de terminarse el último libro de su listado de lecturas veraniegas, Drew estaba intentando pasar todo el tiempo que podía con Cara antes de irse a la universidad. Ya había tenido su última ronda de sesiones de quimio, y pronto la someterían al tratamiento de alta dosis justo antes del trasplante.

—¿De la SVA? No sé, me ha parecido una de esas cartas de propaganda masiva para captar alumnos. ¿Quieres que la tire?

Me incorporé en la cama tan bruscamente que estuve a punto de golpearme la cabeza con la litera de arriba.

—Ay, Dios —boqueé—. ¡Drew, ábrela!

—¿Qué es? —me preguntó y le escuché rasgar el papel—. Es una carta bastante gruesa.

—¿Qué dice? —Estaba demasiado ansiosa por escuchar su respuesta como para contestar.

—«Estimada señorita Samuel —me dijo, leyéndomela—, le escribo de

parte del Comité de Admisiones para informarle de que es un placer comunicarle la aceptación de su solicitud a la School of Visual Arts...». Espera, Stella, ¿has solicitado plaza en otra universidad?

—Joder, ¿te estás quedando conmigo?

Cerré los ojos con fuerza y traté de contenerme para no ponerme a chillar y a bailar allí mismo. Hasta aquel momento, no me había dado cuenta de lo mucho que me emocionaba la posibilidad de que me aceptaran.

—¿Qué está pasando?

—Drew —dije cuando me tranquilicé lo suficiente como para explicárselo—, me acaban de aceptar en una de las mejores facultades de fotografía del país.

—¿En serio, petardilla? ¡Eso es genial! ¿Lo sabe Cara?

—Todavía no —le dije—. La verdad es que solo rellené la solicitud por probar. La idea fue de Xander. —Y luego le conté a toda velocidad lo de la oferta de trabajo que me había hecho Paul, y que estaba hecha un lío y no sabía qué hacer.

—Parece que tienes una elección difícil por delante —me dijo—. Pero ¿no te alegras de que te hayan aceptado, a pesar de todo?

—Sí —dije, asintiendo y sonriendo—. Sí que me alegro.

CAPÍTULO 21

La mañana del estreno, aún no tenía que ponerme. Oliver había planeado llevarme de compras, pero, entonces, le sonó el teléfono.

—¿Hola?

Oliver empezó a recorrer la habitación de punta a punta, contestando a quien fuera que estuviera al otro lado de la línea con una serie de «síes». Al final, le dijo a la persona que le había llamado que estaría allí cuanto antes y colgó.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Tengo que ir al centro y pasar por las oficinas de Mongo —me explicó—. No te importa ir de compras sin mí, ¿verdad?

—No, pero ¿va todo bien?

—Sí —me dijo, guardándose el teléfono en el bolsillo. Se inclinó y me dio un beso en la cabeza—. Pásatelo bien, ¿vale? Te veo esta noche.

Cinco vestidos, tres pares de zapatos de tacón y dos collares después, conseguí volver al hotel sin haberme gastado todo el dinero que había ganado en el último mes. JJ estaba en el sofá jugando a un videojuego cuando entré, así que solté las bolsas con mis compras y me desplomé a su lado.

—Estoy hecha polvo —le dije.

Igual me daba tiempo a echarme una siesta antes de tener que empezar a prepararnos.

—Ya lo veo —me dijo—. Parece que te hubieras comprado un centro comercial entero.

—Es que no conseguía decidirme —reconocí, avergonzada.

—¿Con qué?

—Con qué vestido ponerme esta noche, así que me los he comprado todos. JJ soltó el mando de la videoconsola y se volvió hacia mí.

—A ver, enséñamelos. Te ayudaré a elegir.

Así que saqué cada vestido de su respectiva bolsa. El primero era morado, con vuelo, una falda tableada y brillos en la parte superior.

—No. Es muy de baile de fin de curso —me dijo JJ cuando lo sostuve contra mi pecho. Luego saqué un vestido largo y rojo con cuerpo de sirena que probablemente fuera lo más caro que me había comprado aquel día—. Ajá —dijo JJ, frotándose el mentón mientras se lo pensaba—. Ese podría ser. El siguiente.

A continuación saqué un vestido azul claro a media pierna que JJ vetó porque le pareció demasiado infantil y un vestido rosa sin espalda ni mangas que tampoco le gustó porque era excesivamente rosa. Solo me quedaba uno, y ya estaba empezando a preocuparme que mi mañana de compras hubiera sido un fracaso absoluto.

—El último —dije, sacándolo. Lo había visto en el escaparate de una tienda cuando volvía al hotel, así que me paré a probármelo. Era la definición perfecta de un vestidito corto y negro: el clásico vestido de cóctel, pero con encaje en los bordes y cuentas de un dorado mate, que podía describirse como «estilo Marilyn Monroe, pero moderno».

—Definitivamente, ese —dijo JJ sin dudar cuando el papel que lo envolvía cayó al suelo.

—¿Estás seguro?

—Gana por goleada.

—Vale. —Sonreí para mis adentros, satisfecha de que al menos uno de los vestidos que había elegido sirviera—. Pero no le digas nada a Oliver, que quiero que sea sorpresa. ¿Ya ha vuelto?

JJ se encogió de hombros, así que dejé las bolsas en la mesita de centro y fui a buscarle. Después de llamar a la puerta de su habitación, asomé la cabeza. Su maleta estaba encima de la cama. Estaba abierta y había alguna prenda desperdigada sobre la colcha. Había un par de zapatos al lado del sillón, pero ese era el único signo de su presencia.

Se había dejado la luz de la mesita de noche encendida, así que me acerqué a apagarla. Y entonces fue cuando me fijé en que había un libro apoyado contra el cojín del sofá. Lo cogí, me senté y abrí la cubierta. Cuando vi la primera página, me di cuenta de que no era un libro, sino un álbum de fotos. Lo primero que me encontré, sonriéndome, fue una foto de nosotros dos juntos el día que nos conocimos en Chicago. Madre mía, parecía que eso

había ocurrido hacía muchísimo tiempo.

A medida que iba pasando las páginas plastificadas, me di cuenta de que Oliver había estado imprimiendo las fotografías que yo subía al blog y sumándolas a su colección personal. La mayoría eran fotos nuestras, pero también había unas cuantas con los demás chicos. Cuando llegué a la última página, tenía una sonrisa enorme de oreja a oreja. Descubrir que le importaba lo suficiente como para haber hecho un álbum con fotos nuestras me hacía sentir mareada, en el mejor sentido de la sensación.

—¿Stella? —me preguntó Xander, empujando la puerta para abrirla—. ¿Oliver está aquí?

—No —le dije, sonriendo como una tonta—. No tengo ni idea de dónde está.

—¿Por qué estás tan contenta?

—Ah, por nada —dije, mordiéndome los labios para ocultar mi sonrisa.

—Vale, lo que tú digas —dijo Xander, mirándome con cara rara—. Creo que deberíamos empezar a prepararnos para esta noche.

—Vale —le dije—. Vuelvo a mi habitación y me doy una ducha.

—Cuando estés lista, Julie y Ken te estarán esperando aquí.

Julie y Ken eran la maquilladora y el peluquero de los chicos. Había estado muchísimas veces con el equipo de esteticistas, cada vez que el grupo tenía que prepararse para los conciertos, las entrevistas o cualquier tipo de aparición pública, pero a mí nunca me había arreglado.

—¿Van a ayudarme a prepararme? —pregunté, cambiando el peso de un pie a otro.

—Claro, boba —me dijo con una sonrisa—. Esta noche nos acompañas a un acto público.

—Ay, madre —se me escapó, y supe que sonaba exactamente igual que cuando lo decía Cara—. Qué alucine.

Acorté bastante mi ritual de ducha, apenas capaz de mantener a raya los nervios de lo mucho que me emocionaba aquella noche. En cuanto pisé la alfombrilla, me envolví en un albornoz y regresé a la carrera a la suite de los chicos. La mesa de la cocina se había transformado en un improvisado salón de belleza en el que había maquillaje, gomina, secadores, tenacillas y una enorme variedad de peines y cepillos. Alec estaba sentado en una de las sillas mientras Ken trabajaba en su característico peinado.

—Hola, Stella —dijo Julie cuando me vio—. Me han dicho que esta noche

vas al estreno.

—Sí —dije, sonriéndole.

—Vale, ¿por qué no te sientas y empiezo a maquillarte?

La transformación completa tardó casi tres horas. Julie trabajaba con calma, cuidando hasta el más mínimo detalle, desde la sombra de ojos hasta el tono de pintalabios. Tras años dedicándose a maquillar a los chicos, que básicamente consistía en darles una capa de base para disimular imperfecciones, poder arreglar a una chica debió de ser una golosina para ella. Al final se decidió por tonos dorados y ahumados para los ojos y labios de un rojo intenso.

Cuando estuve maquillada, fue el turno de Ken. Primero me rizó el pelo en elegantes ondas, y luego cogió la última capa, me hizo una coleta con ella y me la recogió con horquillas. Casi un bote entero de laca después, consiguió hacerme un peinado estilo años treinta con ondas marcel, ondulando mi cabello liso y dejando la mecha azul en el centro, como un eléctrico rayo azul.

—¿Te gusta? —me preguntó cuando por fin sostuvo el espejo frente a mí para que pudiera verme.

—¿Me puedes peinar todos los días? —le pregunté en broma.

Nunca pensé que usaría ese término para describirme, pero tenía un aspecto... sofisticado. Después de ponerme el vestido negro y los tacones, di una vuelta sobre mí misma frente al espejo del baño para ver cómo estaba. No era por presumir, pero Oliver se iba a quedar alucinado.

—Joder —silbó alguien. Me volví y vi a JJ apoyado contra el marco de la puerta. Iba muy elegante, vestido con un esmoquin negro—. Menudo cañón estás hecha esta noche.

—¿De verdad? —le pregunté, mirándome el vestido.

JJ me miró de arriba abajo sin ninguna sutileza. A sus labios asomó lentamente una sonrisa y se acercó a mí.

—A Oliver se le va a poner dura cuando te vea.

Yo contuve un gritito y golpeé a JJ en el brazo cuando lo dijo, fingiendo estar ofendida. En realidad, su comentario era halagador, aunque me diera demasiada vergüenza reconocerlo en voz alta.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan obsceno?

—¿Qué pasa? —dijo, llevándose una mano al corazón como si estuviera ofendido—. Es un cumplido.

Yo puse los ojos en blanco.

—Sé que a tu manera salida y asquerosa, estabas intentando ser majo —le dije—, pero aun así, te has pasado.

—¿Y yo qué? —me dijo con un puchero—. ¿No me vas a decir lo guapísimo que estoy?

—Supongo que estás pasable —le tomé el pelo, aunque fue un poco ruin: JJ siempre estaba guapo.

—¿Y ya? ¿No lo suficiente como para que pases de Oliver y te vengas conmigo?

Yo le dediqué a JJ una mirada asesina. Él me respondió con una sonrisa maliciosa y los dos nos echamos a reír. Por mucho que JJ tonteara conmigo, sabía que lo hacía de broma. JJ se comportaba así con cualquier chica, era de ese tipo de personas, y nunca había afectado a nuestra relación de manera negativa. En realidad, siempre era un tío tan relajado y divertido que sentía como si fuéramos amigos desde hacía años, amigos de esos con los que te sientes tan cómodo que puedes bromear sobre cualquier cosa.

Me sorprendía que no tuviera novia. Era un tío divertidísimo, por no decir que la mayoría de la población femenina adolescente habría dado cualquier cosa por salir con él. Se lo había preguntado una tarde, y me dijo que él se tomaba las relaciones muy en serio. Como el grupo llevaba una vida tan frenética y ocupada, JJ decía que no podría dedicarle suficiente tiempo a una chica como para hacerla feliz, y la verdad es que su respuesta me pareció encantadora.

—Oye, Stella —me dijo Xander, entrando en la habitación.

Yo le miré al percibir la preocupación en su voz.

—¿Sí?

—Oliver no ha... Guau —empezó a decir, pero se interrumpió al verme.

—¿A que está buena? —le preguntó JJ, asintiendo en dirección a su amigo. Xander se sonrojó.

—Sí —reconoció con vergüenza—. Estás muy guapa, Stella.

—Gracias. Tú también estás muy bien —le respondí—. ¿Qué me ibas a decir de Oliver?

—¿No te ha llamado, verdad? —me preguntó, intentando sonar esperanzado.

—No, ¿por qué?

Había mirado varias veces el móvil, así que sabía que no tenía ningún

mensaje, pero lo cogí instintivamente de todas maneras.

—Es que todavía no ha aparecido —dijo Xander, arrugando la frente de preocupación. Sus palabras me hicieron fruncir el ceño—. No suele desaparecer así, sin más.

—¿Le has preguntado a Courtney? —le dije. Si había alguien que pudiera saber dónde se hallaba Oliver, era ella. Siempre estaba al tanto de dónde se encontraban los chicos, no solo porque fuera una obsesa del control y precisamente en eso consistiera su trabajo, sino porque, si no lo hacía, seguramente terminaban metidos en algún tipo de lío.

—Eso es lo raro —me dijo Xander, y las arrugas de su frente se hicieron un poco más profundas—. La he llamado, y no parecía ni un poquito preocupada.

—¿Qué? —respondió JJ, sumando su frente ceñuda a las nuestras—. Eso no parece propio de Courtney. En condiciones normales, se pondría de los nervios.

Xander asintió velozmente, dándole la razón.

—Sí, ¿verdad? Nos ha dicho que la esperemos en el vestíbulo a las diez, así que supongo que se lo tendremos que preguntar entonces.

Los diez minutos pasaron muy rápidamente, y Oliver aún no había vuelto. Toda la expectación que me producía aquella noche se estaba evaporando lentamente, y una sensación de vacío en el estómago iba empezando a ocupar su lugar.

Alec miró su móvil.

—Chicos, tenemos que irnos.

—Yo creo que me voy a quedar aquí —les dije.

Si a Oliver le había pasado algo malo, no quería aparecer en el estreno de la película sin él.

—¿Estás segura? —me preguntó Alec.

Yo asentí y dije:

—Bueno, supongo que nos vemos allí.

—Más te vale —me dijo Xander, y me dio un abrazo.

—Buena suerte —añadió JJ, dedicándome una sonrisa traviesa—. No te tropieces con la alfombra.

—Gracias —respondí irónicamente, y, de repente, el corazón se me aceleró.

Cuando la puerta se cerró con un portazo, dejándome sola, me apoyé en el

borde del sillón y esperé a que Oliver llegara.

Y esperé. Y seguí esperando un poco más. Miré el teléfono, y vi que eran las diez, y supe que no iba a venir. De todas maneras, me quedé allí sentada, con la esperanza de estar equivocándome. Luego perdí la noción del tiempo, y el resto de la noche se convirtió en un manchón borroso. Debían de ser un poco más de las doce cuando la puerta se abrió y una voz preocupada me llamó por mi nombre.

—Stella, ¿estás ahí? —Ni me había dado cuenta de que Xander se había sentado a mi lado en el sillón—. Oye, ¿estás bien?

Yo no contesté. Apenas le escuchaba entre el zumbido de la sangre latiendo a toda velocidad en mis oídos.

—¿Stella? —me preguntó JJ, acuclillándose a mi lado. Movié una mano frente a mi cara—. Stella, vuelve aquí.

Yo parpadeé y los miré. Xander parecía horrorizado, como si acabaran de decirle que se había muerto alguien, y JJ tenía la cara roja. Alec apareció tras ellos y estaba... pálido como un muerto. El brillo de sus ojos casi daba miedo.

—No ha venido —dije por fin, mirando a mis amigos.

—Lo sabemos —respondió Xander—. Le hemos visto allí. —Se mordió el labio y supe que había algo que no me estaba contando.

—¿Qué pasa? —pregunté.

El corazón me martilleaba en el pecho de expectación, pero notaba el miedo como un veneno reptando por mis venas. En ese momento, supe lo que me iba a decir. Xander dudó, como si temiera romperme el corazón con aquellas pocas y simples palabras.

Alec lo dijo por él.

—Oliver ha ido con otra.



Era una modelo. Los chicos no quisieron contármelo, pero yo les obligué. Necesitaba ver a la chica con la que Oliver había ido al estreno, por la que me había dejado. Aparentemente, los dos llegaron poco después que el resto del grupo, y cuando Oliver recorrió con ella la alfombra roja, los fotógrafos y los reporteros se volvieron locos especulando. No tardé mucho en encontrarla en

Google y descubrir que Amelia Rose tenía unas piernas infinitas y una preciosa melena pelirroja.

—No es para nada el tipo de Oliver —dijo JJ, trayéndome de vuelta a la realidad. Estaba sentado en el sofá que había enfrente de mí, y su boca se tensó brevemente en una línea pálida—. Cuando salió de la limusina con él, me sorprendí tanto que casi... —No terminó la frase y sacudió la cabeza—. No lo entiendo.

—Sí —añadió Xander—. No la habíamos visto nunca. Salió de la nada.

—¿En serio? —bufó Alec, fulminando con la mirada a sus compañeros de grupo—. No estáis ayudando mucho, chicos.

—Es verdad, perdona —murmuró JJ, mirándome con cara de arrepentimiento. Entonces, una expresión furiosa le cruzó el rostro y se volvió hacia mí—. Cuando vuelva, le voy a dar una paliza que le voy a dejar inconsciente.

—Stella, por favor, créenos —dijo Xander entonces, interrumpiendo a JJ para que dejara de soltar amenazas—. En cuanto nos dimos cuenta de que no estabas con Oliver, quisimos irnos, pero Courtney no nos lo permitió.

—No pasa nada —dije, haciendo un gesto para quitarle importancia a su comentario.

No estaba enfadada con los chicos. Intenté que mi voz sonara distante, como si lo que Oliver había hecho no me hubiera revuelto las tripas de tal manera que me sentía como si me las hubieran arrancado. Pero ellos no habían hecho nada mal. Claramente, solo había un miembro del grupo que fuera un verdadero rompecorazones.

Xander y Alec se miraron, preocupados, pero yo hice como si no los hubiera visto. Mientras observaba la foto de Amelia Rose, que me devolvía la mirada desde la pantalla del ordenador, me di cuenta de que en realidad daba igual con quién hubiera ido Oliver al estreno. Su acompañante podría haber sido un gorila, y yo me habría sentido igual de traicionada. Sí, por supuesto que me había sentido mal que hubiera llevado a una chica preciosa en vez de a mí, pero lo que realmente me dolía era cómo me había dejado tirada, sin ni siquiera avisarme. Sencillamente, no tenía sentido. La última vez que le había visto, parecía muy emocionado de ir conmigo. ¿Qué había cambiado?

Claramente, tenía que haber pasado algo desde que le vi por la mañana y el estreno de por la noche, pero era incapaz de imaginarme el qué. Entonces, sin darme tiempo a pensar en una posible explicación, la puerta de la suite se

abrió de par en par y todos nos quedamos inmóviles en el sitio. Sabía que debía de ser Oliver, que por fin había regresado, y el pánico que se me acumulaba en el pecho hacía que me costara muchísimo respirar.

Me giré hacia Alec.

—Por favor, escóndeme —le pedí con un pequeño sollozo—. Ahora mismo no quiero verle.

En cuanto fui consciente de que Oliver no iba a venir a buscarme para llevarme al estreno, debería haber vuelto a mi habitación. Pero estaba tan sorprendida y tan confusa intentando entender por qué no había aparecido que no era capaz de pensar con claridad. No dejaba de repetirme mentalmente que había una explicación lógica para comprender por qué Oliver había hecho aquello. Tenía que haberla.

Alec me tendió la mano sin decir palabra y, cuando me ayudó a incorporarme, vi en sus ojos que entendía cómo me sentía. Me acompañó por el pasillo hasta su habitación y solo cuando la puerta estuvo bien cerrada, me dijo:

—Stella, ¿estás bien?

Me lo preguntó en voz baja, y, por su tono deduje que sabía perfectamente que no lo estaba. Pero me lo preguntó de todas maneras porque Alec Williams no era el chico frío e insensible que la mayoría de la gente pensaba que era.

No hizo falta más: las lágrimas empezaron a manar de mis ojos y yo me eché en sus brazos y rompí en sollozos. Alec me acarició el pelo, murmurándome palabras de consuelo al oído. En algún momento se empezaron a escuchar gritos enfurecidos en alguna otra parte de la suite, pero era incapaz de dejar de llorar durante tiempo suficiente como para escuchar qué decían exactamente. Lloré y lloré desconsoladamente, dejando que el dolor de mi corazón roto brotara de mí como la sangre de una herida reciente.

Debí de llorar hasta quedarme dormida. Cuando abrí los ojos, noté que el pelo se me había pegado a la cara en las zonas donde se me habían secado las lágrimas. Me incorporé y me di cuenta de que alguien debía de haberme metido en la cama y me había echado la manta sobre los hombros. Ese alguien misterioso estaba sentado como buenamente podía en un sofá, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta de par en par.

—¿Alec? —susurré para ver si estaba despierto.

Él dio un respingo en medio de un ronquido.

—Ah, buenos días, Stella. —Se enderezó en el sofá para sentarse—. ¿Has dormido bien? —me preguntó, frotándose los ojos con gesto cansado.

—Ay, Dios, Alec —exclamé, ignorando su pregunta—. ¿Te quité la cama anoche?

Él hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—No te preocupes por eso. Estoy bien.

Los cercos morados bajo sus ojos le contradecían, y comprendí que no había pegado ojo en toda la noche.

—Pero hoy tenéis concierto —le dije, sintiéndome fatal—. Tienes que estar descansado.

En cuanto lo dije, me di cuenta de la verdadera implicación de mis palabras. Los chicos tenían concierto aquella noche, lo que se traducía en que yo tenía trabajo que hacer. Tendría que ver a Oliver.

A Alec no le pasó desapercibida mi cara de horror.

—Seguro que si hablas con Paul, entenderá que no quieras venir.

—No —dije de repente, sorprendiéndole a él casi tanto como a mí misma. Me sentía como una cáscara vacía, como si me hubiera arrancado todos los órganos del cuerpo, principalmente el corazón, pero no tenía ninguna intención de que Oliver se diera cuenta. Y, lo más importante, no iba a permitir que nuestra relación, o tal vez fuera más acertado llamarla «nuestra antigua relación», interfiriera con mi trabajo.

Gracias a la enfermedad de Cara, contaba con años de experiencia en materia de ocultar mi dolor. Sabía cómo fingir fortaleza cuando en realidad me sentía indefensa y vulnerable como una brizna de hierba a merced del viento. Aquella situación no era muy distinta. Además, había aceptado aquel trabajo porque era una oportunidad increíble, no por Oliver. Quería ser buena en lo que hacía, y no podía dejar que Oliver arruinara eso.

—¿No? —repitió Alec, enarcando las cejas con expresión confusa.

—Voy a ir al concierto —le dije con toda la determinación que pude reunir.

—¿Qué? ¿Por qué?

Parecía horrorizado, como si acabara de decirle que pensaba saltar desde lo alto de un rascacielos.

—Porque sí —respondí muy despacio para que no se me quebrara la voz—. No pienso ser una de esas personas patéticas que huyen de sus problemas.

—Stella, no me refería a eso...

—Ya lo sé —dije, levantándome—, pero anoche me convertí en una piltrafa llorosa y moqueante, y no pienso permitir que eso vuelva a suceder. —Cuando terminé con mi discursito, Alec parecía enfadado, y me di cuenta de que probablemente le había dado la sensación de estar molesta con él. Crucé la habitación, me agaché y le abracé—. Muchísimas gracias por cuidar de mí anoche. No podría haber deseado un amigo mejor.

—Claro —me dijo cuando me aparté. Era evidente que seguía sorprendido por mi repentino cambio de humor, pero no podía permitir que mis problemas le siguieran afectando. Según el reloj de la mesilla, seguía siendo temprano, y Alec aún tenía tiempo suficiente para dormir antes de que empezara el día.

—¿Por qué no duermes un poco? —le sugerí, señalando la cama, ahora vacía—. Todavía puedes aprovechar unas cuantas horas.

Alec me miraba con cara completamente inexpresiva. Unos segundos después, por fin asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, bien pensado.

—Vale, pues entonces... —dije mientras Alec enroscaba sus auriculares alrededor de su iPod—, os veo luego, esta noche.



El resto del día fue, básicamente, un asco. Para ser más precisos, tener que estar con Oliver fue una especie de tortura. Pero por lo menos contaba con el apoyo de los demás chicos: Alec, Xander y JJ se dedicaron a hacerle el vacío. En respuesta, Oliver nos evitaba como buenamente podía, y por eso entré en pánico y me quedé petrificada al escucharle llamarme por la noche, cuando el concierto ya había acabado.

—Stella.

El sonido de su voz me hizo inspirar bruscamente. Contuve el aliento en el pecho mientras intentaba prepararme para la conversación que se avecinaba. ¿Qué podría querer decirme? ¿Sería capaz de hablar con él, tan siquiera? Unos segundos después, una tensión tirante y abrasadora me colmó los pulmones hasta que finalmente solté el aliento y me di media vuelta. Cuando le vi, me empezaron a temblar las manos y tuve que esconderlas tras la espalda para que no me las viera.

Me cuidé mucho de sostenerle la mirada mientras se aproximaba. Seguía

sin saber si iba a ser capaz de decir algo, de formular algún tipo de discurso para que supiera el daño que me había hecho, pero, si no podía hacerlo, esperaba que al menos pudiera verlo en mis ojos.

—Hola —me dijo al llegar a mi altura.

La tensión que empañaba su voz tenía un tono tan triste que de repente me sentí invadida por el impulso de echarme a sus brazos. Mi corazón me gritaba que fuera hacia él, que extendiera los brazos y le consolara, pero me contuve. Doblé los dedos de los pies dentro de los zapatos en un intento por aferrarme al suelo.

—Hola —respondí, esforzándome porque mi tono sonara lo más inexpresivo posible.

—Te he estado buscando. —Me miró expectante, como si esperara que dijera algo, pero decidí dejarle llevar la voz cantante, así que apreté los labios con fuerza. Transcurrieron dos incómodos segundos y, por fin, dijo—: ¿Podemos hablar un momento?

Yo me froté la frente y luego me aparté el flequillo para despejármela.

—Estoy cansada, Oliver.

—¿Por favor? —me pidió. Sus ojos tenían una expresión tan desesperada que me arrancaron un suspiro.

—Date prisa —le dije.

—Vale. —Señaló por encima de su hombro hacia una sala vacía—. Pero tiene que ser en privado. —Fuera lo que fuera lo que quisiera decirme, debía de ser importante, porque Oliver se arriesgó a cogerme la mano para arrastrarme hasta allí.

—¿Qué quieres? —le espeté, apartando mi mano de la suya de un tirón. De aquella conversación no iba a salir nada bueno, lo presentía.

Calló un instante, como si lo que estaba a punto de decir le intimidara mucho más que actuar frente a miles de fans, y las dos palabras que salieron a continuación de sus labios fueron tan inesperadas que me quedé sin habla.

—*Te quiero.*

—¿Que tú...? ¿Qué?

Mi cerebro estaba intentando asimilar lo que acababa de decir, pero era incapaz de registrar las palabras. Era como cuando recibes el mismo mensaje de error una y otra vez en un ordenador: «Se ha producido un fallo inesperado. Por favor, inténtelo de nuevo».

Se aclaró la garganta y repitió lo que acababa de decir, esta vez más

despacio:

—He dicho que te quiero.

Ay, Dios, no. Me crucé de brazos, y escondí ambas manos bajo ellos para resistir el impulso de acercarme y cruzarle la cara.

—No puedes perder el interés en mí, tratarme como a una mierda y luego venir y decirme eso.

Un destello cruzó los ojos de Oliver. Si era furia, la mantuvo a raya, porque las palabras surgieron de su boca con gran calma:

—¿Crees que he perdido el interés en ti?

—No centres la conversación en mí —dije, avanzando un paso y frunciendo los labios—. Fuiste tú quien me dejó plantada, ¿te acuerdas?

—Pero nunca he perdido el interés en ti —respondió, a la defensiva—. Créeme, lo último que quería era hacerte daño, pero...

—¡Para! —grité, levantando la mano para acompañar mis palabras—. No puedes disculparte y esperar que todo sean maripositas y arcoíris. No hay nada que puedas decir que arregle lo que hiciste.

En lugar de contestar, Oliver se giró para darme la espalda y se dio un tirón del pelo. Maldijo y lanzó un puñetazo al aire antes de obligarse a inspirar hondo para calmarse.

—Tienes razón —me dijo, aún de espaldas a mí—. No puedo darte la explicación que estás esperando.

«¿Y ya está? ¿Es lo único que me va a decir?».

—¡Que te jodan, Oliver! Me has hecho trizas el corazón, y ¿ni siquiera me merezco la verdad?

No quería llorar delante de él, pero los ojos ya me empezaban a escocer.

Él se dio media vuelta otra vez para mirarme.

—Puedes cabrearte todo lo que quieras. Me lo merezco —me dijo—. Pero lo que hice... no tiene nada que ver contigo.

—Pero ¿qué estás diciendo? —respondí yo, intentando secarme las lágrimas—. Eso no tiene ningún sentido.

—¡No te lo puedo contar! —me gritó, y su propia reacción le hizo dar un respingo y sacudir la cabeza—. Lo único que puedo decirte es que sigues siendo mi estrella, aunque me odies.

Yo le miré fijamente, implorándole con los ojos que se explicara. Necesitaba algo, aunque fuera una pista diminuta, de qué era lo que había salido mal entre nosotros. Pero él decidió quedarse mirando al suelo con la

boca fuertemente cerrada.

—Lo que tú digas —dije finalmente, dejando escapar el aire, la esperanza y la ira que me inundaban. Hundí los hombros—. Estoy harta.

Salí de la sala corriendo, sin mirarle, intentando poner la máxima distancia posible entre nosotros. Cuando encontré el baño más cercano, me atrincheré dentro, dispuesta a claudicar y llorar hasta que se me secaran los ojos, pero entonces me vibró el teléfono. Al ver el identificador, no tuve más remedio que reír entre lágrimas. El número que parpadeaba en la pantalla era el de Cara. Entre el concierto y Oliver, se me había olvidado por completo que habíamos quedado en hablar por la noche, y ahora, más que nunca, lo que necesitaba era oír su voz.

—Gracias a Dios que eres tú, Cara —dije cuando respondí.

—¿Stella?

Me quedé helada. No era Cara. Era mi padre. Y por cómo se esforzaba en que no le temblara la voz, supe que pasaba algo.

—Ay, no —dije, notando cómo el corazón se me hundía en el pecho—. ¿Qué pasa?

—Es tu hermana —dijo en voz baja—. Tienes que venir a casa.

CAPÍTULO 22

De momento, esto era lo que sabía: Cara había rechazado el injerto. La semana anterior había terminado la única sesión de alta dosis de quimioterapia que le quedaba para completar el tratamiento y, dos días después, le hicieron el trasplante. Aparentemente, le había tocado la lotería de trasplantes fallidos, porque los autólogos casi siempre arraigaban. Eso quería decir que las propias células madre de Cara no se habían regenerado en su médula ósea.

—Petardilla —dijo Drew, apoyándome una mano en el hombro—, vas a cavar un surco en el suelo. No creo que tarden en terminar.

Pero no conseguía mantenerme quieta. Llevaba la última media hora recorriendo el pasillo de la planta pediátrica de adelante atrás. Estábamos esperando a que la médica responsable del equipo de Cara, Lisa Mitchell, y mis padres, salieran de una reunión sobre las distintas opciones con las que se podía continuar su tratamiento. No había podido ver a Cara desde que había llegado, y la situación estaba empezando a desquiciarme.

Y, para terminar de rematar mi frustración, no lograba entender cómo podía haber rechazado Cara el injerto. Antes de comenzar el tratamiento, la doctora Mitchell nos aseguró que funcionaría. Ahora quería que alguien me explicara qué había salido mal y que me diera una solución: necesitaba saber cómo salvar a mi hermana.

—No me toques —le dije, sacudiéndome su mano de encima.

—Oye, no te enfades conmigo —me dijo Drew, mirándome molesto—. Esto no es culpa mía.

Tenía los ojos enmarcados por dos oscuras ojeras y la camiseta arrugada, y cuando me di cuenta de que probablemente se había pasado la noche en el hospital, no me quedó más remedio que suspirar. Me desplomé en el banco

que había justo a la puerta de la habitación de Cara.

—Ya lo sé —dije en voz baja.

Drew tenía razón: aquello no era culpa suya, y no tenía sentido que la tomara con él. Me miré las manos, sabiendo que solo había una persona a la que poder responsabilizar. Todo aquello era culpa mía.

El vuelo desde Los Ángeles a Minnesota me había terminado de embrollar del todo. Atrapada a una altitud de diez mil metros sobre el nivel del mar, no podía hacer mucho más que estar sentada y darle vueltas a la cabeza. Y más vueltas. Y más y más vueltas. Y no tardé en dejar que la corriente me arrastrara, ahogándome en mis propios pensamientos.

¿Por qué me había ido? ¿Por qué no hice caso de aquella horrible sensación que tuve la primera vez que Paul me llamó? Esa sensación que tanto me aterraba. Desde el principio había intuido que aquello era mala idea, pero me terminé convenciendo de que solo había una manera de enfrentarme a mi miedo: embarcarme en una estúpida búsqueda de conocimiento personal que pasaba por irme de gira con The Heartbreakers.

Estaba tan centrada en mis miedos y mis problemas que solo era capaz de pensar primero en mí, luego en mí y después en mí. Y eso fue exactamente lo mismo que pasó la primera vez que Cara se puso enferma. Había señales de que algo iba mal —su falta de energía y entusiasmo habituales—, pero yo estaba demasiado ocupada viviendo en mi pequeña burbuja como para percibirlos y, entonces, ¡pum!, de repente el universo me abofeteó con una buena dosis de realidad. Y, aun así, no sé cómo, me las había ingeniado para olvidarme de lo aprendido y allí estábamos otra vez. Había vuelto a dejar a Cara sola, cuando debería haber sido muy consciente de lo que sucedería si lo hacía.

Escuchamos que una puerta se abría primero para luego cerrarse y yo alcé la vista y vi a una mujer vestida con una bata blanca. Debía de estar en la cincuentena, y llevaba la larga melena gris recogida en una sencilla coleta: la doctora Mitchell, por fin.

—Stella —me saludó cuando me vio—, qué pronto has llegado.

A continuación, la doctora Mitchell no perdió más tiempo y nos explicó cuál era la situación de Cara. Había muy pocas causas que explicaran el rechazo de un injerto autólogo. La primera era una fibrosis medular grave. La segunda causa posible era una enfermedad vírica, pero Cara no estaba enferma; no con un virus, al menos. La última posibilidad de fracaso en el

trasplante estaba relacionada con ciertos componentes de la quimioterapia, pero en el tratamiento de Cara no habían usado ninguno de los posibles culpables.

—Entonces ¿por qué coño no ha funcionado? —exigí saber cuando terminó su explicación.

—Stella —dijo mi padre, y su voz fue una ligera advertencia.

Yo pasé de él: me daba igual estar siendo brusca. Mis padres ya habían escuchado lo que la doctora Mitchell nos estaba explicando, y lo único que yo quería era que terminara de una vez. En cambio, la doctora estaba tomándose su tiempo para explayarse en detalles que por lo general pasaba por alto.

—A veces —dijo la doctora Mitchell—, los motivos del rechazo son desconocidos.

Noté cómo se me nublaba la vista mientras miraba a la médica de mi hermana. Pero ¿qué tipo de respuesta era esa? Tuve ganas de darle un puñetazo en la cara. A ver, ¿en serio? Me acababa de soltar una mentira como un piano. ¿Cómo podía ser que el tratamiento que se suponía que iba a salvar la vida de Cara no hubiera funcionado?

—¿Y ya está? —espeté yo—. ¿Y qué se supone que significa eso?

La doctora miró el portapapeles que llevaba en la mano antes de volver a dirigir los ojos hacia mí.

—Significa que las cosas no pintan bien —me dijo.

Yo hice rechinar los dientes durante un doloroso segundo, intentando contener mi enfado, pero no funcionó.

—¿Así que mi hermana se va a morir porque el tratamiento de mierda que usted sugirió no ha funcionado por algún motivo desconocido?

—Baja la voz ahora mismo —me ordenó mi madre, sin medias tintas. Extendió la mano y me agarró del brazo—. Y límitate a escuchar.

Sabía que en realidad nada de todo aquello era culpa de la doctora Mitchell, pero quería que me diera soluciones, no malas noticias. Me aparté de mi madre cuando un reguero de lágrimas cálidas empezó a descender por mis mejillas.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila cuando está tirando la toalla con Cara?

—No estoy tirando la toalla con tu hermana. Todavía hay algo que podemos hacer —me dijo la doctora Mitchell con severidad. Miró a mis padres antes de continuar—. Dado que no hay ningún factor determinante

que explique el rechazo del trasplante, la mejor opción de Cara es recibir uno nuevo.

Me miró directamente a los ojos después de declarar aquello, como si sus palabras contuvieran algún tipo de significado oculto.

—¿Cómo? —pregunté yo.

—Stella —me dijo muy despacio—, tú eres la donante perfecta para tu hermana.



Supe instantáneamente cuál sería mi decisión. De ninguna manera me negaría a donarle médula a Cara, así que la elección fue tan fácil como pulsar un interruptor. La doctora Mitchell dijo que se trataba de un trasplante singénico o sipnégico, o algo que empezaba por «s» y sonaba más o menos así. Básicamente, se trataba de un tratamiento en el que el paciente de cáncer, en este caso Cara, recibía células madre donadas por un gemelo idéntico, en este caso yo.

Aunque lo tenía perfectamente claro, le dije a todo el mundo que necesitaba tiempo para pensármelo y desaparecí en la sala de ordenadores que había a disposición de los pacientes para usar uno de los equipos. Había unos cuantos cabos sueltos de los que tenía que ocuparme antes de someterme a la operación.

Las posibilidades de supervivencia de Cara nunca habían sido espectaculares, eso lo sabíamos desde el principio, pero siempre hay gente que se niega a rendirse aunque sepa que el mundo se está acabando. No todos los pacientes de cáncer compartían el optimismo de mi hermana, porque mientras que su tasa de supervivencia no era del todo clara, había gente que comenzaba la batalla con ella perdida: cáncer en estadio IV o terminal. Había visto a unos cuantos niños así, y aunque algunos elegían esforzarse por seguir luchando, como mi hermana, la mayoría decidía poner sus asuntos en orden y prepararse para lo inevitable.

Y eso era precisamente lo que yo estaba haciendo en aquel momento, porque la ilusión que había tenido de convertirme en fotógrafa profesional, alguien de la talla de Bianca Bridge, estaba en la fase más terminal posible. Y, cuanto antes aceptara lo inevitable, antes podría centrar toda mi atención

en Cara.

No tenía que hacer demasiadas cosas: tirar a la basura la carta de admisión de la School of Visual Arts y llamar a Paul para rechazar su nueva oferta de trabajo, pero eso no era lo más difícil. Lo que más temía era tener que cerrar mi web, sobre todo después del trabajo que había invertido en ella, pero era necesario. De lo contrario, siempre me quedaría un recordatorio que podría hacer que me arrepintiera de mi decisión.

Me conecté a uno de los ordenadores del hospital, me metí en Internet e introduje la dirección de mi página. Tenía el cuello tenso, así que estiré levemente los hombros mientras esperaba a que la página se cargara. Cuando lo hice, detecté un diminuto uno rojo junto a la bandeja de entrada, notificándome que había recibido un mensaje nuevo. Pensé que no me haría daño leer lo que decía antes de borrar todo el contenido de la web, así que pulsé con el ratón sobre el icono.

Como solía pasar con la pésima conexión wifi del hospital, la página tardó varios segundos en cargarse, pero entonces leí esto:

Querida señorita Samuel:

Me llamo Bethany Colt, y aunque no tenemos demasiado en común (yo soy un ama de casa de cuarenta y dos años afincada en Nueva Jersey), compartimos algo: las dos hemos experimentado la horrible experiencia de ver sufrir a un ser querido. Al igual que tu hermana, mi hija Stephanie tiene cáncer. Le diagnosticaron leucemia linfocítica aguda el año pasado, cuando tenía doce.

Como a la mayoría de las niñas de trece años, a Stephanie le vuelven loca The Heartbreakers. Tiene las paredes de su habitación empapeladas con sus pósteres (muy a mi pesar) y está particularmente enganchada al blog que gestionas, las Crónicas de un corazón roto, ya que le encanta estar al día de lo que pasa en las vidas de los chicos. Y gracias a ese blog, descubrí tu web de fotografía.

Te escribo este correo para decirte lo mucho que me emocionó tu galería, sobre todo las fotos que has publicado de tu hermana. Los últimos meses han sido muy duros para mí. Cuanto más se debilita Stephanie, más noto que el cáncer también está devorando una parte de mí, la parte que más necesito, como mi corazón, mi fe y mi valentía. Pero ver tus fotos me

ha ayudado a recuperar esas partes. Tú obra no solo refleja la fortaleza interna de tu hermana, sino cómo querer a alguien tan profundamente puede llegar a ser una fuente de coraje. Coraje para tener esperanza y coraje para luchar.

Gracias por devolverme las ganas de luchar. Al compartir tu experiencia, has conseguido hacer más llevadera la de otra persona en tu misma situación.

Gracias de corazón,
Beth

Leí su mensaje una y otra vez. No dejaba de pensar que si analizaba aquellas palabras durante el tiempo suficiente, si las leía aunque fuera una sola vez más, tal vez su significado se revelara mágicamente en mi cabeza y por fin lograría comprenderlas. ¿Cómo era posible que mis fotos le hubieran devuelto lo que había perdido, algo tan intangible como la fe o la fortaleza? ¿Realmente era posible algo así?

Mi duda no era si el arte tenía o no capacidad de inspirar. Sabía que sí, porque jamás me olvidaría de la primera vez que me inspiró a mí: la fotografía de aquella niña cubierta de barro con los ojos resplandecientes de alegría. Pero aquel era el trabajo de Bianca, conseguir que la gente sintiera cosas. Para mí, la fotografía era una empresa personal. Mi objetivo nunca había sido inspirar a nadie: yo solo buscaba satisfacer una inquietud interior. Nunca me había imaginado que pudiera ayudar a una extraña, asumiendo que lo que Beth decía fuera cierto, y yo me hubiera convertido en su Bianca Bridge.

Tal vez mi sueño no estuviera todavía en fase terminal, al fin y al cabo.

Durante los últimos cuatro años, mi cámara había sido mi muleta, mi arma personal para lidiar con el cáncer de Cara. Pero me equivocaba. No estaba usando la fotografía para soportar su enfermedad: la fotografía era, sencillamente, algo que me apasionaba. Lo que estaba haciendo era usar a Cara como excusa para lidiar con mi miedo al futuro. De repente ante mí se presentaban todas aquellas elecciones que debía tomar, como si debería seguir trabajando con los Heartbreakers o ir a la universidad, y todo me resultaba abrumadoramente aterrador. Volver a casa y dejarlo todo atrás era la manera más fácil de no tener que afrontar los problemas.

Recordé la conversación que había tenido con Oliver, cuando me dijo que

me equivocaba al culparme por la enfermedad de mi hermana. Lo dijo sin atisbo de duda, como si fuera lo más evidente del mundo. En aquel momento, pensé que no lo entendía, que no podía entender la posición en la que me encontraba, pero ahora todo cobraba sentido. Era como si el incidente de Isaac Newton con la manzana se hubiera repetido, y la revelación me golpeó con la misma fuerza que habría tenido una pieza de fruta al impactar contra mi cabeza. Me había pasado todo aquel tiempo paralizada por la culpabilidad. Culpabilidad por no haber sabido detectar la enfermedad de Cara cuando cayó enferma la primera vez. Y, como consecuencia, había desarrollado una extraña y retorcida aversión a perseguir mis propios sueños.

Aquella noche Oliver dijo algo más, algo sobre encajar los golpes, y yo le resté importancia, pensando que era una tontería. Pero leer la carta de Beth me ayudó a comprender lo que realmente quería decir. La vida nunca te va a dar un respiro. La vida es una zorra dura e implacable, y, cuando te pasa por encima, solo tienes dos opciones: quedarte en el suelo o volver a levantarte y luchar. Después de que a Cara le diagnosticaran cáncer, yo me había pasado la vida en el suelo, sometida al miedo, pero ahora tenía que levantarme y lanzarle un par de puñetazos de mi propia cosecha.

Le eché un vistazo a mi web y a todas las fotografías que definían mi vida y, en lugar de borrarlo todo, pinché en la barra del buscador. Y entonces tecleé tres letras: SVA.

Iba a salvar a mi hermana, pero, antes, tenía unas cuantas cosas que investigar.



Cuando regresé a la planta pediátrica una hora más tarde, encontré la puerta de la habitación de Cara abierta de par en par. A mis padres no se les veía por ninguna parte —probablemente estuvieran en la cafetería tomando café, o recuperando un poco de sueño en el recibidor—, pero mis hermanos estaban juntos. Drew había acercado una silla a la camilla de Cara y los dos estaban enfrascados en una partida de Rummy 500.

Ninguno se percató de mi llegada, así que me apoyé contra el marco de la puerta y me concedí un momento para observarlos. Era el turno de Drew. Cogió el rey de espadas, que era justo lo que le faltaba para completar una

escalera de color, pero dejó la carta en el montón de descartes como si no le sirviera para nada. Yo fruncí el ceño y ladeé la cabeza.

—¿En serio? —se quejó Cara, soltando las cartas—. Si me dejas ganar, jugar pierde toda la gracia.

—¿Dejarte ganar? —Drew se apartó de ella como si le hubiera insultado, aunque a sus labios asomaba un leve indicio de sonrisa—. Yo nunca haría eso.

—Sí, ajá —protestó ella, poniendo los ojos en blanco—. Si no hubieras cogido la jota al principio de la partida, igual te creería.

—También tiene la reina —dije, apartándome de la puerta y revelando mi presencia.

Al escuchar mi voz, Drew volvió la cabeza hacia mí.

—Hola, Stella —me saludó—. ¿Qué hay de nuevo?

—No mucho. —Entré en la habitación—. Quería pedirte si me dejarías estar un momentito a solas con Cara.

—Sí, claro. —Recogió las cartas y las metió en su cochambrosa funda, diciéndole a Cara—: ¿Luego me concedes la revancha?

Ella asintió con la cabeza y las dos nos quedamos mirando cómo Drew se levantaba y cruzaba la habitación. Cuando llegó a mi altura, me dio un apretón flojito en el hombro antes de seguir hacia el pasillo. Una vez fuera, me volví a mirar a Cara e inhalé largamente por la nariz, instándome mentalmente a relajarme. No es que estuviera nerviosa, pero lo que estaba a punto de decirle era importante, y quería tener las ideas claras.

—Has venido —dijo Cara. Su voz sonaba un poco amortiguada.

—Pues claro que he venido, boba —respondí, poniéndole una mueca—. No hay nada en el mundo que pueda alejarme de ti.

Mi comentario no debió de ser muy acertado, porque Cara suspiró y entrelazó las manos sobre su regazo.

—Gracias, Stel —me dijo. Hablaba en tono apagado, y tuve la sensación de que estaba dirigiéndose a la habitación vacía, porque no me miraba.

—¿Te importa si me siento? —pregunté, señalando la cama. Ella asintió, aún esquivando mi mirada.

«Vale, esto es raro», pensé, sentándome al borde de la camilla. Era evidente que le preocupaba algo, y me imaginé que seguramente estaría relacionado conmigo, sobre todo teniendo en cuenta que hacía un minuto, con Drew, estaba de lo más normal. Esperé un segundo para darle oportunidad de

hablar, pero cinco segundos se convirtieron en diez, y diez en veinte.

—Cara, ¿qué pasa?

—¿Además de lo evidente, quieres decir? Estoy bien.

Sonrió, pero fue una sonrisa muy vaga, y tardó un instante en desvanecerse.

—Pues no lo parece —dije, cruzándome de brazos—. ¿Estás enfadada conmigo, o algo?

—No. —Cara se retorció las manos antes de levantar los ojos por fin para mirarme—. La doctora Mitchell me ha dicho que necesito un nuevo trasplante —antes de continuar dudó, con una expresión muy seria en la cara—, si estás dispuesta a ser mi donante.

Estuve a punto de echarme a reír. ¿De verdad le preocupaba que no fuera a donarle médula?

—Cara. —Le cogí la mano y le di un suave apretón—. Claro que estoy dispuesta a ser tu donante. ¿Cómo me voy a negar?

Ella apartó la mano de mí.

—No es eso. Es que tengo miedo de que... —Perdió la voz y dejó la frase inconclusa.

—Oye —le dije, buscando su mano de nuevo—. No te preocupes, esta vez sí que funcionará.

Yo también estaba nerviosa, pero la doctora Mitchell parecía segura de que el tratamiento sería un éxito. En primer lugar tendrían que hacerme una serie de pruebas a mí para asegurarse de que estaba sana y en condiciones de donar. Una vez pasado ese trámite, vendría la operación de verdad. En circunstancias normales, tendrían que haber hecho un mapeo de antígenos leucocitarios humanos —una prueba para comprobar que las células madre del donante eran compatibles con las del receptor—, pero como éramos gemelas idénticas, no era necesario confirmarlo.

Me extraerían médula ósea de ambos lados del hueso pélvico, y esa parte me asustaba un poco, pero la doctora Mitchell me aseguró que estaría anestesiada y que la operación sería indolora. Era un procedimiento relativamente sencillo, y me darían el alta del hospital al día siguiente.

Como se trataba de un trasplante singénico, podrían implantar mis células sanas al poco de extraerlas. El trasplante se realizaba infundiéndolas directamente en el torrente sanguíneo de Cara, un mecanismo muy parecido al de las transfusiones de sangre, y el procedimiento en sí no llevaría mucho

más de un par de horas. Una vez se hubiera completado el trasplante, la doctora Mitchell mantendría a Cara en observación para detectar signos de formación de nuevas células en su sangre capaces de producir glóbulos sanos. Este crecimiento celular se llamaba «injerto» y era la primera señal de que el tratamiento había funcionado.

—No me refería a eso —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Entonces ¿a qué?

—No quiero... —Perdió la voz por segunda vez. Esperé a que organizara sus pensamientos, y, finalmente, inspiró hondo y dijo—: No sé si quiero que sigas adelante con la donación.

—¿Qué? —exclamé, y la palabra brotó de mis labios con un siseo, como si me hubiera quedado sin aliento—. Cara, tengo que hacerlo. De lo contrario, no mejorarás.

Ella se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Eso no lo sabes a ciencia cierta.

—Pero tus médicos sí. —El estómago se me encogió con un dolor repentino, y me sentí como si me hubieran disparado una bala de hielo. Una sensación gélida y punzante empezó a expandirse por mi cuerpo—. Además, ¿de verdad estarías dispuesta a asumir ese riesgo?

«¿Quién es esta persona que tengo aquí sentada a mi lado?». No podía ser mi hermana. Ella había sido una luchadora desde el primer día. Nunca se doblegaba, nunca dejaba que el cáncer la venciera. Era toda una profesional encajando puñetazos vitales. No entendía de dónde salía de repente esta bandera blanca de rendición.

A Cara se le oscurecieron los ojos y se quedó sentada, inmóvil, durante un largo silencio:

—Stella, tengo miedo —dijo por fin, en una voz tan baja que tuve que inclinarme hacia ella para escucharla—. No me quiero morir, pero... No puedo dejar de pensar que te estoy destrozando la vida, y eso me asusta mucho más todavía.

—Cara, mírame —dije, sacudiéndole el hombro—. No me estás destrozando la vida. ¿Cómo puedes pensar eso?

Cuando me miró, vi en su rostro una expresión demacrada.

—Ay, venga. Ahora no finjas que todo tu mundo no gira alrededor de este sitio y los tratamientos, y el cáncer, porque no es verdad, Stella. Es un enorme y asqueroso agujero negro que se está tragando a todo el mundo. —

Ahora me miraba con furia, pero le temblaba la voz, y supe que estaba más desconsolada que furiosa—. Pero entonces te ofrecieron ese trabajo, y yo me alegré tanto... Por un segundo pensé que lo habías conseguido, que habías escapado, pero solo ha hecho falta una llamada de teléfono y una mala noticia, y aquí estás, atrapada otra vez.

Se me cerró la garganta cuando vi que las lágrimas que le humedecían los ojos empezaban a surcarle la cara.

—Pero ¿cómo voy a estar atrapada, si aquí es precisamente donde quiero estar? —le pregunté—. Sea o no un agujero negro, sigues siendo mi hermana.

Cara rio entre lágrimas, pero su risa sonó amarga.

—Porque sí, Stella. Hay un pensamiento que no consigo sacarme de la cabeza, y me atormenta, porque sé que es verdad. Si yo ya no estuviera aquí, tú tampoco tendrías que estarlo.

Al escuchar aquello, tuve que darle la espalda a Cara. Se me estaba encogiendo el corazón, y experimenté el dolor acumulado en los últimos cuatro años con una intensidad desconocida. No quería que Cara viera mi expresión de culpabilidad, así que cerré los ojos y respiré hondo tres veces antes de aclararme la garganta.

—De acuerdo —dije, dándome media vuelta otra vez para mirarla—. Hagamos un trato.

—Esto..., ¿vale? —respondió con ojos enormes y húmedos.

—Voy a seguir adelante con la donación tanto si te gusta como si no, y vas a recibir un nuevo trasplante —declaré, firme—. Y luego te vas a poner bien, y vamos a salir de aquí juntas y yo voy a ir a la SVA.

—¿A la SVA? —repitió ella, juntando tanto las cejas que dio la sensación de que tuviera un trocito de limpiapipas comprimido en el ceño—. ¿Eso qué es?

—La School of Visual Arts. Está en Nueva York —le expliqué—. Me han aceptado en la carrera de Fotografía, para empezar en primavera.

—Ay, Dios —dijo Cara, y la sonrisa afloró entre las lágrimas—. ¿Vas a estudiar Fotografía en la universidad? Estoy tan orgullosa de ti, Stella.

—Gracias, Cara. Eso significa muchísimo para mí —dije, y le devolví la sonrisa—, pero solo lo haré si me ayudas. Tenemos que hacer esto juntas. Si no, ninguna de las dos se marcha.

—Sí, vale —me dijo, asintiendo con la cabeza.

Las lágrimas aún le rodaban por las mejillas, pero ahora eran distintas. Tal

vez no fueran lágrimas de felicidad, pero, a pesar de todo, eran alegres.



Todo era negro. La oscuridad me envolvía como una manta de cemento, y era demasiado pesada como para poder moverme. Antes de que el pánico se apoderara de mí, un punto rojo apareció frente a mis ojos. A medida que se iba expandiendo, el peso de mi pecho y de mis brazos se aligeró y las piernas me empezaron a hormiguesar. Cada movimiento era como intentar nadar a través de un espeso jarabe, pero conseguí enfocar la vista en el punto y avancé hacia él.

Entonces, abrí los ojos.

Estaba en una habitación de hospital. Era idéntica a la que ocupaba Cara, salvo porque esta vez la paciente era yo. Me habían operado a primera hora de la tarde y, a juzgar por la penumbra que se atisbaba al otro lado de la ventana, ya era casi de noche. La única fuente de luz en la habitación era una lamparita en mi mesilla de noche. Su brillo no conseguía iluminar toda la habitación, y arrojaba largas sombras que desaparecían por las oscuras esquinas.

En un primer momento pensé que estaba sola, pero entonces lo vi a él en el sillón que había junto a mi camilla. Tenía las largas piernas extendidas frente a sí y la cabeza ladeada, apoyada sobre un hombro mientras dormía. Parecía incómodo, y al ver las ojeras bajo sus ojos deduje que aquella era la primera vez que conciliaba el sueño en bastante tiempo.

«¿Qué leches está haciendo aquí?».

—¿Oliver? —le llamé suavemente. Él se revolvió en el asiento un momento y luego siguió roncando—. ¡Oliver! —dije de nuevo, esta vez más alto.

Él se despertó, sobresaltado.

—Eh, ¿qué? —murmuró, con la voz aún empañada de sueño. Cuando me vio despierta en la cama, el efecto fue inmediato, y se levantó del sillón a trompicones—. ¡Stella! ¡Estás despierta!

Yo asentí, impulsándome para incorporarme en la camilla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dije, y contraje el rostro de dolor. Me dolían las caderas y la espalda como si me hubiera caído por las escaleras y

hubiera aterrizado de culo—. ¿Dónde está mi familia?

—Han bajado a la cafetería a cenar.

—¿En serio?

Crucé los brazos sobre el pecho y esperé a que contestara a mi primera pregunta.

Oliver se movió hacia la luz y ahí fue cuando me fijé en su ropa arrugada y su pelo lacio.

—Sé que probablemente soy la última persona a la que te apetecería ver ahora —me dijo, acercándose un poco—, pero quería asegurarme de que estabas bien.

—Estoy bien —le dije, extendiendo una mano para que se detuviera. No quería que se acercara más, porque incluso con aquellas pintas desastrosas, Oliver era dolorosamente atractivo. Solo de verle me entraban impulsos de acercarme a tocarle, de sentirle y de que me abrazara. Pero mirarle también me recordaba lo que había hecho, y tanto mi corazón como mi estómago se contrajeron dolorosamente.

Oliver se llevó un puño a los labios y retrocedió un paso. Se quedó allí un momento, con el pecho moviéndose agitadamente, y luego bajó la mano y suspiró.

—¿Sabes?, he venido a explicarte por qué hice lo que hice. —Abrí la boca para replicar que ya había malgastado la oportunidad de explicarse, pero me interrumpió—. No tienes que decir nada. Por favor, solo necesito que me escuches.

Yo me pellizqué el labio inferior sin saber bien qué decir. Atrapada en aquella camilla de hospital, me sentía incapaz de escapar de lo que fuera que Oliver estuviera a punto de decirme, tanto si quería escucharlo como si no. Y, al mismo tiempo, había volado hasta allí para verme, así que..., ¿tan malo sería hacerlo? Tal vez lo mejor fuera dejarle soltar su discurso y que se marchara, porque así los dos podríamos seguir con nuestras respectivas vidas. Tras unos segundos de silenciosa tribulación conmigo misma, moví la cabeza para asentir con un gesto vacilante.

—De acuerdo —me dijo, tragando saliva y asintiendo a su vez él también—. La verdad es que no sé por dónde empezar, así que supongo que empezaré por mi familia.

Yo alcé el cuello e inhalé abruptamente. Sabía que pasaba algo con su familia. Me lo quedé mirando fijamente, esperando escuchar lo que tuviera

que decirme, y Oliver tardó unos cuantos minutos en reunir el valor necesario para continuar.

—Nunca conocí a mis padres —dijo al fin, y yo tuve que morderme el labio con fuerza para reprimir un gritito sorprendido—. Mi madre murió al darme a luz y nunca les contó a mis abuelos quién era mi padre. Fueron ellos quienes me criaron, así que nunca reparé en que no fueran mis padres hasta que mi abuelo murió cuando yo tenía seis años. O sea, les llamaba abu y yaya, pero nunca me llamó la atención que fueran mayores que los padres de los demás niños, porque era lo único que había conocido.

»Después del funeral, mi abuela me sentó y me explicó lo que le había pasado a mi verdadera madre. Siendo completamente sincero, la verdad es que estaba mucho más triste por haber perdido a mi abuelo que a alguien que nunca había conocido, así que mi abuela me dio esto para que pudiera tener un recuerdo suyo. —Oliver señaló la cadena que llevaba al cuello y se sacó la chapita de debajo de la camiseta—. Era veterano de la guerra de Vietnam.

—Ay, Oliver. —Iba a decirle lo mucho que lo sentía, pero entonces recordé la nota musical de plata que me había regalado, y pensé una cosa—. ¿Y la pulsera de dijés de tu madre?

—Eso y unas cuantas fotos —me dijo, casi sin mirarme— es lo único que me queda de ella.

Yo asimilé toda aquella información en silencio, pero entonces otra idea horrible me cruzó la mente:

—¿Y qué me dices de tu abuela?

Mi pregunta hizo que Oliver enmudeciera y se quedara inmóvil durante un rato insoportablemente largo.

—Falleció cuando yo tenía doce años —dijo con voz impasible—. Una especie de complicación cardíaca.

Al ver su reacción inicial tuve un mal presentimiento sobre su respuesta, pero ni aun así pude reprimir un jadeo sorprendido.

—Oliver, lo siento mucho.

Él se encogió de hombros.

—Son cosas de la vida. Y la suya fue muy buena —me dijo—. Cuando murió, me mandaron a vivir con su hermano, mi tío abuelo Steven.

Por cómo pronunció aquel nombre, supe que Oliver no sentía el mismo cariño por su tío que por sus abuelos.

—¿El que te enseñó lo que sabes sobre las constelaciones?

—Sí, y eso era prácticamente lo único que hacíamos juntos. Mi tío es historiador, así que pasa la mayoría de su tiempo leyendo libros. La verdad es que no tenía tiempo para un niño.

—Eso es horrible.

Nunca me habría imaginado que la historia de Oliver fuera tan... trágica.

—Me sentía bastante solo —reconoció—, pero mi tío vivía en una ciudad cerca de mis abuelos, así que pude quedarme en el mismo colegio y estar con mis amigos. Por eso JJ, Xander y yo tenemos una relación tan estrecha. Ellos se convirtieron en mi familia.

—¿Y luego qué pasó? —le pregunté. Me alegraba de que Oliver me estuviera contando todo aquello, pero no entendía qué tenía que ver con nosotros.

—Entonces firmamos nuestro acuerdo discográfico, y todo cambió —me dijo—. Ya conoces la mayor parte de la historia: Mongo nos obligó a cambiar de nombre y estilo musical para que resultáramos más comerciales, y nosotros lo firmamos porque era una oportunidad buenísima y, seguramente, la única que íbamos a tener. Y cuando las cosas fueron creciendo, pensamos que podríamos volver a hacer la música que hacíamos antes, pero el padre de Alec no nos dejó. JJ intentó oponerse a él pero... yo no le apoyé.

—¿Por qué no?

Oliver suspiró y hundió los hombros.

—Supongo que tenía miedo de lo que pudiera pasar si cabreábamos al padre de Alec. En mi cabeza no dejaba de imaginar que mi vida se desmoronaba: Xander se iba a la universidad, Alec empezaba una carrera en solitario, JJ se convertía en actor, y allí me quedaba yo, completamente solo. —Levantó los ojos para mirarme, y pude ver el miedo que aún se reflejaba en sus ojos—. El grupo... es lo único que tengo, Stella. Son mi familia. No podía arriesgarme a perderlos.

Su miedo era comprensible, pero ¿su razonamiento? La verdad es que no tanto.

—Pero ¿no es lo que has terminado haciendo, al final? —le pregunté—. JJ y tú no dejabais de discutir, y entonces empezaron los rumores.

—Joder, ya lo sé —dijo, agachando la cabeza—. No me imaginaba que pasaría eso. No era mi objetivo. Es solo que me asustaba demasiado reconocer que JJ tenía razón y luego... Luego pasaste tú. Nunca habría tocado esa canción de no haber sido por ti.

—¿Y? —repliqué con voz cortante. Quería escuchar el remate final—. Eso no explica por qué hiciste lo que hiciste, Oliver.

Él contrajo el rostro en una mueca de dolor, y la parte superior de su cuerpo —su cabeza, sus hombros, sus brazos, sus manos— quedó flácido.

—No tengo permitido salir con nadie —me dijo. Abrí la boca para decir algo, cualquier cosa, pero no me salió nada—. Fue una de las cosas que me obligó a firmar el padre de Alec. Creía que así resultaría más atractivo para las fans, o alguna mierda de esas.

A medida que me iba relatando los detalles, se me aceleró el corazón, y las señales y los indicios que había ido acumulando en las últimas semanas por fin terminaron de encajar.

—Por eso me pediste que lo mantuviéramos en secreto —le dije.

Asintió.

—Sí, pero a nuestras fans les encantó la canción de Infinity and Beyond, y pensé que por fin podríamos demostrarle al padre de Alec que no necesitábamos seguir sus reglas. Pero me equivoqué. Cuando descubrió que tú y yo estábamos juntos, me convocó a una reunión y me dijo que tenía que dejar de verte.

Recordé que Oliver había ido a las oficinas de Mongo el día del estreno: me dio un beso antes de irse y, la siguiente vez que lo vi, todo había cambiado. Todas mis preguntas habían recibido respuesta, al fin, pero solo había servido para que me surgieran algunas nuevas.

—¿Y por qué leches no me dijiste nada? —grité, aunque sabía que mi pregunta era injusta. Oliver se había dejado llevar por el miedo, y eso era algo que yo había experimentado en carne propia. El miedo te llevaba a hacer cosas estúpidas, irracionales.

—No lo sé, Stella —me dijo, dándole un tirón a la cadena que llevaba al cuello—. No pensaba con claridad.

—Lo siento —respondí para sorpresa de ambos—. Entiendo que no quisieras arriesgarte a perder a tu familia.

Si yo hubiera estado en su lugar, habría tomado la misma decisión que él. Sin duda, habría hecho las cosas de manera distinta, pero ese ya no era el tema.

Oliver avanzó un paso, titubeante.

—¿De verdad?

Se me quedó mirando, y su rostro resplandeció mientras contenía el

aliento.

—Sí —dije, asintiendo—. Pero que entienda el porqué no quiere decir que perdone el cómo. Lo que me hiciste fue una putada, Oliver.

—Vale, me lo merezco —me dijo, y el rubor se extendió por sus mejillas—. Fue horrible, pero pensé que si me odiabas, te resultaría más fácil pasar página y ser feliz.

Yo enarqué una ceja.

—¿De verdad pensabas que dejarme así me haría feliz?

—Bueno, dicho así, parece que soy el mayor capullo del mundo.

—Es que eres el mayor capullo del mundo —dije con una sonrisilla—. Aunque JJ y Drew te van a la zaga.

Cuanto más tiempo pasaba en compañía de Oliver, más consciente era de que se me había pasado el enfado con él.

En su rostro también asomó una tímida sonrisa. Permaneció allí un momento, pero luego se desvaneció.

—Pero ni aun así vas a perdonarme, ¿verdad?

—Aprecio mucho que te hayas tomado el tiempo de contarme la verdad, así que sí, te perdono —dije con cautela, y la mirada vacilante de su rostro se convirtió en una sonrisa de nuevo—. Pero eso no significa que las cosas entre nosotros hayan cambiado.

Su sonrisa titubeó.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ayer llamé a Paul —dije lentamente. No sabía por qué de repente me ponía tan nerviosa decirle aquello, pero notaba cómo me latía el pulso en el fondo de la garganta—. No voy a volver al trabajo. Tengo material suficiente para seguir actualizando el blog hasta el final de la gira. Cuando Cara mejore, pretendo ir a la universidad y... no creo que pueda encajar en todo esto volver a salir contigo.

Ninguno dijo nada. Afuera, en el pasillo, escuché una voz de mujer, probablemente de una de las enfermeras, seguida de la respuesta de alguien que parecía mi hermano.

Oliver se aclaró la garganta.

—Así que se ha acabado, entonces.

No era una pregunta: era como si por fin hubiera comprendido que habíamos terminado definitivamente.

—Sí —dije, con la barbilla temblorosa—. Se ha acabado.

Se quedó un largo rato en silencio antes de asentir. Luego se inclinó hacia el lateral de mi camilla y depositó un suave beso en mi frente.

—Adiós, Stella —dijo con voz grave—. Muchas gracias por haberme dejado formar parte de tu vida.

CAPÍTULO 23

Estaba en lo cierto cuando me pareció escuchar a mi hermano en el pasillo. Unos cuantos minutos después de que Oliver se fuera, Drew empujó la puerta para entrar en mi habitación.

—Toc, toc —me dijo, haciendo repiquetear los nudillos contra el marco—. ¿Cómo te encuentras, petardilla?

—No tan mal como pensaba —dije—. Entra.

Drew dudó un momento y se quedó parado en el espacio que había entre el recibidor y la habitación propiamente dicha, pero luego entró. No dijo nada mientras avanzaba hacia la silla en la que hacía unos minutos había estado Oliver, y cuando llegó a ella, se alisó la camiseta antes de sentarse.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Había algo en su postura que no me terminaba de cuadrar.

Drew sacudió la cabeza.

—No es nada.

—Ya —dije, cruzándome de brazos—, sin duda.

—Bueno —calló un momento y se revolvió en la silla—, supongo que estaba pensando en Oliver.

—¿Qué pasa con Oliver? —pregunté, intentando con todas mis fuerzas no suspirar. Si Drew estaba fuera de mi habitación cuando Oliver se había marchado, era evidente que tenían que haberse visto, y aunque sabía que antes o después me lo terminaría preguntando, albergaba la secreta esperanza de que mi hermano se olvidara de someterme a ese interrogatorio en concreto.

—¿Ha cogido un vuelo solo para venir a verte?

Yo me encogí de hombros, intentando quitarle importancia.

—Sí. Quería saber si estaba bien.

Mi respuesta provocó que frunciera el ceño.

—¿Y ya se ha ido? No ha sido una visita muy larga...

—Es un chico muy ocupado, Drew —le dije—. Probablemente no tenía tiempo para quedarse a echar una partida de cartas.

Era consciente de que no me estaba explayando demasiado con Drew, pero no me apetecía explicarle los problemas de mi relación. Aunque ya no había relación con la que tener problemas, porque Oliver y yo habíamos terminado.

El problema era que aunque me consolaba un poco haber averiguado por fin qué era lo que había pasado entre nosotros, y a pesar de haberle perdonado, aún notaba un peso dentro de mí cada vez que pensaba en Oliver. Antes de que él mandara nuestra relación al traste, estaba bastante segura de que estaba empezando a quererle, y el amor no era un sentimiento que desapareciera de la noche a la mañana, precisamente. Aún me rondaría el corazón un tiempo, y eso era algo con lo que iba a tener que aprender a vivir. Pero no hacía falta que fuera inmediatamente. No tenía por qué asimilarlo en aquel preciso instante, ni con Drew, y, definitivamente, no cuando tenía cosas más importantes a las que enfrentarme, como la salud de mi hermana.

—Supongo que tienes razón —me dijo.

—¿Pero? —le pregunté yo.

Él se frotó el mentón.

—No sé. Pensaba que igual pasaba algo entre vosotros.

—¿Me estás preguntando si estamos saliendo? —Entrecerré los ojos—. Porque no es así.

—Vale —me dijo, y levantó las manos a la defensiva—. Solo me lo preguntaba.

Después de eso, Drew se recostó de nuevo en su asiento. Parecía agotado, algo que, al fin y al cabo, no era sorprendente, pero lo que realmente me preocupaba era la expresión de sus ojos. O tal vez, la falta de expresión, porque los tenía apagados y distantes.

—Drew —dije, y de repente noté la boca seca—, ¿estás bien?

Tardó un momento en responder.

—Sí —dijo por fin, pero su expresión seguía pareciendo vacía.

—Pues no lo parece —le dije.

—¿Sabes? —dijo Drew, frotándose la cara—, a veces puedes llegar a ser un verdadero incordio.

—Es mi especialidad —dije, y apreté los labios en una fina línea. No se iba

a escapar de aquella conversación esquivándola con bromas—. Venga, cuéntamelo.

—Vale. —Eché la cabeza hacia atrás, apoyándose sobre su propio cuello, y clavó los ojos en el techo en vez de mirarme a mí—. Supongo que lo que pasa es que... no puedo dejar de pensar que esta es su última oportunidad.

—¿Qué? —le pregunté con el ceño fruncido.

—La última oportunidad de Cara —aclaró, y una mirada levemente distante le nubló los ojos—. Tengo miedo de que esta sea su última oportunidad de curarse.

«Ah». Durante el trascurso de la enfermedad de Cara, Drew nunca había sido tan positivo sobre su recuperación como ella. En realidad, nadie lo había sido. Pero, al mismo tiempo, nunca había expresado sus miedos abiertamente, y mucho menos uno tan desolador como aquel. Hacía algunos meses a mí me había preocupado exactamente lo mismo, y, ahora allí, en mi habitación del hospital, me preparé para la gélida y escalofriante sensación de pánico que sabía que, sin duda alguna, terminaría contagiándose a mi mente.

Pero no lo hizo.

—Cara no necesita más oportunidades —le dije cuando me di cuenta de que no estaba asustada—. Se va a poner bien.

Las cejas de Drew se juntaron en su frente.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque sí —respondí—. Lo estoy y punto.

Cuando supe del rechazo del primer trasplante de Cara, el terror se apoderó de mí. Sabía que ahora también debería estar asustada, porque no había ninguna garantía de que este nuevo tratamiento fuera a funcionar, pero mi pulso y mi corazón latían regularmente. Drew tenía razón: aquella era la última oportunidad de Cara. Pero no importaba, porque esta vez, las cosas serían distintas. No tenía manera de saberlo a ciencia cierta, pero lo presentía.



Tres semanas después, trajimos a Cara de vuelta a casa desde el hospital. El recuento de plaquetas, glóbulos blancos y rojos en su sangre seguía siendo bajo, pero el segundo trasplante había sido un éxito.

Aunque le estaba dando el alta, la doctora Mitchell nos explicó que la

recuperación de Cara sería larga. Pasarían meses antes de que recuperara un poco de fuerza, y, si no tenía una nueva recaída, podría tardar hasta un año entero en recobrar completamente la salud. Durante ese periodo el riesgo de infección era altísimo, y Cara tendría que acudir regularmente al hospital como paciente externa para que los médicos pudieran ir controlando sus progresos.

Pero nada de lo que la doctora Mitchell pudiera decir iba a ser capaz de arruinar mis esperanzas: estaba eufórica, desatada y abrumada al mismo tiempo, pero, sobre todos aquellos sentimientos, predominaba el alivio. La última opción de Cara había funcionado, finalmente.

Unos cuantos días después de su alta oficial del hospital, las dos estábamos acurrucadas en la cama viendo una peli. Como Cara seguía cansada a causa del tratamiento, pasábamos mucho tiempo en su habitación. A mí no me importaba: siempre me habían encantado las paredes rojo escarlata, los cojines de encaje dorado y la cómoda cubierta de montoncitos de collares, pulseras y anillos, maquillaje y perfumes. Cada centímetro de aquella habitación me recordaba a mi hermana.

Cuando aparecieron los créditos, Cara apagó la televisión y se giró hacia mí.

—Bueno —empezó a decir—, quería hablar contigo de una cosa.

—¿Mmm?

Todavía no me había quitado la pulsera que me pusieron en el hospital cuando me ingresaron, y deslicé un dedo bajo el plástico para hacerla girar alrededor de mi muñeca. Me gustaba jugar con ella. Mis datos de ingreso estaban escritos alrededor con tinta negra: mi nombre completo, el médico que me trataba, mi fecha de nacimiento y cualquier otra información importante que las enfermeras debieran conocer. No tenía ningún motivo concreto para seguir llevándola puesta, pero le había cogido cariño, tal vez porque era un recordatorio de lo que Cara y yo habíamos superado juntas.

—Es sobre Oliver —me dijo—. Sé lo que pasó entre vosotros.

Se me tensó el cuerpo entero y solté la pulsera.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Cómo te has enterado?

No es que pretendiera mantener nuestra ruptura en secreto con Cara, pero suponía que, cuanto menos hablara de ello, menos me costaría olvidarla.

—Me lo dijo él —confesó, y su voz adoptó un tono levemente amargo—. Después de ir a verte aquel día al hospital, vino a hablar conmigo. No sé qué

me impresionó más: si conocer a Oliver Perry en persona, o que se derrumbara y me lo contara todo. Es como si, reconociendo conmigo todo lo que había pasado entre vosotros, siguiera intentando disculparse.

—¿Que hizo qué? —jadeé yo—. ¿Y por qué no me has dicho nada?

Cara clavó los ojos en mí: los tenía llorosos.

—Sí, claro, porque tú te morías de ganas de contarme todos los detalles de tu ruptura.

Su comentario hizo que la culpabilidad se agitara en mi interior con una sacudida, y fui incapaz de encararme a mi hermana, así que me aparté la manta de un tirón y salí de la cama. Cara tenía razón. Debería habérselo contado todo, desde cómo me había dejado Oliver hasta su posterior explicación y su disculpa: no debería haberse enterado por él.

—Bueno, Stella —dijo Cara cuando yo no respondí—, ¿no me vas a decir nada?

—Vale —dije cuando noté que me empezaban a arder las mejillas—. Debería haberte contado la historia entera, pero entre mi donación y tu trasplante, supuse que ya teníamos suficientes cosas de las que preocuparnos.

La expresión amarga de sus ojos se disolvió y suspiró.

—Lo entiendo, Stella —me dijo—, de verdad que lo hago. Siempre miras por mí, y te lo agradezco mucho, pero a veces tienes que dejar que yo mire por ti también. Se supone que eso es lo que hacen las hermanas. Aunque lo único que pueda hacer sea escuchar, aquí me tienes.

—Ya lo sé —dije, mirando hacia la alfombra—. Gracias, Cara.

—¿Lo sabes de verdad?

Yo volví a levantar la cabeza.

—Sí —dije, mirándola a los ojos. Nunca, jamás, podría olvidarme de lo que había estado dispuesta a sacrificar para que yo pudiera recuperar mi vida.

—Vale —dijo, asintiendo enérgicamente—, porque no era de eso de lo que quería hablar contigo.

«Ah, genial». Cara tenía una expresión rara, como si de repente le preocupara la conversación que íbamos a tener, y eso me hizo sentir una sensación incómoda, como una especie de aleteo en el estómago. Empecé a girar el brillantito de mi piercing entre los dedos inconscientemente.

—Vale —dije—. ¿Qué pasa?

Cara se mordió el labio inferior antes de inspirar brevemente y aclararse la garganta.

—¿Le echas de menos?

En lugar de contestar, clavé la vista en la ventana del dormitorio, porque no quería que se diera cuenta de lo mucho que me afectaba aquella pregunta. Al otro lado de la calle, los hijos de nuestros vecinos jugaban en el jardín que había frente a su casa. Estaban turnándose para amontonar las hojas que habían caído de los árboles con un rastrillo y luego saltaban sobre aquellos pequeños montículos de un rojo, naranja y amarillo intensos.

Halloween se celebraba a final de mes y ellos ya tenían el porche decorado para la fiesta con una colección de calabazas, aún sin tallar, alineadas en los escalones de madera. Durante un segundo, deseé estar ahí fuera con ellos, disfrutando de los últimos días de buen tiempo antes de que llegara el invierno.

—¿Stella? —insistió Cara.

Yo suspiré. Claro que echaba de menos a Oliver. Era imposible no hacerlo. Por mucho que intentara expulsarlo de mi mente, el recuerdo seguía colándose por las ventanas, por las rendijas. Era un círculo vicioso. Pasaba unos cuantos días sin pensar en él, pero luego veía los pósteres de The Heartbreakers en la habitación de Cara, o escuchaba una de sus canciones en la radio, y entonces todos los recuerdos y las sensaciones que intentaba mantener a raya me recorrían como una descarga eléctrica, igual que si me hubieran conectado a un enchufe.

Había tantas cosas que echaba de menos de él... Lo poco que le costaba sonreír, por ejemplo, o cómo me pasaba los dedos por el pelo. Pero lo que más extrañaba de todo era lo mucho que me transformaba estar con él, convirtiéndome en una persona fuerte, segura y dispuesta a comerse el mundo. Aún seguía siendo esa persona, pero en mi mente no cabía duda de que, de no haber sido por Oliver Perry y The Heartbreakers, mi nuevo ser seguiría atrapado dentro de la antigua versión, mucho más miedosa, de mí misma.

Nos quedamos en silencio unos minutos antes de que yo reuniera el valor suficiente para girarme a mirar a Cara.

—Sí —dije por fin cuando nuestros ojos se encontraron—. Le extraño más de lo que debería.

—¿Más de lo que deberías? ¿Qué quieres decir?

—Que me está costando pasar página.

Cara solía tardar en contestar, y se quedó un largo rato sentada en silencio,

reflexionando sobre mi respuesta.

—¿Se te ha ocurrido pensar —dijo con voz vacilante— que no puedes pasar página porque no es eso lo que deberías hacer?

Yo suspiré.

—Me gustaría pensar así, pero, créeme, estoy haciendo lo correcto.

—¿Y cómo lo sabes?

Llevaba los últimos cuatro años preparándome para que se me rompiera el corazón. Sabía que Cara tenía exactamente las mismas posibilidades de sobrevivir que de morir, y era algo que había asumido internamente, pero de lo que nunca me había atrevido a hablar. Pero nada de lo que hubiera podido hacer podría haberme preparado para lo de Oliver: aquello sí que no me lo esperaba.

Cuando fue él, y no mi hermana, quien finalmente me rompió el corazón, la sorpresa fue tan devastadora que aún estaba recogiendo los pedazos. Sí, había perdonado a Oliver, pero ¿estaba dispuesta a ofrecerle de nuevo mi corazón, cuando había unas cuantas grietas que aún no habían sellado? Bajo ningún concepto.

—Porque me hizo daño, Cara —le dije—. Aunque esté arrepentido, nada me garantiza que no vaya a hacérmelo otra vez.

Cara sacudió la cabeza.

—Pero en esta vida no hay garantías de nada. A veces hay que correr riesgos.

Sabía que estaba intentando ayudarme, pero era imposible que entendiera lo que se sentía cuando alguien a quien pensabas que querías te resquebrajaba el corazón. Además, después de todo el sufrimiento y las dificultades de los últimos meses, quería sentirme segura y a salvo otra vez. Hablar de aquello provocó que el dolor regresara en punzantes oleadas, y tuve que respirar hondo tres veces para aliviar mi malestar.

—Te equivocas —dije, envolviéndome el pecho con mis propios brazos—. Dejándole ir, me garantizo que no volverá a hacerme daño.

Ella intentó ocultar la decepción de su rostro, pero dio igual, porque la escuché en sus palabras.

—Si crees que es lo mejor, entonces vale —dijo Cara—. Pero, solo para que seas consciente de ello, parece que es algo que aún te sigue doliendo.

CAPÍTULO 24

El Día de Acción de Gracias, al despertar, vi una capa de nieve al otro lado de la ventana. En el suelo apenas había un par de centímetros de espesor, pero eran suficientes para que nuestro jardín se transformara de un mar de césped requemado a un immaculado manto blanco.

—Buenos días —dijo mi madre cuando entré en la cocina en busca de una taza de café—. ¡Feliz Día del Pavo! —Estaba de pie frente a la encimera, ataviada con un delantal, preparando el banquete de por la noche. Yo fruncí el ceño y miré el reloj que había justo encima de los fuegos.

—Buenos días, mamá. ¿Por qué has empezado a cocinar tan temprano? Si solo son las nueve. —En cuanto la pregunta salió de mis labios, me di cuenta de lo que acababa de decir—. Espera. ¿Por qué estás cocinando tú?

La absoluta ausencia de dotes culinarias de mi madre había arruinado muchas comidas con anterioridad, y de repente, en mi mente se proyectó la imagen de un pavo en llamas.

—No te preocupes —dijo mi padre. Estaba sentado en la mesa de la cocina tomando su desayuno de siempre: medio pomelo, una taza de té verde y el diario deportivo—. El pavo lo cocino yo. La contribución de tu madre se limita únicamente al puré de patatas.

—A Drew no le va a gustar —dije yo.

El puré de patatas era su plato de Acción de Gracias favorito. Afortunadamente, el mío era el pastel de calabaza.

—¡Oye! —dijo mi madre, blandiendo la batidora en dirección a mí. De las cuchillas plateadas se desprendieron varios trozos de patata que se estrellaron contra el suelo—. Espera y verás. ¡Va a ser el mejor puré de patatas que hayas probado en tu vida!

—Qué ganas —repliqué—. Como más me gustan las patatas es con sabor a

intoxicación alimenticia.

Intenté no reírme de mi propio chiste, pero entonces escuché la profunda y entrecortada carcajada de mi padre y no me pude contener. Mi madre fingió estar enfadada durante unos segundos, pero ella tampoco tardó mucho en sonreír.

—Bueno —dije, cuando se nos pasó la risa—, pero todavía no me has dicho por qué estás cocinando tan temprano.

—Tu hermana nos ha pedido que celebremos Acción de Gracias a la hora de la comida en lugar de en la cena —me dijo mi madre—. Por lo visto tiene algo que hacer esta noche.

Tal y como la doctora Mitchell nos había advertido, la recuperación de Cara estaba siendo un proceso lento. La mayor parte del tiempo se sentía fatigada, pero había recuperado fuerza suficiente como para empezar a dar pequeñas caminatas en la cinta de correr, y la semana anterior habíamos hecho una pequeña excursión al centro comercial. Y aunque estaba mejorando a un ritmo constante, no entendía cómo, ni por qué, querría Cara pasar fuera de casa el Día de Acción de Gracias, sobre todo teniendo en cuenta todas las cosas que debíamos agradecer aquel año.

—¿Qué? ¿Adónde se va?

Mi madre sonrió con una de esas sonrisas de «yo lo sé y tú no».

—No te lo puedo decir.

Y justo cuando abrí la boca para seguir interrogándola, Cara apareció en la cocina aún en bata y zapatillas de andar por casa.

—Eh, ¿habéis mirado afuera? ¡Ha nevado!

—Sí —dijo Drew, bostezando cuando apareció a su lado. Había llegado de la universidad la noche anterior, bastante tarde, para pasar el festivo con nosotros—. No sé por qué me huelo que me va a tocar sacar la pala para despejar la entrada.

—Bueno, míralo por el lado bueno —le dijo mi padre, pasando la página de su diario—, es una buena manera de quemar todas las calorías que te vas a comer.

Drew gruñó algo en voz baja mientras se acercaba a la cafetera y yo me volví hacia Cara.

—¿Qué pasa esta noche? —le pregunté.

—Si te lo contara, te estropearía la sorpresa —me dijo, y los ojos se le iluminaron con un brillo travieso—. Porque sabes cómo va lo de las

sorpresas, ¿no?

Resulta que mi madre no era la única involucrada en el misterio. Cuatro horas, dos platos de relleno y un trozo de pastel después, mis hermanos y yo nos metimos en el destartado Honda Civic de Drew. Yo seguía sin tener ni idea de qué estaba pasando ni adónde íbamos, pero aparentemente Drew sí lo sabía.

—Toma, ponte esto —dijo Cara, tendiéndome una venda para que me tapara los ojos cuando Drew arrancó el coche.

—Espera —dije, mirándole fatal—. ¿Tú sí puedes saber adónde vamos, pero yo no?

—A mí no te me quejes —dijo Drew, dando marcha atrás para salir del garaje—. Cara es el cerebro de esta operación. Yo solo cumplo órdenes.

—Tranquilízate, Stella —me dijo Cara—. Se supone que esto tiene que ser divertido. Has hecho muchas cosas por mí en los últimos años. Solo estoy intentando devolverte el favor.

—Pero es que no tienes que devolverme nada —protesté, pero me puse la venda de todas maneras.

Era evidente que le emocionaba mucho lo que fuera que hubiera planeado, y yo no pensaba arruinárselo.

Me esforcé al máximo por intentar identificar la ruta que estaba siguiendo Drew. Se metió en la autopista en cuanto salió de nuestro barrio, y cuando el viaje empezó a alargarse casi una hora, supe que nos dirigíamos a Minneapolis. Después no tardé mucho en sufrir los repentinos frenazos y los giros bruscos de la aterradora técnica de conducción en ciudad de mi hermano.

—¿Ya falta poco? —pregunté, recolocándome la venda sobre los ojos. Por lo general no solía marearme en los coches, pero en el asiento trasero y sin poder ver nada, estaba empezando a sentir náuseas.

—No te la quites —dijo Cara, apartándome la mano de la venda—. Nos quedan cinco minutos.

—Solo me la estaba colocando bien —le dije—. La cosa esta pica.

Los cinco minutos prometidos se convirtieron en quince, así que cuando Cara me dijo que habíamos llegado, me arranqué la venda de un tirón y miré a mi alrededor. Lo último que había visto era mi casa, así que el brusco cambio de escenario fue desconcertante, por no mencionar que afuera estaba oscuro. Yo parpadeé un par de veces y miré alrededor, pero al final me di

cuenta de que estábamos en el Target Center. Drew se detuvo frente al mostrador del aparcacoches, y uno de los empleados se acercó a nuestro vehículo.

—¿Juegan los Timberwolves esta noche? —pregunté cuando salimos al frío aire invernal. No me gustaba demasiado el baloncesto, así que no entendía por qué querría llevarme Cara a ver un partido.

—No —dijo Drew, tendiéndole las llaves al aparcacoches.

—Vale, entonces ¿qué hay aquí esta noche?

—Un concierto —dijo Cara. Ya tenía la cara sonrosada por el frío, pero una sonrisa enorme le cruzaba el rostro de oreja a oreja.

—¿Qué con...?

Pero no terminé la pregunta, porque entonces me percaté de la sospechosa cantidad de chicas adolescentes que había haciendo cola para entrar al estadio.

Yo eché la cabeza hacia atrás y clavé la vista en la cartelera digital que había frente a la entrada del Target Center. Sonriéndome desde las alturas vi cuatro caras conocidas, y una en concreto me provocó un retortijón en el estómago.

No entendía nada. La gira de The Heartbreakers había terminado en septiembre. ¿Qué estaban haciendo en Minnesota? Y, más importante aún, ¿por qué a Cara le parecía buena idea llevarme a un concierto en el que tendría que ver actuar a mi ex? ¿Sería aquello una intentona desesperada de que volviéramos?

Desde la única conversación que habíamos tenido sobre mi decisión de terminar con Oliver, Cara me había dejado en paz. Sabía que no aprobaba mi elección, pero no insistió más en el asunto. De vez en cuando me preguntaba cómo me sentía pero, aparte de eso, no hablábamos de Oliver. ¿Llevaría planeándolo desde entonces, haciéndome pensar que había dejado el tema para poder tenderme aquella encerrona cuando se presentara el momento?

Yo me crucé de brazos, planté los pies en la acera y me negué a moverme.

—No pienso entrar.

—Tienes que hacerlo —me dijo Cara—. Los chicos están dando este concierto por nosotros.

Yo entrecerré los ojos.

—Explícate. Ahora mismo.

—Vale —dijo Cara, inspirando hondo—. Hace unas semanas, recibí una

llamada de Oliver. Quería preguntarme cómo estaba, saber si el trasplante había ido bien, esas cosas. Estuvimos hablando un buen rato. Al final me comentó que uno de los motivos por los que me llamaba era que la banda quería dar un concierto especial para destinar todos los beneficios a la investigación sobre el cáncer. Oliver me preguntó si me apetecería ser la invitada de honor, como para ponerle rostro a la causa, y dije que sí, así que han organizado el concierto en Minneapolis para que yo pudiera venir.

»Sé que todavía estás intentando superar lo de Oliver, pero este concierto no es por ti, ni por él. Este concierto es por nosotros y por cualquier persona que también haya tenido que vivir esta experiencia. Los chicos están haciendo esto porque, cuando te conocieron, nuestra historia les inspiró. Estar aquí celebrando que le he dado una patada en el culo al cáncer significa muchísimo para mí —Cara calló: tenía los ojos llenos de lágrimas—, pero no quiero hacerlo sin ti.

A mí se me había abierto la boca sola durante la explicación de Cara, y ahora casi no podía hablar.

—De verdad han hecho esto... ¿por nosotros?

Cara asintió con la cabeza. Las lágrimas seguían derramándose por sus mejillas como un resplandeciente reguero de diamantes.

—Por favor, dime que entrarás —me pidió, y la expresión de sus ojos provocó una vibración en mi pecho. Lo único que pude hacer fue asentir en respuesta e intentar contener las lágrimas. ¿Cómo podría negarme?



Como era la invitada de honor, Cara no tenía entradas normales, sino tres pases VIP. Aunque sabía que asistir a aquel concierto me iba a traer muchos recuerdos, no estaba preparada para la avalancha de emociones que me arrolló en cuanto pusimos un pie entre bastidores. Aunque tal vez solo se tratara de JJ.

—¡Osa! —gritó al verme, y me embistió con tal fuerza que casi me caigo al suelo.

—JJ, me estás espachurrando —le dije casi sin aliento.

—Perdona —respondió, y me soltó inmediatamente—. No he podido evitarlo. Es que, desde que no estás, no es lo mismo.

—Ya puedes tener cuidado —me advirtió una voz conocida, y cuando me di media vuelta, vi a Xander sonriéndome—. Estoy casi seguro de que JJ está planeando secuestrarte.

—¡Ay, Dios, Xander! —exclamé cuando me di cuenta de su cambio de look. Sus habituales gafas de pasta habían desaparecido—. ¡Te queda genial!

—¿De verdad? —me preguntó—. Estoy probando las lentillas porque he pensado que así a JJ le costará más rompérmelas.

—Oye, que la última vez fue completamente sin querer —protestó JJ—. No me senté sobre ellas aposta, ni nada.

—¿Y qué me dices de la anterior? ¿Cuándo intentaste usarlas de tirachinas y las tiraste por el balcón? —le preguntó Xander. JJ intentó mantener la compostura, pero al final se le escapó una risita y Xander sacudió la cabeza—. Sí, justo lo que pensaba.

—¿Dónde está Alec? —dije, mirando alrededor—. Me gustaría que conocierais a mi hermana.

—Aquí estoy —dijo, surgiendo de entre las sombras como una sigilosa criatura nocturna. Como siempre, su rostro parecía impasible, pero por la fuerza con la que me abrazó, supe que se alegraba de verme.

A Oliver todavía no se le veía por ninguna parte, pero como él ya conocía a Cara, me pasé el siguiente minuto haciendo las presentaciones pertinentes en su ausencia. Luego Drew fue haciendo ronda para darles la mano a los chicos, disfrutando del reencuentro, y yo me aparté y traté de asimilar la situación. Volver a asistir a uno de los conciertos de The Heartbreakers me produjo una sensación extraña, como si de repente me hubiera teletransportado al verano. Ver a Courtney, a Paul y al equipo de siempre haciendo las cosas de siempre me hizo sentir como si nada hubiera cambiado, aunque aquello estuviera muy lejos de ser cierto.

—Siempre estuve un poquito pillado por tu hermana —oí bromear a JJ, así que me di media vuelta otra vez hacia el grupo para escuchar mejor. JJ sonreía a Cara, y la expresión de su rostro (mejillas sonrosadas, ojos abiertos de par en par) me hizo detenerme—. Pero en realidad tengo debilidad por las rubias.

A pesar de que no llevaba demasiado bien el tema de la pérdida del pelo, Cara se sonrojó y rio. Desde que había terminado con la quimioterapia, le había crecido un centímetro, más o menos, así que aquella noche se había puesta lo que a ella le gustaba llamar «la peluca de Scarlett Johansson».

—¿Te acuerdas de la última vez que intentaste tirarle los trastos a una de mis hermanas? —le dijo Drew en tono amenazador, pero por cómo le resplandecían los ojos, supe que estaba de broma. No alcancé a escuchar su respuesta, porque alguien me dio un golpecito en el hombro.

Supe quién era sin necesidad de darme media vuelta, y aunque sabía que, a lo largo de la noche, en algún momento tendría que ver a Oliver, el corazón me dio un vuelco cuando por fin me giré hacia él. Tenía las manos enterradas en los bolsillos delanteros de sus vaqueros. Se había puesto un gorrito de lana que me recordó al que llevaba el día que nos conocimos, y unos cuantos rizos rebeldes caracoleaban en torno a sus orejas. Normalmente vestía camisetas blancas o negras lisas, pero aquella noche llevaba una azul oscuro que hacía que sus ojos destacaran en una explosión turquesa.

—Hola, Stella —me dijo, y me miró casi con timidez.

—Hola, Oliver.

Luego los dos nos quedamos inmóviles, mirándonos. Cuando el silencio entre nosotros empezó a pesar, intenté que se me ocurriera algo con lo que romperlo. Afortunadamente Oliver levantó una mano, se frotó la nuca y fue el primero en hablar.

—¿Cómo estás? —me preguntó, y la tensión que me atenazaba el estómago se relajó un poco.

—Bien, bien —dije, asintiendo rápidamente con la cabeza—. Y tú, ¿qué tal? ¿Cómo van las cosas con el grupo?

—Mejor —me dijo—. Le dijimos al padre de Alec que si no nos daba un poco de libertad para hacer nuestras propias cosas, habíamos terminado con él.

—¿Y accedió?

—Sí, supongo que no quería arriesgarse a perder a su grupo más rentable. Ya hemos empezado a escribir canciones un poco distintas.

—Esas son muy buenas noticias, Oliver. Me muero de ganas de escucharlas cuando salga el disco.

—No va a hacer falta que esperes tanto —me dijo, dedicándome una sonrisita. No era como esas sonrisas pícaras que se extendían por todo su rostro y que tanto había aprendido a querer. Aquella era una sombra, un fantasma de las verdaderas—. Esta noche vamos a tocar una.

Smiley, el jefe de escenario de The Heartbreakers apareció tras Oliver y le dio un apretón en el hombro antes de que yo pudiera contestar.

—Vamos, O —dijo, y le llevó con JJ, Xander y Alec, que ya estaban en sus puestos designados para el comienzo del espectáculo—. De acuerdo, caballeros —dijo Smiley cuando todos estuvieron en su sitio—. Es hora de hacer que se les caigan las bragas a unas cuantas chicas.

Courtney le lanzó a Smiley una mirada asesina.

—Eso ha estado completamente fuera de lugar, Fred —le riñó—. Qué vulgar.

Todo el mundo se echó a reír, y el personal que trabajaba entre bastidores corrió hacia los Heartbreakers. Alguien ayudó a Oliver a ajustarse el auricular, otra persona les pasó a Xander y a Alec sus instrumentos, y una tercera le tendió a JJ un par de baquetas que él se guardó instantáneamente en el bolsillo trasero de los vaqueros. Entonces bajaron las luces y a mí se me erizó el vello de la nuca de expectación pura. La hora del concierto había llegado.

Tuve que entrecerrar los ojos para localizar a mis hermanos en la oscuridad. Estaban de pie, muy cerca de un lateral del escenario desde donde se tenían las mejores vistas del concierto, y cuando me reuní con ellos, Cara me recibió con un pulgar alzado. Drew se tapó las orejas con las manos cuando el público empezó a gritar, y yo sonreí y sacudí la cabeza. Sabía por experiencia propia que las fans de los Heartbreakers eran lo suficientemente escandalosas como para ensordecen a un estadio entero. En aquel momento, ni un par de auriculares insonorizados le servirían de nada.

Pero aquel día, a mí casi ni me molestó el ruido. Durante aquellos pocos segundos previos a que empezara el espectáculo, lo único que escuché fue un rugido sordo mientras los gritos del público empezaban a transformarse en mi mente en una especie de música de fondo. Era como si hubiera estado escuchando mi iPod y, de repente, alguien me hubiera arrancado los auriculares de las orejas de un tirón. Lo que antes había sido un sonido poderoso y nítido se convirtió en una canción susurrada, un murmullo que yo intuía únicamente porque ya lo había escuchado cientos de veces.

Quizá fuera porque, en aquel preciso instante, mi campo visual se redujo y yo me concentré en una sola cosa: Oliver. Observé cómo movía los brazos para sacudirse los nervios, y debió de notar que tenía los ojos clavados en él, porque miró por encima del hombro. Cuando le vi mirarme, asintió como si se tratara de una especie de señal que se suponía que debía entender. No fue así, pero tampoco tuve tiempo para averiguar a qué se refería.

Fred-Smilely gritó algo que no alcancé a oír, y Oliver se echó hacia atrás para escucharle. Y, así, nuestro momento de conexión terminó, y yo recuperé el dominio de mis sentidos. Lo primero que oí fueron los gritos del público, tan ensordecedores que los notaba retumbar en mi pecho como los tonos de un bajo atronando por un altavoz. Luego percibí mi propio olor y un ligero aroma de la colonia de Drew. Por último, noté que Cara reía a mi lado.

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de cuando estábamos en el hospital y te dije que tú no irías ni muerta a un concierto de The Heartbreakers?

Su afirmación me dejó helada. Ninguna nos habíamos imaginado nunca aquel momento, asistir las dos juntas a un concierto, pero allí estábamos. Cara había vencido a sus afirmaciones categóricas. Mi hermana tenía razón sobre muchísimas cosas en nuestras vidas, pero se había equivocado al pensar que nunca vería actuar a los chicos. Si el destino, o lo que fuera, existía, ella lo había cambiado.

—¿Y te acuerdas de cuando pensabas que tú tampoco podrías ir nunca a uno? —pregunté yo con las cejas enarcadas.

De alguna manera, mi pregunta coincidió exactamente con el comienzo del espectáculo. Una sonrisa se fue extendiendo lentamente por el rostro de Cara, y yo no supe distinguir si había sido por mi comentario o porque la voz de Oliver de repente retumbó por todo el estadio.

Cara me respondió dándome un apretón en la mano, y luego se volvió hacia el escenario y vio actuar a su grupo favorito por primera vez.



La lista de canciones del concierto era la misma que los chicos solían tocar durante la gira, así que cuando llegamos al último tema de la noche, se me había olvidado por completo que Oliver me había prometido algo nuevo.

—¡Espero que esta noche todo el mundo se haya divertido! Quiero daros las gracias por apoyar una causa que nos toca particularmente de cerca —dijo Oliver, señalando hacia Xander, Alec y JJ, que estaban tras él—. Al comprar vuestra entrada para el concierto de esta noche, habéis contribuido a la lucha contra el cáncer. Para demostraros lo agradecidos que estamos, nos gustaría compartir con vosotros un tema que aparecerá en nuestro próximo disco.

¿Qué os parece?

—¡Oooh, qué emoción! —dijo Cara, tirándome del brazo.

Oliver esperó a que los gritos se acallaran antes de continuar:

—Esta canción se llama *Astrophil* —dijo, y entonces empezó a cantar.

*A veces las cosas que no se dicen
hieren más que los cuchillos y las pistolas.
Las mías te apuñalaron en lo más hondo, baby,
y nuestras posibilidades de sobrevivir murieron solas.*

*Mis ojos ocultan un secreto
pero mi corazón susurra palabras con voz marchita
que no se pueden negar, te lo prometo.
Mi corazón te dice que se derrumba, que está incompleto,
que se está hundiendo porque te necesita.*

*Te instalaste en mi corazón,
disipando la penumbra,
estás en cada palabra que canto,
eres la estrella que me alumbraba.*

*El día que nos conocimos
tomábamos café, era temprano.
¿Recuerdas aquella foto que me robaste?
Amor instantáneo captado en primer plano.*

*Antes de ti, mi mundo era una mancha borrosa,
me daba miedo aprender a enfocar,
pero poco a poco la foto se fue revelando
y ahora sé lo que significa amar.*

*Te instalaste en mi corazón,
disipando la penumbra,
estás en cada palabra que canto,
eres la estrella que me alumbraba.*

*Baby, podrías pensar que lanzarnos fue un error
que nos estrellamos al caer del firmamento,
pero aunque ni un rasguño sufrió mi amor,
ahora me precipito con dolor,
me estoy hundiendo porque sé bien lo que siento.*

*Te instalaste en mi corazón,
disipando la penumbra,
estás en cada palabra que canto,
eres la estrella que me alumbra.*

Cuando la canción terminó, deseé poder volver a pulsar el botón de reproducción como si estuviera escuchándola en mi iPod. Así podría escuchar a Oliver decir que me quería una y otra, y otra vez. En cuanto empezó a cantar supe que aquello no era una simple canción, sino un mensaje para mí. No fue solo por el título, ni por la letra, sino porque sabía que el sonido de la voz de Oliver —tan ronca y quebrada, tan etérea— solo podía ser fruto de una emoción en estado puro, y aquello era algo que mi corazón reconocía.

—Ha sido preciosa —dijo Cara—, pero no lo entiendo. ¿Por qué la canción se llama *Astrophil*? ¿Qué significa?

Yo sonreí para mí misma.

—Amante de las estrellas —respondí.

Y yo era la estrella de Oliver.

Recordé la conversación que había tenido con Cara hacía un mes, cuando me dijo que en la vida no había garantías de nada. En aquel momento, no entendí lo que intentaba decirme, pero ahora por fin lo hacía. Al no darle una segunda oportunidad a Oliver, estaba yendo a lo seguro, como cuando postergué el ingreso en la universidad de Nueva York, o como cuando casi renuncié a la fotografía. Había decidido dejar de vivir con miedo el día que leí la carta de Beth, y ahora tenía que ser consecuente con mi elección.

Cuando Oliver bajó del escenario, tenía una expresión impenetrable y cautelosa. Entendía perfectamente por qué: si aquella noche hubiera venido directamente a decirme que me quería, nunca le habría escuchado, pero lo hizo de la única manera que pudo, con su canción. Había asumido un riesgo y acababa de abrir su corazón ante todo el mundo sin saber si obtendría respuesta.

Pero yo tenía una respuesta que darle.

Sonreí y me llevé la mano al pecho, justo por encima del corazón, para que supiera que aquella vez había escuchado su mensaje. Oliver se detuvo en seco. Se me quedó mirando como si yo fuera un unicornio cabalgando sobre un arcoíris, pero finalmente comprendió lo que implicaba mi gesto y vino corriendo hacia mí. Estaba a pocos metros cuando se me ocurrió una idea, así que extendí una mano para indicarle que se detuviera.

Yo saqué el móvil y empecé a buscar entre mis contactos. Oliver frunció el ceño cuando escuchó el tono, pero al poco reaccionó y empezó a rebuscar en su bolsillo al darse cuenta de que lo que sonaba era su teléfono.

—¿Hola? —preguntó con voz incierta cuando descolgó.

—¿Te acuerdas de cuando me diste tu número de teléfono y me hiciste prometer que te llamaría? —pregunté.

—Sí —me dijo, con los labios a punto de curvarse en una sonrisilla—. Nunca lo hiciste.

—Bueno, espero que no sea demasiado tarde —dije—. Sé que por lo general no se suele esperar más de tres días, pero he pensado que por probar no perdía nada.

Solo entonces la verdadera sonrisa de Oliver Perry se desplegó en todo su esplendor.

—¿Esta es tu manera de pedirme una cita? Porque voy a tener que hablar con mi representante, a ver cómo lo puedo cuadrar en mi agenda.

—¿Una cita? Yo no he dicho nada de una cita —repliqué, pero ahora ya sonreíamos los dos.

No pudimos seguir hablando, porque los coros del público exigiendo un bis obligaron a los chicos a regresar al escenario. Mientras yo permanecía allí de pie, con mis hermanos, observando la escena, me invadió una sensación tan desconocida que no supe cómo reaccionar.

Cara golpeó levemente mi cadera con la suya para captar mi atención.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —respondí, asintiendo con la cabeza—. Eso creo.

—¿Qué pasa?

—Da igual —dije. Me encogí de hombros para que no se preocupara—. Te va a parecer una tontería.

Nuestra conversación captó la atención de Drew.

—Vamos, Stella, ¿qué te preocupa?

—No me preocupa nada —respondí inmediatamente. Era verdad y, para demostrárselo, les obsequié a ambos con una sonrisa. Drew pareció creerme y volvió a mirar el escenario. Cara, sin embargo, no tenía intención de dejar el tema. Por cómo me miraba deduje que creía que le estaba mintiendo, así que me rendí—. Te lo juro, creo que no he sido más feliz en mi vida.

Cara arrugó la frente al escuchar mi respuesta.

—Y entonces ¿qué te pasa? ¿A qué viene este bajoncillo?

—Perdona —me disculpé—. Te prometo que estoy intentando animarme, pero es que es raro, ¿sabes? No me acuerdo de la última vez que sentí que todo era tan... perfecto.

Por fin Cara pareció entender lo que estaba intentando explicarle. El vacío que llevaba tratando de llenar desde que vi aquella fotografía de la niña que había sacado Bianca estaba empezando a colmarse.

—Sí que es raro, ¿verdad? —me dijo ella—. Pero tienes que dejar de pensar en eso. Disfruta del momento.

Abrí la boca para responder —porque estaba disfrutando del momento al máximo—, pero mis palabras se ahogaron bajo los vítores de la multitud cuando los chicos volvieron a aparecer en el escenario. Cara se les unió con un chillido capaz de reventar tímpanos.

Yo la miré con una ceja enarcada.

—¿Qué pasa? —me dijo, encogiéndose de hombros—. Es que no lo puedo evitar. ¡Me encantan los Heartbreakers!

Sus palabras me revolvieron algo por dentro, y nos sorprendí a ambas cuando solté mi propio chillido de fan histérica. Porque lo cierto era que a mí también me encantaban. Puede que antes detestara su música, pero aquello fue cuando era una chica distinta. No solo habían conseguido llegarme al corazón, sino que ahora formaban parte de mí, una parte de la que jamás podría desprenderme. Aquellos chicos se habían convertido en mi segunda familia, y eso ya nunca cambiaría.

Cara resopló.

—Vale, ¿qué leches ha sido eso? —me preguntó, llevándose una mano a la cadera.

—¿Qué pasa? —protesté—. ¿A mí no se me permite demostrar un poquito de entusiasmo?

Ella entrecerró los ojos un momento, como si estuviera evaluando mi respuesta, y luego rompió a reír. En cuestión de segundos, yo la acompañaba

con mis propias risas. Nos pasamos los siguientes cinco minutos riendo entre bastidores hasta que nos dio flato, mientras cantaban su último tema de la noche. Tal vez fuera la adrenalina de escuchar la canción que me había dedicado Oliver, o la electricidad que siempre flotaba en el aire en los conciertos, o la corriente de energía que parecía fluir entre los cantantes y el público. O tal vez fuera solo el amor que una hermana sentía hacia otra. Fuera lo que fuera, nos notábamos livianas. Las dos percibíamos el cambio: estaba en el aire y en nuestros corazones, y aquella vez era real. Me hacía sentir como si estuviera volando.

—Te quiero, fracasada —bromeó Cara entre jadeos mientras intentábamos recobrar el aliento.

—Sí —respondí yo—. Yo también te quiero.

No había un momento mejor que el presente. Estábamos juntas. Éramos felices. Éramos libres.

EPÍLOGO

—Joder, Stella, ¿has dejado que Cara te haga las maletas? —me preguntó Drew, gruñendo mientras soltaba otra pesadísima caja. Aunque afuera estaba helando, vi que tenía un pequeño cerco de sudor alrededor del cuello de la camiseta.

—¿Qué se supone que me quieres decir con eso? —pregunté desde el suelo. Había abierto uno de los bolsos de tela en el centro de la habitación y estaba colocando la ropa.

—Que has metido demasiadas cosas en las maletas —dijo, antes de llevarse una botella de agua a los labios y empezar a beber. El fino plástico se iba arrugando a medida que él iba sorbiendo su contenido y, cuando terminó, jadeó—. ¿Cómo puede una sola persona acumular tanta mierda?

—No es mierda —respondí—. Es que ahora voy a vivir aquí.

—Eso lo pillo —dijo Drew—, pero ¿dónde pretendes meter todo esto?

—Ya me preocuparé yo de eso —le dije, y luego saqué una de mis camisetas favoritas de la bolsa. Había decidido rápidamente que solo mi mejor ropa iba tener derecho a una percha en el armario, así que doblé la camiseta y la coloqué en el montón destinado a los cajones de la cómoda—. Tú termina de bajar cosas del coche.

Estábamos en pleno proceso de mudanza a la residencia universitaria en Nueva York. Drew y yo habíamos llegado por la mañana temprano, y aparcamos la furgoneta familiar justo a tiempo de ver los primeros rayos de sol arrancando destellos a la nieve congelada mientras transportábamos un buen montón de cajas por el jardín. Drew llevaba las dos últimas horas haciendo viajes de ida y vuelta entre mi habitación y la furgoneta para sacar todo mi equipaje del coche.

Enviar mis cosas por correo era muy caro, así que a Drew se le había

ocurrido que podríamos llevarlo todo en coche. Aunque el viaje era de casi dieciocho horas, a mí me pareció una idea estupenda y cargué la furgoneta con todas mis pertenencias. Nuestro último viaje en coche juntos había sido el comienzo de una aventura para mí, una aventura que me había transformado en una persona distinta. O, más bien, mi etapa con The Heartbreakers me había abierto los ojos y me había ayudado a comprender quién era en realidad. Lo único que tenía que hacer era reunir el valor suficiente para ir desprendiéndome de las capas bajo las que me escondía y aceptarme a mí misma. Fuera como fuera, lo cierto es que ahora era una persona nueva, y esperaba que este último viaje me trajera tantas experiencias emocionantes o más que el anterior.

—Si el vagazo de tu novio me ayudara, igual ya habría terminado. —Drew miró fatal a Oliver, que estaba tumbado en el futón con los brazos cruzados por encima del pecho y un gorrito de lana tapándole los ojos, intentando echar una cabezada.

—Soy demasiado guapo como para hacer esfuerzo físico —le dijo a Drew—. Además, llevo trabajando toda la semana. Estoy hecho trizas.

Y Oliver no bromeaba, al menos en lo que al trabajo respectaba. Los Heartbreakers llevaban las dos últimas semanas encerrados en el estudio, grabando su tercer disco: *A años luz de distancia*.

Drew resopló, y estaba casi segura de que le escuché decir «Guapo, mis cojones» cuando salió de la habitación dando pisotones.

—Echarle una mano no te va a matar, ¿sabes? —le dije a Oliver—. Cuanto antes termine de deshacer las maletas, más tiempo tendremos para estar juntos.

Oliver solo tenía el fin de semana libre, pero había volado desde Los Ángeles para verme. Cuando llegara el lunes, tendría que volver a meterse en un avión rumbo a California para terminar el proceso de producción del disco.

—Ya he echado una mano —dijo Oliver, con una sonrisa socarrona en los labios—. Le he ayudado a traer el futón.

—Sí —dije, y puse los ojos en blanco—. Para poder echarte en él.

Oliver no tuvo tiempo de que se le ocurriera otro de sus ingeniosos comentarios, porque alguien llamó a la puerta. Al otro lado había una chica muy guapa de piernas larguísimas y piel oscura vestida con una sudadera de la SVA.

—Hola —me dijo cuando la miré—. Me llamo Lena. Soy tu vecina de enfrente, así que he pensado que sería buena idea presentarme.

Yo me levanté y me sacudí la ropa antes de extenderle la mano.

—Encantada de conocerte. Yo soy Stella.

—Déjame adivinar —me dijo Lena, señalando con la cabeza hacia mi cómoda. Los cajones seguían vacíos, pero en lo alto, bien visible, estaba mi cámara—. ¿Estudiante de Fotografía?

—Sí —respondí, obsequiándole una sonrisa—. ¿Tú?

—Yo también tengo mi propia cámara —me dijo, sonriéndome—, pero es para algo un poco distinto. Yo soy de Audiovisuales.

—Guay —dije, emocionada de verdad de estar haciendo nuevos amigos.

—Y... el chico que he visto en el pasillo trayendo todas tus cosas..., ¿el tío bueno y sudado? —dijo Lena—. ¿Es tu novio, o algo?

Yo parpadeé, sin entender demasiado bien a quién se refería Lena, pero entonces me acordé de Drew.

—Ay, Dios, no —dije, poniendo una mueca—. Es mi hermano.

—Perdona. —Lena dio un respingo, pero por cómo se mordía el labio, deduje que mi respuesta era de su agrado—. Menuda vergüenza.

El futón dejó escapar un gruñido metálico.

—No te preocupes —dijo Oliver mientras se levantaba—. No eres la única que ha pensado eso alguna vez.

Lena recorrió a Oliver con la mirada al verle. Él se retiró el gorrito para descubrirse la cara y Lena abrió unos ojos como platos. Primero me miró a mí, y luego a Oliver, y yo apreté los labios, intentando reprimir la sonrisa mientras ella lo reconocía.

—De verdad que no lo entiendo —dije, encogiéndome de hombros—. No nos comportamos como si fuéramos pareja, y nos parecemos un montón.

Oliver me dedicó una sonrisa traviesa.

—Sí, como si fuerais mellizos. —Luego atravesó la habitación y le tendió la mano a Lena—. Soy Oliver —se presentó—. El novio de Stella.

«Bueno», pensé para mí cuando a Lena se le escapó un grito. «Definitivamente, este es el comienzo de otra loca aventura».

AGRADECIMIENTOS

La creación de *Perfecto error* no ha sido, de ninguna de las maneras, obra de una sola persona: la cantidad de gente involucrada en que este proyecto haya salido adelante es incontable. Aunque sus nombres no aparecen impresos en la cubierta junto al mío, podéis encontrar el fruto de su esfuerzo en cada página y cada palabra de este libro.

En primer lugar, tengo que dar las gracias a mi increíble ejército de fans de Wattpad, que son tan autores de esta historia como yo. Ellos apoyaron y le dieron forma antes incluso de que yo empezara a soñar con publicarla. Y, como he dicho anteriormente, sin ellos no habría llegado a ninguna parte.

En segundo lugar, gracias al equipo de Sourcebooks, sobre todo a mi editora, Aubrey Poole, que fue capaz de visualizar lo que tenía en mente antes de que yo misma lo tuviera completamente claro. Este manuscrito le llegó en forma de desastre por capítulos, y ella fue la mano experta que me ayudó a convertirlo en una novela.

Al extraordinario equipo de Wattpad, sobre todo a Caitlin y Ashleigh, que fueron mis agentes improvisadas antes de tener una representante de verdad. También me gustaría dar las gracias a Chloe Larby, Asha Clarke y Laura Stracey por ayudarme a escribir la canción que Oliver le dedica a Stella. No soy Taylor Swift, pero creo que ha quedado bastante resultona.

Gracias a la abuela Fletcher, que hizo de correctora personal; a mi madre por aplacar mis quejas infinitas y calmar mis frustraciones con una buena botella de vino y, por último, gracias a Jared, mi marido, por ser mi estrella especial: no solo me diste la oportunidad de perseguir mis sueños, sino que soportaste estoicamente las tempestades en medio de la escritura, las noches sin dormir y los momentos de pánico.

«Cuando conocí a Oliver Perry, no me di cuenta de que era el cantante de The Heartbreakers. Y él no tenía ni idea de que yo era la única chica del mundo que odiaba su música...»



Stella haría cualquier cosa por su hermana. Incluso hacer cola durante horas para que los chicos de The Heartbreakers le firmen un CD. Al menos, ha conocido a un chico guapísimo cuando ha ido a por café, aunque no vaya a verle nunca más.

Por supuesto, el destino le prepara una sorpresa: ese chico resulta ser Oliver Perry. Y, aunque ella le diga a la cara que su música es lo peor, él le da su número. ¿No es flipante?

Reseña:

«¡Para derretirse! ¡Me enamoré de Oliver Perry super rápido! Este libro te emociona... ¡Adoro cada página!»

Anna Todd, autora de *After*

SOBRE LA AUTORA

Ali Novak nació y se graduó en Wisconsin. Con quince años, empezó a escribir su primera novela, *My Life with the Walter Boys*, y desde entonces su obra ha recibido más de 130 millones de visitas online. *Perfecto error* es su primera novela publicada profesionalmente, y es la primera parte de una trilogía.

Título original: *The Heartbreakers*

© 2015, Ali Novak

Todos los derechos reservados

© 2018, Sara Cano Fernández, por la traducción

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-8713-7

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Imagen de la cubierta: © Ildiko Neer / Trevillion Images

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Perfecto error](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)